



PAST GROVE
STORIES



Ella está
dentro.

LUGAR
SINIESTRO

Juan De Haro

Índice de Capítulos

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Epílogo](#)

LUGAR SINIESTRO

Juan De Haro

Diseño de portada: Juan de Haro Jiménez

© 2019, Juan De Haro
1º Edición

Impreso en España

ISBN-13: 978-1718035300
ISBN-10: 1718035306

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial, la comunicación pública, la puesta a disposición interactiva, la edición informática, así como cualquier explotación, por cualquier medio de esta obra sin la autorización expresa de los titulares del Copyright.

All rights reserved

Sígueme en Internet

<https://www.facebook.com/jockerdios>

<https://twitter.com/jockercyto>

A todas ellas,
por su inocencia incomprensida.

La verdadera amistad es como la fosforescencia,
resplandece mejor
cuando todo se ha oscurecido.

Rabindranath Tagore

Agradecimientos:

En primer lugar a mi madre, por su resistencia. También mi especial agradecimiento a Ana María Cañete y a Flavia Farias por su esfuerzo en limpiar el texto de erratas. Finalmente a mi editora, que es capaz de encontrar los fallos que nadie ve. En todo caso, cualquier error que haya sobrevivido, yo soy el máximo responsable.

Prólogo

Bienvenidos, lectores, reciban un afectuoso saludo. Tienen entre sus manos el cuarto volumen de *Past Grove Stories*. Asumo que si han llegado hasta aquí es porque ansían saber más sobre el misterioso pueblo y sus habitantes. Si es usted un nuevo lector, le doy la bienvenida a la creciente familia. Todos ustedes son los que darán vida a esta historia en cuanto comiencen a leerla. A mi juicio, una historia permanece muerta hasta que alguien la descubre. Similar a la lámpara de Aladino; es descubierta y frotada, sólo entonces emerge la magia que concede deseos. Deseo con esta historia que sus aspiraciones de pasar un buen rato se vean realizadas.

Aun a riesgo de ser repetitivo, debo aclarar a los nuevos lectores que este libro forma parte de una colección, y aunque cada historia es independiente, sugiero leerlas todas para comprender perfectamente qué ocurre en Past Grove. Puede rechazar la invitación, no obstante, y leer sólo este cuarto volumen, y después decidir si la calidad de la obra merece su atención como para considerar el resto de libros.

Estas páginas encierran la historia de Connie Merrill. Y sostengo que el término «encierran» es el más acertado, puesto que ella misma es encerrada en la Institución Morris. ¿Adivino sonrisas entre mis habituales lectores? Efectivamente, este libro presenta dicha institución y sus secretos. Connie Merrill es encerrada, pero de otra forma no habría podido conocer a su amiga. Ya que de eso trata la historia, pese a todos los horrores que la sepultan, sobre una sincera amistad que nace y las une como dos eslabones de una cadena.

Estimados lectores, tomen asiento y dejen que la misma Connie Merrill relate lo que sucedió.

Capítulo 1

Me críe con la sensación de que lo bueno siempre desaparece cuando te aferras a ello. El primero en abandonarme fue mi padre. Se marchó con una mujer, por lo visto más atractiva y perspicaz que mi madre. Mi madre, mi hermana y yo pasamos dos años solas, pero los constantes bufidos de exasperación de mi madre eran señal inequívoca de que aquello no duraría. Ella era de las mujeres que necesitaban un hombre a su lado, no sólo para llenar la noche con gemidos, sino para concederle estabilidad emocional y económica. Tras un par de años acumulándose recibos atrasados, apareció un hombre cuya desproporcionada barriga echaba a perder cualquier traje que luciera. El cabello había desaparecido de la zona superior de su cabeza, contribuyendo al efecto corona de laurel, pero sin aires de realeza. Tenía treinta y cuatro años y la alopecia le había arrebatado cualquier atractivo. Más tarde comprendí que el dinero puede sustituir la falta de atractivo así como otras cualidades. Se presentó ante nosotras como una promesa de que las cosas podrían mejorar. Sin embargo, la promesa quedó rota cuando, tiempo después, golpeó a mi hermana por preguntarle dónde estaba su pelo. Hay hombres cuya inseguridad es tan grande que no saben gestionar anímicamente el comentario de una niña, por muy desconcertante que éste sea. Nick Pegg resultó ser alguien así; levantaba su puño en forma de martillo en cuanto un argumento estaba lejos de su capacidad intelectual. Aquella fue siempre su respuesta. La violencia.

Los años transcurrieron y, aunque las respuestas no variaron, los recibos atrasados disminuían y mi madre se mostraba satisfecha. Ella trataba siempre de hacernos ver que éramos de nuevo una familia completa. Nunca le pregunté si echaba de menos a mi padre; algunos sentimientos requieren de una inteligencia emocional que no estaba a su alcance. Mi madre volvía a sonreír y esto parecía crear un aparente bálsamo de felicidad. Mi hermana no sonreía y yo había aprendido a fingir felicidad en presencia de los demás. Era al encontrarme sola en mi habitación, que me despojaba de mi máscara, me colocaba mis auriculares y giraba la rueda del estéreo hasta que mi cabeza se atiborraba con los acordes de *rock*.

Nick trabajaba en la venta de coches usados Pegg's Motors, un pequeño

pero próspero negocio ubicado a las afueras de Birmingham, en el estado de Alabama. Era lo suficientemente rentable como para que mi madre no trabajara y recibiese un coche como regalo. Nunca la vi ensanchar tanto su sonrisa como aquella vez cuando Nick le cubrió los ojos y la condujo hasta el jardín. El Buick rojo que centelleaba al sol del verano de 1976 fue el motivo de una de mis palizas. Al abrir mi madre los ojos, corrió hacia el coche y lo acarició de manera pasional. Aquello debió de despertar algo en Nick, ya que fue en pos de ella para tocarla. Aunque por aquel entonces contaba sólo con doce años, conocía los diferentes modos de tocar de los hombres. La escuela era terreno próspero en la educación sexual y yo había tenido mi primer fracaso con un chico. Aquel tipejo manoseaba a mi madre como lo hacían los muchachos de la escuela. Sin atender más que a su propia necesidad, olvidándose de que estaba delante de una chica, o en el caso de mi madre, de una mujer. Cogí de las manos a mi hermana y entramos en casa. La llevé a nuestra habitación y le entregué su libreta de dibujos para colorear. Ahogué los gemidos de mi madre cerrando la ventana y dejando que Robert Plant, el vocalista de Led Zeppelin, ocupara el silencio del cuarto. *Stairway to heaven* me evadió por unos minutos con su mensaje de una escalera hacia el cielo, pero la escalera que yo pronto comenzaría a descender iba camino al infierno.

Mi madre pasó el resto de la semana despertando la envidia del vecindario. Rodaba por Birmingham al volante del coche mientras mi padrastro trabajaba en Pegg's Motors. Exhibía una flamante sonrisa. En ocasiones, yo la acompañaba desempeñando mi papel de chica feliz. Recuerdo que mi madre me preguntaba a qué tiendas quería ir primero; mi dedo señalaba una al azar, haciéndole creer que en verdad todo aquello me atraía. Si bien es cierto que en un par de veces accedí a comprarme tejanos y camisetas negras, era mi madre quien arrasaba con todo. Nunca había sido de ese modo, pero el dinero es capaz de cambiar a las personas. Sobre todo, a quienes siempre esperaron una oportunidad así. Asaltaba las tiendas con una recién adquirida autoridad. De pronto, y aunque Birmingham no era Hollywood Boulevard, empezó a mirar al resto de mortales por encima del hombro. Vestidos pomposos, zapatos caros y gafas de sol engalanaban a mi nueva madre.

En una ocasión, cuando llegué de clase acompañada de mi hermana, la vi preparando la comida, y aproveché que Nick no había regresado para comentarle que golpeaba a Ruthie por motivos que no me parecían correctos.

Como la vez que le derramó el café sobre una camisa nueva. ¿Merece el despiste de una niña sordomuda una paliza? Mi madre usó evasivas para no reconocer los hechos.

—Es un buen hombre, cariño. Lo ha pasado mal en su anterior matrimonio. Tengamos un poco de paciencia.

Tres frases que me repitió hasta la saciedad. Y por muy mal que se pusieran las cosas, siempre recurría a ellas, como si no tuviera otro repertorio.

Mi padrastro llegó minutos después, y enseguida advertí el cambio en la expresión de mi hermana. Sus ojos se abrieron llenos de pavor, como si se encontrara delante de un monstruo salido de una pesadilla. Le dirigí una mirada feroz a mi madre, pero ella, ausente de la realidad, se dirigió hacia Nick, y cuando fue a abrazarle, él la apartó a un lado.

—Voy a darme una ducha. Que la comida esté lista para entonces.

—Lo estará —contestó mi madre con una sumisión que yo detestaba.

Antes de abandonar la cocina, Nick me envió una mirada repleta de información. Por aquella época había cumplido los trece años y la vida me enseñaba a marchas forzadas. Así que pude traducir que no me apreciaba demasiado, y que podría convertirme en un inconveniente para él. Le apuñalé con mis ojos marrones y cerré los puños de impotencia. A continuación, cogí a mi hermana y salimos de la cocina en dirección a nuestro cuarto.

La habitación era una división de dos edades y formas de pensar diferentes. El lado de Ruthie estaba repleto de viejas muñecas que le había comprado nuestro padre. Las nuevas muñecas, pagadas con la venta de coches de Nick, llenaban dos cajas debajo de la cama. Sobre su mesita dormitaba una fotografía familiar. La colcha de su cama era rosa y mullida. Todo un mérito a la dulzura y a la inocencia. En todo caso, era mi hermana, y mi cariño por ella era indescriptible. Y me gustaba que rechazase las muñecas de Nick. Eso le confería claridad de ideas y determinación aun a sus nueve años.

Yo era lo que mi padre denominaba una «chica mala». No es que hiciese nada; mi expediente policial aún no existía y sobre mis labios no se alojaban cigarrillos. Y que recuerde no había roto plato alguno. Me lo decía al desobedecerle, pero luego siempre terminaba por sonreírme. Solía reprenderme por chillar como una histérica; tal vez, mi garganta chillaba por mi hermana y por mí. Ruthie gesticulaba el aullido de un lobo en su dulce intento por imitarme. También solía culparme por lo nerviosa que ponía a mi

madre, por aquella época una mujer sin dinero. Pero él nunca me pegó, sólo algún que otro cachete en mi trasero. Prefería ocultar el estéreo nuevo y dejarme sin mi *rock*, porque sabía cuánto me gustaba. Siempre había pensado que era un castigo terrible. Qué equivocada estaba.

Fui una chica alejada de los cánones de belleza establecidos. Mis curvas no eran vertiginosas, ni mis pechos ofrecían consuelo a la vista de ningún chico. Era delgada como un palo y mi cabello negro caía como esparto sobre mi espalda. Sin embargo, la benevolente naturaleza había decidido al menos consolarme con una cabeza llena de ideas interesantes. El cariño sobrante de mi corazón era para las historias que escribía y que por supuesto tarde o temprano publicaría. Estas señas de identidad daban vida a mi lado del cuarto. Estanterías con libros, con el estéreo y los discos de Led Zeppelin entre otros grupos de *rock*. Una pintada realizada por mí tras el abandono de mi padre y que decía *I Love Rock and Roll* resaltaba en negro sobre la pared blanca. Mi madre me amenazó de tantas maneras diferentes que su boca se saturó de palabras. Sin embargo, nunca materializó ninguna de sus amenazas. Me insistió un centenar de veces que limpiara la pared. Me excusé con una mentira creativa, diciéndole que la pintura industrial no se podía quitar. Y afortunadamente la idea de pintar encima nunca la mencionó. Aunque de haberlo hecho, yo habría recurrido a mi desobediencia habitual. Mi padre siempre tuvo razón; yo era una «chica mala».

Las libretas garabateadas con mis relatos se encontraban en el cajón. A lo largo de los años había acumulado tres de ellas, y es que nunca encontré mejor forma de alejarme de las situaciones negativas. Escribía acerca de la amistad, el amor y la felicidad. Me gustaba escribir ficción.

En el presente, como mujer adulta, recorro al romance y al erotismo porque existe una creciente legión de lectores. Sin embargo, la editorial a la que le salvo la cuenta corriente con cada una de mis novelas me sugirió tejer un relato verídico. Aquello suponía un cambio de registro literario, pero me resultó interesante el reto. Y *ella*, sin duda, merece este bonito homenaje. Ambas lo merecemos.

La nueva situación familiar se desmoronaba paulatinamente. No para mi madre, quien lucía con furiosa satisfacción cualquier regalo de Nick. Las pulseras tintineaban en sus muñecas, sobre el escote exhibía un collar de plata. Estaban viviendo una luna de miel donde mi hermana y yo no teníamos cabida.

A los catorce años conocí a un muchacho que mi padre no sólo habría

catalogado como un «chico malo», sino como un delincuente peligroso. Rob tenía una exitosa carrera como ladrón de radiotransistores de coches para venderlos después. Lo que me cautivó de él fue su forma de mirarme; ya no era un objeto feo carente de carne, ni siquiera una radio que vender. En sus palabras, era una chica interesante, con una belleza que no se veía con los ojos. Rob no sólo robaba radios, fue también ladrón de mi corazón. Tenía diecisiete años y esto contribuía a que lo viese como alguien mayor, con más experiencia. Un modelo fiable a quien seguir. Al fin y al cabo, yo era una «chica mala».

Y como adolescente, pensaba que los malos se comprenden de un modo especial. Una persona mala nunca te juzga, porque sufre el peso de sus propios problemas. No te ayuda, pues no conoce las soluciones. Sin embargo, te abrigan sus abrazos y sientes que lo que os une, sumado al amor, ahuyenta los problemas por algunos minutos. Durante esos minutos volvía a creer en la felicidad, el amor y la amistad.

Los padres de Rob se divorciaron cuando contaba con doce años. Debido a los antecedentes de alcoholismo de la madre, la custodia le fue entregada al padre. Pero me contó en infinidad de ocasiones que no le gustaba vivir con él. La idea de escapar de casa había rondado por su cabeza mucho tiempo; nunca la llevó a cabo porque no quería huir solo.

Mis primeros cigarros llegaron de la mano de Rob. Tuve problemas en la escuela por ello. Las alumnas más remilgadas murmuraban a mi espalda; otros alumnos no le concedieron importancia alguna, ya que yo no era popular. Fueron los profesores quienes decidieron enviar una notificación a casa para informar a mi madre y a Nick, no sólo de mis nuevas aficiones perjudiciales, sino de mi escasa asistencia a clase. En las primeras ocasiones había entregado al profesor justificantes firmados por mí. Supongo que había empezado a hacer lo que algunas personas, entre ellos mi padre, denominarían cosas malas. Luego, sencillamente, lo descuidé al no importarme. Prefería estar junto a Rob, escuchando su filosofía acerca de la vida real, que al profesor de Historia narrar la Guerra de Secesión sin haber sido testigo de ella. Rob siempre fue testigo de lo que contaba, no mentía. Si desconocía algo, era capaz de reconocerlo humildemente y preguntarme a continuación si yo sabía algo al respecto. Contaba conmigo, mi pequeña aportación le importaba. En su trabajo nunca ejercía la violencia, si advertía problemas a la hora de robar una vieja radio, lo dejaba para otra ocasión. Sabía gestionar su negocio con eficacia.

La notificación llegó a mi casa el 21 de febrero de 1978. Una fecha grabada en mi piel a golpes. Desafortunadamente, quien se ocupó del correo aquel día fue mi padrastro, puesto que mi madre se encontraba, según me confesó después ella, en una nueva peluquería. Nick me esperaba en mi cuarto, invadiendo el borde de mi cama con su odioso trasero. En una mano sostenía una correa de piel cuya rigidez pronto comprobaría. Con la otra mano arrugó la notificación y me la lanzó a la cara; no necesité leerla, sabía lo que era porque uno de los profesores me había anunciado el envío. Aquel hombre, el monstruo que hacía gritar a mi madre, se abalanzó sobre mí y me hizo gritar también, pero no de placer. Nadie acudió en mi ayuda. Mi padrastro era considerado una «buena persona». Yo, por el contrario, era una «chica mala».

Después de golpearme hasta satisfacer sus ansias de violencia, se marchó dando un portazo. Yo quedé tendida en el suelo entre sollozos. Las lágrimas ruidosas nunca fueron mi estilo, y ese monstruo no lograría que armara demasiado alboroto. Con mis catorce años traté de defenderme, le firmé el rostro con la rabia de mis uñas, lo que contribuyó a que la correa cobrara más fuerza. La piel de mis brazos se abrió en líneas rojas. La ropa evitó más cicatrices. Cuando creí que ya me había compadecido de mí durante bastante tiempo, dejé de sollozar y aspiré todo el dolor. Lo sepulté dentro de mí, en un lugar secreto al que sólo yo he tenido acceso todo este tiempo... Y ella.

Mi madre entró en el cuarto luciendo su nueva permanente electrificada. Dejó caer las bolsas al verme tendida sobre la cama, con el rostro mordido por la hebilla de la correa, mientras Suzi Quatro colmaba mi habitación con su tema *Suicide*. No me preguntó qué había pasado porque Nick la había puesto al corriente con una versión de los hechos digna de ostentar el diploma de padre del año. Y mi madre, cuya perspicacia escaseaba en momentos de urgente necesidad, sólo me dijo que no volviera a ausentarme de clase, ni a falsificar su firma. En boca de ella, la situación parecía justificar la violencia. Me limité a apartar la mirada hacia el cajón que contenía mis libretas. Mi madre no se interesó en saber mi versión de lo acaecido. Cogió las bolsas con ropa y zapatos nuevos y cerró la puerta. Al rato entró mi hermana con un vestido amarillo que la convertía en una princesa de cuento de hadas.

Te ha pegado también, me expresó con señas.

—No es nada. Ven aquí —le pedí, atrayéndola con un gesto de brazos. Corrió con sus piernas cortas y la abracé durante una eternidad, porque las

«chicas malas» también necesitábamos amor.

Evité citarme con Rob durante varios días, hasta que desapareciera la huella de los golpes. Sobre todo en mi mejilla. Quería tratar por todos los medios de ocultárselo, pero en cuanto nos vimos en el callejón detrás de mi casa, lo advirtió. Había recurrido al exceso de maquillaje para disimular mi mejilla, pero no fue suficiente. ¿Cómo ocultárselo a quien conocía cada centímetro de mi cuerpo? Me perforó con sus ojos, y rehusé decirle la mentira que había ideado: todo se debía a una pelea con una mala persona. Pese a ser cierto, puesto que había aprendido a mezclar verdades y mentiras, creí que mi novio merecía conocer la realidad. Ya le había explicado en anteriores ocasiones que mi padre nos había abandonado y que Nick Pegg hacía de perro guardián. Nunca le había dicho que pegaba a mi hermana, y cuando le revelé lo sucedido por la notificación, el coche se llenó de ira. Fue la primera vez que sentí su deseo de hacer daño. Por lo visto, el amor de Rob no era pasivo, y si alguien me había hecho daño, el corazón de él se estremecía de rabia. Yo sabía que el hermano de mi padrastro era policía en Birmingham, y le persuadí para que lo olvidara. No quería iniciar una ola de venganza por haber hecho novillos deliberadamente y fumar. Reconocía mi parte de culpa. Mi diplomacia pareció calmarlo. Luego nos besamos y mi dolor menguó.

Cuando terminamos de satisfacernos mutuamente, analizamos la posibilidad de escaparnos de casa. Sin embargo, había un detalle que me detenía. No podía abandonar a mi hermana pequeña, y el corazón de Rob ya estaba ocupado por mí al completo y no cedía espacio a nadie más. Nuestro primer intento por escapar quedó en sólo una idea.

Siempre había sido una chica selectiva con mis amistades; prefería unos pocos amigos con los que ser yo misma, que una legión cuya presencia silenciara mi libertad. Sobre todo, evitaba ir con muchachas remilgadas y obedientes, que únicamente aspiraban a ser una prolongación temporal de sus padres. Valoraba a las personas que pensaban por sí mismas. Joyce Swan era una candidata perfecta, otra «chica mala» despreciada por ser auténtica. Odiaba las faldas y cualquier prenda que le hiciese parecer dócil. Ni siquiera recurría al maquillaje para atraer a los chicos, le bastaban sus manos para agarrar lo que le venía en gana. Usaba tejanos negros y botas, alguna que otra camiseta rasgada y mucho coraje para plantar cara a quien osara incriminarla por su aspecto. El día que Joyce me vio por los pasillos de la escuela y escuchó de mi boca rechazar su oferta para saltarme la siguiente clase, me

preguntó qué ocurría. Desvié la vista hacia las taquillas para ocultar la mejilla dañada. Me abracé a mí misma, como si una ráfaga de viento se cerniera a mi alrededor. Al resistirme a contestar, Joyce me aferró por los hombros y me zarandeó igual que a un muñeco de trapo.

—Dime qué te pasa.

—Nada, nada, nada —dije.

Cuando me sujetó por los brazos, esboqué una mueca de dolor. La miré de soslayo con el cuello aún vuelto hacia un lado. Joyce frunció el ceño tanto que me hizo pensar en una caricatura de tira cómica. Sonreí y el dolor menguó un poco. Entonces ella, conducida por su entusiasmo, presionó de nuevo. Apreté los molares.

—¿Qué mierda te pasa?

La miré a los ojos y ella miró a los míos. Aprecié cómo éstos descendían hasta mi mejilla.

Acabé saltándome la siguiente clase y confesándole todo. Joyce podía ser realmente convincente cuando se lo proponía. Y como verdadera amiga, se interesó por saber qué me sucedía. No era de las personas que coleccionaban problemas ajenos para esparcirlos después entre las alimañas del periódico escolar. Escuchó mis palabras y, por su expresión, supe que sintió cada golpe de la correa de Nick. Se arrojó a mis brazos y me ofreció a Mandíbulas para embestirlo sobre Nick. Mandíbulas era su perro de peleas ilegales. Rehusé su oferta. En mi estatus de «chica mala» no entraba el asesinato, porque era lo que habría hecho su pitbull terrier. Había visto a ese perro ganar multitud de peleas ilegales a las que era aficionada Joyce. Lo importante es que ella se había prestado a ayudarme, aunque fuera con sus condiciones extremas. Entre Rob y Joyce me sentí protegida.

Durante los meses siguientes rehuía a Nick cuando estaba en casa, al punto de comer sola en mi habitación. Yo era la oveja negra que estaba rompiendo el sueño de mi madre: ser una familia completa. Le repliqué varias veces que las familias no se edifican en torno al dinero, sino en el amor. Siempre guardaba silencio. Las conversaciones con mi madre nunca se extendían demasiado; no era mujer de palabras profundas. En ocasiones, estando comiendo en mi habitación, aparecía mi hermana pequeña con una manzana en sus manos regordetas y me la entregaba. Los pequeños gestos encierran grandes significados. Recuerdo que esas manzanas siempre sabían mejor.

—Siempre llevas puesto ese vestido —le amonesté entre bocado y

bocado.

En señas, me dijo que le gustaba mucho.

—Pero está comprado con el dinero de Nick. Además, te hace parecer boba.

Negó con la cabeza enérgicamente y me aseguró que lo había comprado mamá.

Había oculta una gran verdad en lo referente a que le gustaba mucho el vestido. A día de hoy a mí también.

El paso del tiempo no atenuaba mis sentimientos negativos hacia Nick. Y por lo visto, los suyos tampoco disminuyeron. Fue por aquella época cuando comenzó a rondar por su cabeza el ingresarme en la Institución Morris, una escuela educativa situada a las afueras de un pueblo llamado Past Grove. Mi presencia lo irritaba, mi aspecto lo enfurecía. Mi cabello lucía siempre grasiento, mis camisetas y tejanos deslucidos contribuían a la foto en blanco y negro de la existencia.

—Pareces una mierda con ropa. Las jovencitas deberían usar faldas, no comprendo esta nueva moda por pareceros a los hombres. No sois hombres, ni lo seréis nunca, a Dios gracias —decía cuando tenía ocasión. Luego inclinaba la lata de cerveza sobre sus labios y bebía como si el comentario mereciera una gratificación.

No replicaba sus comentarios. Conocía mi aspecto, y si acaso tenía la osadía de olvidarlo, el espejo se mostraba feliz en recordármelo cada mañana. Sin embargo, no me importaba. Había más amor en mi relación con Rob, que en la relación de mi madre con la tarjeta de débito y Nick, su hombre para todo. Como decía mi novio, yo era interesante y mi belleza no se visualizaba con ojos físicos.

Sin embargo, en una ocasión, me vi forzada a contestarle. Ocurrió el 23 de mayo de 1978. Acudí a la cocina en busca de pan de molde para aplicar generosas cantidades de crema de queso cuando reparé en la presencia de Nick, sentado a la mesa mientras murmuraba algo al periódico con que cubría su rostro.

—¿Has leído esto, querida? Un psicólogo asegura que los padres debemos respetar el espacio de convivencia de los hijos, y que ellos ahora maduran antes. Estúpido intelectual, debería ver a nuestra Connie. Esa idiota no sabe ni vestirse como es debido.

Entonces miró por encima del periódico y me vio con la bolsa de pan de molde meciéndose en mi mano.

—Ah, eres tú. Pensaba que era tu madre —espetó, como si le doliera—. Dame una cerveza.

—Cógela tú —dije, y me aproximé al cajón de los cubiertos con el pan y el recipiente de queso.

—Tu actitud es cada día más intolerable, jovencita. —Se levantó y se dirigió a la nevera. La panza se desprendía sobre la correa con la que me había pegado. Aunque la imagen de ver la barriga de Nick meciéndose como gelatina era divertida, el recuerdo de la correa diluyó cualquier intento de humor.

—¿Sabes? Te sugiero que seas más respetuosa conmigo y con la nueva familia.

—¿A esto lo llamas familia?

Entonces se volvió hacia mí, con la lata en la mano y un semblante colérico.

—Exacto. Y es una buena familia. Incluso Ruthie parece ir aceptándome.

—Tonterías —dije de espaldas a él mientras deslizaba el cuchillo sobre la primera rebanada.

Escuché los pasos de Nick detrás de mí, segundos después su repugnante aliento rociaba mi cuello.

—Tú eres la única que falla aquí. Estaríamos mejor sin ti.

Todo intento por contenerme resultó inútil. Me volví con el cuchillo en la mano, y ésta temblaba de rabia.

—Yo soy la que estaría mejor sin ti, gordo asqueroso.

Desconozco por qué no me golpeó, aunque sí vi sus puños cerrarse. Lo atribuí a que la visión de una muchacha sosteniendo un cuchillo amenazadoramente inducía a no hacerlo. Yo no tenía pensado usarlo. El movimiento había sido instintivo, rápido y lejos de cualquier reflexión. Sin embargo, dio resultado y con eso bastaba. Evité una segunda paliza.

La tensión continuaba acumulándose entre mi padrastro y yo. Mi madre parecía ajena a todo; se limitaba a mostrarme los nuevos vestidos que adquiría a precios escandalosos. También me invitaba a acompañarla y renovar mi vestuario, cosa que yo rechazaba excusándome con que luego iría con Joyce; en otras ocasiones le decía que estaba ocupada con tareas escolares. Era entonces cuando salía de casa rumbo al encuentro con Rob, quien por aquella época insistía en enseñarme a conducir. La idea me fascinaba.

Una «chica mala» al volante de un coche. Me gustaba el aire liberador que sugería aquello. Confieso que por mi cabeza surcó la tentación de pedirle a Nick prestado el Buick, pero lo sucedido presenta tintes más dramáticos.

Capítulo 2

Las primeras prácticas las realicé en el Mustang de Rob a las afueras de la ciudad. Territorio destinado a derrapes, carreras y encuentros de pandillas. Los martes escaseaba el ambiente, algo necesario para que nadie se riera de la torpe Connie Merrill, o sea yo, dando tumbos y levantando polvo por el abuso del freno. La paciencia fue una de las grandes virtudes de mi novio, quien me explicaba todo con sumo cuidado. Sin embargo, yo experimentaba la sensación de que mis manos y pies no eran suficientes para dirigir el automóvil. De pronto, los pedales parecían multiplicarse y yo no atinaba con el correcto, provocando aceleraciones, frenazos y calados. La situación empeoraba cuando tenía que soltar una mano del volante para coger la palanca de cambios. Siempre me pregunté cómo podían conducir tan tranquilos los adultos y el resto de mortales. Yo siempre tuve la sensación de estar ante los mandos de un reactor.

—Tranquila, cariño, inténtalo de nuevo —solía decirme—. Se te ha calado. Adelante, inténtalo otra vez.

Repetía ese tipo de expresiones hasta lograr fatigarme mentalmente.

En mis peligrosos inicios, nunca aumentaba de la segunda marcha. Creía que la velocidad alcanzada era más que suficiente para llegar viva a cualquier destino. ¿Quién podría tener tanta prisa? La vez que decidí adentrarme en el inexplorado universo de la tercera marcha, Rob se encendía un cigarrillo de marihuana y mi pesado pie hundía sin remedio el pedal del acelerador. Rob había olvidado explicarme que a mayor velocidad el volante se volvía más sensible. Así que no logré mantener el coche estable. Por un segundo tomó vida propia y se dirigió hacia el muro bajo que dividía aquellos terrenos.

—¡Los mandos no responden, tío!

—Tranquila.

—¡No sé estar tranquila en un momento como éste!

Las manos me sudaban, las gotas de más sudor se deslizaban por mi frente. Abrí tanto los ojos que parecían a punto de desprenderse sobre mi cara. No sabía qué creía ver Rob ante nosotros, pero, por lo que a mí respecta, el muro parecía estar alzándose como la muralla de un castillo. Supuse que él divisaba un muro inofensivo.

—Sólo gira suave, cariño.

Mis nervios, sumados a mi desconocimiento acerca de la sensibilidad del volante, hicieron que «girar suave» fuese en realidad un volantazo que convirtió el Mustang en una enorme embarcación escorándose en alta mar.

—¡Maniobra de contravolante, Connie! ¡No aceleres más! —exclamó Rob, cuyas manos soltaron el cigarrillo y acudieron en mi ayuda. Se aferraron al volante dirigiendo el derrape. La ventisca de humo y polvo cubrió mi mundo por un tiempo incalculable. El trompo se había producido en cualquier caso. El Mustang Shelby del 67 de mi novio tenía tracción trasera, pero son cosas que fui aprendiendo con el tiempo.

—¿Lo siento?

—No pasa nada, cariño. Esto pasa cuando dejas que el miedo se apodere de ti —dijo.

Cuando la ventisca amainó, la muralla del castillo resultó ser un muro que no se alzaba más que un metro del suelo. El miedo puede aumentar las cosas. También aprecié que la marcha estaba en tercera posición, y aún había una cuarta. El Mustang podía alcanzar la espantosa velocidad de doscientos kilómetros hora. Llegué a la conclusión de que el mundo había perdido la cabeza.

Dos semanas después, cuando acompañé a mi novio por primera vez a una de sus incursiones nocturnas, averigüé por qué cabría correr tanto. No sé por qué me embarqué en aquella situación. ¿Ingenuidad? ¿Búsqueda de nuevas emociones? Estaba a punto de cumplir los quince años y pensaba en la vida como un aburrido círculo que condecía siempre las mismas experiencias. Mi madre y sus vestidos nuevos empezaban a resultarme copias de otras copias. Y cuando abría el ropero para ofrecerme el privilegio de contemplar su majestuosa colección, una arcada cobraba vida desde mis entrañas. Nick y su vientre vertiéndose sobre su odiosa correa imprimía en mi cabeza una imagen amenazante. Mi hermana estaba conociendo nuevas niñas en la escuela para sordomudos a la que fue inscrita; ella era diferente a mí, una niña dulce y correcta que distaba de mi modo de ver la vida. Mi tren de la pubertad llegaba a la última estación, donde saqué un billete con destino a la adolescencia. Un viaje a lo desconocido, lo recóndito, y mis hormonas empezaron a gritar, a enfurecerse. Quería romper con la rutina, con los mismos rostros abatidos de cada adulto correcto, detestaba convertirme en uno y pasar a formar parte de la legión de *zombies* del mundo. Creía que la vida era algo más, un sorprendente regalo listo para apropiarte de ello cuando

se estaba lista. Y yo lo estaba.

Alojé un cigarrillo en mis labios, guardé el paquete en los tejanos y descendí por las escaleras. Mi cabello de esparto golpeada con dureza sobre mi espalda. Hice caso omiso al requerimiento de mi madre. No más vestidos, no más falsas muestras de felicidad, yo no era feliz y ansiaba serlo. Era hora de ser yo misma. Connie Merrill estaba lista y salió a la noche del 14 de septiembre de 1978. Rob me había pedido que llevara ropa negra. Fue un placer complacerle. Las botas golpearon cada escalón del porche, luego pasaron a añadir a la noche el susurrante sonido de mis pasos sobre la hierba. La camiseta negra se pegaba a mi torso raquítrico.

Rob esperaba junto al Mustang. Lucía una gorra negra y una chaqueta de cuero que lo fundía con la oscuridad. Las manos, enguantadas en piel. Me sonreía mientras asentía satisfecho. Miró en derredor antes de abrazarme. Sus muestras de afecto alejaban de mi vida toda desgracia.

La víctima era un vehículo estacionado en un callejón que dividía dos propiedades, un Lincoln Continental del 65. Mi contribución al éxito de la operación se limitaba a permanecer oculta en la esquina y avisar si advertía cualquier contratiempo. El cuerpo escuálido causante del rechazo de muchos chicos fue favorable para ocultarme entre una alta valla de madera, un grupo de cubos de basura y un poste del tendido eléctrico. Al pie de un cubo dormitaba un excremento de perro. Entonces evoqué las palabras de mi padrastro.

Pareces una mierda con ropa.

Sacudí la cabeza alejando el pensamiento.

Escuché mi respiración acompasada con los latidos, que eran más fuertes esa noche. Oía al final del callejón a Rob manipular la portezuela; luego un golpe seco que atribuí a la rotura del cristal por no poder ser abierta con la ganzúa. No le había preguntado cuánto tiempo necesitaba para extraer la radio. Sin embargo, el tiempo empezó a comportarse como astillas hundidas en la piel. Cada minuto se volvió una dolorosa espera.

Entonces, una ventana de la vivienda unifamiliar a mi espalda se iluminó. La luz alcanzó la valla de estacas de madera. Yo me encontraba en la esquina de la valla, a salvo de ser descubierta, pero la figura recortada contra la ventana no dejaba de husmear el aire como una bestia al acecho.

—Eh, tío, apresúrate —susurré de forma tan débil que no supe si fue suficiente para que Rob lo oyera. Él continuaba inmiscuido en su tarea. Si aquello era a lo que dedicaba Rob varias noches al mes... Me pregunté si el

riesgo le compensaba económicamente.

A continuación, se encendió la bombilla del porche y el quejido de una puerta abrirse quebró el silencio de la noche. Más luz se acumuló sobre la esquina en la que yo permanecía. Me agaché. La valla parecía absorber la luminosidad al otro lado, como un velo fantasmagórico.

—Rob. Hay un tipo husmeando.

El callejón, usado por el inocente propietario del coche, restalló con los pasos de Rob.

—No me llames por mi nombre, tontita —me murmuró al oído, y me besó en la mejilla. Aplicó el haz de luz de su linterna sobre la radio de transistores. Luego la apagó.

—¿Hola? —dijo el dueño de la casa—. ¿Hay alguien ahí?

Rob llevó su dedo enguantado a mis labios, pidiendo silencio, y me instó a que lo siguiera hasta el Mustang. Temblé de pies a cabeza al pensar que mi contribución incluía también conducir el coche hasta zona segura. Sin embargo, fue Rob quien se puso al volante. Me entregó la radio y dio orden de que rodease el Mustang. Ocupé el asiento del acompañante. Cuando volví el cuello, apareció un tipo enfundado en bata saliendo a la acera. Agitó los brazos al vernos, pero afortunadamente no había entendido nada. El problema vino de una casa en la acera de enfrente, donde había una mujer plantada, boquiabierta y señalando el Mustang con aire de entendimiento. Según averigüé por el periódico a la mañana siguiente, aquella ciudadana modelo había avisado a la policía en el mismo instante en que Rob se internaba en las tinieblas del callejón. Problemas de insomnio, declaró.

Regresé la vista al frente. Una enorme y ruidosa luz azul inundó la esquina delante del Mustang, a unos cincuenta metros. El frontal del coche patrulla creció al tiempo que el Mustang frenaba y viraba en redondo. El mundo de alrededor se desplazó como en un tiovivo. Me aferré al pasamanos y contuve la respiración.

¿Emociones fuertes?

Allí estaban, manifestándose como una pesadilla que aferró mis tobillos y me arrastró hacia un mundo vertiginoso. El coche de Rob finalizó de girar sobre sí mismo y en un segundo circulábamos a toda velocidad en sentido contrario. Vi la expresión de sorpresa del hombre en bata cuando lo dejamos atrás. Rob dominaba la palanca de cambios con violencia. Sus manos parecían desenvolverse perfectamente con los mandos. Con los ojos desorbitados, vi cómo la aguja del cuentakilómetros se desplazaba sobre los

números. La calle pareció entonces adquirir la prolongación tubular de un túnel. Mi espalda se pegó al respaldo con la sensación de estar despegando en un avión de pasajeros.

—¡Agárrate, Connie!

Resollé, mi corazón subió hasta la garganta y mi estómago quedó reducido a una nuez. El coche patrulla ganaba terreno en el retrovisor, la luces rodantes llenaban cada rincón de oscuridad. Rob acudió de nuevo a la palanca de cambios y descendió a tercera para tomar la curva de Main Street. Entonces el coche rugió, haciéndome sentirme atrapada en las entrañas de una bestia de acero. Cuando viró a la izquierda, Rob recuperó la cuarta marcha y pisó a fondo. La aguja del marcador de velocidad se estrelló contra el borde opuesto.

—¡No nos cogerán, cariño! —gritó.

No me atreví a replicar. Ni siquiera me moví. Estaba siendo catapultada hacia el infinito. Sin embargo, un hecho era incuestionable: si la policía me ponía las manos encima, más tarde sería Nick quien lo haría con la correa.

Cerré los ojos y reprimí mis gritos. Escuché reír a Rob, quien parecía encontrarse en su hábitat natural.

El Mustang giró, frenó y aceleró una multitud de veces. Mi cuerpo se meció al ritmo de las curvas y los volantazos. Parecía una marioneta siendo llevada contra mi voluntad. Supongo que Rob adivinó el terror en mi cara encogida.

—No te preocupes, cariño. Ya he escapado de esos zoquetes un par de veces.

Un par de veces no garantizaba el triunfo de esa carrera. Una carrera cuyo final no divisaba. De pronto, la luz rotatoria pareció disminuir, lo que me hizo abrir los ojos, mirar por encima del respaldo y contemplar cómo el coche patrulla se empequeñecía en la distancia. Mi corazón moderó el embate y la posibilidad de ser sepultada a golpes se perdió en un horizonte de dudas.

—¡Qué te dije, cariño! ¡Soy el mejor!

—Menudo desastre. —Mi voz vaciló.

El automóvil rodaba por vías exteriores. Rob había decidido abandonar la ciudad. Cubrió la distancia hasta la siguiente salida, que tomó y se internó de nuevo en una carretera flanqueada por árboles. Miré por encima del respaldo en varias ocasiones para convencerme a mí misma de que la policía había desaparecido. El punto reducido en la lejanía estaba oscuro, pero pronto se encendió por las luces rotatorias; las estridentes sirenas parecían anunciar

que jamás se darían por vencidos.

Los faros del Mustang, aparte de delatar nuestra presencia, rasgaban la negrura e hicieron ver a Rob la vieja fábrica abandonada. El coche patrulla se encontraba a una distancia que aún conseguía aliviarme. Tras tomar una curva cerrada, el Mustang atajó por un sendero pedregoso que atravesaba el bosque con dirección a la fábrica maderera. Avanzaba sólo con las luces de posición. Tras varios metros de terreno inestable, ramas golpeando sobre el parabrisas y escuchando el chasquido de las piedrecitas bajo el coche, finalmente apareció un claro y la verja metálica de la fábrica. El sendero continuaba hasta perderse en el bosque.

Rob frenó en seco y dijo:

—¿Confías en mí?

—¿Eh?

—¿Confías en mí, cariño?

—Sí.

—Baja del coche y regresa a pie. Si me cogen nadie sabrá que has estado conmigo.

—¿Eh?

—Vamos, rápido. No quiero que tengas problemas por mi culpa. Baja. ¡Ya!

Rob alargó el brazo y abrió la portezuela de mi lado.

La sirena del coche patrulla se escuchaba cada vez más cerca.

—¡Vete!

Salté del automóvil sin decir nada. El torrente de palabras se había atascado en mi boca. El Mustang aceleró por el sendero y cuando lo perdí de vista, me apesó un frío glacial. No me sentí mejor por encontrarme a salvo. Temía por Rob. Desconocía todo lo referente a leyes, pero no quería que la siguiente cita fuese tras un cristal y con un teléfono en mano. Lo que había hecho por mí lo posicionaba en la categoría de los héroes, y como aspirante a escritora sabía dónde terminaban.

La fábrica se alzaba en medio del claro, cercada por la verja y oculta por la espesura de los pinos. De no ser por la horrible sirena del coche patrulla que pasaba de largo por la carretera, el silencio sería el máximo dominante. Me encontraba a unas tres millas de casa, así que, después de implorar al cielo por la suerte de Rob, inicié la marcha.

Rob había conseguido librarme de las garras de la policía; sin embargo, las de mi padrastro cayeron sobre mí cuando entré por la puerta pasadas las

cuatro de la mañana. Había pasado por alto ese detalle; tener catorce años a finales de los setenta no te otorgaba el derecho de decidir tu horario nocturno. Sobre todo si convivías con Nick Pegg. Mi madre permanecía al pie de la escalera, con su bata transparente exponiendo su figura. Su cara manifestaba enojo, pero sin duda no podía competir con la cólera de Nick, quien blandía la correa lista para lesionar mi piel por segunda vez.

—¿Crees que son horas de llegar? Sólo una furcia merodea a estas horas por la noche.

Me invadieron muchos sentimientos aquella noche. Entre todos destaco el miedo y el repentino deseo de salir corriendo en busca de Rob. El monstruo adivinó mis intenciones, apareció junto a mí y cerró la puerta. Pidió a mi madre que se acostara para imponerme un castigo, en su opinión, justificado.

—¡Mamá! —chillé.

Nick me arrastraba de las muñecas hacia el comedor cuando vi a mi madre apartar la mirada y ascender las escaleras. Sólo tuve oportunidad de gritar una vez más. El primer golpe se estrelló sobre mis labios, partiendo el inferior. El resto se precipitó como una lluvia de meteoritos sobre todo mi cuerpo. Me defendí hasta que el dolor me lo permitió. Le asesté numerosas patadas y arañazos, en su mayor parte fallidos. Terminé corriendo hasta situarme bajo la mesa, donde pude escudarme durante unos segundos. A continuación gateé hacia un rincón del comedor. Allí terminé por recibir mi lección de comportamiento: nunca llegar tarde a casa.

Como «chica mala», sin embargo, aprendí otra lección, consecuencia de mi tercera y última paliza.

Desperté a la mañana siguiente, repleta de magulladuras y contusiones que ardían como fuego. Logré subir el párpado derecho; el otro permanecía pegado sobre el ojo hinchado. El labio inferior palpitaba. Sobre la camiseta se había secado una salpicadura de sangre. Seguí sentada contra la pared al tiempo que experimentaba cómo mi cuerpo irradiaba un dolor incontenible. Aun así, no lloré.

Al escuchar ruidos en las escaleras me arrastré hasta el baño y me dejé caer junto al retrete. No sólo me dolía al mover los labios, sino que no deseaba hablar con nadie.

—Rob —susurré.

Se oyeron armarios en la cocina abriéndose y cerrándose. Toda la urgencia de un jueves cualquiera tenía lugar en casa. Alguien tocó a la puerta.

Mi estado de confusión era tan grande que no reparé en lo débil que sonaba.

—Ocupado —farfullé.

Los golpes insistieron como único medio para anunciar su presencia.

—¿Ruthie? —pregunté. Me levanté haciendo acopio de todas mis fuerzas y giré la llavecita del pomo. Mi hermana apareció con uno de sus vestidos de princesa y me contemplaba sorprendida. Me pareció ver cómo su rostro se enfurecía; apretó los labios y cerró sus diminutos puños.

—No pasa nada, Ruthie. Llegué un poco tarde anoche.

Ella negó con la cabeza enérgicamente.

Nadie más acudió al baño. Nick y mi madre utilizaban el que había junto a los dormitorios desde hacía tiempo. Cuando tuve la absoluta certeza de que mi padrastro había salido de casa rumbo al trabajo, salí a la cocina antes de que mi madre desapareciera.

—Mamá, tenemos que hablar.

Ruthie tomaba un tazón de cereales sentada a la mesa. Mi madre se volvió, luciendo unos negros pantalones de piel y una blusa blanca. Depositó la taza de café en el mármol y asintió.

—Tienes razón.

—Quiero que dejes a Nick.

Ruthie dejó de masticar.

—Hablemos con calma —declaró mi madre, conteniendo un súbito nerviosismo.

—¿De qué quieres hablar? Ese tipo está loco. ¿No has visto lo que hace?

—Nick se está portando bien. Es tu actitud la que me preocupa, hija.

—¿Crees que llegar tarde es motivo para que me pegue de esta forma?

—Connie, él me ha enseñado sus brazos. Le arañaste.

—¡Claro! —mascullé, inclinando mi cuerpo hacia delante—. ¿Querías que me dejara golpear?

—También me dijo que le diste patadas.

—Oh, esto es absurdo. —Me volví con los brazos cruzados—. Si no dejas a Nick me iré con papá.

Aquello cambió el rumbo de la conversación.

—¿Con tu padre?

—Sí, puedo localizarle.

—Adelante. Hazlo si quieres. Pero te recuerdo que fue él quien nos abandonó a la menor oportunidad.

—Él no me pegaba.

—Cariño —dijo, y se acercó—. Sé que es duro pasar por esto; son cambios. Todos debemos hacer sacrificios para llevarnos bien. Nick es un poco autoritario, pero es un hombre muy trabajador y está sacando adelante esta familia. Tu padre... Bueno, tu padre no nos atendía como era debido.

—Esto no es una familia, mamá. —Al finalizar la frase, el ojo superviviente dio muestras de derramar lágrimas. Se lo impedí con un rápido parpadeo—. Y tú tampoco estás haciendo muchos sacrificios que digamos. Vistes cada día con un nuevo modelito.

Mi madre me cogió con suavidad por los hombros, me dejé girar y fijó sus ojos en mí.

—Hablaré con Nick. ¿Te parece bien?

Ruthie había palidecido; sus ojos estaban tan abiertos y luminosos que guardaban parecido con dos bombillas.

Podría haber aceptado el trato, reiniciar mi rabia a cero y hacer como si nada hubiese ocurrido. Sin embargo, no sólo la rabia de la adolescencia tomaba las riendas de mi vida, sino que al mirarme al espejo, el ojo hinchado me recordaría la verdad: Nick es un hombre violento, y aunque tú eres una cabezota obstinada en desempeñar perfectamente tu papel de «chica mala», las personas violentas buscan cualquier excusa para satisfacer su necesidad.

—¿Me quieres?

Mi madre alejó su cara como si hubiese recibido el picotazo de una abeja.

—¿Por qué me preguntas eso? Pues claro que te quiero. Os quiero mucho a tu hermana y a ti. Dios sabe que es cierto.

—Entonces rompe con Nick y empecemos de nuevo.

Las manos de mi madre soltaron mis hombros, como quien deja un bote alejarse a la deriva.

—¿Sabes lo que estás pidiendo?

—Sí. Somos tres mujeres fuertes —afirmé, y aunque mi madre distaba de esa imagen, quería que comprendiera que si se lo proponía podía serlo—. Saldremos adelante.

—Veo que olvidaste las facturas sin pagar, la ropa desgastándose lavado tras lavado.

—¡Mamá!

—Y veo que has olvidado nuestra soledad —dijo, y me dio la espalda.

—¡Mamá! —exclamé; luego, moderando la voz, agregué—: Eso no

importa.

—Por otro lado, Nick tiene mucha razón sobre ti. ¿Por qué no tratas de amoldarte un poco a la nueva situación? Y ya de paso te vistes como una chica decente. Siempre vistes con esas bambas negras y los tejanos desteñidos. Te recomiendo un poco de sensatez. Pronto cumplirás los quince años.

—Egoísta —espeté con los dientes apretados y caminé hacia el vestíbulo.

Mi madre se volvió de nuevo y fue en pos de mí. Me cogió de la muñeca justo cuando me disponía a abrir la puerta.

—Jovencita, tu comportamiento está rompiendo la paz de esta familia.

—¡Esta familia lleva rota desde el principio! ¡A ver si te das cuenta de una vez! —mascullé, y me zafé de ella con una sacudida.

Antes de salir por la puerta, mi madre tuvo tiempo de hundir sus dedos en uno de los bolsillos traseros de los tejanos.

—¡Espera!

Escuché el gimoteo de Ruthie en la cocina.

—¿Qué quieres ahora, mamá?

Extraje el paquete arrugado de cigarrillos y lo contempló como si se tratara de una granada de mano.

—¿Continúas fumando después de tantos problemas causados? —preguntó con aire vacilante.

Le arrebaté el paquete y lo metí en el bolsillo. Con la persecución y la paliza de Nick, había olvidado por completo haberlo guardado la pasada noche.

—Esto no tiene nada que ver ahora. Además, apenas fumo.

—No es ésta la clase de educación que te estamos dando.

—¡Ja! —Tuve ganas de escupir una carcajada. Hacía más de un año que la educación formaba parte de mi ámbito privado—. Tu trabajo como madre terminó. Supongo que ahora ese papel ha pasado a Nick y su correa. A ti te basta con la ropa nueva.

Cerré la puerta con estrépito y me alejé caminando calle arriba. Varias ancianas variaron su rumbo al verme. Gesto realizado por muchachos de mi edad un centenar de ocasiones. Mi aspecto herido no debía de ser muy alentador. Aquellas mujeres me sentenciaron con su mirada de desaprobación. Una «chica mala» a la que no conocían, pero una «chica mala» a fin de cuentas. En el mundo de las máscaras, la sinceridad nunca era

bien recibida. No se preguntaban nunca si necesitabas ayuda, sencillamente se apartaban de tu camino como si acarrearas la peste.

Aunque sabía que Joyce habría saltado por la ventana de la clase en caso de necesitarla, rehusé que me viese con aquel aspecto de delincuente apaleado. Odiaba a Nick, pero no quería que ella me recordara la posibilidad de lanzarle a Mandíbulas. No era bueno llevar la tentación al límite. No estaba segura de que Rob estuviese en casa, ni de cómo había terminado la persecución; aun así, me encaminé con paso resuelto en esa dirección. No tenía otro lugar donde acudir.

La vivienda del padre de Rob probablemente no sería del gusto de mi madre. Las cortinas cubrían todas las ventanas salvo una, que estaba cegada con tablas de madera. Una vieja silla yacía tumbada en el porche, el casquillo que pendía del techado carecía de bombilla. Supuse que había estallado en una sobrecarga de tensión. El frontal de una camioneta desvencijada sobresalía por la parte posterior de la casa. La hierba del jardín había crecido tanto que me pregunté si entre aquel abandono habrían aparecido nuevas especies de insectos o roedores. Busqué con la vista algún camino de acceso. Sin embargo, no tuve más remedio que armarme de coraje para cubrir los casi veinte metros de selva que me separaban de la puerta. Durante la travesía experimenté la horrible sensación de ser rozada por las patas pegajosas de insectos.

Cuando alcancé la puerta, toqué el timbre sin poder desembarazarme del picor que se abría paso por mi cuerpo. Esperé varios segundos antes de darme por vencida. Miré por encima del hombro hacia la acera. El Mustang de Rob no se veía por ninguna parte. El tercer intento me aseguró que la casa estaba vacía, como bien delataba su desatención. Pensé que Rob habría acudido a sus compradores de radios robadas.

De camino a cualquier parte, paré junto a un puesto de periódicos, cuyo gerente me examinó como a una alimaña salida del lodo. Mi ropa negra, mi cabello como heno y mi blanca cara marcada por la justicia de mi padrastro no dejaban de reunir miradas en torno de mí. Me había detenido porque el titular al pie de página logró hacerme estirar los labios en una sonrisa. **El ladrón de radiotransistores continúa dando esquinazo a la policía.**

—Bien, Rob —susurré.

Cuando el gerente del puesto de periódicos se apoyó sobre el mostrador, me alejé rápidamente. Pasé el resto del día de un lugar a otro, fatigada por la avalancha de desconocidos. El atardecer coloreó el cielo de rojo. El hambre

me arañaba el estómago, la hendidura del labio comenzaba a endurecerse como una roca dolorosa. Entonces encaminé mis pasos hacia casa.

Lo primero que oí al abrir la puerta principal fue el llanto roto de mi hermana. Esto me hizo detenerme en el vestíbulo. Escuché el resto de posibles sonidos. Arriba, en el dormitorio, se había cerrado un armario, lo que me produjo una intranquilidad que me aceleró el corazón. Atravesé el vestíbulo, el corto pasillo y me planté bajo el marco de la puerta del comedor. Ruthie sollozaba en el sofá. El respaldo sólo dejaba ver su pequeña cabeza.

—Ruthie —articulé.

Cuando entré en el comedor, mi hermana saltó del sofá, corrió descalza y se pegó a mí en un abrazo. Sus lágrimas se sumaron a la sangre seca en mi camiseta. Los sollozos quedaron ahogados al hundir su cara en mi torso huesudo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté después de cogerla por la cabeza y mirarla a los ojos.

Su respuesta fue un berrido incomprensible por el común de los mortales, pero no por mí, quien la había visto realizarlo siempre que algo la enojaba. Con señas de sordomudo me explicó que se había enfadado con una niña de la escuela privada.

Cuando le pregunté por mamá y Nick, me señaló las escaleras que ascendían a la planta superior. También advertí cómo frunció el ceño.

—¿Por qué vas descalza, Ruthie?

Había lanzado los zapatos nuevos a la basura. Me mostró una sonrisa de complicidad. Entendí que se había deshecho del regalo de Nick. Le concedí mi sonrisa partida. Entonces adiviné el resto de la historia. Nuestro padrastro la había abofeteado por tirar los zapatos en protesta a mi paliza. Observé sus mejillas. Por fortuna nunca usó la correa con mi hermana, parecía reservar ese privilegio exclusivamente para mí. Qué dicha la mía.

Abracé a mi hermana en silencio, pero de haber sabido en qué terminarían sus protestas, la habría obligado a mantenerse al margen.

Capítulo 3

Desde niña mis cumpleaños habían estado a cargo de mi padre, quien me sorprendía vestido de duende verde saltando por la cocina en torno a la mesa; mi madre iba detrás luciendo un traje de hada y sosteniendo la tarta. El abandono de mi padre creó un vacío temporal de celebraciones. Sin embargo, debido al paso del tiempo y de nuestro distanciamiento, pensaba que el momento de recuperar algunas buenas costumbres había llegado. Las expectativas no fueron excesivamente altas y mis quince años se presentaron sin acontecimientos notables. Apenas hubo mención en la escuela y en mi casa no podría celebrarse ninguna fiesta como ocurrió en la de Joyce a sus dieciséis. El regalo de mi madre fue un sermón acerca del buen comportamiento y mi padrastro me concedió una lejana sonrisa que nunca supe interpretar. La economía de Joyce sólo le permitió comprarme una libreta decorada con guitarras para anotar futuras inspiraciones, a lo que sumó un tierno abrazo. Algunas frases populares encierran enseñanzas muy significativas; una de mis favoritas es «El diablo está en los detalles». Así era Joyce, aparecía inesperadamente con sus detalles; tal vez, ofreciéndote a su perro de presa para zanjar un problema, o libretas para fomentar la creatividad literaria. Incluso un abrazo tan sincero que haría flaquear cualquier par de rodillas, para luego sumar un guiño como el mismísimo diablo. Se ofreció para acompañarme en mi cumpleaños. Aquel día reuní a las pocas personas importantes para mí.

Joyce se presentó con la libreta rodeada por un lazo excesivamente cursi y vistiendo tejanos y blusa amarilla. Mi hermana subió a la habitación minutos después con uno de sus vestidos. Rob acudió en traje, le había insistido en que no era necesario semejante derroche de elegancia. Todos sabían que era mi primer cumpleaños en mucho tiempo y, por lo visto, esto desencadenó una ola de irracionalidad. En todo caso, era tan excitante contemplarlo con esa apariencia, que de haber estado solos me habría complacido quitárselo y pasar a la acción. Cuatro miembros componían aquella discreta celebración. Rob se había encargado de la tarta que Ruthie devoraba con ojos llenos de avidez. Una cremosa y brillante capa de chocolate cubría un esponjoso interior también de chocolate. Siempre fui una

incorregible defensora del chocolate en cualquier dieta que se precie. Los números que anunciaban mi nueva edad estaban elaborados con galleta chocolateada. A mi juicio, una tarta no necesitaba nada más, salvo mis dientes para clavarlos en ella.

La tarta desapareció en pocos minutos. Mi hermana, cuya delicadeza pareció desaparecer en mi presencia, acabó con los dedos embadurnados de chocolate y pasó a lamerlos. Joyce me mostró nuevas facetas de su personalidad cuando la vi masticar a gran velocidad para recibir otra porción de tarta. Para sorpresa de todos, incluso para mi hermana, que por aquella época tenía once años, extraje tres cigarrillos de marihuana. Quise romper con la idea equivocada que Rob y Joyce tenían por un cumpleaños de Connie Merrill y aportar una seña de identidad. Nunca fui aficionada a las drogas, pero en ocasiones eran buena compañía. Advertimos a mi hermana que no comentase nada a mamá ni a Nick. Abrimos las ventanas y empezó el humeante ritual. Pasamos a reírnos con aquel aire divertido que tiene el haber dado cabida al nuevo anfitrión. Recuerdo aquel cumpleaños con especial cariño, puesto que fue el último que celebré. Jamás he vuelto a celebrar otro. Ni siquiera con *ella*, a quien aún no tenía el placer de conocer. El fatídico suceso al año siguiente fue lo que nos acercó; es de las pocas cosas que puedo agradecerle a mi padrastro.

Pasé el resto de la celebración con Rob y obtuve mi excitante regalo después de las doce de la noche en el asiento trasero del Mustang. Los coches presentaban una amplia variedad de usos aparte de para escapar de la policía.

Si hay otra fecha cincelada en mi alma es la noche del 8 de abril de 1980. Mi contribución en el negocio de Rob fue en aumento. Pasé de acompañarle en contadas ocasiones a proveerle compradores que él terminaba de engatusar con palabras hábiles. Normalmente eran tipos de ciudades de alrededor con dinero en mano. Transacciones rápidas; a Rob le gustaba pasar desapercibido y mantener a raya su ambición. Me solía repetir que los negocios ilegales grandes eran más difíciles de gestionar y era más fácil ser sorprendido. Unas radios al mes le bastaban para salir adelante y concederse algún que otro capricho. Cuando aprendí a controlar mis nervios al volante, me concedió la oportunidad de conducir el Mustang hasta el lugar acordado. Siempre había varios vehículos estudiados con antelación por Rob. Me contentaba la idea de ser útil en su negocio. Sobre todo desde que pasábamos más tiempo juntos; la escuela secundaria había pasado a un segundo plano en mi vida, salvo cuando algún estudiante se sentía interesado

en obtener una radio a buen precio. Mi casa y aquello a lo que mi madre denominaba familia había dejado de seducirme. Entraba en casa con un cigarrillo sostenido por los labios, si adivinaba cualquier problema, me marchaba enseguida sin mayor interés. La idea de huir con Rob salía a relucir con mucha frecuencia. Sin embargo, estaba pendiente el asunto de Ruthie. Abandonar a mi hermana continuaba pareciéndome una idea descabellada, principalmente porque había cumplido doce años y su cuerpo no era ya el de una niña a ojos de Nick Pegg.

Cuando me dejaba caer por casa, mi hermana me relataba hechos que me pusieron en guardia de inmediato. Nick había empezado a darle atenciones que a mi juicio estaban por encima de su papel como padrastro. Sus regalos, pese a ser rechazados por Ruthie, pasaron de ser simples vestidos a ropa interior, y mi madre no parecía oponerse. Si sobre mí había recaído la delgadez de nuestro padre, mi hermana había heredado la naturaleza turgente de nuestra madre. Con doce años presentaba una figura realmente envidiable y esto no pasó desapercibido a Nick. Algunas blusas que le regalaba parecían una o dos tallas más pequeñas, contribuyendo a ceñir su silueta. Le pedía verla con la ropa nueva, a lo que Ruthie accedía por miedo a represalias. Experimenté una rabia terrible al imaginar a Nick irrumpiendo en nuestra habitación, detestaba que ese monstruo invadiera nuestro espacio de hermanas. Le aconsejé a ella que no le permitiese entrar. Aceptó con un gesto de asentimiento y un temor religioso a decepcionarme.

En una de mis paradas en casa vi a Nick recomendándole qué ropa debía vestir, mientras recreaba las manos sobre la cintura de Ruthie. Se encontraba tan próximo a ella que salté con un berrido en cuanto entré en el baño.

—¡Aparta de ella!

Nick carraspeó. Desplazó sus manos al grifo, que abrió y dejó caer el agua en las manos.

—A ella no le interesa tu visión de la moda —dije.

Cogí a mi hermana y la saqué del baño olvidándome de a qué había entrado. La conduje a nuestro cuarto y clavé mi mirada en ella. Parecía descompuesta, sus ojos relucían por las lágrimas. Los labios le temblaban de todo cuanto quería decirme, pero su discapacidad le amarraba la garganta.

—¿Te ha tocado alguna vez?

Negó con la cabeza.

—¿Estás segura?

Asintió.

—Hoy te ha puesto las manos en la cintura de una manera muy fea.
Asintió de nuevo.

—Si vuelve a hacerlo, dale una patada en las pelotas.

Ruthie abrió los ojos con una sorpresa divertida y negó con la cabeza.

—¿Eres feliz aquí?

Se encogió de hombros.

—Rob y yo estamos pensando en escaparnos. —Mi hermana creó un círculo con la boca—. Quiero que vengas con nosotros.

Sus manos gesticularon la palabra mamá.

—Ella tiene a Nick y su dinero. No le importamos mucho.

Ruthie se distanció dos pasos de mí, apretó los labios y negó con la cabeza.

—Nos irá bien, ya lo verás. Rob tiene negocios. Es un tío listo —dije, y le puse mis manos sobre los hombros—. Me gustaría que vinieras conmigo. Eres mi hermana y no quiero abandonarte.

Me dio la espalda y se cruzó de brazos.

La forcé a que me mirara y leyese mis labios.

—No puedes quedarte aquí, mamá es tonta y el dinero la ha cegado.

Lanzó un graznido sollozante.

—Hablaré con Rob y nos aceptará a las dos. Volveremos a empezar.

Ella mencionó a nuestra madre.

—Mamá no querrá venir. Se lo he dicho muchas veces, que deje a ese hombre malo.

Mi necesidad de escapar de casa peleaba con su requisito de llevarnos a nuestra madre. Continuamos así varios minutos, hasta que mi terquedad me forzó a abrir el armario de Ruthie y sacar la maleta para llenarla de ropa escogida al azar.

—Nos marchamos, y tú te vienes conmigo. No pienso dejarte con ese hombre. Es capaz de hacerte algo muy malo.

Ruthie estalló en lágrimas cuya voluntad no parecía ser otra que detenerme, pero la «chica mala» hacía mucho tiempo que no atendía a razones. Mi hermana posó sus manos sobre la maleta, y al ver que no le prestaba atención, comenzó a sacar la ropa que yo introducía. Aceleramos al mismo tiempo, demostrándome que el resto de sus facultades funcionaban perfectamente.

—Eres una testaruda de mierda —mascullé.

Ruthie me sacó la lengua.

—Esperaré hasta que cambies de opinión. Ahora me largo, pero volveré pronto. Ten cuidado con Nick. Es un hombre malo.

Cuando salí de la habitación, escuché a mi espalda un gemido ininteligible. Me volví. Ella repitió el gemido, que entonces pude traducir como mi nombre. Me estaba llamando. Connie. Corrí hacia mi hermana y la abracé con más fuerza de la que pensaba que tenía.

—No te abandonaría por nada del mundo, ¿comprendes esto? Jamás.

Fue uno de nuestros últimos abrazos. De haber sabido su destino la habría metido yo misma en la maleta y sacado de la casa.

Semanas después, Rob me pidió que lo acompañara a realizar un trabajo nocturno. Sin embargo, habían pasado varios días desde la última vez que había visto a mi hermana y yo estaba muy inquieta. Rehusé ayudarlo la fatídica noche del 8 de abril de 1980. La noche que cambió mi vida para siempre y me condujo a un pueblo llamado Past Grove y la Institución Morris.

Yo prefiero recordarla como la noche que me llevó a *ella*.

Rob salió de la casa de su padre. Se abrió paso por entre la hierba del jardín y se dirigió hacia el Mustang donde yo le esperaba. Me disculpé una veintena de veces por no ir con él. Pese a estar siendo chantajeado por un tipo sucio de Brookside, se lo tomó bastante bien. Su beso de despedida y su abrazo fueron lo suficientemente intensos como para convencerme de que se le pasaría. El tipejo le había amenazado con denunciarlo a la policía si no completaba un pedido urgente de ocho radios para esa semana. Rob se encontraba desde entonces más nervioso de lo habitual. Incluso había empezado a llevar una pistola.

Después de dejarme frente a la casa de mi madre, se despidió asegurándome que comprendía mis motivos. Me apeé. Vi el Mustang desaparecer amparado por la noche. Entonces puse rumbo al nuevo destino que me esperaba. Nick Pegg estaba especialmente irritable. Subí las escaleras sin dirigirle la palabra, aunque sabía que me había visto; era imposible pasar por alto mi estela de rabia adolescente por aquella época. Hallé a mi hermana tendida sobre la cama. Su cara redonda siempre había presentado un aspecto abatido y de desengaño, pero aquella noche se me antojaba más ensimismada que de costumbre.

—¿Estás bien?

Ruthie asintió sonriente al verme de nuevo. El ausentarme tanto de casa parecía estar afectándola. Me recriminé por ello.

—¿Has pensado ya lo que te dije?

Negó de manera enérgica.

—No puedes quedarte aquí.

Volvió la mirada a la ventana, que enmarcaba un grupo de nubes fantasmales cubriendo la luna llena.

Me senté sobre el borde de su cama y me miró.

—He venido a quedarme contigo esta noche —le anuncié.

Esto hizo que asomara una leve sonrisa en su rostro.

Aquella noche pasó una hora explicándome con lenguaje de señas cómo era su escuela para sordomudos. Sonreía en cuanto contaba algo relacionado con niños de su edad. Mi hermana se encaminaba hacia la pubertad, la antesala de la desconcertante etapa en la que yo me encontraba. Bostezó en dos ocasiones, a la tercera le sugerí acostarnos y dormir. Así ocurrió, aunque en mi caso pasé a colocarme los cascos y girar la rueda del estéreo. La voz de Jim Morrison me sumergió bajo la superficie de los sueños, y no volví a ser consciente de nada hasta que oí gritar a mi madre.

Abrí los ojos como si hubieran sido pinchados con un par de agujas. *The end* sonaba dentro de mi cabeza. Me deshice de los cascos, me incorporé sobre la cama y escuché a mi madre gimotear y lanzar peticiones al cielo. Ruthie no estaba. Entonces me asaltó la horrible certeza de que algo iba mal. Salí al rellano superior de las escaleras y me asomé por la barandilla. Mi madre y Nick estaban abajo, reunidos en torno al cuerpo de mi hermana.

El modo de expresar mis sentimientos no fue llorar o desmoronarme; esto vino después. Descendí las escaleras rápidamente, vociferando frases inconexas que no recuerdo. Me encontraba presa de una sensación asfixiante que anuló mi parte racional. Los escalones se convirtieron en una pendiente lisa que a punto estuvo de llevarme al hospital, pero sólo era capaz de ver el cuerpo inerte de mi hermana pidiéndome ayuda con su eterno silencio. Extendí los brazos como si todavía pudiese rescatarla de la muerte.

Cuando llegué al pie de las escaleras, mi respiración parecía surgir de la salida de una tubería oxidada. A medida que la realidad volvía a materializarse, reparé en Nick abrazando a mi madre con una mano; la otra ocupaba su entrepierna como si aliviara un terrible dolor. Su semblante era de preocupación.

—Se ha caído —murmuraba mi madre constantemente, como el estribillo de una canción funesta.

Hundí las rodillas junto al cuerpo de Ruthie sin experimentar dolor

físico. La acuné, la abracé y realicé todas las cosas a las que un enorme amor te fuerza. Pasé varias veces sus brazos alrededor de mi cuello, pero se desprendían de nuevo. Mis lágrimas dibujaron senderos sobre sus mejillas rosadas. La quietud del rostro anunciaba un horrible silencio eterno al que me opuse con la mayor de mis fuerzas.

—¡Ruthie, despierta! —Todavía escucho aquel grito en mis sueños.

—Es terrible —dijo Nick.

—Dios mío. —Mi madre se inclinó junto a mí y entre las dos le concedimos todo el amor que una criatura como Ruthie merecía.

—Es terrible —repitió Nick—. Lo siento de veras.

Aborrecía aquella voz simplona ejecutada con frialdad. Volví mi cuello hacia el monstruo, hacia la mano que mitigaba el dolor de la entrepierna.

Al recordar mi sugerencia, un grito dentro de mi pecho quebró mi humanidad.

Si vuelve a hacerlo, dale una patada en las pelotas.

Me lancé sobre Nick, acompañada por una rabia desconocida. Sólo pude golpearle el mentón una vez, porque las manos repugnantes que habían tocado a mi hermana se cerraron en torno a mis muñecas y me detuvieron en un abrazo de gorila.

—¡Has matado a mi hermana! Monstruo.

Mi madre se alzó con los ojos abiertos y una cara de visible confusión.

—Connie. Connie. —Al ver que no respondía a su llamamiento, me asestó un bofetón—. ¡Connie, tu hermana se ha caído por las escaleras! ¡Se ha caído! Él ni siquiera estaba aquí cuando la encontré.

—Cierto, estaba en el baño de abajo.

Me revolví dentro del abrazo de animal. Mi madre me asestó otro bofetón que empezó a quemar mi mejilla.

—¡Cálmate!

—¡Ruthieeee! —El último chillido llegó a agotarme y desistí en mi empeño por zafarme del gorila. Los brazos aflojaron entonces, y con una sacudida me solté. Sentía mi cuerpo manchado con el olor de Nick. Corrí hasta el baño en unos pocos segundos y me dejé caer dentro de la ducha al tiempo que abría el grifo. Aunque resollaba de rabia, el agua tibia logró tranquilizar algunas de mis funciones humanas. Me abandoné en una sedación mental durante horas. Escuché la ambulancia detenerse, así como voces procedentes del mundo de los sueños. Los coches patrulla detenerse y, más tarde, la ambulancia alejarse arrojando la sirena al viento.

Presenté una denuncia en comisaría al día siguiente. El abogado de oficio con el que hablé declaró que estaba ante un caso indefendible. Una «chica mala» y su pobre hipótesis no eran suficientes para ganar un juicio contra Nick Pegg y su abogado a sueldo. Mi madre me aseguró que Nick salía del baño cuando ella bajó y cogió a Ruthie en brazos. Sin embargo, aprecié que únicamente unos pocos segundos distanciaban el baño de las escaleras. A Nick le habría dado tiempo de abandonar la escena del crimen antes de aparecer mi madre. Los hechos que habría ofrecido al jurado en el juicio, de no haber quitado mi denuncia, eran que mi hermana se levantó para ir al baño. Se topó con Nick, quien trató de manosearla de nuevo. Ella, siguiendo mi consejo, le dio una patada en los testículos. Nick, encolerizado, la golpeó malamente y cayó escaleras abajo. O, tal vez, le asestó el mal golpe al pie de las escaleras y se limitó a colocar el cuerpo se forma que simulara una caída. En todo caso, esto no tendría validez ante ningún jurado sin pruebas. Y mi madre estaba dispuesta a alegar en favor de Nick porque no encontraba válida mi teoría. De hecho, manifestó que hacía tiempo que tampoco me encontraba válida a mí.

Durante los dos días siguientes recurrí a suaves sedantes que guardaba mi madre en el botiquín. De haberme mantenido consciente habría matado a Nick Pegg.

Al tercer día abandoné la propiedad de mi madre con una maleta repleta de ropa. Acudí a ver a Rob para realizar los preparativos y escaparnos. Estaba oculto tras la cortina de la ventana de su cuarto. Me recibió bajo un estado de visible nerviosismo y la pistola en la correa del pantalón. Al preguntarle qué pasaba, respondió que había sido identificado en la última operación por dos vecinos. Creía haber sido traicionado por el tipejo de Brookside. La muerte de mi hermana y la grave situación de Rob contribuyeron a acelerar nuestra fuga, que tendría lugar esa misma noche. Pasé el resto del día con él. Le ayudé con un par de maletas y salimos al jardín. El Mustang aguardaba en la acera con el motor ronroneando. Rob me anunció que pasaríamos antes por una gasolinera a llenar el depósito.

El atardecer desfallecía en un rojo intenso.

Le detallé lo que me había mantenido alejada por unos días. En cuanto terminé, frenó en seco.

—¿Lo dices en serio?

Asentí.

—Joder. Menudo cerdo.

—Es un monstruo —dije.

—Siento la muerte de tu hermana. Lo digo en serio, Connie.

—Lo sé.

—Si nos hubiéramos largado antes, tal vez, estaría viva —murmuró.

No dije nada más. Las oleadas de rabia que habrían matado a Nick retornaron. Apreté los dientes hasta que estuvieron a punto de quebrarse. Cerré los ojos para evitar derramar lágrimas. Entonces, mientras el coche rodaba por la quinta avenida, se iluminó una idea digna de una «chica mala».

—Vamos a casa de mi madre.

—Es mejor largarse cuanto antes, Connie. Iremos a la gasolinera.

—Vamos a casa de mi madre. Será sólo un minuto.

—¿Qué tienes pensado?

Fue el trayecto más lento que recuerdo en coche. La propiedad de mi madre parecía haberse distanciado para impedirme ejecutar mi plan, y una ansiedad dañina se abrió paso por mi cuerpo. Deslicé mis manos sobre los muslos hasta que sentí calor en las palmas. Mi corazón bombeaba encabritado. Finalmente apareció la casa, recortada por el resplandor de la luna, cuyo velo alcanzaba también el Buick, que dormitaba en el jardín.

Rob disminuyó la velocidad y se detuvo en la esquina.

—Dame la pistola —espeté.

—¿Qué dices? Nunca has disparado.

—Dame la pistola, Rob. Necesito la maldita pistola.

—Está bien, tú sabrás lo que haces. Está cargada. Ten cuidado.

Cualquier remordimiento desapareció cuando cerré mis manos en torno a la empuñadura. La mala semilla que anidaba en mí aún deseaba acabar con Nick Pegg. Sin embargo, me limité a apearme del coche, saltar la valla de estacas y colocarme al lado del Buick de mi padrastro. Vacíé el cargador. Los cristales estallaron en el silencio. Las ruedas expulsaron su aire. Aparecieron dos agujeros en la chapa de la puerta del conductor. Mi odio, no obstante, continuaba allí, como un resorte que magullaba constantemente mi pecho.

—No puedo hacer más, Ruthie —susurré como un alma en pena—. No puedo conseguir más justicia para ti, hermana.

¿Fue aquello un error? De no habernos detenido para mitigar mi rabia y ofrecerle a mi hermana la única venganza que pude, habríamos escapado Rob y yo; sin embargo, no la habría conocido a *ella*. Quizá la vida ya esté bosquejada por algo desconocido y apenas somos conscientes de ello.

La casa cobró vida de pronto; se llenó de luz y de las maldiciones de

Nick. El ruido provocado por la ventana al abrirse se extendió por el vecindario.

—¡Llama a la policía! ¡Hay alguien en el jardín!

Escuché a mi madre gritar la palabra disparos.

El Mustang frenó ante la casa y Rob se apeó. Agitaba las manos señalando que me reuniera con él. Cubrí la distancia del jardín en un tiempo récord. La luminosidad lunar cayó sobre mí, y antes de saltar la valla, miré por encima del hombro. Vi a mi padrastro enmarcado en la ventana, con los ojos llameantes.

—¡Tú! —gritó Nick.

—¡Corre! —Rob se puso al volante.

Mi corazón se hinchó en la garganta, me faltó el oxígeno durante un segundo al adivinar las intenciones de Nick. Entonces salté la valla. Corrí hacia el automóvil, lo rodeé y accedí. Rob pisó el acelerador mientras yo cerraba la portezuela. Continuaba con la vista fija en el cristal posterior cuando apareció mi madre en el porche seguida de Nick.

—Menudo desastre —mascullé.

—Ha sido tuya la idea de detenernos. Dame el arma.

Habíamos conseguido escapar de nuestras respectivas casas, pero aquello sólo duró hasta la estación de servicio situada a las afueras de la ciudad. Mi madre había llamado a la comisaría y los coches patrulla estaban de camino. El Mustang necesitaba su combustible y esto retrasó la huida. La gasolinera se levantaba junto a la carretera, iluminada por dos filas de farolas. Varios coches repostaban. Rob, tras mirar por el retrovisor un centenar de veces, decidió detenerse, puesto que la aguja se hundía en la reserva.

—Aprovecharé que no nos sigue nadie —anunció con recelo. Tomó el acceso y rodeó dos vehículos hasta ocupar un surtidor vacío. Sacó del bolsillo de su chaqueta un manojo de billetes. Bosquejó una sonrisa con aire de triunfo y se apeó.

Esperé en el coche. Cuando los minutos se amontonaron y mi paciencia se erosionó, abrí la portezuela. Salí al frescor de la noche. Encendí un cigarrillo y aspiré profundamente confiando que el humo paliara mi ansiedad. Terminé mi cigarrillo y Rob seguía sin aparecer. La escasa esperanza que puse en el cigarrillo fracasó. Me planté en la puerta de la tienda de comestibles. Eché un vistazo al interior, pero no vi a Rob ni en el mostrador ni en los pasillos más próximos a la entrada. Volví la mirada hacia el Mustang, abandonado a su suerte. Rob había extraído las llaves y el coche

yacía en silencio.

Regresé junto al Mustang a seguir esperando. Entonces fue cuando un policía lanzó sus manazas sobre mis hombros y me volvió. Un rostro cualquiera me examinó con la indiferencia de quien estaba habituado a toparse con delincuentes juveniles. De soslayo divisé el coche patrulla junto a uno de los surtidores. Por el camino de acceso se acercaban dos más. Según me explicaron en comisaría horas después, el agente estaba de servicio y había acudido a repostar. Puesto que Nick Pegg conocía el Mustang de Rob, fue su denuncia lo que alertó al agente, avisando por radio inmediatamente a la central.

Me encontraba sentada en un banco, custodiada por dos guardias, cuando mi padrastro asaltó la estancia seguido de mi madre. Su expresión estaba crispada y encendida por la cólera; por lo visto le afectó la muerte del Buick tanto como a mí la de Ruthie. Mi madre gimoteaba y sus ojos reflejaban rechazo. La mano de Nick surcó el aire y terminó por estrellarse sobre mi mejilla. Grité a los guardias que no tenía derecho a pegarme, pero los ochenta eran muy diferentes al siglo veintiuno y ni siquiera prestaron atención. Y que se contuviera delante de los guardias contribuyó a que todo se viera como un simple tortazo. Sin embargo, yo sabía que vaticinaba otra paliza.

Y así sucedió. Tras una conversación entre Nick y su hermano policía, el asunto quedó bajo la responsabilidad de mi padrastro, quien tenía planes para mí. Al salir de la comisaría, esposada por las manos de Nick, vi el Mustang siendo transportado por un coche grúa. No hallaron a Rob, y no volví a verlo jamás. Nunca averigüé qué ocurrió en la gasolinera. Supongo que un motivo de peso obligó a Rob a huir solo. Tal vez, la amenaza del tipejo de Brookside era demasiado peligrosa como para llevarme con él. Sólo sé que cuando te aferras a algo bueno, siempre desaparece.

En todo caso, esta historia no va de Rob, sino de *ella*, a quien conocí días después de la última paliza de Nick Pegg.

Mi madre aguardó en la cocina gimoteando con un pañuelo entre sus manos. Así es como los cobardes se consuelan, con lágrimas falsas. El monstruo me forzó a subir las escaleras y me empujó dentro de mi habitación. No recuerdo cuántas veces golpeó mi piel aquella odiosa correa. Sólo recuerdo que Nick tuvo que esforzarse más, porque mis dieciséis años estaban colmados de rabia y mis puños aterrizaron sobre su mentón varias veces. Una confusión de gritos y golpes llenó el cuarto. Abrí el cajón de los

lapiceros de Ruthie, aferré uno y lo hundí en su muslo. Nick contrajo el rostro. Entonces se abalanzó sobre mí como una fiera enferma. En el intento por esquivarlo me asió por la camiseta y ésta se estiró hasta rasgarse. Tropecé con la silla y acabé de bruces contra el suelo. Ya no pude levantarme. La parte de piel que quedó al descubierto recibió la mayor parte del castigo. La piel de mi espalda se abrió con cada golpe.

Me atizó hasta el borde del desvanecimiento.

—Mañana te irás de esta casa. Pasarás a cargo de la Institución Morris. Allí te enseñarán algo de disciplina.

Durante la noche evoqué la oferta de Joyce. Su perro habría resultado de gran utilidad.

El amanecer entró por la ventana del cuarto molestando mi piel. Al abrir los ojos fui sorprendida por una luz cegadora que me hizo volverlos a cerrar; opté por el sosiego de la oscuridad. Tiempo después entró mi padraastro.

—Espero que estés más tranquila esta mañana.

Miró en derredor, como si pensara que en el cuarto se hospedaba alguna criatura del subsuelo. Sin decir nada, salió.

Me incorporé apoyando mi espalda en el armario de Ruthie, que me evocó su vestido amarillo. Tras ponerme en pie con un gruñido, abrí el armario, saqué el vestido y rasgué una tira de la parte inferior. La anudé alrededor de mi muslo, y estaría ahí para siempre en su memoria.

Cuando bajé las escaleras, reparé en la maleta junto a la puerta principal. Todo estaba listo para ser ingresada en la Institución Morris.

Capítulo 4

Mi padrastro había logrado finalmente su objetivo: deshacerse de mí y trazarme un nuevo destino. El día que vi la institución, un súbito temor me invadió, fue un sentimiento tan doloroso como la correa que detestaba. La enorme construcción de piedra blanca se erguía por encima de pinos y fresnos, limitada por una verja de hierro forjado. Sobre el lateral, varias filas de ventanas. El tejado gris se deshacía en diferentes piezas adaptándose a la arquitectura del siglo dieciocho. El corazón de la fachada sobresalía al frente, destacando el elegante balcón con barandilla de columnas bajas.

El portón de hierro ante el que se había detenido el vehículo me estremeció. La institución guardaba parecido con una fortaleza medieval. La fría impresión quedó grabada en mi mente. Aquello no asemejaba una escuela para chicas con problemas de actitud, como la denominó Nick, sino un lugar donde se pretendía cambiar la actitud de muchachas auténticas, anulando lo que son y convirtiéndolas en algo aprovechable por la sociedad dominante.

A escasos treinta metros, junto a un coche patrulla, había una pareja compuesta por un policía y una mujer que lo escuchaba con cansada indiferencia. El policía tenía el aspecto de un agente de pueblo rural, camisa con axilas marcadas y pantalones marrones. Manoseaba nerviosamente la gorra mientras hablaba. La mujer distaba de esa imagen mediocre. Parecía distinguida, digna de ocupar un puesto encumbrado en la alta sociedad. Lucía con descaro su traje ceñido. Entonces adiviné que formaba parte de la Institución Morris. Ella levantó una mano exigiendo silencio. A continuación sacó un sobre y se lo entregó. El policía lo aceptó y lo sopesó con visible derrota.

El portón de la verja se separó en dos, dándome acceso, que habría rechazado de buena gana de no haber estado custodiada por un tipo fornido y trajeado. Con un leve empujón me hizo entender que desde aquel momento sólo acataría órdenes.

—Adelante, señorita.

El sendero que se prolongaba hacia la institución estaba flanqueado de hierba rasurada. Pequeñas agrupaciones de árboles en torno de fuentes y

jardines aportaban un aire opulento. A la derecha quedaba un espacio reservado para automóviles. Un negro Cadillac clásico me advertía de la clase de lugar al que estaba entrando. Me detuve un segundo y miré por encima del hombro. El portón se cerraba con un sonido quejumbroso, dividiendo dos mundos opuestos. La libertad y el sometimiento. Por lo visto, el tiempo para detenerme a contemplar la libertad estaba limitado al antojo de unos pocos, puesto que el tipo trajeado me empujó de nuevo, sumando más firmeza.

—Adelante, la están esperando, señorita.

La voz del hombre asemejaba la de un refinado sirviente, pero que podría ocultar un historial militar.

El rumor de las fuentes y la brisa no mitigaban el halo de desasosiego que emitía la institución. Cuando avanzamos unos pocos metros, vi a una muchacha agazapada tras un arbusto con forma de animal. Su atención recaía sobre el anciano jardinero que se volvió de pronto, justo en el momento que ella introducía las manos en la cartera de piel que dormitaba al pie de una pala y extraía un cigarro.

—No está bien que me robes, Kathleen.

—Oh, Bill, vamos, aquí no hay chicos. Necesito liberar mi frustración con algo. Y aquí eres el único que colabora un poco con mi vicio.

El jardinero, entre risas, añadió dos pitillos más al que la chica había sacado de la cartera.

—Es un mal vicio, te lo advierto —dijo el jardinero.

Sin embargo, ella sólo tenía ojos para los tres cigarrillos que había conseguido.

—¡Eh, gracias, Bill! —exclamó al tiempo que giraba sobre sus talones y corría hacia la zona posterior de la institución.

Aquella muchacha resuelta captó mi atención por sus *jeans* ajustados y la camisa cuyo final estaba anudado a la cintura. No usan uniforme, pensé. ¿Sería un gesto de libertad? Comencé a dudar de si el lugar era tan severo como imaginé al principio.

Dos columnas talladas con símbolos irreconocibles enmarcaban la entrada al edificio. Sobre éstas descansaba un techado a dos aguas. La puerta se abrió incluso antes de que el tipo trajeado anunciara su presencia. El hombre me dejó a cargo de una mujer vestida con elegante traje negro, cuyas facciones amistosas estaba segura de que se desmoronarían en cuanto el interés inicial pasara a un segundo plano.

—Buenos días. Usted debe de ser la señorita Merrill. Es un placer.

No dije nada, ya que el saludo parecía ensayado y usado en cientos de ocasiones, y mi atención fue a parar al interior del enorme *hall*. Unas escaleras ascendían a un rellano y allí se distribuían en dos caminos opuestos. En lo alto, la barandilla continuaba a lo largo de la travesía. Un sinfín de cuadros ocupaban la mayor parte de las paredes. Paisajes hermosos, rostros en silencio que parecían encubrir secretos. Faros salpicando de luz a los navíos que se aproximaban. El elegante decorado mostraba una armonía de madera de nogal y colores púrpura.

—Pase, le enseñaré su nuevo hogar.

Los tacones de mis botas despertaron ecos en el *hall*. Pasamos de un pasillo enmoquetado, que despedía un agradable aroma a limpieza, a estancias de recepción, donde mujeres con aire intelectual manifestaban un extraño estado de preocupación. Pensé que se debía a mi presencia, pero yo no era importante como para despertar tal confusión. A medida que era testigo del tamaño del lugar, la mujer fue enumerando con suma arrogancia las cualidades que habían convertido a la Institución Morris en uno de los pilares de la educación moderna. Aprecié que la mujer usaba la palabra educación como sinónimo de obediencia. Y aunque empezaba a sentirme como una prisionera, al escucharla hablar de la biblioteca que tendría a mi disposición, me sentí aliviada. Recitó de memoria una lista de horarios que yo olvidaba en cuanto nombraba el siguiente. Las clases de Literatura, sin embargo, eran a las once cada mañana. Algunas palabras se enredaron en mi cabeza: Jardinería, Matemáticas, Historia, Música y Danza. Mencionó algo relacionado con educación para señoritas casaderas... Y Religión; no supe calificar dicha asignatura en aquel momento.

Continuamos hasta una escalera que finalizaba en una puerta, que la mujer abrió con la llave. Alcanzaba a escuchar voces femeninas reunidas detrás de las puertas del pasillo por el que avanzábamos. La tenue luz proyectaba haces sobre el suelo. Experimenté el nerviosismo de ser pronto presentada ante decenas de alumnas como yo: muchachas cuyos padres o padrastros habían optado por desembarazarse de toda responsabilidad.

—Se encontrará bien aquí. Desde fuera parece algo muy diferente a lo que en realidad es.

Dejé asomar una sonrisa de resignación.

—Pasamos por uno de los tres pasillos de dormitorios. Enseguida le mostraré el suyo, que compartirá con otras seis estudiantes. Primero se presentará ante la señorita Lownsberry, quien tiene el honor de ser la

ayudante de la directora Ferguson.

Nos detuvimos frente a una puerta que amortiguaba una voz autoritaria. La mujer la golpeó con los nudillos.

—Adelante —rugió la voz femenina.

Pasé a un despacho recargado de detalles, cuyo centro estaba ocupado por una pesada mesa llena de informes y libretas. En una esquina descansaba una lámpara de noche sugiriendo las largas horas que pasaba trabajando la señorita Lownsberry. Las cortinas corridas dejaban al descubierto un cielo azul y la luz se posaba sobre los muebles.

—No quiero más excusas —graznó al teléfono—. Lo más importante es la Institución Morris, ¿entendido?

Lownsberry golpeó el auricular sobre el teléfono, malhumorada. Luego hizo un gesto con la mano a la mujer para que se retirase. El portazo me hizo expulsar un soplido asustadizo. Sobre todo, cuando la señorita fijó su atención en mí. Parecía evaluarme concienzudamente. Sus ojos pasaron de mi rostro cicatrizado a mi cuerpo.

—En ocasiones deberá vestir de uniforme. Permitimos la ropa informal en esta residencia escolar, no obstante.

La señorita Lownsberry lucía un traje negro estrecho. Su cabello castaño permanecía reunido contra su voluntad en un moño. Las gafas le conferían un riguroso aire intelectual. Sus ojos ocultaban una astucia silenciosa, pero que supe apreciar en ese momento. También advertí que exhibía con orgullo un anillo en su mano izquierda.

—¿No responde? —inquirió.

—¿Eh?

—Deberá contestar negativa o afirmativamente, según sea lo apropiado, cuando se le dirija la palabra. Sí, señorita. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señorita.

—Mi nombre es Donna Lownsberry —anunció con aire militar—. Señorita Lownsberry para usted... —Abrió un expediente que supuse que era el mío y leyó—: Connie Merrill. Excelente, señorita Merrill, siéntese.

—Sí, señorita.

Lownsberry pintó una sonrisa complaciente.

—Veo que se adapta bien a las normas. Es algo esencial en esta institución. De no ser así lo pasará mal, se lo aseguro. Sin embargo, no se preocupe. Límitese a seguir el plan de estudios y todo irá bien.

—Sí, señorita —dije por tercera vez. Aquella frase estaba convirtiéndose

en una de las utilizada por mi madre cuando no sabía recurrir a vocabulario variado—. Sé decir más cosas, ¿sabe?

A diferencia de lo que había temido, aquella mujer no me amonestó ni me impuso ninguna sanción disciplinaria. Se levantó del asiento mullido y dijo:

—Es bueno saberlo, señorita Merrill. Y no se preocupe, tendrá tiempo para hablar con la psicóloga del centro si lo desea. Tenemos un servicio de atención a la alumna. Nos gusta que todo esté perfecto. ¿Entiende?

—Sí, señorita —repetí, con aire divertido. De hecho, no logré impedir que mis labios se curvaran.

Lownsberry se aproximó a un mueble sobre el que descansaba una horrible figura de piedra, semejante a una rata fosilizada. También varios retratos de numerosas chicas en una graduación, así como un trofeo y otros retratos de Donna Lownsberry junto a la mujer que había visto hablando con el policía.

—¿Le gusta estudiar a usted? —dijo, al tiempo que cogía la foto de la graduación.

—No, señorita. —Me sorprendió mi sinceridad, casi había surgido de manera inconsciente.

Lownsberry dejó el retrato y se volvió haciendo visible su verdadero aspecto. Un señora ceñuda que parecía haber pasado su existencia bajo las órdenes de un marine. Su respiración se acentuó, como si mi respuesta apestara.

—Pues le sugiero que se aplique en las diferentes materias —dijo; luego tomó asiento y pulsó un botón del teléfono—. La nueva alumna está lista.

No estaba lista, protesté en mi cabeza. Tenía un centenar de preguntas que formular, pero guardé silencio. La mujer me miró con una indiferencia que me hirió, y supuse que el afecto no formaba parte de la enseñanza.

Enseguida apareció la mujer que me había concedido el paseo inicial por las áreas permitidas de la institución. No tardaría en averiguar que no todas las zonas nos estaban permitidas a las alumnas.

Antes de salir, Lownsberry se dirigió a mí de nuevo.

—Señorita Merrill, no sea estúpida. Es un gran privilegio el que se le concede. Está en la mejor institución.

Mi boca estuvo a punto de pronunciar la frase reglamentaria. Sin embargo, lo pasé por alto al no saber ni siquiera dónde me encontraba. Sólo entendía que se habían deshecho de mí como un tumor maligno, y si bien es

cierto que me habría escapado de casa, lo más despreciable era que no me dieron la oportunidad de elegir. La existencia parecía obstinada en ser mi enemiga y mi única opción era obedecer, deshacerme de la verdadera Connie Merrill y convertirla en una farsante.

Antes de volverme, mis ojos regresaron a la extraña figura de piedra. Luego seguí a la mujer por los pasillos hasta los dormitorios. Nos detuvimos durante un segundo, lo que hizo que mi maleta empezara a pesar en mi mano. Al otro lado se escuchaba una algarabía atrevida que se silenció en cuanto se abrió la puerta y entré. Todos los rostros se volvieron hacia mí. Pasé a ser el centro de atención, alguien interesante que deambulaba por el espacio abierto entre las camas sin saber cuál sería la mía.

La mujer me indicó la del rincón, al tiempo que amonestaba a la muchacha que había obtenido tres cigarrillos por fumar en el dormitorio.

—Perdón, señorita.

Supuse que el término señorita era válido aun cuando la edad de la mujer parecía sobrepasar los cincuenta años.

—Kathleen Maddox, si su comportamiento no mejora me veré obligada a informar a la directora Ferguson.

Tras dejar mi maleta sobre la cama, advertí que la cara de las muchachas se desfiguraba en una mueca de terror. Vi a una adolescente gorda ocultar algo bajo la almohada y suplicarme con los ojos que guardara silencio.

—Vamos, no es justo —replicó Kathleen—, ¿en qué debo ocupar mi tiempo sin chicos cerca?

La mujer extendió la mano esperando que la chica depositara el cigarrillo. Y pareció contentarse cuando lo hizo, al desconocer que escondía otros cigarrillos. Kathleen estiró una falsa sonrisa de fastidio.

—Ten.

—Gracias.

A continuación la mujer se aproximó a mi cama y exigió que abriese la maleta. Manifestó que debía revisar las pertenencias de las nuevas alumnas y de encontrar alguna no permitida sería confiscada hasta mi partida. Me quitó el paquete de cigarrillos ante la mirada solidaria de Kathleen.

—No está permitido fumar en la institución. Lo siento.

—Aquí está todo prohibido, joder —rugió Kathleen cruzándose de brazos—. Echo de menos un buen revolcón.

—Esto es una escuela, no un local de citas, señorita Maddox.

Kathleen desvió la vista hacia el cielo enmarcado por la ventana, como

si deseara salir volando.

—Debería escapar como ha hecho ella.

Entonces comprendí la preocupación entre los profesores que vi en la estancia, así como la presencia del policía.

El semblante de la mujer se fusionó con la cólera por un segundo. Luego pasó a relajarse y a añadir:

—Bien, señoritas, les presento a su nueva compañera de cuarto —anunció—. Ella es Connie Merrill.

Recibí el saludo de cuatro de las estudiantes. La quinta yacía sobre la cama con la vista perdida en un árido horizonte interior. Cada una de ellas representaba la máxima autoridad a lo que chicas auténticas se refiere. Un precioso y respetable colectivo de «chicas malas». Sin embargo, la verdadera definición de maldad en la Institución Morris no se había presentado formalmente.

La muchacha a la que había sorprendido ocultado algo bajo la almohada tenía por nombre Marnie Reeves, alias Big Patty. Su cuerpo parecía derramarse dentro de la ropa que vestía: camiseta larga y pantalones grises. Un discreto vestuario para esconder una gran vergüenza. Su cabello descansaba sobre los hombros. La fumadora empedernida era Kathleen Maddox. Cabello corto y desordenado, tal vez, como su propia ansiedad por llenar los pulmones de nicotina. Podía presentarse con cualquier tipo de vestuario, como si estuviera dominada por una multitud de personalidades. No rechazaba unos tejanos por muy agujereados que estuvieran o una camiseta por incontables manchas que la decorasen. Toda una auténtica, quien prefería juzgar a los demás por su actitud y no por el aspecto.

Las otras dos compañeras de habitación se llamaban Stephanie Mark y Kitty Lutesinger. Dos estudiantes a las que no tuve oportunidad de conocer del todo porque andaban inmiscuidas en sus propios problemas. La chica que continuaba tendida en la cama como si no se hubiera producido ninguna novedad en su vida era Leslie Van Houten, alguien que había optado por refugiarse en el silencio.

Les devolví el saludo y miré mi maleta con resignación. Entonces reparé en la cama vacía.

—No te preocupes, este sitio no es tan malo —dijo Marnie.

—No, es peor aún —repuso Kathleen.

—¿De quién es esa cama? —pregunté.

—Oh, de la loca de Sadie —dijo Kathleen; luego, con aires teatrales,

agregó—: Sadie Mae Glutz.

—Está castigada —dijo Marnie.

—Sí, aquí si te tiras un pedo les ofende mucho —espetó Kathleen.

La palabra castigada me hacía recordar la casa de mi madre y su gran adquisición masculina: Nick Pegg. Consideré a ese monstruo y sus castigos como un examen aprobado y no creí que la Institución Morris pudiera ofrecerme nada nuevo en ese campo. Sin embargo, me hallaba en un completo error. La maldad, o tal vez, sería más acertado denominarlo el Mal, siempre se las ha apañado bien para sorprendernos.

Todas las estudiantes se ausentaron mentalmente. Yo me senté sobre la cama sin saber qué más decir. Quería formularles todas las preguntas que no tuve oportunidad de hacer con la señorita Lownsberry, pero no sabía cómo reaccionarían y rehusé parecer una charlatana. Me refugié en mi silencio interior como hacía Leslie Van Houten cuyos ojos parecían apagados. Experimenté una repentina pena por esa chica.

Pasé el tiempo contemplando la habitación en que estaba. Siete camas distribuidas para dejar un pasillo central por el que deambulaba Kathleen de un lado a otro, farfullando palabras ininteligibles. Yo también murmuraba pensamientos en voz alta cuando me encontraba delante de mi libreta de historias. Sin embargo, nunca fui consciente de lo absurdo que parecía hasta que vi a Kathleen hablando sola como una loca. Tres ventanas daban paso a luz diurna, y ante una se asomaba Stephanie Mark, una de las estudiantes con quien no entablaría relación alguna. Los armarios estaban pegados a la pared aprovechando cada centímetro. Las paredes blancas no lucían ninguna señal de identidad juvenil. Con mucho gusto habría expresado mi afición por la música con un mensaje realizado con pintura. Pensé en una barra de labios, pero aquellas chicas no parecían recurrir al maquillaje. Por un instante me sentí en un barracón militar.

Cuando Kathleen reparó en mi atención sobre ella, detuvo su caminar ansioso y me miró.

—Tía, dime que has sido lista y te has escondido un par de cigarrillos.

—No, lo siento

—Joder, nos ha tocado una tonta. Mierda para todas.

—No la tomes con ella, Kathleen. Ya aprenderá sus trucos —dijo Marnie.

—Aún te quedan dos —repliqué, sintiéndome distante de las chicas.

—¡Ja, te pescó! —exclamó Marnie.

—Sí, eres muy atenta, pero tengo que distribuirlos a lo largo del día. Y Bill está cada vez más atento y es difícil robarle el tabaco.

—Bill es el jardinero —apuntó Marnie—, un viejo simpático a quien le gusta compartir las viejas historias de la región. Está bien para cuando ya has dado más de un trago al whisky y lo escuchas desde la lejanía. Te tumbas a su lado en la hierba y dejas que hable.

—Es un pesado, y muy poco caritativo. Debería traerme tabaco como le pedí. Él sí que puede salir de aquí para comprar. Nosotras parecemos ratas de laboratorio.

—Ah, no te preocupes por Kathleen —me dijo Marnie—. Se pasa así todo el día. Protestando. Le tengo dicho que se dedique a la política.

—¿Por qué no te callas de una vez? Odio cuando me hablas, ya lo sabes.

—Menudo carácter tienes cuando no fumas —repuso Marnie—. Kathleen Maddox, candidata a la presidencia.

No pude evitar esbozar una sonrisa, pero que oculté con una mano.

—Ya basta, Big Patty —masculló Kathleen—. Vuelve a ese libro tuyo, el que no dejas leer a nadie.

—Calla, joder. Me lo quitarán.

—Pensaba que te llamabas Marnie —dije.

—Sí, pero todos me llaman Big Patty.

—Big por lo de gorda —rio Kathleen—, y Patty porque suena estúpido.

La muchacha silenciosa clavó sus ojos en mí por primera vez, y los apartó en cuanto advirtió que había sido pillada. Entonces supe que padecía el síndrome de la timidez. Y muy agudizado por lo que pude apreciar. Un mal obsequio por parte de la naturaleza, puesto que si teniendo tus facultades a pleno rendimiento la sociedad resultaba cruel, no quería pensar cuánto aumentaba la dificultad con limitaciones de personalidad. Yo nací servida de todo, y aun así fui a parar a la Institución Morris.

—Hola —le dije.

La chica desvió su atención hacia la ventana, se levantó de la cama y se asomó rechazando cualquier posibilidad de iniciar una conversación.

Entonces apareció Kathleen y se sentó a mi lado en la cama. Pese a su estado de ansiedad, poseía una cara bonita. Tan blanca que parecía haber olvidado la existencia del sol, pero la edad todavía le proporcionaba una piel limpia y lisa. Sin embargo, unas ojeras moradas contrastaban con el blancor.

—Es una tía tímida y rarita. No le solemos hacer mucho caso. —Me

escudriñó. Su expresión palideció cuando vio las cicatrices esparcidas por mi cara con el azar de una correa—. ¿Una pelea?

—Más o menos —me limité a decir. No quería desnudar mi personalidad por el momento. No sabía quiénes eran esas estudiantes ni por qué estaban en la institución.

—Bueno, no es grave —dijo con frialdad, y se levantó de la cama. Aunque también vio la tela rasgada en torno a mi muslo izquierdo no se interesó por ello. Se dirigió a la puerta y apoyó los puños sobre la madera por encima de su cabeza—. Necesito un pitillo.

Nadie le respondió. Escuchaban sus quejas diariamente y un callo había endurecido su empatía. Big Patty parecía absorta por el libro que tenía en las manos. Sentí respeto inmediato por ella; siempre manifesté una conexión especial con personas lectoras. Traté de averiguar el título, y me atrapó un sentimiento contradictorio al leerlo. Diario de Big Patty. Compartía cuarto con una estudiante que escribía un diario. Tiempo después averiguaría que era el diario de la muerte.

—Todo el mundo parece nervioso, ¿pasa algo?

—Ha escapado una alumna —me dijo Big Patty—. Jody Weisenfeld.

La fuga de Jody Weisenfeld me proporcionó la primera conversación larga. Jody había anunciado centenares de veces su deseo de abandonar la institución a la menor oportunidad. Y dicha oportunidad se había presentado la pasada noche. El dormitorio de la alumna se encontraba en otro pasillo de la misma planta, y según me susurró Big Patty, las compañeras que compartían cuarto con ella le aseguraron que la puerta seguía cerrada con llave a la mañana siguiente, por lo que tuvo que escaparse mientras se encontraba en una de las salas de castigo destinadas a reforzar la educación escolar. Cerrar con llave los dormitorios de las estudiantes durante la noche era una de tantas medidas de seguridad que disponía la emblemática Institución Morris. Si alguna sentía la apremiante necesidad de ir al baño, debía presionar el pulsador situado junto a la puerta, numerados del 001 en adelante hasta cubrir todas las habitaciones. En pocos minutos, un miembro del servicio de guardia nocturna aparecía y, en caso de haber soportado la espera, se le conducía al cuarto de baño bajo vigilancia. Las fuertes medidas de seguridad fueron surgiendo como excusa a los reiterados intentos de fuga, unos más exitosos que otros.

Las palabras de Big Patty ahuyentaron todo pensamiento de que había sido ingresada en una escuela recta pero flexible en ciertos asuntos. Estaba

prisionera en una fortaleza cuyos alguaciles ejercían de profesores. Las paredes del dormitorio se aproximaron de pronto anulando mi espacio de existencia. Mi resignación se tornó dolorosa y mi odio por Nick Pegg aumentó a cotas inenarrables.

Capítulo 5

Toda austeridad desaparecía en el gran comedor, magníficamente iluminado por dos lámparas de incontables piedras brillantes que colgaban del techo. Largas mesas con platos y vasos ocupaban la mayor parte. Sobre las paredes caían lujosas telas cuyos decorados parecían confeccionados en oro. La enorme mesa que presidía la sala estaba apartada en un visible rechazo por mezclarse con la chusma; y flanqueada por dos mesas más pequeñas donde ocho muchachas uniformadas de forma impecable y orgullosa esperaban que se les diese permiso para sentarse.

Yo me encontraba entre las fieras, una disparidad de chicas llenas de sentimientos confusos y en muchos casos ojos a los que se les había arrancado la vida. Las estudiantes estábamos divididas en cuatro filas y cada una de ellas alcanzaba una de las puertas, a la espera de ser invitadas a entrar. Yo me hallaba cobijada por mis dos nuevas amigas, Kathleen y Big Patty. Kathleen exhibía un visible aire desafiante a quien osara mirarla con un ápice de juicio; vestía una camiseta sin mangas con el pecho rajado y repleto de frases de rebeldía adolescente. Los tejanos lucían agujereados y con los filamentos a su antojo.

—No veo a Sadie —masculló.

—Tiene castigo para rato —dijo Big Patty.

—Deberían servir cigarrillos con el postre.

Escuché a tres chicas detrás de mí intercambiar frases referentes a la alumna fugada, y sentí un temor helado cuando algunos comentarios sugerían que la alumna continuaba entre los muros de la institución y que todo se debía a una farsa. Entonces me volví. Barajaban posibilidades siniestras mientras miraban en todas direcciones, como si pudieran sufrir el mismo supuesto destino que la estudiante fugada.

Aparecieron cocineras ataviadas en ropa blanca y delantal ceñido. Empujaban carros de cocina atestados de platos humeantes que abrieron mi apetito. Uno de los carros iba destinado exclusivamente a las profesoras y responsables del centro. Tras depositar una generosa ración de comida, una voz ordenó dar paso a las estudiantes. Fui empujada por numerosas muchachas famélicas y magulladas. Una de ellas me pisó y pasó de largo en

busca de otras compañeras. Las filas fueron conducidas ordenadamente por dos profesoras y las sillas fueron ocupándose. El comedor se llenó de murmullo.

Por suerte, mi silla estaba junto a las de Kathleen y Big Patty. La silla situada enfrente quedó libre. Big Patty me aclaró que pertenecía a Sadie Mae Glutz. Sentía gran curiosidad por los motivos que habían llevado a una estudiante con quien yo compartía dormitorio a ser castigada. No dejaba de ver a mi padrastro en aquella situación.

—¿Qué ha hecho esa Sadie? —me aventuré a preguntar.

—Es una cabezota —dijo Big Patty contemplando el plato.

—Se lo tiene merecido, por imbécil —dijo Kathleen; luego se volvió hacia la muchacha de al lado y aceptó el cigarrillo escondido—. Algunas sabemos hacer las cosas en silencio —añadió, con enorme satisfacción. Entonces su rostro se tensó de nuevo.

Desvié la mirada hacia donde apuntaban sus ojos. Los rumores desaparecieron y un temor desconcertante llenó la estancia. Una mujer entró y avanzó con enorme seguridad hacia la mesa que presidía el comedor. Lucía un traje rojo deliberadamente ajustado a su figura delgada. Los tacones resaltaban en ecos amenazantes. Era la mujer que había visto hablando con el policía, la directora Ilsa Ferguson. Cuando llegó a la mesa, se detuvo y abarcó con la mirada a todas las alumnas. Al mirar a las muchachas uniformadas, éstas le dedicaron un elegante gesto de reverencia.

—Buenos días —dijo ella con una voz cándida.

A continuación tuvo lugar un extraño suceso que me sorprendió en el mejor de los casos. Todos se levantaron con un ruido de sillas. Big Patty me dio un codazo en las costillas forzándome a ponerme en pie.

—Levanta si no quieres que esa psicópata te destroce.

Mientras reflexionaba en aquellas palabras, la voz de la directora llenó todos los rincones del comedor.

—Nos hallamos de nuevo reunidos frente a la divina esencia que crece en Past Grove. Se nos ha concedido el deber y el sagrado privilegio de velar por su nacimiento. Aceptamos humildemente los dones cedidos en tan gloriosa espera.

Mi corazón se detuvo de repente. Atisbé de soslayo a todos los presentes con las cabezas inclinadas en gesto de devota humildad y en silencio. Salvo Kathleen, que hurgaba en el bolsillo para cerciorarse de que el cigarrillo continuaba en su sitio. Experimenté una extraña mezcla de sentimientos

contradictorios. Se percibía un respetuoso temor por parte de las ocho alumnas uniformadas así como del resto de profesoras. Sin embargo, intuí horror entre la mayoría de las alumnas, sobre todo, en la muchacha negra que se encontraba a varias sillas de distancia. El cuerpo de ella temblaba y sus ojos retenían lágrimas de miedo.

—Pedimos humildemente que sigas proveyendo a tus siervos de todas tus bondades. Recibimos llenos de gozo el placer infinito, el dolor de tus enemigos y, en este momento, los dones de la cosecha tras la siembra. Que así se cumpla —concluyó Ferguson de manera enérgica.

—Que así se cumpla —dijo al unísono el resto allí reunido, en un estallido de gratitud debido a la finalización de la plegaria, o tal vez a sentimientos más sinceros que yo no comprendía.

Todos se sentaron. Las cabezas se mantenían inclinadas sobre el plato al tiempo que probaban la sopa y mordisqueaban el pan. Un agradable aunque temeroso encadenamiento de voces empezó a llenar el comedor. Las ocho alumnas comían como si hubieran sido educadas en altas costumbres aristocráticas. No sorbían de forma ruidosa y apresurada la cuchara como Kathleen y la mayoría de las estudiantes. Mantenían la espalda erguida, manifestando seguridad ante el resto de criaturas inferiores. Depositaban el contenido del cubierto en la boca con una delicadeza teatral que me pareció repugnante y vanidosa. En aquel momento no comprendía la diferencia que revelaba la presencia de las ocho muchachas. En todo caso, el resto de profesoras era igual de refinado y artificial que ellas.

La pobre estudiante negra me contemplaba sin que yo hubiera reparado en ello. Cuando pensó que yo estaba lo suficiente desconcertada con la institución dijo:

—Son las hijas de la directora Ferguson.

Vi al jardinero sentado a la mesa con las profesoras, pero por el modo ausente de comer, pensé que aquel viejo no debía de ser el padre. De hecho, nadie parecía siquiera tener en cuenta su presencia. Caí en la cuenta de que no había más hombres en la institución.

—¿Tantas hijas? —susurré por debajo de la línea de la animosa conversación que mantenía ocupados a todos.

—Es simbólico, ¿comprendes?

No lo comprendía, pero Kathleen acudió en mi ayuda con su particular modo de exponer los hechos.

—Bah, no te preocupes, son las ocho zorras que le siguen el juego a la

directora. Las llama sus hijas, ya sabes, como alumnas élite que están destinadas a joder al resto de humanos como hace ella. —Con la cabeza hizo un gesto en dirección a la mesa de las alumnas—. ¿Ves a ésa que mira su anillo como si fuera el pito de un tío? Pues era amiga mía antes de convertirse en una mierda refinada y que huele a tope de bien.

Tuve que apretar con fuerza los labios para no dejar escapar una risita. Kathleen lo apreció y pintó una furiosa sonrisa que confirió a su rostro el aspecto de una criminal.

—No te rías, si no te encerrarán como a Sadie. —Luego adquirió una postura dócil y añadió—: Esta gorda tiene razón —dijo, rodeando el cuello de Big Patty—, pareces una buena tía, pero debes tener cuidado en esta escuela. Aquí hay gente chiflada.

—Silencio, por favor —anunció una de las profesoras bajo el mandato de Ferguson.

Kathleen se encogió sobre el plato como una niña asustadiza y murmuró:

—¿Qué te dije? Aquí te meten un palo por el culo si no les pareces lo bastante educada.

Kathleen empezaba a ganarse mi respeto. Había en ella algo que me recordaba a mi buena amiga Joyce, a quien pronto echaría de menos.

Continué comiendo y observando todo con suma curiosidad. Fue entonces que advertí la presencia silenciosa de Leslie Van Houten, la chica que se escudaba en su timidez. Realizaba movimientos tan lentos que cualquiera la habría confundido con una estatua de cera. La saludé con un gesto de cabeza cuando ella me miró. Sus ojos se llenaron de un miedo espantoso y apartó la mirada.

La Institución Morris parecía una caja de piedra que limitaba las emociones humanas a miedo y disciplina. Nunca he comprendido por qué provoca tanto rechazo la libertad, la sinceridad y lo auténtico a los gobernadores del mundo. Toda manifestación de autoridad siempre parece ir acompañada de la obligación a ser igual a quien impone su voluntad. Sin embargo, a lo largo de mi vida procuré rodearme de personas auténticas; mi experiencia con la familia y Nick Pegg me hizo rechazar las máscaras que encubren nuestra verdadera esencia. Cuando alguien se muestra como es, las personas de alrededor saben si deben alejarse o quedarse. Mi cuerpo era un imán que repelía la personalidad remilgada y atraía a «chicas malas», sin embargo, muchachas auténticas según mi punto de vista.

Me interesé por lo que había expresado Ilsa Ferguson en su rezo, y pregunté a las chicas por tal asunto.

—La directora está chiflada —espetó Kathleen mientras masticaba con visible desagrado. Acerté al pensar que aquella chica había sido criada en una granja—. Qué asco de comida.

—Supongo que te habrán explicado las asignaturas que tendrás —intervino Big Patty.

Asentí, y fruncí el ceño.

—La clase de Religión resolverá tus dudas.

—No soy muy devota —dije.

—Creo que aquí tampoco lo son. —Por el inquieto modo de mirarme, adiviné que Big Patty rechazó seguir con la conversación.

Mi escasa vida religiosa se reducía a ver pasar de largo las iglesias cuando de pequeña iba en el coche con mis padres. Ya por entonces me provocaban un rechazo absoluto. Durante la boda de mi tía fui testigo de una de mis teorías adolescentes: un viejo ataviado con una horrible sotana no era una imagen cautivadora para el sector juvenil. Deberían estudiar con suma atención la estética de los grupos de *rock*. Ellos sí sabían atraernos con su imagen libertina y su mensaje sedicioso, invitándonos a ser siempre nosotras mismas, a ser auténticas y no concederle importancia a la opinión de envidiosos profanadores del *rock*.

Recorrí el comedor con los ojos. No había cruces ni objetos religiosos en paredes ni mesas. Nada que sugiriese que me encontraba en una escuela religiosa. Sin embargo, el rezo de la directora y que la asignatura de Religión estuviera presente en la enseñanza me inquietaron. No necesitaba pasar por un lavado de cabeza. Entonces prometí oponerme a cualquier intento por hacerme cambiar. Mi sello de autenticidad seguiría vigente por mucho tiempo. Y no supondría un problema, puesto que no faltan personas en la sociedad; si alguien no estaba cómodo a mi lado podía seleccionar otros individuos como compañía.

El resto de la tarde lo pasé en presencia de una profesora gruesa, aunque lograba modelar la figura bajo un ceñido traje austero y falto de carisma. Las estudiantes fueron conducidas al invernadero de la institución para las prácticas de Botánica. Yo misma participaría días después de las lecciones de la señorita Louise y su apasionado amor por las plantas. Sin embargo, primero debía recibir el material escolar así como numerosos consejos por parte de la profesora Gray. En ese momento estaba de pie y me daba la

espalda mientras contemplaba por la ventana. Me cuestioné seriamente cuánto podría soportar la tensión el vestido que reunía la grasa de la cintura.

—Respete el material, respete a los profesores, respete las normas...

La lista se prolongó hasta que me pareció ver cerrarse el día en un hermoso atardecer sureño, capaz de recordarme los abrazos de Rob mientras mirábamos el horizonte. Un intenso rojo sangriento devoró las nubes cuando la profesora finalmente se volvió, con un rostro rollizo que habría ocultado de haberle sido posible.

—¿Ha comprendido?

Evoqué las normas básicas de la ayudante de la directora y dije:

—Sí, señorita.

Se desplazó a un armario, lo abrió y empezó a sacar el material. Pronto la mesa soportaba el peso de una enorme pila de libros, estuches con lapiceros y gomas de borrar. Cuando creí que había terminado, abrió otro compartimento del armario y extrajo más volúmenes. Experimenté verdadero temor a estudiar.

—Mañana, antes de la primera clase, preséntese en el despacho de Patricia Krenwinkel, nuestra psicóloga. Tiene cita a las ocho de la mañana.

—Me encuentro bien.

Los ojos rabiosos de la señorita Gray se hundieron en los míos como un poderoso golpe.

—No replique jamás.

Escupió las palabras como un cañonazo. La parte que mi padre denominaba «chica mala» deseó manifestar su rechazo a obedecer. Sin embargo, utilicé mi sano juicio para pasar desapercibida hasta saber qué clase de lugar era la Institución Morris.

—Sí, señorita —dije, y temí que la mujer tomara mi afirmación como una burla.

Recuerdo que repetí aquellas dos palabras durante semanas casi sin pensar.

Cuando entré en el dormitorio de estudiantes, las muchachas ya se encontraban allí conversando y riendo hasta que yo irrumpí. Kathleen, quien estaba junto a la ventana fumando, arrojó el resto del cigarrillo al exterior, malhumorada.

—Joder, tía, avisa de que eres tú. Pensaba que era una de las zorras de Ferguson. Suelen abrir de golpe para intentar sorprendernos con “alguna actividad ilegal” —dijo las últimas palabras con desdén mientras el dedo

índice sacudía el aire.

—Sí, señorita —me aventuré a decir con aire teatral. Durante un segundo el cuarto enmudeció y pensé que habían rechazado mi broma. Los cinco pares de ojos estaban fijos en mí, como un jurado hallándome culpable. Luego estallaron las risas y experimenté la sensación de que nada debía temer entre «chicas malas». Incluso la tímida había advertido mi humor. Sin embargo, pronto volvió a la interioridad de su mente, como si tuviera que mantener a salvo un horrible secreto.

—Me cansa repetir lo mismo cada vez que esas cotorras terminan su frase. Sí, señorita. Sí, señorita —dijo Kathleen al tiempo que se dirigía a su cama—. Es horrible.

Big Patty volvió a sacar su diario y releyó algunas páginas.

Kathleen, tras ordenar a una chica que empujara la puerta, extrajo completamente el cajón de su mesita, introdujo la mano al fondo y, con visible apariencia conspiradora, sacó un cigarrillo.

—Será mejor que guardes silencio.

—No soy una chivata —dije.

—Tus palabras no me dicen nada, el tiempo me dirá de qué vas.

No dije nada. Ella tenía razón.

—¿Qué escribes en tu diario? —le pregunté a Big Patty.

—Ja, vas lista si crees que te lo dirá. Sadie lleva meses intentando que se lo diga. Incluso la amenazó con un cuchillo. Puedes creerlo, está chiflada.

Big Patty se volvió hacia mí escondiendo el diario.

—No escribo ya nada. Está todo escrito. Pero prefiero no hablar de ello. Lo siento.

—Está bien. Como quieras —dije.

Kathleen me miró con una sonrisa que anunciaba que ya me lo había advertido.

Horas después apareció la mujer responsable del servicio de guardia nocturna. Recitó buenas noches de un modo automático y carente de deseo. A continuación echaron la llave.

El insomnio me visitó la primera noche. Aunque me esforcé por cerrar el caudal de pensamientos, las risas de mi padrastro acudían para fastidiar mi plan. El resto de alumnas parecían dormir plácidamente. Me reconforté con la idea de que en cuanto me habituase al nuevo entorno dormiría mejor. Mantuve fija la vista en el techo hasta que un ruido en el dormitorio me hizo incorporarme. Reprimí el grito que a punto estuvo de salir por mi boca. Lo

que parecía un fantasma, resultó ser Big Patty sentada en su cama y con una sábana sobre la cabeza irradiando la luz de la linterna con que leía el diario. En el interior, la sombra de la muchacha se movía con nerviosismo, como si se tratara de una criatura a punto de brotar de su crisálida.

—Eh —susurré—, ¿qué haces?

—Calla, Connie, o despertarás a las demás. Suelo leer mi diario cuando todos duermen.

Guardé silencio preguntándome con horrible ansiedad qué tenía de especial el diario. ¿Qué había escrito y por qué lo mantenía en secreto?

Con aquellos interrogantes anidando en mi mente, fui atrapada por una atroz pesadilla. Corría por un desierto sobre cuya superficie arenosa se extendían ondulaciones provocadas por los tentáculos de la bestia que iba en pos de mí. Mis pies se hundían inexorablemente en la arena, lo que dificultaba mi huida. Sentía cada vez más cerca las vibraciones del suelo y la angustia de ser capturada se instaló en mi cuerpo. La tempestad de arena se desató en cuanto divisé en la distancia una fortaleza de piedra. Mis pies se dirigieron hacia allí como única esperanza para escapar de la bestia del desierto. Encaramada a una atalaya había una figura femenina que me anunciaba la bienvenida. Sin embargo, empecé a escuchar gritos procedentes del interior. Cuando estuve lo bastante cerca, reconocí a la figura de la atalaya. Era la directora Ferguson, cuyas risas se mezclaban con los alaridos de miles de muchachas.

Desperté en la oscuridad del dormitorio. Y aunque Big Patty roncaba igual que una hiena, mi atención fue atraída por el grito aterrador que recorría los pasillos.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, la puerta del dormitorio me despertó con la sensación de haber sufrido una pesadilla tan real que todavía retumbaban los gritos en mis oídos. La mujer encargada de las rutas turísticas por la institución se encontraba enmarcada por la puerta como un horrible retrato.

—Buenos días.

La respuesta de mis compañeras fue una réplica soñolienta a medida que se desembarazaban de las sábanas.

—No tengo ganas de asistir a clase —dijo Big Patty.

—¿Y crees que yo sí? —replicó Kathleen, quien se dejó caer de nuevo en la cama. Al volver la vista hacia la cama vacía, añadió—: Joder, Sadie aún no ha regresado.

Otra mujer espigada como un tallo de trigo asomó su cara por la puerta y me recordó la cita. No comprendía la necesidad de acudir a ver a una psicóloga si no había mostrado ningún comportamiento en particular.

Me arrastré por los pasillos con la impresión de ser una turista perdida. Pedí ayuda a dos estudiantes que acudían a clase con los libros bajo el brazo y vestidas con cierta modestia y elegancia. Supuse que eran alumnas avanzadas que habían sucumbido a la presión de la institución. Llegué hasta una puerta cuyo letrero señalaba mi destino. Se abrió de pronto y salió una muchacha malhumorada. Mis pies se inmovilizaron obstaculizándole el paso cuando reparé en el parche pirata que cubría su ojo izquierdo. El cabello mullido descansaba sobre hombros delgados descubiertos por la camiseta de tirantes. Los viejos tejanos parecían soportar más usos del que les correspondía.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —masculló.

—Lo siento.

—Aparta de mi camino, gilipollas. —Me hizo a un lado con una mano y se encaminó por donde yo había venido.

—Sí... —dije, y cerré la boca para no completar la frase.

Allí marchaba Sadie Mae Glutz, una locomotora descarrilada que podría encabezar la lista de «chicas malas». Caminaba con autoridad. Seis estudiantes se apartaron de su paso espantadas por su frágil irritabilidad, que

en aquel momento parecía alcanzar el clímax.

—Adelante —dijo una voz.

Miré por el hueco de la puerta. El despacho lucía confortable y en calma pese a la estampida que había presenciado. Suelo enmoquetado, paredes forradas con estanterías de libros y retratos familiares parecían ser una certera trampa para desnudarse ante Patricia Krenwinkel, a quien le molestó que yo frunciera el ceño al verla guardar unos documentos rápidamente.

—Adelante, por favor.

Entré. Por el modo de examinarme, supuse que adivinó mi recelo.

—Cierra la puerta y siéntate, Connie. Y tranquila.

Enseguida observé que no me llamaba de usted. Supuse que aquel aire amistoso formaba parte del cálido ambiente recreado para confesar cualquier secreto.

—Sí, señorita.

Ella bosquejó una sonrisa diplomática.

—No son necesarias esas respuestas conmigo, Connie. Aquí puedes ser tú misma.

En todo caso, la trampa me pareció muy acogedora y su guardiana más agradable que el resto de profesoras.

Patricia Krenwinkel manifestaba un firme control de sus emociones, y las liberaba a medida que eran necesarias. Siempre exhibía el rostro adecuado para cada alumna. Mi versión de la señorita Krenwinkel resultó ser una hermana mayor que me instaba constantemente a ser yo misma en su presencia. Sobre la mesa no dormitaban libros ni material relacionado con su trabajo. Parecía querer despojarse de cualquier imagen intelectual. La visión del teléfono en una esquina de la mesa atrajo la idea de llamar a mi madre.

—¿Cómo estás, Connie? ¿Te agrada la escuela?

—Sí, señorita.

—Recuerda que puedes ser tú misma.

—¿Por qué estoy aquí? No estoy loca, tía... Quiero decir..., señorita Krenwinkel.

La sonrisa de ella se extendió durante varios segundos. Se rellanó sobre el sillón negro y me examinó como si yo fuese un diamante en bruto.

—Sé que no estás loca. No te habría llamado, lo que menos necesito es una asesina en mi despacho.

Acepté aquello como una broma y sonreí con escaso entusiasmo.

—Está bien, me sinceraré contigo, Connie. Mi trabajo aquí es evaluar el

estado emocional de las estudiantes. Decidir quién está mejor cualificada para... —La pausa hizo que yo abriese los ojos, expectante de cualquier indirecta o de alguna argucia enmascarada—. En la Institución Morris destacamos por nuestros excelentes resultados. Sabemos que no todas las estudiantes son aptas para nuestro propósito.

—¿Que es...?

—Me gusta tu curiosidad. Es una cualidad necesaria para permanecer aquí. Dime, Connie, ¿echas de menos a tus padres?

Fruncí el ceño.

—Echo de menos muchas cosas.

—Comprendo —dijo.

—¿En serio? ¿Sabe una cosa? No lo creo, no comprende nada.

Patricia Krenwinkel apoyó entonces los codos en la mesa y entrelazó las manos para posar la barbilla. Me dirigió una mirada astuta.

—Ponme a prueba.

—Tal vez en otra ocasión.

La mujer abrió un cajón, sacó un paquete de cigarrillos y lo depositó sobre la mesa.

—Sé que algunas chicas del centro fuman. Aunque está estrictamente prohibido, en mi despacho tengo mis propias normas. Adelante, puedes coger uno.

—No, gracias.

—¿No fumas?

—A veces, pero ahora no me apetece.

—Comprendo. No eres como Kathleen Maddox —dijo de buen humor—. Ella siempre trata de alargar la cita para poder fumar un cigarrillo tras otro.

Le sonreí de nuevo.

—Parece una buena chica.

—Oh, es cierto, te han alojado en el mismo dormitorio. Interesante —murmuró.

—¿Qué es interesante?

—Tengo conversaciones interesantes con muchas alumnas. Con otras, me cuesta más intimar como es lógico, no todas me aceptan como su amiga. Me gusta entablar amistad.

—Eso es bueno —expresé de forma distraída, y me fijé en la fotografía más próxima a la mujer. Patricia Krenwinkel abrazaba a un niño con sincero

amor, lo que hurgó en mi recuerdo de una familia rota por la violencia.

—Era mi hijo. Murió a los ocho años.

—Oh, lo siento mucho.

—Te lo agradezco, Connie.

En ocasiones mi cara expresaba con facilidad lo que estaba pensando, y ésa fue una de dichas ocasiones. Sentí una enorme pena por ella. Cuando miré el resto de fotos, aprecié que todas eran del niño.

—Eric.

—¿Eh?

—Eric era su nombre —confesó.

Estuve tentada a revelarles los sucesos de mi hermana, pero todo en la institución era demasiado inquietante y mi resignación por estar allí no se había disipado como para estrechar lazos con cualquiera.

Entonces ella abrió un cajón y sacó una carpeta que puso en la mesa.

—¿Ves esto? —dijo, y abrió la carpeta y deslizó la mano sobre los folios para extenderlos como una baraja de naipes.

—No, soy ciega.

La mujer me concedió una sonrisa paciente.

—Estas hojas hablan de ti. Una declaración exhaustiva de tu padre.

Aquello supuso un mazazo en mi pecho; así fue como lo experimenté, como un poderoso golpe que paralizó mi corazón durante unos segundos.

—Muy propio de Nick Pegg. Y no es mi padre, su función se limitó a padrastro. Y ahora ni eso. —Las frases emergieron seguidas, sin que yo pudiera retenerlas. Lo atribuyo al daño emocional que por esa época sufría. A la tensión constante que se había alojado en mi interior, como una maleta de viaje que finalmente explota por la sobrecarga. Mi cuerpo no soportaría más problemas. En algunos libros había leído que una posible solución terapéutica era obtener una maleta más grande. Sin embargo, ¿por qué tolerar más problemas? Ansiaba libertad y aceptación. Amor, amistad. Ansiaba que la ficción que siempre había llenado mis libretas se volviera real. No deseaba ser fuerte, deseaba ser feliz. Y caí en la trampa de Patricia Krenwinkel.

—Comprendo —repitió.

—Lo dudo, tía.

—Aquí dice que eres una jovencita problemática. No me parece del todo cierto.

—Mi verdadero padre bromeaba con que yo era una chica mala.

—Una broma curiosa.

—No me molestaba su forma de llamarme, la encuentro sincera — confesé.

Patricia seguía con su sonrisa perfilada en los labios y unos ojos atentos.

—No hacía nada malo, pero a mi padre le gustaba sacarme de mis casillas de vez en cuando —continué—. Y supongo que yo sacaba de sus casillas a mi padre y a mi madre. Es lo que tiene ser adolescente. El alma desea experiencias para crecer.

—Oh, interesante. Sumamente interesante.

—Eso creo —dije, recuperando parte de mi protectora indiferencia.

—Adivino que es una de las cosas que echas de menos.

—Claro. Y usted a su hijo. —Entonces recordé fragmentos de mi pesadilla y pensé que sería buena idea comentarlo con Patricia—. He tenido una pesadilla.

—¿Quieres hablar de ello?

—Claro, por eso te lo menciono —dije de forma desenfadada.

Mi atrevimiento no desmoronó su cara agradable. No sabía si estaba tomándome demasiadas confianzas, pero el plan de ella por sentirme cómoda había dado resultado. Me tumbé en el pequeño sillón de visitas y le relaté lo que recordaba de la pesadilla. Al finalizar se extendió un silencio turbador. Patricia no dijo nada, y mi corazón se había convertido en una criatura que pugnaba por salir de mi pecho a golpes.

—¿Gritos? —preguntó con incredulidad.

—Exacto.

—Es indudable que se debieron a tu pesadilla.

—Eso pienso yo, pero fue aterrador escuchar los gritos después de haber despertado... o eso creo.

—Estabas todavía bajo el efecto de la pesadilla.

—Supongo..., pero ¿no es posible que alguna alumna haya gritado por algún motivo?

—O una profesora —sugirió, y aunque trató por todos los medios de ocultar el desconcierto en sus ojos, yo lo advertí—. Si te deja más tranquila, preguntaré entre el personal a ver qué puedo averiguar.

—Me parece bien.

Fue una respuesta convencional para un problema que no lo era. No tenía la certeza de haber escuchado un grito la pasada noche. Sin embargo, en mi cabeza no dejaba de barajar esa posibilidad, con sus aterradoras consecuencias. En ocasiones creía que todo se debía a mi excitada

imaginación de futura escritora, y en otras, que me había topado con un fallo de la valorada seguridad de la Institución Morris.

Después de la cita con la doctora Krenwinkel, deambulé por el pasillo en dirección a mi primera clase con el libro de Historia abrazado al pecho. El pasillo de las aulas estaba en silencio, salvo por la voz de la profesora, cosa extraña en las escuelas públicas a las que había asistido hasta entonces. Siempre se podía oír el bostezo de algún estudiante o un comentario chistoso arrancar las risas del resto de compañeros, así como profesores, cuya furia podía competir con los antiguos bárbaros, gritar a pleno pulmón silencio. SILENCIO. Y que la orden fuese acompañada de por favor no mejoraba las cosas, puesto que los alumnos siempre parecían ocupados con el último rumor. En resumidas cuentas, la escuela pública era el lugar de encuentro para fumadores empedernidos, las primeras experiencias sexuales, y el desarrollo creativo a la hora de aprobar un examen sin estudiar. Un extenso mercado negro de exámenes robados pulula por todo centro educativo que se precie. Exámenes a cambio de dinero, de cigarrillos, de drogas o de cualquier mercancía aceptada en el trueque.

Sin embargo, en aquel pasillo únicamente se escuchaba la voz severa de una profesora leyendo un párrafo del libro de Historia que me acompañaba. Cuando llegué a la puerta cerrada, me detuve, lancé un bufido de resignación y, acostumbrada a las libertades de la escuela pública, no tuve otra ocurrencia que abrir la puerta sin tocar ni de anunciar mi presencia de algún modo. La profesora, una mujer cuyas facciones reseca hacían pensar en el consumo de drogas, detuvo su lectura. Me examinó con visible censura. Aquella mañana no lucía mi mejor aspecto tras una noche de insomnio y pesadillas. Por otro lado, mi cabello andaba más andrajoso que de costumbre. Una cazadora vaquera cubría mi camiseta negra y la tela amarilla del vestido de mi hermana resaltaba en torno al muslo. Advertí cómo la profesora seguía escrutándome y su respiración se tornaba ansiosa. Tuve la certeza de que la mujer habría aceptado gustosamente desnudarme allí mismo e impartir una lección de vestuario decoroso. Pero Connie Merrill estaba creada a su imagen y semejanza y ninguna mujer anticuada tendría agallas para siquiera intentar cambiarla.

El resto de alumnas me estudió con benevolencia; de hecho, algunas incluso parecían valorar mi sinceridad con el vestuario.

—Me anunciaron su llegada, señorita Merrill. No obstante, la próxima vez que llegue tarde a clase, tenga la bondad de tocar la puerta y no entrar

como si fuese la reina del baile. ¿Ha entendido? Adelante, tome asiento en el pupitre libre.

—Sí, señorita.

No tuve ocasión de conocer a la profesora de Historia, quien también impartía las asignaturas de Educación Femenina y de Danza Clásica. Aunque por el modo de leer el párrafo que hacía referencia al desarrollo de las colonias en el estado de Alabama, la clase pronto se convirtió en un funeral cuyas víctimas éramos exclusivamente nosotras. La tortura se prolongó hasta pasadas las doce, que pasé observando al resto de la clase. Kathleen contemplaba por la ventana cómo un pájaro se posaba sobre una rama para enseguida levantar el vuelo. Big Patty parecía la más receptiva a la lección. Mi rápida imaginación la transportó al siglo diecinueve, le ajustó un vestido de época y, al proceder a anudarle el *corset*, vomitó el desayuno sobre la esclava. Fue la negra quien sufrió las consecuencias, no obstante. Mi sonrisa se esfumó tan pronto vi a Sadie Mae Glutz, y me pregunté si habría escuchado el grito la pasada noche. No miraba a nadie, su expresión sugería una indiferencia superior a las que había visto hasta la fecha, y el parche en el ojo le confería un aspecto peligroso.

Una chica, con el cabello apelmazado y una cara inquietante, lucía sobre el hombro el tatuaje de los cuatro símbolos esotéricos que presentaba el disco más popular de Led Zeppelin. Yo le asentí manifestando mi aprobación cuando ella se volvió. Pero parecía poco interesada en mi opinión.

Horas después, reunidas en el dormitorio antes de las clases de la tarde, pregunté a Kathleen y a Big Patty si habían oído el grito. Ambas confesaron que no. Sin embargo, les parecía haber escuchado gritos en varias ocasiones desde que fueron inscritas en la institución meses atrás. Kathleen incluso había intentado sonsacarle información a Bill, el jardinero a quien le robaba los cigarrillos. Pensó que al haber formado parte del personal durante años, podría saber algo. Me dijo que le reveló una historia sumamente increíble, como solía hacer siempre que alguna estudiante le preguntaba por alguna cuestión. Por lo visto me había salido un temible competidor como contador de relatos.

Una tarde, tras finalizar las clases, Kathleen fue en busca del jardinero. Lo halló cerrando la puerta del cobertizo. El hombre se volvió de pronto, en un estado de alerta semejante a un pistolero del viejo oeste. Creyó que Kathleen se acercaba con intención de quitarle cigarrillos. Pero al advertir el estado de desconcierto de la chica relajó su cuerpo. Ella le formuló la

pregunta de si había escuchado un grito durante la pasada noche. Bill entornó los ojos anticipando un relato fascinante. Ambos pasaron a tumbarse sobre la hierba a solas. Extendió un cigarrillo que ella aceptó gustosa. Los gritos se sucedían en la Institución Morris desde antes de su llegada, le dijo, y nadie sabía exactamente el motivo, pero muchas profesoras habían sido trasladadas al centro mental del condado después de asegurar que una figura luminosa se arrastraba por los pasillos. Kathleen me aseguró que la voz de Bill se volvía más sugestiva a medida que se avecinaba el desenlace. Y todas las estudiantes sabían qué motivación llevaba al jardinero a utilizar tales recursos. La simple mentira. Sin embargo, Kathleen vio en sus ojos un atisbo de miedo cuando fue sorprendido con su falso relato.

—Es un viejo chiflado —espetó Kathleen.

—¿Por qué te mintió? —quise saber.

—Porque le gusta hacerse el interesante. Al menos me saqué un par de pitillos.

—Oh, ya veo.

Kathleen finalizó la conversación diciéndome que una noche saltó de la cama y recorrió los pasillos en busca de la procedencia de los gritos, pero sin resultados, ya que cesaron de pronto. Regresó a la cama con el presagio de que eran debido a los castigos que recibían las alumnas más problemáticas, y por esa época ella no deseaba entrometerse en asuntos ajenos.

No le pregunté cómo había logrado salir del dormitorio si tenían como norma cerrar las puertas. Más tarde averiguaría que Kathleen Maddox poseía un talento extraordinario.

Mientras tanto, no dejé de mirar de soslayo a Sadie, como si la muchacha fuese un imán del que no podía distanciarme. Ella prestaba atención a una foto que la había visto sacar de su mesita de noche. Por el modo de contemplarla, adiviné que era importante para ella. Tal vez de un familiar, o de sus padres, pensé. Aunque lo que crispaba verdaderamente mis nervios era saber por qué diablos usaba un parche. Me aventuré a preguntarle por el grito cuando las chicas hubieron salido del dormitorio.

—¿Has escuchado un grito esta noche?

Sadie apartó la mirada con visible irritación por haber sido molestada.

—Qué idiota eres —bufó y regresó a la fotografía.

Experimenté un vacío momentáneo, como quien no desea pensar en la necesidad que acaba de cometer.

Por aquella época, Sadie era un enigma fascinante al que quería

acercarme, me sentía como un arqueólogo frente a una reliquia antigua. Sin embargo, la reliquia estaba dentro de un cofre sin cerradura, y las escasas ocasiones que había intentado abrirlo fui picada por Sadie la víbora. No parecía alguien que se refugiara en su interior o que temiese hacer amistades. Sencillamente era alguien que no me necesitaba. ¿Qué podría ofrecerle yo?

Capítulo 7

A la mañana siguiente desperté a causa del ruido de la cama de Sadie. Se encontraba recostada sobre el respaldo mirando la dichosa foto.

—Buenos días —le dije.

Sadie me asesinó con su mirada. Los ojos crepitaban como llamas.

—Qué pesada eres. ¿Por qué no me dejas en paz?

De nuevo me asaltó una conmoción.

El resto de alumnas se preparaba para la clase matutina de ejercicio. Kathleen contaba con gran excitación los cigarrillos que había logrado reunir la pasada tarde cuando ambas fuimos a visitar a Bill. Le pedí que me acompañara porque era una alumna nueva y no quería parecer una paranoica que oía gritos por los pasillos. El anciano manifestaba una fragilidad que casi logró conmoverme. Peinaba el escaso cabello blanco situado detrás de las orejas hacia la coronilla para ocultar su cruel calvicie. Kathleen me confesó que era divertido cuando se le caía la peluca que utilizaba en ocasiones. Aquella aparente torpeza la suplía con una sonrisa amable y una mirada llena de experiencias que ansiaba compartir con quien estuviera dispuesto a escuchar. Después de insinuar que cuando su mujer le abandonó arrojó todas sus cosas por la ventana mientras él esperaba en el jardín, abatido, le insistimos que sólo queríamos saber acerca del grito.

—Esa pregunta ya te la respondí hace tiempo con un interesante relato —había dicho él.

—Es ella quien pregunta esta vez, tío.

Le saludé y me concedió una amplia sonrisa provista de una horrible dentadura amarilla.

—Espero que tú no me robes también mis cigarrillos.

Negué con la cabeza mientras Kathleen aceptaba sorprendida seis cigarrillos.

—Eh, fabuloso, tío. Eres un viejo increíble. Si tuvieras cien años menos me vería contigo a escondidas.

—¿No lo haces ya? —bromeó Bill.

—Eh, ¿qué insinúas, tío?

—Apuesto a que nadie sabe que habéis venido a verme.

Finalmente pasó a contarme que no sabía nada de los gritos que había escuchado. Advertí cómo se amparaba en mi pesadilla para sugerirme lo mismo que la psicóloga. Que todo se debía a dicha pesadilla y que el grito procedía de mis fantasías. Sin embargo, mientras nos alejábamos, miré por encima del hombro y vi una sombra de preocupación oscurecer su rostro.

—Sabe más de lo que parece —le susurré a Kathleen, quien sólo parecía interesada en su recompensa.

—No le des más vueltas, tía. Se rumorea que les dan palizas a las alumnas. Ya te dije que aquí hay mucho chiflado.

Aquella mañana acudimos en fila india a la cancha de baloncesto, donde nos ordenaron correr veinte vueltas. Los intestinos se me desprendieron a la sexta vuelta, aunque Kathleen, aferrándose el pecho como si estuviese a punto de sufrir un infarto, me hizo pensar que yo aún podía soportar un poco más. Por lo visto, Big Patty recurría a argucias para librarse de los ejercicios. En esa ocasión presentó la excusa de la menstruación. Sadie iba en cabeza, y continuaba en cabeza a la décima vuelta, con una determinación vengativa, rabiosa y toda una lista de adjetivos capaces de expresar la entereza y seguridad personal que emitía. Reparé en cómo miraba a la profesora de Gimnasia al cubrir una nueva vuelta. Intuí algún tipo de desafío entre ellas.

Cuando terminamos de correr, nos detuvimos en formación de seis por seis delante de la profesora. Sadie exhibía su aguante con una sonrisa maliciosa; el resto jadeábamos como animales apaleados. Sin embargo, tan pronto como Sadie volvió su mirada hacia mí, intenté por todos los medios de serenarme.

Exhaustas como un pelotón de soldados en plena batalla, entramos en los vestuarios. Los diferentes compartimentos estaban divididos por fríos muros de cemento cubierto por azulejos azules. De pronto me sentí dentro de una piscina olímpica. El rumor de las duchas atenuó las animosas conversaciones. Todas las muchachas parecían agradecer el agua caliente que caía sobre su piel. Antes de desaparecer en mi ducha, vi a Sadie despojarse de su ropa deportiva y mostrar sin reparo numerosas heridas sobre su espalda. La horrible impresión me hizo aspirar todo el aire. En mi sobrada experiencia en materia de palizas supe que las heridas eran recientes. Entró en su compartimento sin quitarse el parche del ojo. Aunque aún no había sido capaz de abrir el cofre del tesoro, experimenté profunda compasión por aquella chica. Con los ojos cerrados y recibiendo el calor del agua, me pregunté en la clase de castigos a los que recurría la institución como medida

de disciplina. Que alguien fuese capaz de superar la bestialidad de mi padrastro me provocó pánico. ¿Sería Sadie quien había gritado aquella noche?

Cuando fui a coger la pastilla de jabón, resbaló de mis manos y se estrelló contra el suelo. Me agaché y aprecié un desnivel en los azulejos que obligaba al agua a marcharse por la hendidura originada por un extraño abultamiento. Palpé con los dedos el azulejo que me pareció más flojo y se levantó de una esquina.

—Qué desastre.

El hueco dejó al descubierto tierra mojada. Quité el azulejo después de mirar por encima del hombro para cerciorarme de que nadie me sorprendería. Luego escarbé la tierra hasta que mis dedos tocaron con algo sólido. Pensé en conductos de agua. Sin embargo, la húmeda rugosidad me hizo desechar esa posibilidad. Limpié concienzudamente el recuadro y quedó visible la curvatura de una raíz cuyo diámetro sugería que pronto levantaría el suelo de aquel compartimento de ducha. La curiosidad me incitó a arrancar el resto de azulejos y desvelar el verdadero tamaño de la raíz. Sin embargo, una voz odiosa infundió prisas a las muchachas para salir de las duchas. Empujé la tierra extraída de nuevo al agujero y coloqué el azulejo lo mejor que supe. Al terminar de ducharme salí al vestuario y me enfundé mi ropa.

El comedor rebosaba de muchachas hambrientas a la hora del desayuno. Sobre la mesa me esperaban tostadas con queso, zumo de naranja y tres galletas caseras. Grandes dosis de energía para soportar las detestables horas de clases que seguían. Todas ocupaban sus respectivas sillas salvo yo y varias alumnas rezagadas. Experimenté miedo al poder ser amonestada, pero el bullicio todavía resultaba lo bastante ruidoso como para pasar desapercibida. Big Patty ya devoraba su tostada con un rostro que vaticinaba hambre en pocas horas. Para mí, sin embargo, todo era exquisito. Nunca me quejé por la comida. En cuanto todo el personal comenzó a comer sin la presencia de Ilsa Ferguson, supuse que los rezos eran sólo para determinadas ocasiones. Manifestaba verdadera curiosidad por asistir a una de las clases de Religión. Kathleen reía abiertamente debido a que sus pulmones rezumaban las dosis de nicotina suficiente. Me saludó y le devolví el saludo. Gracias al trato diario nuestra amistad se iba fortaleciendo, y aunque no habíamos llegado al punto de hermanamiento, su compañía me era grata. Big Patty parecía más interesada en su diario, en la comida y en idear las excusas que le evitaban sudar en exceso.

Sadie se había instalado en su silla, ausente de su alrededor. Parecía encontrarse en un desierto silencioso y solitario. El ojo descubierto evidenciaba un dolor secreto. La compasión volvió a presentarse en mi corazón sin entender por qué. Nuestro centro de emociones a veces realiza jornadas de trabajo intensivo. Pese a que el parche del ojo y su actitud alejaban a la gente, yo intuía por entonces que Sadie había escogido la soledad deliberadamente. Yo también recurría a mi aislamiento personal por diversos motivos. Era fácil adivinar que todas y cada una de las chicas que me acompañaban en el comedor sufrían de algún modo. Nunca llegué a saber qué ocultaban aquellas vidas ajenas.

Cuando vi a Patty refunfuñar por la escasa comida, moví mis galletas a su lado de la mesa.

—Gracias, Connie.

—Yo no necesito tanta comida.

—No lo jures, tía —intervino Kathleen—. Pareces un hueso con ropa.

—También puedes tomar un poco de mi zumo si te apetece —dije.

Sadie dio entonces muestras de regresar a la vida. Su único ojo parpadeó con visible desprecio y su cabello pareció electrificarse.

—Tu afán por hacer amigas es patético. Eres una niña de poca monta.

Sufrí una sacudida en el corazón.

—No la tomes con ella, es una tía legal —dijo Kathleen en mi defensa.

—No me hagas reír. La amistad es para niñas cursis.

—Ah, qué tonta eres cuando te sueltan de tu perrera. Pensaba que te gustaba y que por eso estabas siempre ahí metida.

La mirada de las ocho muchachas selectas de la directora Ferguson cayó sobre nosotras como piedras. Por la reacción de todas las estudiantes, que guardaron un silencio frío, aposté que eran las confidentes de la directora. Sadie fue la única que siguió masticando como si le trajera sin cuidado.

La chica que parecía tener más responsabilidad, se levantó de la mesa con la delicadeza de una flor, una flor con espinas.

—Silencio. Vuestros problemas carecen de interés en la Institución Morris. —La voz dejaba claro lo presuntuoso que alguien podía llegar a ser. Tras colocarse debidamente el vestido se sentó con aire de realeza.

—Zorra —escupió Sadie.

—No, Sadie, déjalas —murmuró Kathleen, con súplica en los ojos.

Me produjo confusión que de repente Kathleen recomendara precaución cuando segundos antes habían estado a punto de estallar.

—No me dan miedo esas zorras vendidas.

—Silencio, ¿acaso no has quedado satisfecha con tu castigo? —La cabecilla la amenazó con una sonrisa maliciosa, como si ansiara aplicar dolor a Sadie con sus propias manos. El resto de alumnas, vestidas con el mismo traje elegante, reflejaron una súbita necesidad de destrucción.

La voz firme de una profesora acudió a devolver la serenidad.

—Ya basta. Continuemos comiendo en paz.

El rostro de la cabecilla se contrajo por la humillación.

Nadie pareció percatarse de mi perplejidad, pero estaba segura de que mi cara se había paralizado. Perdí el apetito. Mi estómago cerrado palpitaba de temor. Siempre fui testigo de peleas escolares, rabietas y demás situaciones solucionadas con puños, sangre y un ojo hinchado. Dichas situaciones, no obstante, parecían siempre estar limitadas por una línea invisible de cordura. En el comedor esta línea parecía rota. La cara de la cabecilla presentaba claros síntomas de necesitar recuperarse de su humillación. A diferencia de los ojos de Sadie, los de aquella chica no llameaban, sino que sangraban de odio. Un odio desmedido e irracional que me aterró.

Capítulo 8

No volví a oír gritos durante las noches siguientes, lo que me permitió conciliar el sueño con naturalidad. De hecho, mi temor al respecto disminuyó y pasé a convertirme en una más de las estudiantes confinadas en la institución sin posibilidad de escapar, de replicar o de cualquier otra cosa que sugiriese libertad. Mi impresión de lo que era la Institución Morris fue apareciendo en mi cabeza, como un *puzzle* cuya imagen finalmente va descubriéndose. Los privilegios de las alumnas recién incorporadas al programa de estudios se limitaban a atender en clase, preguntar las dudas con exquisita educación y comer, dormir y entregar las tareas escolares a tiempo. Los martes y jueves realizábamos los ejercicios matutinos en la cancha de baloncesto; por lo visto pensaban que el desgaste físico mantendría a raya nuestra rabia. Aquellos mendigos de almas habían olvidado lo que era ser una adolescente, la etapa en que la energía brota por todos los poros. Incluso comprendí la ansiedad que devoraba a Kathleen y su necesidad por fumar. En cualquier caso, si alguna muchacha se propasaba en su descaro, siempre estaban las salas de castigo para extirparle su rabia. Yo misma comprobaría su eficacia y cómo merecían una denominación más contundente.

Las ocho protegidas de Ilsa Ferguson nunca se dejaban ver por los pasillos de las aulas, aquella zona estaba destinada exclusivamente a profesoras, alumnas, así como al servicio de guardia nocturna. Se podía adivinar que los fundadores basaron en la jerarquía social su modo de operar en la institución. Las alumnas ocupábamos la parte baja de la pirámide. En las zonas centrales figuraban el servicio de limpieza, jardinería, cocina y profesoras ordinarias. Seguidamente quedaba de manifiesto que tenían el mando la psicóloga y el resto de profesoras de segundo nivel. En la cima aparecía un sólo nombre: Ilsa Ferguson. Jamás supe establecer a qué zona pertenecían las protegidas. Las zorras de Ilsa, como me obligaba a llamarlas Kathleen, quien sospechaba que participaban en los castigos y tenían sus propias confidentes; estudiantes que aspiraban a aumentar el número de las hijas de Ferguson. Por su modo de comportarse, no parecían más que ocho chicas consentidas que únicamente daban cuenta a la directora. Sin embargo, jamás imponían su criterio al resto de profesoras. Su radio de acción se

reducía a acatar las órdenes de la directora. También a ser ejemplo para el resto de estudiantes, ejemplo cuestionable cuando aprovechaban su posición de privilegio para humillar a alumnas en desventaja.

Big Patty tuvo razón referente a los trucos personales. Aprendí mis propios trucos. Uno de ellos consistía en no llamar la atención de las ocho alimañas bajo ninguna circunstancia. Y en caso de ser requerida por ellas, no mostrarme superior, puesto que en mi opinión lo era. Las alumnas que aspirábamos a la máxima expresión de libertad estábamos por encima de las que se sometían voluntariamente a una mujer como Ilsa Ferguson. Sobre todo, las que preferíamos mantenernos íntegras a nosotras mismas y conservar nuestra autenticidad.

Un acontecimiento de interés tuvo lugar durante la clase de Literatura. Si bien todas las profesoras de la institución me parecían sargentos carentes de alma, resultó que la señorita Pussett irradiaba un resplandor benevolente que lograba apaciguar a las fieras en clase. Quedabas atrapada por su profunda mirada, el tiempo se ausentaba cuando ahondabas en los pozos de su experiencia. Era una mujer de mediana edad que prefería lucir una melena larga, al contrario que el resto de profesoras cuyo cabello siempre estaba recogido en un moño complicado. Pussett sonreía al recibir una respuesta incorrecta y rectificaba con paciencia.

Un lunes, al entrar en clase, se aproximó a la pizarra y garabateó el nombre de Rabindranath Tagore. Esto no pareció despertar el interés de ninguna alumna. Cuando la profesora comenzó a exponer la vida del ilustre filósofo y escritor indio, se escucharon los primeros bostezos deliberados seguidos de risitas. A diferencia de las personas inseguras, que de inmediato saltan encolerizadas, Pussett pintó una sonrisa comprensiva y despertó nuestro interés añadiendo la siguiente frase a la pizarra: La verdadera amistad es como la fosforescencia, resplandece mejor cuando todo se ha oscurecido.

El silencio que se cernió sobre la clase hizo que la profesora ampliara su sonrisa triunfal. Aprecié cómo los ojos de las estudiantes permanecían pegados a la frase, descomponiéndola mentalmente para analizarla y exponer si estaban de acuerdo o, por el contrario, replicar con la libertad de expresión que sólo Pussett permitía. Sin embargo, fue Sadie Mae Glutz quien graznó como un cuervo.

—Joder, menuda tontería.

Todas volvimos nuestras miradas al imán de Sadie. La profesora mantuvo la calma de forma milagrosa. Caminó por el escaso pasillo entre los

pupitres en dirección a ella. Se inclinó hasta que ambos pares de ojos estuvieron a la misma altura.

—¿Tiene algo que exponer, señorita Mae Glutz?

Sadie apretó el entrecejo.

—Pues claro. Me parece una tontería gigantesca.

La profesora se dirigió hacia el encerado al tiempo que decía:

—Tal vez quiera usted ilustrarnos con su sabiduría.

—Las amigas desaparecen cuando ya no tienes nada que ofrecerles — espetó Sadie con orgullo infantil—. Las personas son como vampiros, sólo están ahí para chuparte todo lo que tienes.

—Interesante. ¿Alguien está dispuesta a rebatir lo que acaba de decir Sadie? —La mirada de la profesora se paseó por todas y cada una de las alumnas escudriñando como un radar.

—Eso que dices es una mierda, tía —masculló una alumna de cabello dorado, y la señaló con su dedo amenazante.

—Sí —dijeron más voces al unísono.

—Ofrece algo entonces para no estar sola —añadió la rubia—. Las amigas comparten cosas.

—No me hace falta, no quiero que una basura como tú se me acerque.

—No lo haría por nada del mundo, imbécil.

—¿Te rompo la cabeza, hija de puta? —Sadie se levantó arrastrando la silla.

—Señoritas, no es necesario insultarse para obtener la razón. Procuremos tener un debate maduro. —Pussett sugirió sentarse a Sadie.

—He dicho lo que pienso, ¿quién eres tú para molestarme? Puedes estar de acuerdo o no conmigo, pero no me jodas, tía —dijo ella mientras tomaba asiento.

—Moderemos el lenguaje, señoritas. ¿Alguien más piensa que la amistad es una tontería y que no florece cuando más la necesitamos?

Sadie se cruzó de brazos como una bestia torpemente domesticada. Leslie Van Houten, la muchacha tímida, parecía ajena a todo. Kathleen y Big Patty no abrieron la boca, pero prestaban atención.

Una alumna con chaqueta vaquera sin mangas sobre una camiseta blanca, aportó la reflexión más interesante:

—Yo creo que la amistad es importante. Y necesaria para sobrevivir en este mundo de mierda. Nos necesitamos las unas a las otras, tías. Prestad atención, el indio ése habla de la verdadera amistad y no de vampiros —aquí

miró a Sadie con los ojos bien abiertos—. Las amigas reales están ahí cuando las necesitas, si no entiendes esto es que no has tenido nunca una amiga.

—Ah, no incordies —dijo Sadie.

La contribución de la alumna creó otro momento de silencio.

—Muy interesante eso que dice la señorita Courtney. ¿Alguien se atreve a mejorarlo?

Mi opinión al respecto quedó en mi cabeza, entre el resto de secretos. La amistad fue lo que manifestó Joyce el día que me ofreció a su perro, Mandíbulas, para detener a mi padrastro, porque la fuerza de la amistad no entiende de parámetros sociales, ni de si algo está bien o mal. Se limita a actuar sin importar las consecuencias. Al meditar si algo nos favorece o nos perjudica, estamos añadiendo obstáculos a los sentimientos. Y a mi juicio perdemos nuestra autenticidad. En defensa de Sadie la gruñona diré que amistad es ella. Sadie Mae Glutz es la mayor definición de amistad que conozco. No obstante, como bien enseñó el autor indio, la verdadera amistad es como la fosforescencia, resplandece mejor cuando todo se ha oscurecido.

Por aquel entonces, la oscuridad filtraba pequeños haces de luz; tal vez como preámbulo al horror que pronto se revelaría.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, después de correr alrededor de la cancha de baloncesto, pasamos a los vestuarios. Nos extirpamos la ropa como si estuviese pegada a la piel sudada. Necesitábamos con urgencia el agua que aportaba la calma a nuestros músculos. Si bien mis pulmones parecían más grandes y mi corazón trabajaba en mejores condiciones, la única parte que me cautivaba era la ducha. Sentir los miles de suaves pinchazos aterrizando sobre mi piel era verdaderamente relajante. Al entrar en la zona de duchas, vi que mi compartimento habitual estaba cerrado con tablas de madera. **Prohibido usar este compartimento hasta nueva orden**, anunciaba el cartel apoyado en la pared de azulejos. Eché un vistazo a través de los espacios entre la tablas. El abultamiento había crecido y varios azulejos se habían desprendido, dejando visibles partes de las raíces.

—¿Qué haces, tía? —inquirió Kathleen—. Si te ven haciendo algo raro te colgarán de un árbol. Ya sabes mi opinión de lo chiflados que están aquí.

—Pero no hay nadie —dije.

—Aquí te ven aunque no haya nadie. Recuerda que las zorras de Ferguson tienen chivatas y estarán encantadas de informar si con ello consiguen ascender.

—¿Qué pasa, Kathleen?, ¿por qué salen esa especie de raíces?

Ella miró por encima del hombro varias veces con nerviosismo. Luego husmeó el interior del compartimento.

—No tengo ni idea. No parece importante.

—El otro día quité un azulejo y escarbé un poco la tierra mojada. Vi una raíz o algo parecido.

—Tienes mucha imaginación, tía. La institución es más vieja que el coño de la directora.

Ocupé el compartimento siguiente y abrí la ducha. El agua había perdido su masaje tranquilizador y un sentimiento de inquietud se clavaba en mi piel.

Entonces, un chillido se abrió paso hasta mi cabeza, entró en ella y sacudió mis pensamientos. Al asomarme, vi a Big Patty frente a Sadie pidiéndole la pastilla de jabón. Sadie se negaba a prestársela.

—Estoy usándola, ¿no lo ves?

—Cuando termines —dijo Big Patty—. Es que no encuentro la pastilla de mi ducha.

—Ah, olvídate, gorda.

—Últimamente estás insoportable.

Yo había terminado de usar mi pastilla, de modo que me rodeé una toalla a la cintura y salí del compartimento. Le tendí mi pastilla.

—Toma, por hoy ya no la necesitaré.

—Gracias, Connie —dijo ella, con expresión de disgusto.

—Sí, gracias, Connie, por ser la Madre Teresa —farfulló Sadie, y nos dio la espalda para continuar enjabonándose.

No comprendía por qué se dirigía a mí siempre con frases despectivas. No nos conocíamos y yo en ningún momento le había faltado el respeto. Sin embargo, aquella mañana su actitud fanfarrona me fastidió de veras y salté por primera vez.

—Eres una amargada, tía.

—Qué dices, idiota —inquirió, y clavó en mí su ojo enfurecido.

—Lo que has oído. La tomas con la gente por tonterías. ¿Qué te importa si le presto la pastilla de jabón? ¿Qué te importa si hago amigas? ¿Por qué la llamas gorda?

—Porque me apetecía.

—Tú no eres perfecta —continuó—. ¿Te has mirado ese ojo de mierda? Apuesto a que tu novio te golpeaba con su enorme pito. Dinos, ¿es el tío que miras en la foto?

La última pregunta desató en Sadie una furia contenida dentro de ella desde hacía tiempo. Su cuerpo se estrelló contra el mío y nuestros puños hicieron el resto. No éramos remilgadas que usaban las uñas. La vida nos había enseñado a golpes y a golpes de puño respondíamos. Tras sentir contusiones en cara y mentón, resbalamos sobre el suelo mojado mientras a nuestro alrededor se congregaba el público ansioso de sangre, que llegó cuando le castigué repetidas veces el labio inferior. La sangre se mezcló con el agua, los gritos del público, sugiriendo mayor violencia, se mezclaron con los míos y los de Sadie. Cuando logré colocarme encima, le aferré la cabeza y la golpeé sobre el suelo dos veces, y habría seguido de no ser porque ella mordió mi muñeca derecha.

Dos muchachas rotas y auténticas se despedazaban entre sí por viejos conflictos sin cicatrizar, que seguían dentro como una enfermedad latente y que a la menor ocasión se manifestaba en forma de violencia. El público

obtuvo su dosis de sangre, Sadie y yo acabamos sentadas en las sillas de la enfermería de la institución cuando aparecieron las profesoras. Aplicaron alcohol a las heridas y vendaron mi muñeca mordida después de coserla con cuatro puntos. Lograron atendernos del mejor modo, pero nuestro interior, el que había provocado la pelea, continuaba quebrado. Nosotras mismas contribuiríamos más adelante a su sanación. Sadie luciría los próximos días un hinchazón en la cabeza que posiblemente me atribuyera la victoria. Sin embargo, su mordedura aún me recuerda lo lamentable que es la violencia.

Mientras vendaban mi muñeca, Sadie me contemplaba con sumo interés. En aquel momento de confusión no conseguí adivinar si deseaba abalanzarse sobre mí y concluir la pelea, o pensaba que estaba ante una chica merecedora de su respeto. En cualquier caso, ambas mantuvimos silencio. En el caso de Sadie se prolongó hasta que la señorita Lownsberry, la fiel ayudante de la directora, se presentó flanqueada de dos mastodontes.

—Parece que se encuentra cómoda en las salas de castigo —dijo con frialdad, al tiempo que los dos hombres levantaban a Sadie de la silla y la conducían a la puerta—. Estaremos encantados de encerrarla de nuevo.

La cara de Sadie no manifestó ninguna emoción, parecía una pobre muchacha resignada a su penoso destino. Mi fortaleza se desplomó y sentí una impotencia insoportable latir en mi pecho. Grité dentro de mi cabeza que yo había desencadenado la pelea y tenía parte de culpa.

—No pasa nada —dije, y me levanté de pronto.

—¿Cómo dice, señorita Merrill?

—Que no ha pasado nada grave.

—¿Le parece que una pelea en esta institución no es algo grave?

—Quiero decir que no tienen por qué enviarla otra vez a la sala de castigo. Que son cosas de chicas. Cosas de adolescentes.

—No nos diga cómo hacer nuestro trabajo. Los resultados en esta respetable institución se deben a nuestros métodos de disciplina, no le quepa la menor duda, señorita Merrill.

—Pero...

—No incordies más, tía —dijo Sadie, con renovado aire fortalecedor—. Estos idiotas no saben hacer nada sin amenazas.

—Ya pasará una buena temporada en la sala de castigo, le sugiero más astucia por su parte si no desea ver ampliado el castigo.

Sadie lamió la mejilla de la señorita Lownsberry con fingida lascivia.

—¿Pasarás a verme esta vez, Donna? ¿Querrás ver cómo sangro?

Vamos, he visto cómo me miras. Te gustan las tías difíciles, confíésalo.

El rostro de la ayudante de Ferguson no se inmutó con el atrevimiento de Sadie, que avivó el enojo de la enfermera que nos había atendido. De hecho, incluso a mí me sorprendió. A mis dieciséis años jamás había visto tanto atrevimiento alojado en un solo cuerpo humano. Mi noción de Sadie variaba según tenían lugar los acontecimientos.

—Lo siento, Sadie —dije antes de que los mastodontes abrieran la puerta y la empujasen afuera.

Entonces, ella se volvió y me evaluó de arriba abajo. Experimenté un ápice de su difícil aprobación.

—Peleas bien.

Cuando la puerta se cerró, escuché la voz de Sadie amenazarlos y sólo pude asomar una leve sonrisa. Al mirar a la enfermera sabía que ella no pensaba igual que yo, pero esto no hizo sino reafirmar mis convicciones: las «chicas malas» nos entendíamos y éramos como un oasis en medio de un mundo devastado.

Horas más tarde, mientras mi muñeca palpitaba con la rabia de Sadie, se me anunció que la directora Ferguson deseaba verme. Acudí al despacho con la incertidumbre de si vería por primera vez las populares salas de castigo. En cuanto entré en el despacho, aprecié que me encontraba frente a la mujer severa que dirigía la Institución Morris con un extraño libertinaje que por entonces no comprendía, y ahora que medito sobre esto, desprecio rotundamente. La estancia emitía una sórdida sensación debido a la falta de aire, y las ventanas cerradas no ayudaban. El suelo enmoquetado, las estanterías colmadas de libros antiguos y la escasa iluminación aportaban falsa quietud.

La directora se hallaba sentada con soberbia en un frío sillón negro.

—Bienvenida, señorita Merrill.

Olisqueé el aroma a muerte que se depositaba sobre los muebles. Reparé en la figurilla de piedra que guardaba parecido con una rata y que tenía Donna Lownsberry en su propio despacho. Pero era lo menos escandaloso del decorado. Aquel monstruo codicioso de dolor exhibía con orgullo fotografías de las máquinas de tortura usadas durante la inquisición.

—Tome asiento.

—Sí, señorita —dije con temor.

Sobre la pesada mesa descansaba un volumen abierto, que adiviné había estado estudiando hasta mi llegada.

Era la primera vez que me encontraba delante de Ilsa Ferguson, pero enseguida reparé en la placentera paciencia con que me examinaba. Los ojos estaban perfilados con maquillaje negro y sobre los labios destacaba un color rojo intenso. Sus formas faciales inspiraban severidad. El largo vestido negro estilizaba su figura, y aunque presentaba una delgadez notable, su porte era elegante y aristocrático. El escote quedaba encerrado por una sedosa tela transparente.

—¿Cómo han transcurrido tus primeros días en la institución?

—¿Eh?, pues bien, supongo.

—Para cualquier cuestión no dudes en consultar con una profesora.

—Sí, señorita.

La directora sonrió complacida.

—Me alegra tenerte entre nosotros.

—Sí, señorita —dije, y entonces hice acopio de valor para plantear mi primera duda—. No me gusta que Sadie tenga que volver a las salas de castigo.

Ferguson arrugó el entrecejo y caviló durante largo rato. Vi completar una vuelta del minutero en el reloj que pendía de la pared. A medida que el tiempo transcurría, una ansiedad se asentó en mi estómago como una bola de ácido.

—Tenemos nuestras normas, señorita Merrill. Comprendo que a una adolescente de estos tiempos no le entusiasme el asunto, pero a las salas de castigo sólo son enviadas las estudiantes cuyo comportamiento es absolutamente inapropiado. En todo caso, aprecio su preocupación por la estudiante llamada Sadie Mae Glutz. Eso dice mucho de usted.

—Pero...

—No he terminado —dijo, con una mano extendida al frente, y por un momento pensé que me alcanzaría el cuello—. Debo decirle que una de las cosas más inapropiadas para la imagen de la Institución Morris es una pelea entre alumnas.

—Sí, lo siento.

—Nuestras normas son claras al respecto: si una alumna comete una falta grave es llevada inmediatamente a una sala de castigo. Solemos ser flexibles en faltas leves, pero una pelea en las duchas..., es inadmisibles, señorita Merrill.

—Sí, señorita.

—Sin embargo, al ser una estudiante nueva, lo pasaré por alto.

—Sí, señorita —repetí, y entonces mi vista fue a posarse sobre el enorme cuadro de una mujer muy joven. Presentaba los mismos rasgos destructivos que había apreciado en las ocho estudiantes predilectas, incluso en la propia directora Ferguson. Sin embargo, la joven del retrato exhibía un semblante lejos de cualquier piedad y su pose no era refinada ni señorial. Realmente parecía el retrato de una asesina.

—Es Elizabeth Morris —aclaró—. Debemos esta gloriosa institución a su padre, Alexander Morris.

—Oh, vaya —dije, como única ocurrencia. Aunque me habría gustado expresar mi desagrado.

La puerta se abrió de pronto y entró la cabecilla de las ocho concubinas de Ferguson. Se detuvo junto a ella y mantuvo una posición erguida y arrogante.

—Le presento a Sherry Rode. La responsable de mi selección personal de estudiantes.

—Hola —dije.

Tener cerca a la muchacha confirmó mis suposiciones vistas en el comedor. Los ojos atestados de odio y vicio vulgar desmentían toda elegancia y educación. Lucía un uniforme de colegiala con falda plisada sobre las rodillas, corbata pulcramente anudada y horribles calcetines largos. Sobre la camisa blanca, un *corset* asfixiaba la cintura. Un par de zapatos concluía la visión de niña perfecta, pero cuya autenticidad había desaparecido. Parecía una mera copia de su ama, la directora Ferguson. Incluso usaban anillos semejantes.

—Las estudiantes más cualificadas y fieles al propósito de esta institución pasan a formar parte de un selecto grupo. Espero que esto le resulte tentador y aumente sus ganas de ser una alumna aplicada.

—Sí, señorita —dije por enésima vez, y advertí cómo el semblante de Sherry Rode se transformaba en una caricatura de odiosa burla.

—Tiene permiso para consultar cualquier cuestión con Sherry. Para ella será un placer ayudarla.

—Por supuesto —afirmó—. Será un verdadero *placer* atender sus necesidades. —Esbozó una sonrisa extrañamente lasciva y sus ojos se entornaron de manera ardorosa.

—Eso es todo por ahora, señorita Merrill —dijo la directora.

Me levanté de la silla y cubrí la distancia hasta la puerta cuando Ferguson me dijo:

—No le aconsejo intimar con Sadie. Esa estudiante sólo le traerá problemas.

—Exacto —apuntó Sherry—. Pasará una buena temporada encerrada.

—Sí, señorita —dije y cerré la puerta momentos después de ver cómo la fingida gentileza de Sherry se desmoronaba para dar paso a un rostro de perdición. Mi pecho se detuvo cuando aprecié la respiración ansiosa de ella manifestarse como un animal hambriento.

Caminé hacia mi cuarto asimilando lo que había visto, y preguntándome qué necesidad había para guardar las apariencias.

Capítulo 10

Las noches de descanso habían terminado y las pesadillas ocuparon mis sueños. La primera noche que Sadie permaneció encerrada desperté sepultada por mi propio sudor frío. La oscuridad del dormitorio atrajo dudas acerca de si estaba verdaderamente despierta, o sólo había ascendido a un nuevo nivel del sueño. Había escuchado a Sadie en mi pesadilla clamar compasión mientras yo avanzaba por corredores cuyas paredes vomitaban sangre. Mis pies sucios chapoteaban sobre el lodo púrpura. De pronto me precipité dentro de un espacio infinito. Mi mente se volvió un vacío carente de sustancia física a la que aferrarme. Únicamente intuía sensaciones dañinas aproximándose a mí, y cuanto más cercanas, más aumentaba la impresión de encontrarme en un envoltorio dentado. Sin embargo, no era capaz de visualizar nada, mi mente se limitaba a emitir las sensaciones de las que me creía presa. Cuando el envoltorio se cerró finalmente sobre mi cuerpo, los dientes comieron mi carne.

Al abrir los ojos aún sentía el dolor de mi piel mordisqueada. Sin embargo, desapareció tan pronto escuché el grito.

—Otra vez —susurré—. ¿Qué les hacen a las chicas para gritar así?

El alarido pasó de largo al otro lado de la puerta. Pensé en saltar de la cama, abrir la puerta y seguirlo como hace un niño con un globo que ha perdido. Pero al recordar que las puertas estaban cerradas olvidé la idea.

Debido a las pesadillas que me acosaron noche tras noche, mi atención en clase se vio reducida, así como el rendimiento en las carreras alrededor de la cancha. Al tercer día, el personal de la institución pasó a ser un mero esbozo en mi visión. Durante la comida seguía escuchando a Sadie en mi cabeza. El tener que masticar la comida evocaba la pesadilla y mi estómago se cerraba como una bola de papel arrugado. Asentía a cualquier pregunta sin apenas ser consciente. En una ocasión, Kathleen, quien siempre había tenido la personalidad más enérgica, me sacudió por los hombros y pensé que me precipitaba cabeza abajo desde una ventana.

—¡Eh, tía! Despierta de una vez. ¿Vas drogada?

—No.

—Pues ya me dirás cómo lo haces para parecer un cadáver.

—Duermo poco.

Pareció contentarse con mi respuesta, aunque estoy segura de que siempre creyó que ocultaba sedantes. En ocasiones me confesaba que tenía pensado asaltar el botiquín de primeros auxilios y hacerse con todo. Que parecía el mejor modo de soportar la tortura en clase. Evadirse a un rincón de la mente y sentarse a esperar. Yo siempre reía aquellos comentarios sin comprender que detrás se hallaba el desprecio a la vida.

Di de bruces contra el suelo durante una vuelta a la cancha, y de no ser por la rapidez de la profesora, varios pies habrían pasado por encima como los dientes de mis pesadillas. Para envidia de Kathleen, fui conducida a la enfermería y, al explicarle a la doctora que no dormía bien, recibí una caja de somníferos, que Kathleen me obligó a compartir con ella.

Recuperé varias noches de descanso, lo que me permitió ser testigo de nuevas alumnas pululando por los pasillos como yo una semana antes. A lo largo de mi estancia en la Institución Morris advertí las numerosas alumnas que eran admitidas constantemente. No intimé con ninguna de ellas, mi círculo personal se reducía a Kathleen Maddox, Big Patty y la fiera de Sadie. Las expresiones que traían las nuevas alumnas eran de desconcierto en el mejor de los casos; otras chicas manifestaron su total oposición a permanecer en la institución, aunque fueron reducidas a los pocos días de estancia en las salas de castigo. Por esa época yo aún no había pisado una sala.

El tiempo pareció detenerse esperando que soltaran a Sadie. Necesitaba hablar con ella. Sabía de primera mano lo duro que podían ser los castigos; me creía una experta. Y que la hubieran encerrado, pasando por alto mi parte de culpa, me roía por dentro. Todo aquello me evocaba las clásicas situaciones escolares donde un profesor la tomaba con un alumno y cualquier suceso negativo parecía recaer siempre sobre él. Estos pensamientos me atacaron durante noches. Repudiaba que una muchacha fuese continuamente castigada ante la falta de recursos verbales convincentes por parte de los tutores o profesores.

Al día siguiente me presenté en el despacho de la directora Ferguson. Me recibió con una expresión de paciente sorpresa. Seguía interesada en el mismo viejo volumen que leía.

—Me gustaría saber cuándo saldrá Sadie.

La mujer se reclinó sobre su sillón y entrecruzó sus manos bajo la barbilla.

—¿Qué le puede importar eso a usted, señorita Merrill?

—¿Qué hacéis a las estudiantes en las salas de castigo?

—Sadie está bien, no se preocupe. Es un caso difícil, pero entrará en razón tarde o temprano —dijo, y tras un momento de pausa, agregó—: Y le recomiendo que la próxima vez modere sus modales a la hora de irrumpir en mi despacho sin permiso. Ya le dije que esa chica no le conviene.

—Yo decidiré quién me conviene.

—Valoro su fuerte personalidad, pero guárdela para ser una alumna aplicada.

Abandoné el despacho sin sacar nada en claro, salvo que Kathleen tenía toda la razón. Evidentemente los gritos pertenecían a las alumnas encerradas. La simple idea me estremeció. ¿Qué podía llevar a una muchacha a gritar de esa manera?

Durante aquellos días recuerdo haber visto a Kathleen deambulando por los pasillos con un rostro adormecido, chocando de cuando en cuando con algunas estudiantes. De hecho, a mí llegó a confundirme con una de las estatuas del pasillo donde estaba ubicada la biblioteca. Cuando se apoyó sobre mí, la saludé con buen humor. Se disculpó de inmediato, diciéndome que se sentía cansada. Temí por las represalias que su abuso de somníferos pudiera ocasionarle. Afortunadamente no pasó nada. Como era de esperar, la caja de somníferos se vació y yo lograba conciliar el sueño por fin. Me abordó en dos ocasiones para inducirme a fingir que aún no dormía bien y que las pesadillas eran más terribles. Sin embargo, tuve que rechazar la idea. Kathleen tomó su propia iniciativa en dicho plan, aunque con escaso resultado, puesto que la institución mantenía un registro de las tentaciones de cada estudiante. Kathleen figuraba como una adicta a cualquier fármaco existente y las prescripciones médicas destinadas a ella estaban bajo un estricto control.

Pronto caí en la cuenta de visitar la biblioteca. La estancia emitía un reconfortante aroma a libros. Empecé a pasar horas curioseando por las estanterías repletas de aventuras, pasiones humanas y algún que otro misterio. A lo largo de mi vida siempre había sido atacada, a intervalos de varios meses seguidos, por una ávida necesidad lectora. No poder hacer nada por Sadie y sugerirme a mí misma concederme un poco de tiempo personal acrecentaron esa necesidad. Así pues, allí me encontraba, rodeada por miles de libros susurrándome al oído las fantasías que encerraban sus páginas. Tras dudar entre dos libros —la misteriosa Agatha Christie competía con Arthur Conan Doyle—, acabé por rechazar a ambos y buscar algo diferente. Al fin y

al cabo me encontraba en la biblioteca de una institución privada cuyo aire siniestro se respiraba en todas partes. Pensé que era el momento de disipar tal atmósfera.

Topé con un volumen titulado Las colonias de Past Grove. Sabía que la institución estaba a las afueras de un pueblo con ese nombre. Me aproximé a la responsable del cuidado de los libros. La señorita Blake colocaba cuidadosamente un ejemplar de la constitución norteamericana en la estantería destinada a Política. A su lado, se alzaba la de Religión, lo que me recordó que pronto asistiría a la primera clase en dicha materia.

Avisé de mi presencia a la mujer tocándole la espalda repetidas veces con mi dedo.

—Hola —dijo al volverse. Su presencia sigilosa y los ojos fatigados tras los cristales de las gafas hacían pensar en horas delante de las páginas de un libro. Aunque su vestimenta era tan austera y autoritaria como la del resto de profesoras, la sonrisa que me mostró despejó mi recelo inicial.

—¿Hay algo de la historia de la Institución Morris?

Las cejas de la mujer se arquearon un momento para luego descender y acompañar al fruncido reflexivo.

—Déjame ver —dijo, y me condujo hacia una estantería detrás del mostrador. Tras pasar el dedo sobre decenas de títulos, agregó—: Aquí está. Lo tenemos clasificado como libro especial y no podrá sacarlo de aquí. Cualquier consulta debe ser en la propia biblioteca.

No puse impedimento a su objeción. Lo mismo me era leerlo sentada a una mesa que en el dormitorio tumbada en la cama. De hecho, la idea de fusionarme con el silencio de la sala mientras me sumergía en el pasado de la institución me cautivaba. Acepté el libro y lo primero que advertí fue su escaso número de páginas; la experiencia apenas duraría una tarde. En segundo lugar fue que el libro estaba confeccionado en cuero y su textura era sumamente particular. Su cálida porosidad me sugirió estar acariciando el lomo de un animal. Pronto mis manos empezaron a sudar, supuse que debido a la enorme expectación que me había creado, puesto que una institución tan extravagante debía de proceder de un pasado fascinante, o eso creía mi excitada imaginación. Sin embargo, lo que leí distaba de cualquier noción de diversión. Recuerdo cómo el sudor de mis manos se tornó frío y pareció incrustarse en los huesos provocándome un dolor artrítico.

Alexander Morris fue un acaudalado hombre de negocios que partió de Chicago con su familia en 1841. Como hombre criado con su abuela en el

corazón de Alabama, deseaba para su hija Elizabeth una educación basada en las tradiciones sureñas, así como distanciarla de la revolución que estaba sufriendo el sector industrial desde hacía varias décadas. Adquirió una propiedad a las afueras de Past Grove. Aunque al principio el pueblo le hizo titubear, enseguida aceptó la tranquilidad de la región y a los lugareños. Era lo que recordaba de su estancia con su abuela; la antigua cortesía que se estaba perdiendo en las grandes ciudades.

La escasa calidad de las escuelas de Past Grove obligó a Alexander Morris a contratar a una profesora particular cuando Elizabeth cumplió los nueve años. La educación de su hija se desarrollaba correctamente. Sin embargo, la mente de Morris no dejó de darle vueltas a la posibilidad de construir una escuela privada donde niñas como Elizabeth recibieran una educación superior. Vaciló durante meses, pero finalmente llegó a un acuerdo con una compañía constructora de Jasper. Tras solventar los problemas legales se decidió el lugar donde sería levantada la institución.

Durante los primeros meses las obras transcurrieron sin inconvenientes. Alexander manifestaba su ilusión siempre que tenía oportunidad: entre las nuevas amistades, y en casa delante de la familia acostumbraba a sonreír cuando Elizabeth corría a recibirlo con abrazos. Veía en su hija la niña modelo con que todo padre sueña. Incluso algunos lugareños vieron con buenos ojos la iniciativa de Morris. Sin embargo, tan pronto como su popularidad se extendió por el condado, comenzaron a acontecer una serie de sucesos insólitos. La compañía había utilizado materiales de dudosa calidad, lo que llevó a varias vigas de madera a quebrarse por exceso de peso, y a que los suelos de la segunda planta se hundiesen cuando uno de los trabajadores realizaba una inspección de rutina. Las quejas llenaban la mesa del despacho de Alexander mientras él veía reducirse sus ahorros. La compañía rompió el contrato el mismo día que encontraron al jefe de capataces colgado boca abajo de los tobillos por una cuerda atada a un travesaño. La sangre continuaba goteando del corte en el cuello. La obra se detuvo durante meses.

Alexander se embarcó en un proceso judicial que fue desgastándolo hasta hundirlo en una depresión. Al cabo de siete meses recibió la visita de un enigmático caballero que le propuso finalizar la institución y se ofreció a financiar el proyecto. Cuando Alexander se interesó en saber por qué quería ayudarlo recibió una contestación de lo más insólita. Necesitaban la institución para el gran propósito de Past Grove, y la ubicación de la obra era la correcta. Alexander lo pensó durante semanas, pero acabó aceptando el

acuerdo y viéndose mezclado en un siniestro proyecto que pronto escapó de sus manos.

Las obras se reanudaron la semana que las hermanas Fox salieron corriendo mientras vociferaban haber visto a un hombre dormido entre los arbustos de la iglesia baptista. El hombre resultó ser un cadáver degollado y repleto de quemaduras. De ese modo se inició una ola de desapariciones, muertes y hechos extraños de los que se destacó la desaparición de la hija de los Olsen cuya muñeca de trapo se encontró al pie de las obras. Los padres presentaron una denuncia, que inmediatamente se sumó a una larga lista. Alexander Morris fue abucheado por la comunidad, puesto que todas las sospechas recaían sobre él. Un grupo de vecinos encabezado por el señor Olsen amanecía cada mañana delante de la propiedad de Morris con pancartas y coreando frases de protesta. La tensión de las semanas siguientes aumentó hasta que empezaron a lanzar piedras contra los cristales de la casa. Alexander se reunió con el caballero en un callejón a medianoche y dijo estar cansado del asunto. El caballero lo retuvo cuando Alexander dio muestras de dar por terminada la conversación. Intentó explicarle lo importante que era concluir el proyecto para que las futuras generaciones se beneficiaran de una educación especial que no se impartiría en ningún otro lugar. El profundo interés del caballero contribuyó a que Morris sintiera más curiosidad que nunca. Aquella noche recibió una caja diminuta como recompensa a su sacrificio. Contenía un anillo coronado con una piedra negra. Los abucheos se intensificaron cuando la comunidad lo vio luciendo el anillo. Y su grupo reducido de amigos le dio de lado. Sin embargo, el caballero le presentó a los miembros de una agrupación secreta que parecía diseminarse por todo el condado y que se concentraba principalmente en Past Grove. Fue recibido con aprecio y respeto. Enseguida manifestó orgullo por el proyecto que tenía entre manos, recuperó la autoestima personal y dejó atrás la depresión que durante meses lo había consumido. Incluso su esposa apreció el cambio, aunque al preguntarle en diferentes ocasiones a qué se debía, él respondía que la construcción avanzaba convenientemente.

Alexander declaraba estar satisfecho de haber aceptado la oferta del caballero. La esposa recelaba del acuerdo, pero el verlo tan entusiasmado y seguro de todo la hacía sentirse feliz. Habían discutido numerosas veces que los intereses de ese caballero surgido de la nada le parecían sumamente oscuros. Sin embargo, Alexander se limitaba a sonreírle de manera afectuosa y a abrazarla con las esperanzas de que un día ella comprendiera. La

discusión más enérgica y que llevó a ambos a evitarse durante días llegó cuando Alexander despidió a la profesora. Al preguntarle ella por los motivos, él replicó que su hija merecía una enseñanza mejor, y que esa anciana no era digna de impartirle clases. Entonces aprovechó el silencio que se endureció entre ellos, para regalarle a su hija Elizabeth un anillo similar al suyo y, días después, presentarle a los miembros más jóvenes de la asociación.

A la semana siguiente, Alexander preparó una modesta recepción a la que fueron invitados el caballero y algunas familias de la asociación. Cuando nadie pensaba que la velada pudiera torcerse, se escucharon multitud de voces desde el jardín. No hubo ningún asistente que no adivinase lo que sucedía. Incluso Elizabeth Morris pareció comprender que una vez más los hombres que odiaban a su padre estaban fuera. Así pues, se levantó de la silla. Se plantó en el porche y dirigió una fiera mirada a los allí reunidos. Dijo de un modo rotundo que su padre era maravilloso y que ellos no eran bienvenidos. Un tipo, más nervioso que el resto por cómo se estaban desarrollando las cosas, fue abatido de un disparo antes de utilizar la navaja que había extraído de las vestiduras. El cuerpo se desplomó. Elizabeth reía abiertamente. La madre salió al porche seguida por los invitados. Alexander enfundó la pistola y declaró que aquel bastardo parecía dispuesto a lanzar la navaja contra la niña. Para sorpresa de todos, Elizabeth descendió los escalones del porche y cuando llegó junto al cadáver le propinó una patada. La palabra puerco fue la que pronunció con verdadero desprecio.

Las protestas en contra de Alexander no decayeron y un artículo en el periódico lo culpaba de las muertes en Past Grove. En una ocasión, mientras compartía con su hija la satisfacción que le producía saber que sería la primera estudiante de la institución, se asomó por la ventana y vio a Olsen una vez más encabezando la protesta. Exclamó una serie de maldiciones que hicieron reír a su hija, quien ya contaba con diez años. Alexander aumentó el tono de los insultos, y Elizabeth rio con más fuerza. Entonces la niña manifestó su deseo de ver muerto a ese hombre.

A la mañana siguiente, Alexander depositó un ejemplar del periódico local ante su hija, y la vio reír de un modo dichoso tras leer la noticia.

Las obras finalizaron la primavera de 1861, cuando las tensiones de secesión estallaron para alegría de muchos y desconcierto de otros. Aquello contribuyó a que la inauguración se viera contagiada por el nuevo aire patriota y fuese un éxito completo. Las familias más influyentes de Alabama

llevaron a sus hijas a la escuela, que por entonces ostentaba el nombre de la Institución. La propia Elizabeth Morris fue inscrita como la primera alumna. Pronto dieron inicio las clases y la institución recibió elogios por parte de asociaciones educativas. Alexander tomó las riendas de la directiva y no escatimó en gastos para que las estudiantes recibieran la más prestigiosa enseñanza. Sin embargo, el caballero recordó a Alexander sus intereses y acordaron sumar al programa educativo recuperar las viejas tradiciones. Elizabeth resaltó como la estudiante más eficiente en dicha materia.

Transcurrió un año y la guerra civil estaba dejando una preocupante estela de muerte, tanto como la que sufría el pueblo de Past Grove. El tiempo no había disipado las dudas de la esposa de Alexander, quien seguía viendo algo siniestro en todo aquel asunto. Sobre todo desde que su hija Elizabeth había adquirido el extraño hábito de beber sangre. Obligó a su esposo a cerciorarse de que en la institución no se impartían enseñanzas indebidas, y a averiguar de dónde era la sangre. Alexander mantuvo una conversación con la profesora encargada de la asignatura que había añadido el caballero. También revisó concienzudamente los libros utilizados en esas clases, y llegó a la conclusión de que nada hacía referencia a beber sangre. Elizabeth debía de haber obtenido esa costumbre en otra parte. Visitó al caballero y éste le aseguró que no se preocupase, que probablemente serían cosas de niños. Prohibieron a Elizabeth beber sangre y la forzaron a confesarles dónde había aprendido aquella aberración. La prohibición no surgió efecto, puesto que ella continuó bebiendo sangre a escondidas. Y la confesión fue falsa; jamás hubo ninguna profesora que le hubiera inculcado eso. Sin embargo, la profesora señalada fue despedida. Después, Alexander no le prestó al asunto más importancia de la que a su juicio tenía.

La esposa pensó en abandonar Past Grove cuando entendió que algo oscuro y temible se cernía sobre la institución. No sólo sospechaba que su hija Elizabeth continuaba bebiendo sangre a escondidas, sino que advertía nuevos y detestables rasgos en su personalidad. Parecía rechazar las muestras de afecto. El rostro dócil que siempre había tenido parecía más severo y caprichoso. Manifestaba un sediento apetito de sufrimiento ajeno. El duodécimo cumpleaños de Elizabeth se celebró dos veces. La primera celebración tuvo lugar en casa, rodeada de algunos miembros de la asociación a la que pertenecía Alexander. Todo aconteció entre felicitaciones, sonrisas y júbilo mientras Elizabeth aguardaba.

El segundo tuvo lugar en la institución. Por aquella época los

dormitorios no estaban habilitados y las alumnas regresaban a casa al término de las clases. Elizabeth extrajo esa noche las llaves del portón de acero del bolsillo del pantalón de su padre. Cuando llegó, la estaba esperando su propio séquito corrupto. Niñas en su mayor parte, salvo por la perdición que crecía en su interior. Una de ellas sujetaba el saco de lona que contenía al miserable borracho que entre todas habían apaleado y desnudado el día anterior. Otra mostró el cuchillo robado de la cocina de los negros que servían a su familia. Elizabeth entró en el recinto escoltada por las niñas. Se situaron en la zona posterior de la institución. Liberaron al borracho amordazado e inmovilizado de pies y manos. Lo encadenaron a un árbol antes de que saliera de la inconsciencia, cosa que ellas mismas tenían pensado hacer. Una de las niñas sacó una caja de agujas y las repartió entre las demás. Enseguida se pusieron a pincharle cada centímetro de la piel. El borracho abrió los ojos, asaltado por el terror. Entonces recibió el pinchazo de agujas en los globos oculares, que estallaron como uvas. Las niñas más osadas hundieron numerosas agujas en sus testículos. El hombre gritó y las niñas rieron. Dejó de gritar tan pronto como le abrieron el vientre con el cuchillo y llenaron sus manos en cuenco con la sangre y bebieron gustosas.

A la mañana siguiente el periódico local anunciaba el hallazgo del pobre borracho en un callejón. Olvidado a su suerte y marcado con la diversión de niñas educadas en la institución. Alexander aumentaba en prestigio entre las familias más acomodadas, pero era evitado por los lugareños. La esposa le había advertido en muchas ocasiones que tenía pensado marcharse. Empezaba a odiar el pueblo y a los miembros de la asociación secreta. Le echó en cara la violencia que tenía lugar desde que dio inicio el levantamiento de la institución. También protestó por las desviaciones de conducta que sufría Elizabeth. Al llegar la discusión a su punto álgido, se enzarzaron en una serie de manotazos erráticos que terminaron en lágrimas por parte de la mujer. Ella le pidió cerrar la institución, pero Alexander rechazó la petición. El matrimonio se deterioró. La mujer pasó a un segundo plano en la vida familiar y Alexander comenzó a pasar más tiempo con los miembros de la asociación, hasta que la mujer finalmente lo abandonó y regresó a Chicago con su madre.

Alexander murió de un ataque al corazón cuando Elizabeth cumplió los veinte años. Heredó todos los bienes familiares, salvo la institución, que formaba parte de un acuerdo legal con el caballero. Habiendo reunido méritos académicos, tras graduarse fue incorporada a la directiva. Desempeñó durante

dos años un limitado papel burocrático, pero ella ambicionaba el control absoluto de la institución, puesto que pensaba que la institución le pertenecía por derecho. Así inició una carrera de asesinatos que finalizó con el último de los miembros de la directiva. El caballero fue encontrado en su dormitorio, junto a los globos oculares extraídos y depositados dentro de un vaso de agua; el cuerpo había sido despellejado y la carne viva presentaba golpes realizados con una fusta. Elizabeth se convirtió así en la única responsable del centro y añadió el apellido familiar a la institución. La Institución Morris sufrió un proceso de cambios. Dejó de admitir a estudiantes de familias adineradas y pasó a convertirse en una escuela para chicas marginadas.

Los rumores acerca de que se había convertido en una fuente de tráfico de órganos humanos lanzaron a los lugareños contra la institución. Recibió numerosas denuncias, inspecciones sanitarias y sanciones pagadas puntualmente. Cuando se demostró que los rumores eran falsos, la institución quedó olvidada por la mayoría de habitantes de Past Grove. Sin embargo, algunos rumores de Elizabeth Morris continuaron hasta mediados del siglo veinte.

Esto es a grandes rasgos lo que puedo recordar, ya que tuve que devolver el libro, y robarlo para releerlo en un futuro no entraba en mis planes; por aquella época ni siquiera tenía pensado escribir esta novela.

No sólo había obtenido una ligera idea del lugar donde estaba, sino también de su turbio nacimiento. Mi visión se nubló. Aún me encontraba bajo la influencia de lo que había leído. Más tarde pregunté a Big Patty y a Kathleen si conocían la existencia del libro. Ambas rieron y afirmaron que todo aquello no eran más que leyendas. El viejo jardinero les había narrado decenas de veces la historia, aportando datos de su propia cosecha para lograr un final sumamente escabroso. La versión de Bill finalizaba con Elizabeth Morris copulando con los cadáveres de sus víctimas amontonados en los sótanos de la institución. Claro que una alumna debía de suplicarle mucho para que cediera a contar esa versión. Antes debía escuchar cómo su mujer lo había abandonado y por qué la vida lo había llevado a trabajar para la institución.

Sin embargo, me incliné por hacer caso omiso a las sospechas de las chicas y preguntarle a un adulto. Horas después me hallaba tumbada en el cómodo sillón para pacientes. Patricia Krenwinkel permanecía a mi lado haciendo de guardiana de su trampa magníficamente ideada. La escuchaba anotar todo cuanto yo le decía en una libreta. Le hablé de algunas de mis

pesadillas y de mi desacuerdo con las salas de castigo.

Respecto a esto último le mencioné lo siguiente:

—¿Sabes?, creo que el mundo ha pasado por muchas épocas de guerras y torturas como para aprender que el castigo no conduce a mejorar el comportamiento de las personas. Yo pienso que la amistad, el amor y la felicidad son de más ayuda. ¿Has anotado esto? —dije, sabiendo que de hecho lo habría señalado con la doble línea que solía trazar bajo una frase cuando le resultaba atrayente.

—Interesante —murmuró, y escuché al lápiz trabajar frenéticamente.

Pinté una sonrisa divertida.

Cuando terminó mi sesión de disparates, me incorporé.

—¿Qué te parece? ¿Soy una loca peligrosa? Tal vez..., una loca asesina como Elizabeth Morris.

Patricia levantó sus ojos marrones de la libreta. Éstos reflejaban sorpresa.

—¿Quién te ha hablado de ella?

—Estuve leyendo algunas cosas en la biblioteca.

—Entiendo, y la señorita Blake te entregó el libro de las leyendas, ¿cierto?

—Cierto. ¿Quién fue esa mujer?

—Elizabeth manifestó una aguda psicosis por la sangre y la violencia —dijo, como el pistoletazo de salida a una larga conferencia. Se levantó y se dirigió hacia el escritorio. Tomó asiento—. Past Grove es un pueblo lleno de leyendas, a causa de las supersticiones de los habitantes. Esto no quiere decir que todo sea mentira.

Me contó su versión de la historia sin añadir dramatismo y separando el grano de la paja. Elizabeth estaba enferma. A esto limitó su exposición. Y Morris fue ayudado por el caballero sureño cuando su vida se dirigía hacia el precipicio económico y emocional.

—El fundador de la institución fue Alexander Morris. Eso es lo importante.

—Sí, eso me dijo la directora cuando me recibió para decirme que me perdonaba. Oh, qué benevolente es la tía.

Patricia sonrió y se ajustó las gafas.

—Ése es otro tema que me gustaría tratar contigo.

—Adelante. Hoy sí aceptaría uno de esos cigarrillos que guardas.

—Por supuesto. —Abrió el cajón y metió la mano. Depositó sobre la

mesa dos cigarrillos—. Observo que mi compañía ya no te merece tanto recelo.

—No eres tan estricta como las demás. Aunque la profesora de Literatura también parece simpática —dije. Alojé el pitillo en los labios y acepté la llama del encendedor que me tendía la psicóloga. Cogí también el segundo cigarrillo para ofrecérselo a Kathleen—. Gracias.

—En lo referente a la pelea con Sadie, ¿quieres decirme algo?

—Sí, muchas cosas.

—¿Y bien?

—Como le dije a la enfermera con aires de nazi —aquí Patricia abrió los ojos con humor—, no creo que Sadie mereciera entrar otra vez en la sala de castigo. Por cierto, ¿qué les hacen allí a las estudiantes?

—Tranquila, Connie, vayamos por partes. No me amontones los temas.

—Bien —dije, y aspiré con fuerza el humo del cigarrillo; luego lo expulsé tratando de formar circunferencias fantasmales. Nunca había tenido demasiada destreza en materia de humo.

—No se les hace nada en particular.

—Joder y ¿por qué gritan? —mascullé.

—Oh, veo que sigues con eso —dijo en un tono sarcástico—. Cumplí con lo prometido y pregunté entre las profesoras si habían escuchado gritos aquella noche. Y nadie sabe nada al respecto.

—La otra noche volví a escuchar otro grito. Y ¿sabes qué? —inquirí, y me detuve en busca de un cenicero. Patricia me arrimó el que dormitaba sobre una estantería. Aplasté el cigarrillo. Había perdido las ganas de fumar—. Gracias. ¿Sabes?, creo que sonaba diferente, como si fuese otra chica. Kathleen dice que las alumnas gritan por los castigos que se les imparte.

—Conozco perfectamente a la señorita Maddox y estoy enterada de su particular interés por las drogas, que por supuesto no permitimos —suspiró; luego tamborileó la mesa con los dedos—. Déjalo pasar, Connie, yo no le daría mucho crédito a esa chica. Lo importante es que la directora fue benevolente contigo. Yo en tu lugar estaría agradecida.

—Mientes —dije, y la miré a los ojos—. Kathleen tiene razón, hay gente chiflada aquí.

Patricia mantuvo su expresión paciente, pero advertí que estuvo a punto de desmoronarse.

—¿Te parece éste un lugar tan horrible como para impartir castigos físicos?

—Sí. Sadie tiene heridas recientes en la espalda.

—Sadie es un caso difícil, pero personalmente creo que tiene potencial y pronto se incorporará al programa de estudios.

—Sí, arrea buenos mordiscos —dije, mirando el vendaje de mi muñeca.

—La directora me ha dicho que te ha aconsejado distanciarte de ella, al menos por el momento. Yo me sumo a ese consejo.

Guardé un silencio delator, que Patricia interpretó como que yo rechazaría el consejo. Y tenía razón. Pensé en presionarla un poco y preguntarle más acerca de las salas de castigo. Sin embargo, rehusé hacerlo. Mi mente ya jugaba al azar con las piezas del rompecabezas que había reunido hasta entonces. Una institución, cuyas profesoras aspiraban a ser damas de acero, bien podría tener un miembro descarrilado como Elizabeth Morris, alguien a quien hacer daño a las estudiantes le produjera placer. Recordé a Nick Pegg; pero el género femenino no estaba exento de mujeres monstruo.

El día siguiente destacó por un ensimismamiento colectivo. Todos y cada uno de los miembros de la institución parecían tener algo que hacer. Y puesto que Big Patty acudió a la cita con Patricia Krenwinkel y Kathleen anduvo con una nueva estudiante que había tenido las agallas de esconder cigarrillos dentro de su vagina, yo me arrastré hacia la biblioteca. Por esa época adopté el hábito de sentarme junto a una ventana orientada al oeste. Desde ella veía el portón de hierro forjado ante el que se detuvo el automóvil el día de mi llegada. Cada atardecer se derramaba un intenso resplandor rojo sobre las páginas del libro que tenía entre manos, esto me hacía introducirme en la lectura con una inquietud divertida.

Sin embargo, esa tarde mi concentración fue a parar en diversas ocasiones a la ventana. En una vi a la directora Ferguson hablando otra vez con el policía con aspecto descuidado. Ella estaba de espaldas a mí, pero por la expresión del tipo parecía estar impartiendo una regañina debido a la falta de pistas acerca del paradero de la alumna que había escapado. Aunque cuando reparé en el nuevo sobre abultado que le tendía y él aceptaba, pensé que aquellos encuentros esporádicos se debían a otro asunto. Era extraño que un policía se comportara de ese modo, tan inseguro frente a una persona. En mi experiencia personal, la policía siempre se había mostrado altiva, o indiferente en el peor de los casos.

—¡Qué se traerán entre manos! —exclamé.

Tres estudiantes, que parecían sumergidas en una tarea escolar, se

volvieron como serpientes y clavaron el veneno de sus ojos en mí.

—Silencio, por favor —susurró la señorial Blake, de pie enfrente de una estantería.

Agaché la cabeza como una niña asustadiza y las letras de las páginas del libro se volvieron gigantes. Sentía los golpes del corazón en mi pecho, pero no era por el sobresalto de haber sido sorprendida pensando en voz alta, sino por la necesidad de hallar un teléfono en la institución con que poder llamar al policía. No debería resultarme difícil conseguir el número de la comisaría de Past Grove. Estaba segura de que alguna de las maleantes con que asistía a clase podría facilitármelo. Recordé entonces el teléfono que descansaba en el escritorio de Patricia Krenwinkel.

Sin embargo, en la siguiente visita a la trampa que era el despacho de la psicóloga comenzó a desvelarse, y Patricia, cuando le manifesté mi deseo de llamar a mis padres, me aseguró que su teléfono no tenía línea con el exterior, sólo con la centralita de la institución. Supuse que la amistad que hubiese podido nacer en otras circunstancias se vio mermada al mostrarme verdaderamente cómo era; tantas preguntas y estar en total desacuerdo con castigos físicos debió de disgustarla. Por mi parte, no dejé de pensar que me había mentado y que contactar con la policía cobraba cierta urgencia. Incluso creí que realizar una llamada a casa de mi madre sería buena idea. Debía de haber una forma para acceder al teléfono sin ser vista.

Capítulo 11

Pasó una semana completa y Sadie continuaba sin aparecer. No volví a escuchar gritos, lo que me hizo pensar que estaban siendo cuidadosos con Sadie, o con el resto de alumnas que probablemente había en las salas de castigo. En cualquier caso, mis temores por ella se vieron interrumpidos por un hecho terrible, que a día de hoy me produce un terror imposible de asimilar. En ocasiones los narradores que se enfrentan a la creación de una historia que debe contener el miedo como ingrediente olvidan qué provoca ese sentimiento. Yo, por mi parte, lo conocí aquel día, y con mis entrañas invadidas por una inquietud de la que jamás logré desembarazarme, reproduzco los sucesos como tuvieron lugar.

Nos encontrábamos en el comedor, sentadas a la espera del postre. Ese día no sólo estaba libre el asiento de Sadie, sino el de Leslie Van Houten, la estudiante tímida. Nadie la había visto esa mañana, claro que la Institución Morris no era un lugar en que se prestara atención a una chica como Leslie. Las estudiantes se limitaban a sobrevivir, algunas incluso se aplicaban en clase, pero las más rebeldes debíamos atender los problemas que nos perseguían allí donde íbamos. Big Patty protestaba por la escasa comida. Desde los últimos días había engordado un par de kilos, aunque esto perdía importancia cuando se era prisionera de Ilsa Ferguson. Kathleen sonreía a algo que sólo ella parecía capaz de entender. Las demás estudiantes estaban absortas en las conversaciones que mantenían con las compañeras. Todo esto recreaba un aire distraído que únicamente pudo quebrar el grito de una alumna. Todas nos volvimos hacia donde ella apuntaba con el dedo tembloroso. El cuerpo de Leslie se mecía por una cuerda atada al cuello, al otro lado de la ventana. El cabello parecía flotar en torno a la cara herida. La lengua yacía sobre los labios inmóviles. La camiseta blanca rezaba un epígrafe escrito con pintalabios que desató el terror: quieren matarnos. El comedor se colmó de gritos, tan funestos y espantosos como los que había escuchado yo varias noches. Las profesoras llamaron a la calma y al orden, pero resultó imposible. Fue la única vez que la mayor parte de las estudiantes desobedecieron una orden directa. De haber obedecido, tuve la certeza de que se habría escuchado el tieso balanceo de la cuerda que suspendía el cuerpo.

Mientras los aullidos se intensificaban, aparecieron los mastodontes y lo descolgaron.

La muerte volvió popular a Leslie Van Houten. Recuerdo que estuvo en boca de todas hasta bien entrada la noche. Fue el día de Leslie, aunque ella no pudo beneficiarse. Generalmente las tímidas prefieren no abandonar su espacio de silencio, por lo que sé que a ella le habría incomodado.

Fuimos conducidas a los jardines posteriores de la institución. Insistieron en que no armáramos alboroto, pero la tarea se tornó imposible. Sólo enmudecimos al reflexionar sobre el paradero de la estudiante fugada. ¿Estaba muerta, o realmente había escapado de su infierno?

La institución realizó grandes esfuerzos para que las clases continuasen con normalidad. Pero la normalidad se desmoronó por mi parte cuando vi unas extrañas raíces crecer en torno a los tilos. Aesté un codazo a Kathleen, quien se volvió hacia mí con deseos de golpearme.

—¡Eh, tía! Soy yo.

—Joder, Connie, ¿qué te pasa?

—¿Has visto aquello? —inquirí, y señalé con el dedo.

Ambas callamos, al tiempo que las demás se reunían en torno a una mesa de mármol situada a un lado del jardín. Nuestros ojos apreciaron cómo las raíces estaban enroscadas alrededor del tronco de un tilo, y esparcidas por el suelo hasta los muros de la institución, donde se introducían de nuevo bajo tierra.

—¿Qué huevos es eso? —preguntó Kathleen.

—Apuesto a que son las raíces que vi en el baño.

Advirtieron nuestra ausencia y la señorita Louise, la profesora de Botánica, hizo mandar a una alumna pecosa para reclamarnos. Acudimos de inmediato, puesto que tanto Kathleen como yo dudábamos que la tragedia de Leslie hubiera paliado el deseo por seguir castigando estudiantes.

Unos veinte minutos después, las clases fueron interrumpidas cuando el ruido de sirenas llenó el mundo. Bill recibió orden de darle paso a la ambulancia que esperaba delante del portón de hierro. El viejo dejó caer la pala de jardinería al suelo y avanzó hacia la ambulancia. Detrás se detuvo un coche patrulla. Se apeó el policía que tenía tratos con la directora Ferguson; la portezuela del acompañante se abrió y emergió un tipo cuyas manos parecían raquetas de tenis.

La disparidad de emociones me colapsó durante unos segundos. Tenía ante mí la posibilidad de abordar al policía sin hacer uso del teléfono de

Patricia Krenwinkel. Sin embargo, mis reflejos se veían entorpecidos por la visión de Leslie pegada al otro lado del cristal, como una mosca pidiendo auxilio. Nos obligaron, bajo sanción disciplinaria, a formar una fila india para entrar en la institución. Entonces estalló una ovación escalofriante cuando dos médicos sacaron el cuerpo de la estudiante en camilla y lo dirigieron hacia la ambulancia.

—¡Adelante, mantened la fila! —rugió la profesora, con visible hastío.

Nos movimos en dirección a la pendiente junto a la puerta principal. Allí se encontraban reunidas la directora Ferguson y su ayudante, Donna Lownsberry. Traté de retener la fila el máximo tiempo posible.

—Avanza, tía, no quiero ir a parar a una sala de castigo —dijo una voz a mi espalda. Al volverme noté el miedo tallado en el rostro de la chica. La dejé pasar, y seguí dejando pasar al resto de alumnas. Finalmente vi a los dos policías plantarse delante de Ilsa. Debía hallar el modo de acercarme a uno de los policías y explicarle lo que ocurría. Pensé que mi testimonio sumado a lo de Leslie conseguiría persuadirlos a sospechar que no era un hecho aislado. Avancé lentamente con la esperanza de poder escuchar parte de la conversación. El policía de las manos grandes advirtió mi presencia, momento que yo aproveché para saludarlo con un rápido gesto de mano. Él realizó un movimiento simpático con el sombrero.

Al llegar al final de la pendiente me detuve detrás de una de las columnas que soportaban el techado del porche. De pronto apareció la directora seguida de su ayudante y los dos policías.

—¿Qué hace aquí parada, señorita Merrill? —inquirió Ferguson con una nota de mal humor—. No pierda la formación de la fila; entre en la institución.

—Sí, señorita —dije, reponiéndome enseguida del disgusto de ser sorprendida. Deseé que mi expresión no reflejara demasiado mi turbación—. Hola —añadí, a ambos policías. El único que me devolvió el saludo fue el tipo grande cuyas manos bien podrían haberme capturado como las garras de un halcón.

—Adelante, acompáñenme al despacho —dijo la directora.

—Ilsa, ya sé de qué va esto, sólo espero que el asunto no se te escape de las manos —masculló el policía desaseado, quien deduje era el jefe.

—Duncan, lo hablaremos en mi despacho con calma.

—Maldita sea.

Me apresuré a situarme detrás de la fila y seguir el recorrido hacia la

siguiente clase.

—Duncan —dije para mis adentros, como si intentara asimilar el nombre.

Al llegar al primer rellano de las escaleras del *hall*, me volví distraídamente y vi que ellos también se disponían a subirlos. Cuando la fila se alejaba varios metros, corría para incorporarme de inmediato, luego volvía a mirar por encima del hombro. Así sucesivamente, hasta que la fila de estudiantes se adentró por el pasillo de las clases. Dado que el pasillo se encontraba vacío, dejé que se alejaran. Permanecí junto a la puerta en silencio. La directora y sus acompañantes estaban en el rellano; por lo visto, Duncan no quería ir al despacho.

—Nos marchamos —dijo.

Algunas frases quedaron enterradas por la distancia que me separaba de ellos, pero saqué en claro que Ilsa incomodaba al policía llamado Duncan. El otro, por su aspecto, parecía ajeno a los asuntos que los unían. Se comportaba como un simple ayudante.

Entonces vi mi oportunidad. Ferguson y Donna Lownsberry tomaron las escaleras de la derecha y abrieron una puerta que las conduciría a los despachos, mientras que los policías descendían la escalera central.

Corrí hasta la barandilla y me asomé.

—Psii... psii... —Al ver que no respondían fui más concienzuda—. Eh, grandote.

Antes de que miraran hacia arriba, yo atisbé de nuevo por encima del hombro. La fila india había desaparecido; si me sorprendían allí fisgoneando, estaba sentenciada.

—¿Algún problema? —me preguntó el tipo de las manazas.

Con el corazón hinchado en mi pecho como un globo a punto de explotar, llegué al rellano y continué descendiendo las amplias escaleras.

—Sí —murmuré cuando me encontraba tan cerca de ellos que mi voz apenas fue un soplido.

—¿Estás bien? —quiso saber el policía grande.

—Quiero hablar con vosotros. Aquí hay problemas.

—Si es debido al desgraciado accidente —intervino Duncan con aire impaciente—, nos encargaremos de ello lo antes posible.

—¿Has visto el mensaje de la camiseta, tío?

Por un momento había olvidado que me encontraba delante de agentes de la ley, y como todos, Duncan me examinó de arriba abajo y suspiró de

forma cansada.

—Estudiaremos el caso lo antes posible —dijo, y continuó descendiendo las escaleras.

Yo cogí una mano del tipo grande.

—Eh, aquí creo que le dan fuertes palizas a las estudiantes.

—Parece una acusación grave, ¿no crees? ¿Tienes pruebas de lo que dices?

El enorme policía fue más considerado, pero al no tener nada con qué reforzar mi acusación, entendí que no podían hacer nada. Aun así, me aventuré con lo único que tenía.

—Incluso he escuchado gritos algunas noches.

Duncan se volvió con excesiva suficiencia.

—¿No serían un par de estudiantes peleándose? En esta institución hay adolescentes muy problemáticas.

—No. He visto heridas recientes en la espalda de una estudiante llamada Sadie.

—Eso no prueba nada. Otra pelea. La directora debe mantener la disciplina debido a ese tipo de estudiantes. Aunque supongo que una chica como tú comprende bien lo que estoy diciendo.

Permanecí muda mientras los dos policías cubrían el espacioso *hall* y salían tras cerrar la puerta.

—Qué desastre —murmuré.

Al entrar en clase de matemáticas la profesora me impuso una sanción leve por llegar tarde e interrumpir la lección. Nada grave en comparación con el desprecio que había sugerido Duncan. A lo largo de mi adolescencia escuché ese tipo de frases en incontables ocasiones, pero nunca supe acostumbrarme a los menosprecios por mi apariencia. Las personas deberían molestarse en conocer a alguien antes de impartirle un juicio. Sobre todo si era negativo.

Aquel día las ecuaciones me resultaron más inútiles que en cualquier otro momento de mi vida. El pupitre de Sadie estaba vacío y yo experimenté el mismo sentimiento.

Finalmente tuvo lugar la clase de Religión. La impartía una mujer común, sin aires siniestros ni túnicas sagradas como habría esperado. Tampoco exhibía ningún medallón mágico. La profesora lucía el mismo semblante severo y el mismo traje austero y ceñido que las demás. Se limitó a saludar y a pasar lista. Las estudiantes levantaban la mano una tras otra como

una monótona ceremonia. Yo sentía una expectación tan incontrolable que mis intestinos sufrieron poderosas sacudidas. Fui testigo de cómo la clase quedó dividida por tendencias opuestas. Una mayoría mostró un interés irracional, mientras el resto de alumnas continuó con su letargo académico habitual. Las interesadas irguieron la espalda sobre el respaldo y mantuvieron una postura respetuosa. Cuando llegó a mi nombre se detuvo, levantó la vista y buscó un rostro desconocido. Vaciló entre tres alumnas y yo, pero al final fijó su atención en mí.

—Tú debes de ser Connie Merril.

—Sí, señorita.

—Bienvenida a mi clase. Espero que te halles entre las alumnas que aprecian esta materia.

Sonreí y fui correspondida de la misma manera.

Después de breves frases de condolencia hacia Leslie, inició la clase mencionando las tribus que habitaban las regiones norteamericanas antes de la invasión europea. Mientras la mujer hablaba, Big Patty mordisqueaba el lápiz con hambre. Los reflejos de Kathleen estaban siendo puestos a prueba por una mosca que escapaba constantemente de sus manos destructivas. Yo decidí acomodarme y dejarme llevar por los misterios de la fe que profesaba aquella mujer con notable orgullo.

A la profesora parecía traerle sin cuidado la falta de interés de la mitad de la clase, y centraba todo su esfuerzo en la otra mitad que sí lo mostraba. Durante la lección evoqué varias veces el libro que había leído y me pregunté cuánto de lo allí explicado sería cierto. A medida que transcurría mi estancia en la institución, aumentaba mi impresión de que todo lo era.

Reparé en el anillo que lucía la profesora en su dedo anular. Empecé a comprender que había ido a parar a una institución dirigida por una orden antigua cuyos miembros poseían anillos similares. Las expresiones de mansedumbre de las alumnas sugerían que aspiraban en algún momento de sus vidas a jactarse por tener uno. Por lo visto, el caballero al que hacía referencia el libro había logrado su misión, y yo me encontraba en una de las clases que Alexander Morris añadió al programa de estudios. Y a juzgar por el aspecto de las estudiantes, pertenecientes a familias desmoronadas, Elizabeth había impuesto su criterio a la hora de admitir nuevas estudiantes.

La primera lección trató de la formación de Past Grove. De los graves problemas que acosaron a los habitantes y de cómo la mayor parte de los inversores huyeron espantados por hechos, según declaró la profesora,

paranormales. Parecía referirse a Past Grove no como un pueblo rural anclado en la década de los cincuenta, sino como una esencia a la que le confería carácter y personalidad. No logré comprender cómo un pueblo podía manifestar tales atributos. Cualquiera en su sano juicio habría calificado toda esa palabrería como la más absurda y desfasada superstición. Sin embargo, debido a mi filosofía de la vida, decidí concederle a la profesora la oportunidad de expresarse. Aun a riesgo de ser juzgada como una persona ingenua, confieso que esas lecciones despertaron al principio mi interés más que las Matemáticas o las asignaturas comunes, salvo mi querida Literatura, la pasión que todavía recorre mis venas e insufla vida a mi corazón. La profesora impartía las clases con una profunda convicción que consiguió impresionarme más de una vez. Siempre reflexionaba sobre lo aprendido durante mis noches de insomnio, y cuando, tiempo después, empecé a sospechar que esas lecciones habían arrebatado a las ocho hijas de Ferguson su autenticidad, las clases dejaron de interesarme y pasé a formar parte de las alumnas soñolientas que se limitaban a dejar pasar las clases y la propia existencia.

Sin embargo, tiempo antes de sumirme en esa desesperanza, manifesté el mismo interés desmedido que una mitad de la clase. Incluso Big Patty y Kathleen observaron con humor la fascinación que despertaban en mí esas enseñanzas. En uno de mis escasos encuentros con Bill, el jardinero, le desvelé mi intención de aprender más acerca de la extraña orden a la que pertenecían los miembros más relevantes de la institución. El anciano enseguida miró en todas direcciones como si alguien anduviese al acecho. Sus ojos se colmaron de terror. Me aferró por mi muñeca fuertemente y me condujo hacia la trasera del cobertizo. Las emociones del viejo me contagiaron y atisbé por encima del hombro con la corazónada de ver un fantasma. Pero sólo se trataba de las sombras que se alargaban en el atardecer.

—Eh, viejo, ¿se puede saber qué te pasa?

—Deja ese veneno inmediatamente, ¿me oyes?

—Sí, joder, pero suéltame. Me haces daño en la muñeca.

—Lo siento.

—¿Por qué lo llamas veneno? —pregunté—. La profesora parece convencida de todo lo que dice.

—Claro que está convencida, pero ese maldito veneno cambia a la gente. Lo vi en Helen, una de las antiguas amigas de Kathleen.

Helen entró en la institución como una muchacha divertida que entablaba amistad con cualquiera. Según Bill y más tarde Kathleen, podía pasar horas charlando de varios temas a la vez. Tenía un cerebro ágil que reaccionaba a cualquier comentario por muy despectivo que éste fuese. Era la clase de estudiante que podría llevar a alguien a preguntarse por qué había acabado en un lugar como esa institución. Fue amiga de Kathleen Maddox durante un mes, hasta ser seducida por las enseñanzas de Past Grove. Al principio pareció algo pasajero, el vulgar interés de quien deseaba llamar la atención al no encajar bien con la mayoría de las chicas. Pronto destacó como una alumna ejemplar, presentaba las tareas a tiempo y asistía a clase puntualmente. Aunque esto pudiera parecer correcto, a medida que obtenía conocimientos, se distanciaba de las alumnas que no sentían interés. Recibió el anillo con el que recompensaban a las estudiantes más singulares. Recorría los pasillos luciéndolo con visible soberbia. Desde entonces su contagioso humor desapareció, pasó a manifestar un carácter altivo y extrañamente despiadado. Se enorgullecía de las desgracias ajenas hasta el punto de provocarlas ella misma. Se rumoreaba que Helen y el resto de concubinas encerraron en las salas de castigo a una estudiante, la penetraron con un palo de madera hasta el desgarró vaginal y después la despellejaron lentamente. Nadie pudo presentar pruebas y el cadáver jamás fue encontrado. Sin embargo, todos conocían a la pobre Ariet como una chica lenta, a quien nunca volvieron a ver.

Mientras Bill relataba todo esto, pensé que al viejo le habían asaltado ganas de impresionarme con su historia digna al mejor guion de Hollywood. Así que descarté todo cuanto me dijo.

Aquella noche hallé a Kathleen en el baño, arrojando las colillas al retrete. Tras tirar de la cadena y salir, lanzó un berrido.

—¡Tía, menudo susto! Pensé que eras una de las zorras.

—Qué va —dije.

Al preguntarle por Helen, arrugó la frente como gesto de sorpresa y añadió su visión de los hechos. No parecía verdaderamente afectada, puesto que el trato con ella apenas duró un mes, lo que me confirmaba que Bill no había mentado en todo. La poca información que compartió conmigo fue que parecía alguien legal, pero se había equivocado. Desde su admisión en el selecto club de las ocho, ni siquiera la miraba a la cara y no era que le importase mucho, pero le fastidiaban las personas falsas. Yo no repliqué su opinión.

—Incluso ha dejado de fumar. ¿Por qué? Porque la gran ramera Ferguson las obliga a ser mierdas bien perfumadas. Cuanta más gente como ella veo en mi vida, más ganas tengo de hacer todo cuanto me plazca. Piénsalo, tía.

—Te comprendo bien —afirmé.

—Tú pareces una tía legal, espero que no te conviertas en una refinada cagarruta por estar interesada en las bobadas de ese culto.

—Paso de eso, tía. Sólo quiero documentarme.

—Eso espero, ¿sabes? Además, recuerda los gritos. Tienes que desconfiar de todo. Ya sabes..., porque aquí están chiflados —dijo, y pasó su brazo alrededor de mi cuello cordialmente—. Oye, y ¿para qué quieres la documentación?

—Para escribir. Quiero ser escritora y tengo que absorber toda la información que llegue a mis manos.

Nos detuvimos en medio del pasillo como una absurda pareja de enamoradas. Nos contemplamos a los ojos y Kathleen dijo:

—Joder, ahora me doy cuenta de lo poco que sé de ti.

—Eso es verdad —dije, con una sonrisa afectuosa.

—Habrá que poner fin a esto.

—Parece buena idea.

—Así que escritora, ¿eh? —dijo, con los ojos entornados.

—Sí.

Continuamos en dirección a los dormitorios.

—¿Y has pensado en escribir sobre esta pocilga?

—La verdad es que no.

—Piénsalo. Una novela escrita por la gran Connie Merrill. Y, por supuesto, dedicada a tus compañeras, quienes tienen que soportarte.

—Oh, no creo que tengas que soportarme mucho.

—Bah, era una broma. Oye, esperaremos a que Sadie la demente salga —dijo de pronto con enormes expectativas.

—¿Por qué tenemos que esperar a que salga?

—Ya lo verás.

Todo empezó a tener sentido para mí al día siguiente, cuando Sadie salió de la sala de castigo.

Capítulo 12

Al tener delante de mí a Sadie Mae Glutz mi corazón se detuvo. Me tropecé con ella al salir del dormitorio en dirección a clase. Había adelgazado. Su ojera descubierta asemejaba un borrón violáceo. Se abrazaba a sí misma con fuerza. Los labios estaban resecos y agrietados. El cabello quedaba dividido en mechones grasientos que le conferían el aspecto de una mendiga. Los pantalones presentaban desgarros en la pernera derecha.

Sabía que replicaría mis palabras como siempre hacía, pero sentí la necesidad de hablar.

—¿Qué te han hecho?

—Nada importante. Hace falta mucho más que castigos de mierda para acabar conmigo.

Cuando vi posible una primera conversación, Sadie entró en el dormitorio. Entonces observé que la camiseta blanca de tirantes que solía usar había absorbido la sangre de más heridas en la espalda. Evoqué la correa de Nick Pegg, el aleccionador que pronto iba a ser sustituido en la eficacia de golpear.

—Quiero que sepas que me jode mucho que hayas estado otra vez en la sala de castigo porque yo interviniera en ayuda de Big Patty.

—Olvídalo —dijo mientras se asomaba por la ventana—. Es tu estilo, ir en busca de amigas. Y ahora te justificas porque necesitas mi perdón. Das un poco de pena, tía.

La conversación finalizó de este modo. Sadie parecía más interesada en mirar por la ventana aquello que captaba su atención. En aquel instante no logré adivinar qué se traía entre manos, pero más tarde ella misma lo revelaría.

Pasé el resto del día en clase, sin anécdotas interesantes, salvo que Kathleen estuvo intercambiando con Sadie papelillos arrugados que contenían mensajes. La profesora de Geografía no era especialmente ágil en materia de la picaresca estudiantil, lo que benefició el aluvión de bolitas que todas veíamos volar. Durante la comida fui puesta al corriente de lo que contenían los papelillos. Kathleen había tratado de persuadir a Sadie para reunirnos en privado. Sin embargo, ella rechazó la invitación por estar

interesada en otro asunto más urgente. A eso se refirió Kathleen el día anterior al decirme que había que esperar a Sadie. Las tres chicas tenían un lugar secreto al que acudían en ocasiones. Cosa que me extrañó después de ser testigo de lo mal que se trataban. Supuse que entre «chicas malas» todo tenía cabida.

El tono de su voz descendió a un nivel conspiratorio y dijo:

—¿Dónde está la tímida, ya sabéis, la rarita ésa?

Mi cara debió de parecerle una hoja en blanco, porque no sabía por qué ella podría preguntar por Leslie. Tanto Kathleen como Big Patty abrieron los ojos comprendiendo de inmediato el significado de todo aquello.

—Leslie —dijo Big Patty.

—Me importa una mierda su nombre —susurró con visible rabia—. El caso es que ha estado ahí abajo conmigo. En una de las salas.

—¿Leslie en las salas de castigo? —inquirió Kathleen—. Si no hacía nada.

De vez en cuando mirábamos distraídamente hacia atrás para cerciorarnos de que las ocho discípulas de Ferguson permanecían en sus asuntos personales.

—Está muerta, Sadie —murmuró Big Patty.

—No me jodas, ¿en serio?

—Pues claro.

—Cerdos.

—Se ha suicidado —aclaró Big Patty, al tiempo que masticaba su porción de pollo.

—Tías, aquí pasan cosas raras —continuó Sadie.

Aquella frase atrajo a mi mente la horrible personalidad de Elizabeth Morris. Por lo que, sin apenas conocer la realidad de la institución, le concedí a Sadie el crédito merecido.

—Están chiflados —señaló Kathleen.

—De eso nada. El asunto es más raro todavía. Tal vez estén haciendo algo ilegal.

Nos confesó que por la noche escuchaba sollozar a una chica y cuando le preguntó quién era, recibió el nombre de Leslie como contestación. Todas nos preguntamos qué falta habría cometido esa pobre chica para ser encerrada en una sala de castigo; por mi parte, yo me lo preguntaba sin más información que la reunida en mis semanas de permanencia en la institución, como Big Patty, que nunca estuvo en las salas, puesto que lo único que hacía

era leer su diario. Kathleen fue en una ocasión, al ser sorprendida robando una botella de licor en la bodega. No obstante, permaneció sólo dos días porque pidió perdón. Su castigo se limitó a quedar aislada del resto de estudiantes, no hubo golpes ni nada que hiciese pensar en asuntos ilegales como comentaba Sadie. Por el modo de exponer Sadie los hechos, yo no podía dejar de pensar que algo mucho más siniestro se cernía sobre la institución. Dijo que la estudiante desaparecida la noche antes de mi llegada estaba muerta y que todo el asunto de la fuga se debía a un encubrimiento a la policía, y que sospechaba que de la institución no se había escapado nadie todavía.

—Yo seré la primera —concluyó.

La miramos presas de un desconcierto que, en mi caso, tardó varios segundos en disiparse.

—Si te pillan fugándote, esta gente te desmontará con un cuchillo —dijo Kathleen—. ¿Por qué no llamas a tu familia?

—Ni pensarlo. Conseguiré escapar.

—Que tengas suerte —dijo Big Patty—. La directora Ferguson tiene un puto dóberman, por si no te habías enterado.

—No necesito suerte, necesito un plan. Y el perro ése me trae sin cuidado, siempre está con ella.

La comida transcurrió ese día más despacio de lo habitual, como si los alimentos hubiesen adquirido una textura indigerible. Llegué a creer que los ácidos de mi estómago se volvían contra mí y comenzaban a devorarme. Yo era quien tenía pensado llamar a mi madre para que me sacara de la institución, pero no dije nada al respecto porque Sherry, la cabecilla de las ocho privilegiadas, empezó a mirarnos más de la cuenta.

Pasé parte de la tarde en la biblioteca. Junto con el dormitorio que compartía con mis compañeras, era donde me encontraba conmigo misma. Al menos hasta entonces, ya que días después conocería el lugar secreto de reunión cuyos recuerdos todavía considero los más hermosos de mi existencia. Me adentré en el sagrado silencio de la biblioteca y recorrí con calma las estanterías. La señorita Blake estaba sentada a una mesa y catalogaba varios manuscritos. Fue habituándose a mi presencia escuálida según pasaba tiempo en la biblioteca. Nunca hablé con ella más que palabras referente a los libros y cuestiones similares. Su prudente educación parecía impedirle manifestar más emociones que las estrictamente necesarias.

Me acerqué a ella y le pedí algún libro acerca de las enseñanzas que

impartía la profesora de Religión. Entonces advertí que su cara adoptaba una expresión sombría.

—¿No le basta con lo que aprende en clase?

—No, tengo interés en profundizar más. Quiero entender los rezos que hace la directora en las comidas.

—Muy bien —dijo, alivió la tensión del rostro y se levantó de la silla—. Acompañeme.

Aceptó con agrado mi disposición a profundizar sobre la orden, o el culto, como lo llamaba Kathleen. Yo parecía estar traspasando un umbral invisible, y esto, sumado a mi ya fantasiosa imaginación, bastaba para seguir con interés los pasos de la bibliotecaria cuando se adentraron por un pasillo angosto. La humedad se posó enseguida sobre mi piel. Un viejo olor asido durante años a las viejas paredes llenó mis pulmones. Creí oír murmullos a mi espalda, pero cuando me volví esperando ver a alguien, regresó el silencio, sólo interrumpido por nuestra respiración. La mujer se detuvo delante de una puerta cuya cerradura admitía una llave del tamaño de una mano. La sacó del collar que pendía del cuello. La introdujo, giró y el chasquido me sobresaltó como un golpetazo en el mentón. Me volví al pensar que los susurros seguían rumiando a mi espalda.

—Adelante.

—¿Eh? —susurré.

—Vamos. Aquí están los libros que busca. Los tenemos bajo llave porque para nosotras son de sumo valor. No deseamos que caigan en manos de cualquiera. A las alumnas comunes les basta con las lecciones introductorias.

—Sí, lo típico —dije sin pensar.

—¿Cómo dice?

—Perdón, estaba en otra cosa. —Y entonces recurrí a la frase comodín que nunca fallaba—: Sí, señorita.

—Entre.

Quedé sepultada por el denso olor a papel viejo. Cuando la señorita Blake encendió las luces, la estancia que me fue descubierta asemejaba una vieja mazmorra que había sido acondicionada para almacenar libros. Un mueble soportaba el peso de numerosos volúmenes, mientras que otros dormitaban sobre una mesa arrinconada. Mi pasión por los libros prendió la llama de la fantasía y me dejé llevar por mi anhelo de abrirlos y comenzar a leer. Sin embargo, la mujer se cruzó en mi camino cuando traté de coger el

primero.

—Le bastará con éste —dijo con autoridad—. El resto del material..., digamos que es para iniciados.

Se acercó al mueble y extrajo un pequeño volumen que me tendió. Antes de cogerlo, suspiré de resignación, puesto que mi adolescencia continuaba rebosando rabia y desorden, y de buena gana habría pasado por alto el mandato de la mujer y leído el que se me antojara. Sin embargo, fui prudente y recordé de dónde había salido Sadie.

—Me espabilaré y me dejaré leer los otros.

—Me temo que no, sólo éste por ahora. El resto está custodiado por la directora Ferguson. Sólo las alumnas que cumplen sus requisitos pueden leer el resto.

La imagen de las ocho chicas destructivas se instaló en mi mente como un tumor maligno. El precio a pagar por profundizar en la extraña orden que dirigía la institución parecía demasiado alto. Prefería mantener mi autenticidad, a perderla por unos conocimientos que probablemente no me sirvieran de nada, aunque ejerciesen en mí una seductora fascinación.

—Vale.

El pequeño volumen contenía sólo información teórica. Hacía mención de una esencia invisible que ansiaba evolucionar en nuestro mundo. Para ello se alimentaba de las emociones de las personas, de sus vivencias así como de los propios cuerpos en el momento culminante de su manifestación. La semilla inicial se encontraba en el subsuelo de Past Grove y el libro la describía como un efluvio etérico imperceptible al ojo humano. No obstante, se podrían advertir sus consecuencias. Esto me hacía pensar en el amor, la amistad, o cualquier emoción humana invisible, y, sin embargo, contemplamos sus efectos en un abrazo, una caricia, incluso en una mirada.

Aunque en un primer momento me atemorizó que algo intangible pudiera existir, también me sugería algo hermoso capaz de transformar la mediocre sociedad en que vivimos. Pero todo se desmoronaba al pensar en las ocho chicas. ¿Por qué debían tener más privilegios que el resto de estudiantes? ¿Acaso los habían ganado? Y la lasciva mirada de Sherry Rode no me sugería amor ni sentimientos bondadosos.

Aun así, había algo atrayente en todo aquello.

En las páginas centrales del libro figuraban garabatos extraños que hacían pensar en símbolos mágicos. Evoqué las columnas del porche y sus grabados. Pese a que la superstición no controlaba mi vida, las formas

siniestras y de aire amenazador contribuyeron a que pasara las páginas con urgencia. En ocasiones, durante la lectura, me hablaba a mí misma para infundirme raciocinio, pero la mezcla de sentimientos contradictorios pugnaban por dominarme; unos vaticinaban desgracias y me forzaban a abandonar la lectura, mientras otros eran seductores y, aun apreciando cierta obscenidad, me arrastraban a una lectura voraz.

Como adolescente en etapa de rebelión, me cautivó la perspectiva del bien y el mal que exponía el libro.

Muchas veces son cuestiones culturales de diferentes épocas y culturas. Lo que es un gesto de mala educación en occidente, como eructar, es de buen gusto entre otras culturas, como la árabe. En sociedades conservadoras nos han impuesto un criterio judeocristiano en el pensar y en el vestir, pero está ampliamente documentada la existencia de tribus africanas cuyas mujeres muestran los pechos sin pudor. También son costumbres importantes la decoración corporal, como tatuajes o metales, incluso la expansión labial o de cuello. Numerosas culturas han practicado el canibalismo sin escrúpulos. ¿Es correcto este comportamiento?, ¿tal vez incorrecto? El libro dejaba a criterio del lector la respuesta. Monogamia o poligamia. ¿Qué es correcto e incorrecto? ¿Cómo obtener una respuesta acertada sin experimentarlo?

El apartado referente a las sociedades patriarcales y matriarcales haría aflorar la cólera de más de un hombre contemporáneo. Entre otros ejemplos, se mencionaba la historia de la reina de Saba, cuyo reino habría existido entre Yemen y Etiopía.

Según el libro, el bien y el mal es pues una visión sociocultural, que únicamente favorece en el mayor de los casos a las sociedades dominantes, cuyo yugo recae sobre los individuos débiles y limitados en el libre pensamiento. Los poderosos salen impunes de castigo mientras el más mínimo error por parte de los individuos de las esferas inferiores recibe un firme castigo en su llamada justicia. Encontré acertada la declaración. Sin embargo, la cuestión abarcaba mucho más. El individuo tenía derecho a cualquier expresión de sinceridad en el mundo material, no obstante, para ello debía liberarse de imposiciones propias de siglos de prohibiciones. En definitiva, el bien y el mal no parecen más que el dogma implantado por los gobernadores del mundo para limitar a la especie humana a la categoría de esclavo.

Aunque estaba de acuerdo con aquel compendio de ideas, me resultaba contradictorio cuando se castigaba a las estudiantes precisamente por

manifestar el derecho que explicaba el libro. Miré las primeras páginas, pero no hallé referencia al año de edición o impresión. Y el autor tampoco se identificaba. Sin duda el volumen era antiguo, pero nada más se podía deducir al respecto. Me acerqué a la mesa en que la señorita Blake leía un libro; la portada mostraba a una persona sentada cuya cabeza carecía de cerebro y el título rezaba El desconocimiento, nuestro mayor enemigo. Le pregunté por la edición del volumen y por el autor. Respondió que el autor del libro fue el fundador de Past Grove a mediados del siglo diecinueve.

Durante la noche supe que aquel mismo día, mientras yo me iniciaba en los conocimientos del culto, Sadie hacía los preparativos para su huida. De hecho a esto se debió el visible interés por mirar por la ventana de nuestro dormitorio de estudiantes. La muy cabezota había creído posible escapar por la ventana, entre otras cosas. Sin embargo, esta parte del plan lo desechó enseguida por uno más inteligente. Kathleen, con su modo de exponer las cosas, la convenció para que buscara otra forma y así lo hizo.

Capítulo 13

A la mañana siguiente asistí a la clase de Educación para Señoritas Casaderas. El modo de presentar la lección ya resultaba vomitivo, y de hecho contradecía el libro del fundador de Past Grove, quien sostenía con elocuente rebeldía cómo tenía derecho a ser cualquier individuo, incluso la mujer. Jamás perdí la esperanza en mis tres ficciones favoritas: la amistad, el amor y la felicidad. Sin embargo, la educación que se impartía en las clases pretendía reducir a la mujer a un mero objeto dentro del matrimonio. Una fiel y obediente esposa sometida a las leyes del varón, que a su vez las recibía de los gobernadores del mundo. Una odiosa pirámide social a la que yo siempre me opuse. Detestaba esa visión del amor. Me levanté a la más mínima oportunidad para exponer el criterio de una adolescente rabiosa y que lucía cicatrices de uno de aquellos matrimonios comprados. El hombre digno de querer a cualquiera de aquellas muchachas auténticas debería tener ojos como Rob, capaces de traspasar mi fealdad para encontrar mi tesoro interior.

Recibí aplausos por parte de varias alumnas, entre ellas Kathleen y Big Patty. Sadie me observó durante minutos como si yo fuese una estatua divina. Por desgracia era una simple «chica mala», igual que ella, a lo que atribuí su interés. Había empezado a verme como realmente éramos todas. La generación dañada al negársenos nuestras ansias de libertad y de un mundo diferente.

La profesora aplicó su ley de hierro con una sanción disciplinaria. Ya sumaba dos, a la tercera, que no tardaría en llegar, sería llevada amablemente a una sala de castigo y ser al fin testigo de sus técnicas de persuasión. Nick Pegg no consiguió hacerme cambiar. ¿Acaso se creía la institución capaz de algo semejante? El sello de mi autenticidad estaba fuera de toda duda.

Durante las clases de educación casadera nos vestían a su antojo, como si fuésemos muñecas para jugar. Cubrían nuestros cuerpos con vestidos blancos para exhibirnos perfectas mientras nuestro interior se mantenía roto y desatendido. Algunas se negaron y fueron conducidas al despacho de la directora. Sadie tuvo la osadía de escupir en uno de los vestidos y lanzárselo a la profesora.

—Me pongo lo que me da la gana —ladró. Aquel día vestía su camiseta

de tirantes habitual y los tejanos desgastados con aspiraciones a la campesina del año. Afortunadamente no tuvo represalias graves salvo una sanción leve, que por supuesto le traía sin cuidado. Parecía importarle todo muy poco. Mi experiencia en el campo de la rebeldía adolescente comprendió que había sufrido un fuerte trauma como para haberla convertido en una bestia indomable.

El horror se desató una hora después, cuando Donna Lownsberry interrumpió la clase de Matemáticas seguida de dos mastodontes. Las alumnas enmudecieron al saber que algo grave ocurría.

Donna se plantó delante de la clase. Su expresión adoptó la del alguacil de una prisión.

—Ha desaparecido el expediente de Jody Weisenfeld. El robo está severamente castigado.

Nació un murmullo asustadizo. Todas se miraron entre sí para persuadir a la culpable a mostrarse. Sin embargo, las estudiantes permanecieron inmóviles. Kathleen y Big Patty parecían más confundidas que las demás; Sadie manifestaba su poderosa indiferencia.

—Tenemos testigos que aseguran haber visto una figura escurridiza la pasada noche. Y por lo visto, la figura tiene la llave del despacho de Patricia Krenwinkel, que pronto averiguaremos de dónde la ha sacado.

Yo seguía examinando las caras de mis compañeras de clase y todas parecían sorprendidas por el hecho. Fue Kathleen quien delató un repentino nerviosismo al ser mencionado el asunto de las llaves.

—¿Sadie?

—¿Qué pasa ahora conmigo? —masculló.

—¿Sabe usted algo al respecto? —inquirió Donna.

—Pues claro que no. Anoche estuve durmiendo y soñando contigo. Un sueño húmedo. ¿Qué te parece?

—Me temo que su impertinencia le acabará pasando factura.

—Ya lo ha hecho.

La señorita Lownsberry se aproximó al pupitre de Sadie.

—Levántese.

—Levántame tú, tía. Sé que estás deseando ponerme las manos encima. Confiesa tu amor por mí.

—Su comportamiento me está resultando fatigoso. —Las garras de Donna se cerraron en torno al brazo de Sadie y la levantó con una sacudida enérgica.

—¿Qué haces, zorra? No me toques —dijo ella, y aunque intentó soltarse no le dio resultado.

—Caballeros, adelante. Pueden llevársela.

—¿Por qué? No he hecho nada.

Yo no podía creer lo que estaba sucediendo. Los dos guardaespaldas flanquearon a Sadie como si fuese un bebé y la transportaron en peso hacia la puerta. Ella pataleó y graznó defendiendo su inocencia. Pero nadie se atrevió a declarar en su defensa.

—Otra vez a la sala de castigo. Pobre chica —susurré—. No puede ser, otra vez no. —Repetí esta última frase hasta que fue elevándose por encima del temeroso silencio y de los berridos de Sadie. Algunas miradas se volvieron hacia mí. Me levanté de pronto—. ¡He sido yo!

Donna Lownsberry giró sobre sus zapatos como un robot y me dirigió una mirada de decepción.

—¿Usted?

—Sí, yo robé el expediente.

—La creía más inteligente, señorita Merrill. ¿Por qué hizo algo así?

—No había papel para limpiarme el culo —espeté.

Sentí las miradas de expectación de las estudiantes caer sobre mí. Algunos rostros parecían interrogantes. Sin embargo, hubo chicas que asintieron mostrándome su apoyo ante mi gesto por Sadie, quien se manoseaba el hombro que le habían atrapado las manos de uno de los mastodontes.

—Oh, qué inapropiado por su parte —dijo, y ordenó a los mastodontes soltar a Sadie y venir a por mí.

—No es necesario que los monos ésos me cojan, saldré por mi pie.

—Estos caballeros le acompañarán a una sala libre —dijo con severidad—. Es una pena. Ya le advertí de la mala compañía que podría representar Sadie.

Me volví en medio del pasillo central de la clase, dejado por los pupitres, y dije:

—La prefiero a ella a ustedes. Ella es auténtica y ustedes representan lo peor de la sociedad.

—Caballeros, procedan, por favor —dijo Donna.

Me encaminé a la puerta mientras mi cuerpo prendía con el fuego de la rabia. Cuando pasé junto a Sadie, no la miré, así que no pude ver su expresión, aunque advertí una extraña aura de respeto.

Recuerdo cuándo entré a la sala de castigo, pero no cuándo salí.

Lo primero que hicieron fue vendar mis ojos y conducirme por corredores fríos. Al quitarme la venda me encontraba en medio de una celda mugrienta y sin apenas iluminación. Escuché el chasquido de una cerradura de hierro y luego al carcelero marcharse. Arrojé la venda al suelo, furiosa. Entonces reparé en las virutas de paja que lo sembraban y en el fardo de paja arrinconado donde debería pasar varias noches.

—No puede ser —dije para mis adentros—. ¿Cómo quieren que duerma ahí?

Entre aquella podredumbre, aprendí que no estaba en una sala de castigo, sino en una mazmorra. Las paredes de piedras rezumaban una humedad que pronto experimentaría como alfileres en mi carne. Me estremecí al pensar que Sadie había sido conducida allí en tantas ocasiones. La puerta de hierro que me separaba de la parte benevolente de la institución poseía una abertura enrejada por la que observé durante horas el aleteo de una antorcha asida a la pared. Allí permanecí esperanzada de que apareciese una figura anunciando mi libertad. Sin embargo, perdí la noción del tiempo. No había luz ni oscuridad que dividiera el día de la noche. Sólo cuando mi cuerpo no resistió más el cansancio, me dejé caer sobre la pieza de paja. Soporté el peso de los párpados el tiempo suficiente para cerciorarme de que no acudiría nadie a rescatarme. Cerré los ojos apenas notando la diferencia. No obstante, al más mínimo ruido los abría de nuevo, siempre con el resultado de no ser más que un roedor famélico o un goteo distante.

Fui siempre una chica que acudía pocas veces a la nevera. Era capaz de mantenerme con una o dos raciones diarias. Sin embargo, allí no tuve siquiera esa oportunidad. Por lo que el hambre se presentó de las formas más crueles que una criatura viva pudiera jamás imaginar. El leve latido en el estómago pronto se convirtió en dolor. Esto lo asimilé en mi pequeña cabeza; el hambre se reduce a dolor. Al menos en las primeras etapas a las que yo me vi empujada. Aquellas bestias carentes de alma parecían haberme olvidado. La falta de higiene corporal ayudó a que mi olor se fusionara con el acumulado en la mazmorra durante años. Me sentí como un miserable animal dejado a su terrible destino.

La primera presencia viva se presentó tras el marco enrejado de la puerta, cuando yo dormitaba y mis fuerzas habían quedado reducidas a simples espasmos. Reconocí a Patricia Krenwinkel. Ordenó que abrieran la puerta y entró. Traía un recipiente con agua que me tendió, y que yo le

arreaté urgentemente mientras mi lengua raspaba mis labios reseco. Bebí el agua con prisas; la que se derramó por mi barbilla la recogí con mis dedos y los lamí con desesperación.

—Bebe despacio.

—Me gustaría verte en mi situación —balbucí.

—Traed más agua.

Agua. Resultaba tan simple en el mundo exterior que apenas fui jamás consciente. Sin embargo, en mi nueva realidad, aquello parecía un regalo disfrazado de caridad. Tomé el segundo recipiente de agua sabiendo que la compasión de aquellos monstruos tendría fecha de caducidad.

—Tengo hambre. —Mi voz sonó rota por una humillación despiadada, aun así, el semblante de Patricia no dio muestras de flaqueza.

—De momento hablaremos.

—No quiero hablar, quiero comer —dije, encogida en medio de la mazmorra—. ¿Qué clase de lugar es éste? Es ilegal y habrá quien se oponga a lo que ocurre aquí.

Después de pensárselo concienzudamente, como si se creyera en posesión de mi vida, ordenó traer algo para comer.

—Habrá quien se oponga a esto. Gobiernos. La policía. Es imposible que encerrar a una chica aquí se vea correcto incluso en este mundo de mierda.

—Cálmate. Sólo quiero saber dónde está el expediente y cómo has conseguido abrir la puerta de mi despacho.

No tenía respuestas. Y pasaron a un segundo plano en cuanto entró un hombre rocoso con atuendo de bárbaro. Tenía ceñida una ancha correa alrededor de su enorme panza endurecida. Los leotardos largos perfilaban piernas como troncos de roble. El pecho quedaba al descubierto y manchado de horrible vello. En una mano sostenía una antorcha y la otra traía un pedazo de pan. De rostro anguloso, el hombre guardó silencio, similar a una vulgar bestia amansada.

Comí el pan al tiempo que las preguntas de Patricia se volvían cada más insistentes, pero mi mente no tenía fuerzas para hallar una mentira convincente. Mastiqué con la ferocidad de un esclavo que recibe alimento en escasas ocasiones.

—¿Y bien?

La miré a los ojos y aprecié la verdadera naturaleza tras la máscara. La trampa que había intuido hacía tiempo, finalmente dejaba al descubierto sus

intenciones. La cándida letanía de frases amigables sólo fue un ardid para persuadirme a bajar la guardia.

—Sigo esperando una respuesta —dijo con impaciencia.

—Quemé el expediente.

La cara de la mujer se contorsionó en una mueca desagradable.

—¿De dónde sacaste la llave de mi despacho?

—Te lo diría a cambio de una rebanada de pan y queso para untar.

Patricia clavó sus ojos en mí y vi en ellos reflejado el sarcasmo malsano.

—Creo que te quedarás aquí unos días para reflexionar.

Experimenté una punzada en el pecho, que fue creciendo como un incendio. Patricia se alejó seguida del carcelero y cuando la puerta comenzó a cerrarse, salté sobre ella como un gato salvaje. Topé con el frío hierro contra mi cara. Mis gritos me impidieron escuchar el chasquido de la cerradura. Sin embargo, la rabia de mis ojos no me impidió ver alejarse a la mujer y al tipejo con visible contento.

—¿Qué lugar es éste? ¡Hijos de puta! ¡No podéis tenerme aquí encerrada!

Golpeé el hierro con mis puños, pero no eran lo suficientemente fuertes como para tirar abajo la puerta. Mi garganta se quemó, por lo que sólo pude silenciar mis gritos, dejarme caer sentada y dar rienda suelta al odio. Aquel odio fue mi fuente de alimento mientras permanecí cautiva en la institución.

No regresó nadie durante largo tiempo, que pasé observando cómo el roedor que habitaba en una hendidura del muro husmeaba de cuando en cuando mi presencia. Los únicos gritos que escuché durante mi permanencia fueron los de mi cabeza, el resto se encontraba en completo silencio salvo por el goteo en el resto de mazmorras. Allí, sentada esperando mi liberación, concedí la razón a Kathleen; los gritos eran de estudiantes, muchachas catalogadas como «chicas malas» por un mundo que valora a su antojo el bien y el mal.

Un abultamiento en el muro de enfrente atrajo poderosamente mi atención. Hice el esfuerzo de levantarme y acercarme. Algunas de las piedras de la parte baja habían sido empujadas hacia fuera. Me incliné y palpé la película mohosa que las cubría. Por lo visto, la guarida del roedor no era fruto de su arduo trabajo, sino de la insistencia de las extrañas raíces que había visto en diferentes puntos de la institución. Adiviné que las mazmorras estaban debajo de la línea del suelo y las raíces parecían abrirse paso al otro

lado. De hecho, durante mi estancia, llegué a percibir vibraciones que achaqué a su desplazamiento. Aquello era verdaderamente siniestro y mi capacidad de hallar respuestas fue inútil. Sólo pude sumar una nueva capa de terror a la que ya experimentaba.

El hambre y la sed volvieron a acosarme, y para entonces nadie hizo acto de presencia. La línea divisoria entre los sueños y la vigilia desapareció y me sumé en un mundo de sombras y recuerdos, donde la presencia de mi hermana fue la nota relevante. La escuchaba hablar y pronunciar mi nombre de manera coherente. Corrí hasta ella y la abracé. Nuestras risas estridentes se elevaron al cielo como preludio de una felicidad eterna. Rob apareció rodeado por el humo de un cigarrillo de hierba. Cuando fui a besarle, sus labios se fragmentaron igual que una figura de cristal. El resto de su cuerpo se deshizo entre mis brazos y aullé. Las fuerzas que me concedió el odio las utilicé en aquel último y desgarrador grito. Fui yo quien gritó entonces como una más de las alumnas encerradas. No recuerdo cuánto logré prolongarlo, pero debió de ser mucho tiempo, puesto que la puerta estaba abierta cuando abrí los ojos. La directora Ferguson apareció a mi lado, agazapada como una alimaña hambrienta. Había estado contemplándome mientras yo dormía.

A partir de aquel momento deseé recuperar la soledad de la mazmorra. Por lo visto, el horror de mis gritos atrajo algo peor que estar prisionera. Atrajo a una mujer lasciva cuyo vicio distaba del mero contacto carnal. Lucía un largo traje negro de encaje y el sobrante yacía en el suelo como la piel muerta de una serpiente. Entreabrió los labios en un visible apetito y, con una mano, extrajo los dos palos chinos que sostenían su moño; el cabello se desprendió en cascada sobre la espalda. Su rostro pareció más delgado. Entonces advertí que no eran palos chinos para el pelo, sino agujas con las que me amenazó.

—¡Joder! —mascullé.

Aunque intenté distanciarme haciendo uso de piernas y brazos, la directora me aferró enseguida de un hombro y me acercó hacia ella. Le propiné un golpe en el pómulo, pero no le arranqué más que un gemido placentero. Con los palos chinos reunidos en una mano, me asestó un bofetón con la que tenía libre. El eco sonoro fue absorbido por las frías paredes. Cuando di muestras de lanzarme sobre ella, se levantó y se apartó. Yo quedé en el suelo, mirando hacia arriba en estado de confusión. La directora salió de la mazmorra y cerró la puerta.

El silencio regresó a su lugar de origen y yo quedé en medio

preguntándome qué clase de mujer era Ilsa Ferguson. No había pronunciado palabra, se había limitado a mirarme. Esto fue lo que más me estremeció, ya que detrás del silencio de alguien pueden ocultarse las intenciones más aterradoras.

Las intenciones quedaron expuestas tiempo después, al abrirse de nuevo la puerta y aparecer la directora con un látigo restallando en el aire como un domador de leones. Sentada en el suelo, me arrastré con manos y pies para alejarme de la amenaza. Las virutas de paja se incrustaron en la palma de mis manos. Alcancé el fardo que hacía de catre.

Ferguson curvó los labios con aire perverso y avanzó un paso.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Oírte gritar. —Levantó el látigo por encima de su cabeza y lo arrojó contra mi cuerpo, al principio al azar, pero luego con mayor acierto. El afilado extremo abrió la camiseta y alcanzó mi piel que ardió como fuego. Mi cuerpo se llenó de líneas sangrantes. Me resistí a gritar, a concederle su diabólica satisfacción. Sin embargo, pronto me resultó imposible ante la lluvia de latigazos que recibí. Mis ojos lloraron por sí solos y los gritos brotaron de mi garganta como si mi cuerpo fuese un ser ajeno a mí. No pude digerir el dolor que se acumulaba, y en un momento de lucidez, clamé a la muerte para que detuviera los nervios que me proporcionaban aquel sufrimiento.

A medida que yo recibía una buena dosis de latigazos, vi estremecerse el muro de piedras hasta que una se precipitó al suelo. Del hueco resultante emergió un horrible extremo húmedo que husmeó la mazmorra con visible astucia. Ilsa comenzó a reírse. No tuve tiempo de comprender o asimilar todo el horror, me limité a colocar los brazos ante mi cara como protección. Aquella bestia enfurecida distaba de ser Nick Pegg, puesto que él jamás se rio.

Desfallecí y me recibió la negrura del silencio. Permanecí así durante un tiempo que de buena gana habría prolongado eternamente. Sin embargo, recuperé la consciencia, y al abrir los ojos sentí humedad sobre las heridas de mi espalda. Era el monstruo con apariencia de mujer que lamía la sangre. Verla junto a mí, manifestando aquella lascivia me horrorizó. Levanté mi brazo lastimado y la empujé como quien se desembaraza de un animal. Gateó para desplazarse de un lado a otro como una fiera analizando a su presa.

—Estás como una puta cabra, tía —dije.

El largo cabello le colgaba de los lados y enmarcaba un rostro sombrío

cuyas cuencas quedaron vacías durante segundos, para volver a continuación a estar ocupadas por globos oculares blancos. Los labios temblaban en un inútil intento por formar palabras. El balbuceo producido era primitivo, ofensivo. Los codos de los brazos crearon un ángulo recto y las manos agarrotadas se apoyaron en el suelo. Comenzó a arrastrarse hacia mí utilizando sólo las manos; las piernas se arrastraban detrás como las de un inválido.

Me pregunté si aquella visión no se debía a mi estado de hambruna. Sin embargo, en cuanto las manos estuvieron a un metro de mí, la consideré lo bastante real como para levantarme haciendo acopio de todas mis fuerzas. Corrí hasta el extremo opuesto de la mazmorra. Entonces vi la puerta abierta. Pensé en salir cuando la figura de Donna Lowmsberry llenó el espacio.

—Mierda —grazné. Tenía las manos apoyadas sobre la pared. Vertía mi respiración como ráfagas de vapor hiriente.

—Ilsa —dijo con asombro.

La directora saltó a un rincón. Se encogió y se abrazó las piernas al pecho. Permaneció oculta por las sombras hasta que Donna, tras cerrar la puerta, se aproximó a ella y se inclinó a su lado. Murmuró extraños versos al oído de la directora.

—¿Está loca? ¿Está enferma? —Las preguntas se atascaron en mi boca—. ¿Qué mierda le pasa?

Donna alzó a la directora y la condujo a la puerta. Abandonaron la mazmorra sin dirigirme la palabra. Yo me quedé sola una vez más. Esta vez con numerosos interrogantes sin contestar. Me recogí en un rincón escuchando únicamente mi respiración. Permanecí así durante más tiempo del que mi capacidad física soportaba. El hambre, la sed y la terrible expectación de ver brotar de nuevo la raíz como el hocico de un animal hicieron que me desmayara, lo que resultó un alivio para no sentir el constante palpitar de las heridas.

No recuerdo nada de aquel letargo. Sin embargo, yacer bajo la superficie de la vida, en ocasiones ayuda a valorar lo que se nos presenta después. En mi caso personal, debo añadir que las siguientes semanas se vieron colmadas de dicha y felicidad. Experimenté las emociones que siempre había relegado a la zona de ficción. Las «chicas malas» sabíamos más que nadie de esto.

Capítulo 14

Los párpados se resistían a abrirse, pero al final cedieron a mi esfuerzo. El blancor de la enfermería dañó momentáneamente mis ojos. Enseguida noté la aguja intravenosa en mi brazo, la que conectaba mi cuerpo con un recipiente repleto de alguna sustancia que adormecía el dolor.

—¿Hola? —Escuché mi voz tras un velo ilusorio.

Tuve que llamar varias veces para que acudieran a mi encuentro. Cuando mitigaron los síntomas de mi soñolencia, alcancé a ver los rasgos de la enfermera. Toda la grasa corporal parecía comprimida dentro del atuendo blanco. El pelo cortado a lo cepillo le confería el aspecto de un marine y su voz de soprano sonaba como un pito roto.

—Buenos días, señorita Merrill. ¿Cómo se encuentra esta mañana? Ha dormido durante días.

No supe gestionar en mi cabeza aturdida la información. Sólo experimenté mi cuerpo entumecido como si fuese la superviviente de una maratón. Traté de incorporarme sobre la cama al recordar las vivencias en la mazmorra y a la directora Ferguson transformada en una criatura de cloaca.

—Quiero salir de aquí.

—Cálmese. Primero debe recuperarse.

Las palabras no bastaron para aplacar mi furia, pero sí lo hizo el pinchazo que sentí entrar en mi muslo. Enseguida mis poderosas sacudidas pasaron a ser golpes inocentes en la cama. Vi el rostro grasiento de la mujer sobre mi cara y dijo:

—Tranquílcese, ya ha salido de las salas de castigo. En cuanto se recupere podrá comer algo sólido. ¿Ve esto de aquí? —Señaló un conjunto de recipientes conectado a tubos de goma insertados a las agujas que pinchaban mi piel—. Se le está administrando un suero alimenticio.

Aquella verborrea académica sólo logró fatigar mi mente. La mujer desapareció. En el silencio se hicieron más audibles los pitidos electrónicos que llenaban la enfermería. Dormité hasta ser despertada por Patricia Krenwinkel.

—¿Cómo estás?

—Muérete —disparé.

—Menuda actitud, jovencita.

—¿Jovencita? ¿Ahora eres mi madre?

—El papel de madre se lo dejo a la directora Ferguson —dijo—, yo me limito a velar por vuestra salud mental.

—Es un monstruo.

—Reconozco que puede ser algo desconcertante con sus métodos, pero sin duda está lejos de ser un monstruo.

—Un monstruo horrible.

—Deja eso para tus futuras novelas —dijo, mientras examinaba las numerosas indicaciones del equipo médico. Cuando pareció satisfecha añadió—: Perfecto, en unas horas volverás a ser una estudiante más de esta institución. Mañana te espero para charlar un rato. ¿De acuerdo?

—Si me niego, ¿me meterán otra vez en la mazmorra?

—Claro que no. Estuviste allí ocho días por robar.

—¿Qué le pasa a la directora? Parecía una loca peligrosa.

Guardó silencio mientras me observaba con un interés exclusivamente académico; debí de parecerle una pobre alucinada.

—No sé de qué hablas, Connie.

—Incluso vi a su ayudante, Donna Lownsberry, llevársela después de pegarme con el látigo.

—Habla en mi despacho pausadamente.

No podía creer que insinuara que todo había sido fruto de mi imaginación. Vi a Ferguson entrar en la mazmorra como una posesa. Las heridas del látigo eran prueba suficiente.

Al día siguiente abandoné la enfermería con una sola idea en mi cabeza: escapar de la Institución Morris. Mientras avanzaba por el pasillo en dirección al dormitorio, unas manos como garfios me atraparon y me condujeron a uno de los baños de la zona de dormitorios. Fui empujada y arrinconada hasta experimentar la dureza de la pared en mi espalda. El rostro desconcertado de Sadie Mae Glutz me examinó con renovado desprecio.

—¿Se puede saber por qué lo has hecho? ¿Vas de princesa valiente? Así no durarás mucho tiempo aquí.

Mi piel aún hervía con la furia del látigo, incluso había visto a Ferguson comportarse como una completa psicótica. Así pues, en aquella ocasión, la imagen malhumorada de Sadie no me impresionó tanto y con una sacudida me zafé de sus tenazas.

—Suéltame, tía.

—¿Por qué saliste en mi ayuda?

—Para demostrarte que la amistad sí que sirve.

—¿Cómo sabes que fui yo?

—Porque eres la única que les planta cara, las demás alumnas tienen miedo. Además, pensé que estaba relacionado con tu plan de fuga. Las chicas malas debemos ayudarnos. ¿He contestado ya a todas tus preguntas?

—¿Chicas malas? —inquirió. Advertí un vago interés por entender a qué me refería, pero desapareció tan pronto como golpeó la pared con la mano abierta, a escasos centímetros de mi cara—. ¿Qué tontería es ésa?, ¿me tomas el pelo?

Me atreví a empujarla pese a mi frágil armatoste de huesos.

—Aparta, tía —mascullé. Su cuerpo apenas se desplazó un metro.

—¿Has pasado una semana en esas celdas para demostrar algo tan tonto?

—Exacto —afirmé.

—Estás loca.

—Pues te jodes.

—Amistad, ¿eh?

—Claro.

—Está bien, señorita amistad —dijo. Me dio la espalda y cubrió la distancia hasta la puerta.

—Espera.

—Eres una pesada, tía. ¿Qué quieres ahora? —gruñó sin volverse.

—Mi turno de preguntas. ¿De dónde sacaste la llave del despacho de Patricia?

—Eso es cosa de Kathleen.

—¿Por qué robaste el expediente?

—Quería el número telefónico de los padres de Jody Weisenfeld. Iba a llamarlos cuando yo escapase para decirles que la mataron. Odio este sitio y tal vez los padres puedan hacer algo. Jody me contó que sus viejos están cargados de dinero.

—Quiero escapar —confesé.

Sadie volvió su cara por encima del hombro y bosquejó una sonrisa maliciosa.

—Escapar de aquí no es para princesas que buscan amistad.

La puerta del baño se cerró tan fuerte que mi pecho recibió el impacto. Había aprendido dos cosas. La primera, que Kathleen tenía las llaves que me

darían acceso al teléfono de Patricia para llamar a mi madre y probar suerte. No quería permanecer ni un día más en la institución. La segunda, que Sadie no era la víbora que quería hacernos creer a todas.

Pasé la tarde en el despacho de Patricia Krenwinkel, y mientras ella me recordaba cómo debía ser una chica que cumpliera los requisitos de la institución, yo contemplaba el teléfono de soslayo. Tenía la certeza de que Patricia mentía en lo referente a la centralita telefónica y ese aparato daba acceso al exterior. Entonces escuché un golpe sobre la mesa. Ella había dejado caer un pesado libro para llamar mi atención.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, señorita —dije, con una sonrisa cortés que podría ser nominada a la mejor interpretación.

Continué exponiendo sus recomendaciones en materia de amistades y a quién debía acercarme para sacar mejor provecho de las clases. Nombré varias candidatas que yo había visto deambulando por los pasillos, con el uniforme escolar cedido por la institución a las estudiantes modelo; las que lentamente iban perdiendo su sello de autenticidad. No repliqué al respecto. Me limité a sonreír durante toda la declaración. Cuando me preguntó por las llaves de su despacho, me excusé diciéndole que la puerta estaba abierta la noche de mi asalto. No tardó en sospechar que yo no tenía ni idea de lo que decía. Aun así, me dediqué a pasar por alto sus palabras; aquella mujer había perdido para mí todo interés.

La cita terminó por fin. Avancé por el pasillo en dirección al dormitorio. Cuando entré me esperaban Kathleen y Big Patty. Estaban sentadas en mi cama y Kathleen, quien empezaba a revelar su destreza en el robo, sostenía un periódico que me tendió.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Un periódico.

—Eso ya lo veo, tía, pero ¿de dónde lo has sacado?

—Es un periódico atrasado que me dio el jardinero, junto con un par de cigarrillos —sonrió con aire de suficiencia—. Lo vi ayer por los pasillos, empujando su carrito en dirección a la sala de calderas. Allí es donde lo quemamos todo.

—Ah.

—Lee. Te interesará. Son tus raíces. —Entonces reparó en mis heridas en los brazos y cuello; las de la espalda estaban ocultas por una camiseta blanca que había recibido en la enfermería—. Eh, son las mismas marcas que

tiene Sadie. ¿Estás bien?

—Supongo que sí.

—¿Por qué lo hiciste, si no fuiste tú? —quiso saber Big Patty.

—Es agua pasada. Veamos esta noticia.

Aunque simulé leer la noticia, las vi cuando se miraron entre sí con aire confuso.

Miembros del club de tenis denuncian a la junta deportiva por el mal estado de las pistas de tenis. Entre ellos, Jenny White, quien cae de bruces mientras disputaba un partido. Hace tiempo que la tierra batida es atacada por raíces de notable tamaño. Los vecinos de la zona han apoyado la propuesta y están dispuestos a sumar sus testimonios personales ante un juez. Coinciden en haber escuchado un extraño temblor la pasada noche. “Fue como si la tierra tuviera una maldita gastroenteritis, ¿comprende lo que le digo?”, declara el señor Monts. Una mujer dice que su jardín está siendo invadido por las mismas raíces. Todo el asunto ha despertado a la comunidad de agricultores, que habían mantenido silencio durante meses, cohibidos por la caída de precios en los productos agrícolas locales, debido a la competencia desleal de las grandes compañías del sector. “Todo es por culpa de los fertilizantes experimentales del viejo Handley. Ese cerdo comunista está comercializando con los soviéticos”. Contundentes declaraciones del señor Paulson, dueño de una de dichas granjas afectadas. La policía de Past Grove inicia una serie de investigaciones que conducen a la Institución Morris, el polémico centro escolar que tanto recelo ha despertado siempre entre los lugareños. Los departamentos de Biología y Geología guardan silencio. Silencio que, según fuentes vecinales, está siendo sobornado descaradamente. Duncan, el jefe de policía, desmiente cualquier dato al respecto. Mientras tanto, nuevas denuncias siguen llegando a su despacho.

—Claro, lo está sobornando —pensé en voz alta. Las chicas seguían mirándome como si yo fuese una mancha en un retrato—. El policía, el tío ése que se llama Duncan, creo que está aceptando sobornos de la directora.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Big Patty.

—Los he visto varias veces. Ella le entrega un sobre con... con cosas.

—¿Cosas?

—Sí, dinero o lo que sea, ¿qué más da?

Kathleen se tumbó sobre mi cama y extendió los brazos por encima de la

cabeza.

—Pensé que te gustaría la noticia. Por las raíces ésas. Ya se lo he explicado a Big Patty —dijo, y se alojó uno de sus preciados cigarrillos en la boca. Tanto Big Patty como yo nos quedamos mirándola con temor a que fuese sorprendida. Yo principalmente, que no soportaría verla siendo conducida a una de las celdas de castigo—. ¿Qué? Me da seguridad tener uno en los labios. Así que los tengo cerca.

—Si te pillan con eso en la boca, no querrás ir a esas celdas, te lo aseguro —dije.

—Sé cuidarme sola —dijo, con un guiño.

Recordé todos los trucos que Kathleen había aprendido en su estancia en la institución y no repliqué.

Volví a reunir mi atención en la noticia. No tenía ninguna hipótesis. Y mis conocimientos en ciencia no eran lo suficientemente maduros como para plantear una. De modo que sólo podía especular con lo que podrían ser las raíces. Sin embargo, sí que había sido testigo de la fuerza que le permitía abrirse paso por suelo y paredes. Entonces recordé la clase de Botánica y cuando vi las raíces dirigirse hacia la institución, como si buscasen algo en este lugar, tal vez la humedad de las celdas o las duchas. Mientras cavilaba acerca de todo aquello sentí un frío ascender por mi espina dorsal.

Aparté el periódico de mi cara, y cuando reparé que Big Patty se alejaba con su diario misterioso, decidí probar suerte con el asunto de la llave del despacho de Patricia Krenwinkel. El semblante de Kathleen pasó a ser una compleja máscara ceñuda tan pronto le formulé la pregunta.

—¿Cómo puedo entrar en el despacho de Patricia? Sadie me ha dicho que hable contigo.

Los ojos de ella se cerraron hasta dos finas ranuras por las que podía adivinar un fuerte recelo. Big Patty, sentada sobre su cama, había vuelto la cabeza en nuestra dirección.

Le expuse la idea de realizar una llamada a mi madre. Existía la remota posibilidad de que ella aceptara finalizar con mi internamiento en la institución si le revelase los métodos pocos ortodoxos que se llevaban a cabo.

—Está bien —accedió Kathleen. Se incorporó en mi cama, lanzó a Big Patty una mirada conspiratoria y le ordenó que vigilara. Ésta caminó pesadamente hasta la puerta y apoyó su cuerpo contra la madera. Aunque no había nadie más en el dormitorio, Kathleen miró en todas direcciones, como

si unos ojos invisibles fueran capaces de traspasar las paredes. En cuanto creyó que tenía todo bajo control, me dijo—: Ayúdame a mover mi cama.

Sumé mis fuerzas a las suyas para desplazar la cama medio metro. Luego ella se agachó junto a la pata del lado de su mesita y levantó una placa de madera del suelo. El hueco ocultaba un juego de llaves. Mi expresión de confusión se acentuó al mostrármelas delante de mis ojos con un suave tintineo metálico y un visible aire de suficiencia.

—Las llaves.

—¿Qué es esto? —inquirí—. ¿Cómo las has conseguido? Te matarán.

—¿Los chiflados? No te creas, son chiflados sin cerebro.

No podía creer el riesgo que corría aquella muchacha por esconder el juego de llaves. Logré sonsacarle cómo lo había conseguido. Semanas atrás, antes de mi llegada, hubo una fuerte pelea de estudiantes en los pasillos, y provocó tal alboroto que varias profesoras se lanzaron a separarlas. Una de ellas perdió el juego de llaves, que fue a parar al suelo, de donde Kathleen lo recogió con sobrado disimulo. Aunque quizá fuese una suerte para Kathleen, no lo fue para las seis chicas involucradas en la pelea; todas acabaron en las salas de castigo. Por esa época Kathleen empezó a escuchar los gritos por la noche. La ladronzuela tenía en su poder las llaves del despacho de la psicóloga y de la despensa de licor. Desafortunadamente ninguna habría la puerta principal, ni la puerta de servicio. Y a esto había que sumar el servicio de guardia nocturno, aunque las chicas ya habían pensado en este pequeño detalle.

Mientras alardeaba de su conquista, me confesó que el teléfono de Patricia no tenía acceso al exterior, que ella misma lo había comprobado para llamar a un amigo.

—Mierda —mascullé.

—Exacto. Una mierda redonda y apestada como las hijas de Ferguson. —Guardó silencio y luego agregó con aire pensativo—: La directora tiene otro teléfono en su despacho, pero la llave sólo la tiene ella y acercarme a esa mujer me da repelús.

El trastorno mental que me invadió de pronto se atenuó al ver la cara de Kathleen, quien continuaba agitando las llaves como un sonajero. Su cara parecía la de alguien astuto, consciente de sus habilidades. Le sugerí que las guardara.

Por esa época ya conocía las facetas más destacables de Kathleen. Y pronto me enteraría de las de Big Patty y la desgracia de Sadie.

Capítulo 15

Me hallaba durmiendo plácidamente cuando unas garras me sacudieron con fuerza. Abrí los ojos, pero nada se materializó frente a éstos, que todavía estaban bajo el efecto del sueño. Pronto apareció el rostro urgente y peligroso de Sadie.

—Despierta de una puta vez.

—Dormilona —espetó Kathleen.

Al volverme también vi la cara de Big Patty. Las tres cabezas me miraban en la oscuridad, un metro por encima de mi cuerpo, como si aún estuviese sufriendo una pesadilla.

—Si no tardas en saltar de la cama, podrás acompañarnos —dijo Sadie—. Esta idiota me ha convencido de que vales la pena.

No comprendía qué estaba sucediendo, ni sus consecuencias. Me levanté aturdida. Sentía un pesado velo sobre mi cuerpo, que me impedía moverme con naturalidad. Las garras de Sadie ayudaron a ello enseguida y me empujaron hacia la puerta.

—¿Todo listo? —le preguntó a Big Patty.

Escuché la piedra del encendedor rodar y Kathleen aplicó la llama resultante a un cigarrillo.

—Es la hora, zorras.

Mi soñolencia desapareció en cuanto Kathleen sacó el juego de llaves y abrió la puerta con suma lentitud.

—Cuidado —susurró Sadie.

—¿También tienes la llave de los dormitorios? —inquirí en un leve murmullo.

—Sólo de éste, se la cogí prestada a la señorita Gladys.

Gladys era la mujer que me había ofrecido el primer recorrido turístico por la institución.

Las otras dos estudiantes, Stephanie Mark y Kitty Lutesinger, parecían dormir profundamente.

La puerta se abrió tanto que por un segundo pensé que seríamos sorprendidas por el servicio de guardia nocturna. Sin embargo, la negrura salpicada de luces procedentes del techo se extendía por el pasillo en

completo silencio. Todas asomamos las cabezas, en mi caso, con un nerviosismo particular, al no conocer el objetivo.

—Adelante —susurró Sadie, quien se puso en cabeza, como la líder innata que era. El resto la seguimos de puntillas. Yo miraba en ocasiones por encima del hombro. Lo último que necesitaba después de haber pasado una semana en las mazmorras era ser sorprendida en aquella aventura cuya utilidad seguía oculta para mí. Las chicas parecían saber adónde se encaminaban. Torcimos al final del pasillo, continuamos caminando envueltas en la oscuridad. Entonces se escucharon pasos sobre la madera, en la distancia.

—Tranquila, Connie. Es el servicio de guardia nocturno, pero están lejos y conocemos sus movimientos. —La voz de Big Patty era similar a un susurro de ultratumba.

Nuestros pasos nos condujeron por multitud de pasillos y escaleras; finalizaron delante de una recia puerta de madera. Kathleen extrajo un alambre y hurgó dentro de la cerradura. El chasquido metálico que anunciaba el éxito se incrustó en mi pecho como un pinchazo. Pese a mi experiencia con Rob, aquella primera noche fui acosada por la incertidumbre hasta detenernos en esa puerta, la que ocultaba la sala de calderas. Yo miré hacia el pasillo que se prolongaba al otro lado y me pregunté qué más lugares siniestros ocultaba aquella fortaleza.

—Rápido, adentro —ordenó Sadie. Todas entraron de inmediato, y al ver que yo me demoraba mirando el final del pasillo, me dijo—: No creo que quieras continuar por ahí.

—¿Por qué?

—En esa dirección se va a las salas de castigo.

El corazón brincó a la garganta y las heridas del látigo resucitaron su dolor.

La primera impresión que me causó la sala de calderas fue de calor. Una vieja caldera de carbón dormitaba en un rincón con su boca de dientes cerrada; al lado, varios sacos de carbón para su alimento. Big Patty fue la primera en sentarse en el suelo de cemento. Kathleen se dirigió detrás de un enorme mueble, y con ayuda de Sadie logró desplazarlo, pero no fue suficiente.

—Eh, princesa, ¿por qué no nos ayudas y te ganas tu sustento? —inquirió Sadie. Al dirigir mi vista a Big Patty, añadió—: Ella es una vaca y le puede dar un infarto.

—No empieces, tía —replicó Kathleen.

Me uní a ellas para mover el mueble. A continuación, Kathleen introdujo la mano y, con el rostro reflejando el esfuerzo, logró sacar el ladrillo suelto de la pared.

—¿Más agujeros?

—Sí, sirven para esconder cosas —me dijo con una sonrisa. Metió la mano detrás del mueble y la sacó llena de cigarrillos—. Día de compartir. — Los lanzó sobre el vientre de Big Patty.

—Siéntate, tía —dijo Sadie, y aunque sólo parecía una sugerencia amistosa, le obedecí.

Nos reunimos en medio de la estancia formando un círculo. Allí compartí con ellas los cigarrillos y conversaciones cada vez más secretas y privadas. Nos desnudamos, nos despojamos de las máscaras que la vida nos había obligado a colocarnos. El humo de los cigarrillos nos rodeaba como un invitado más. Kathleen lucía aquella noche una falda corta con volantes y una blusa blanca sobre la que había colocado una chaqueta de cuero con cremallera cruzada. Tuvo el atrevimiento de usar leotardos a rayas y botines negros. Sadie pasó buena parte de nuestra primera reunión mofándose de ella. Estuvieron a punto de llegar a las manos. Era el problema de estar entre «chicas malas», nunca se sabía cuándo podría ocurrir un contratiempo. Sin embargo, prometimos mordernos las manos a la primera señal de ira. Nos fue bien, pero las manos de Sadie se llenaron de mordiscos.

Reíamos abiertamente cualquier ocurrencia que Kathleen lanzaba. Y aunque su vestuario fue cada vez más disparatado, haciendo pensar en personalidades múltiples, no volvió nadie a molestarla con comentarios nocivos. Las críticas observaciones que hacía Sadie terminaban en chistes que nos obligaban a escupir carcajadas hasta dolernos el vientre.

—¿A quién has traído esta noche? —inquiría Sadie con buen humor, y acercaba su cara a escasos centímetros de Kathleen—. ¿A Kathleen1 o a Kathleen2? Tal vez, ¿tu versión tres? ¿Quién eres en realidad, eh? Confiesa.

—Alguien que te puede partir la cara, idiota.

Big Patty y yo siempre experimentábamos un nudo en la garganta al dudar si serían capaces de fastidiar el encuentro. Sin embargo, la promesa siempre se cumplió. De hecho, en una de las ocasiones, Sadie y Kathleen acercaron sus caras más de la cuenta y terminaron besándose ante la sorpresa de Big Patty y mía. Rodaron por el suelo de la sala de calderas, abrazadas y sin dejar de besarse. Entonces entendí las palabras que Sadie siempre le

dirigía a Donna Lownsberry. Aquella chica no se sentía atraída por los muchachos. Nos confesó que jamás había estado con un chico y no lo echaba en falta. Su amplia experiencia constaba exclusivamente de chicas. Mi joven ingenuidad halló el asunto de lo más curioso. Acepté aquello como su señal de identidad y lo respeté profundamente.

Aquella primera noche, Sadie sacó a relucir su estancia en las mazmorras y cuando había estado escuchando los sollozos de Leslie Van Houten. La cuestión de qué falta habría cometido esa pobre muchacha seguía en mente de todas, aunque sin recibir respuesta.

—¿Cómo te fue tu primera vez? —me preguntó, y me cedió el cigarrillo.

—Mal —dije, aceptándolo—. Esta gente está enferma. Sobre todo la directora Ferguson. Apareció con un látigo la muy puta.

—Es una sádica odiosa —confirmó Sadie. Miró a Big Patty y le dio un leve codazo—. Tú te has librado de momento.

—Es una afortunada —dije. Me recosté en el suelo y cerré los ojos—. Ojalá tuviéramos un poco de música.

—Kathleen te puede cantar una sonata —dijo Sadie, y se tumbó junto a mí. Yo tenía la vista fija en el techo repleto de tuberías cuando reparé en que me contemplaba en silencio.

Me volví.

—Hola.

—Hola —dijo ella, y pintó una sonrisa. Sadie no era fea, pero el parche en el ojo anulaba cualquier posibilidad de ofrecer una mirada afectiva.

—No quiero estar aquí más tiempo. Necesito mi música y necesito a Rob.

Sentí cómo los ojos de ellas se clavaban en mí. Me preguntaron entonces quién era Rob. Les conté toda la historia mientras ellas continuaban fumando. Kathleen llegó a introducirse dos cigarrillos en la boca y a aspirar con fuerza, para luego lanzar aros humeantes.

—Te abandonó —dijo Sadie.

—No —corregí—. Pienso que tuvo una buena razón. Fueron tiempos turbios. Mis tiempos turbios.

—Los tíos son unos cerdos —añadió Sadie.

—¿Cómo lo sabes si nunca has estado con uno? —rio Kathleen—. Para mí en cambio son muy necesarios para mi revolcón diario. Bueno, quiero decir que fueron necesarios, porque ahora ando a dieta. Es un asco.

—Yo te puedo solucionar ese problema —se ofreció Sadie con un guiño.

—Paso de eso —espetó Kathleen.

A continuación, Sadie se volvió hacia mí y me examinó mientras yo experimentaba un instante de rubor.

—Estás muy delgada, tía.

—Lo siento, es lo que hay —repliqué.

—Eh, Big Patty, estás muy callada —apuntó Kathleen, rompiendo el extraño sentimiento de retraimiento en que yo me encontraba.

—No tengo mucho que decir —repuso.

—Ella prefiere leer ese diario que esconde. —Sadie se incorporó sobre las manos apoyadas en el suelo.

—Deberíamos pensar en cómo salir de aquí —dije—. No quiero volver a pasar por una celda de éstas, sólo porque a alguien le incomode mi comportamiento y crea que tiene derecho a cambiarme.

—Brindo por eso —dijo Kathleen.

—Sí, joder, Kathleen. La próxima vez esfuérgate un poco más y trae una botella de licor. Así brindaremos de verdad. Yo brindaré por que Big Patty nos deje leer el diario. ¿Qué dices a eso?

—Ni lo sueñes.

—Oh, vamos, ahora somos una cuadrilla —dijo Sadie.

Una cuadrilla. Esto me hacía pensar en tipos que acudían al trabajo día tras día hasta su muerte. Sin embargo, al ahondar en la expresión, extraía significados más profundos. Aunque mi generación pasó la mayor parte del tiempo buscando una pandilla capaz de enmascarar los fracasos como adolescentes, yo jamás pertenecí a ninguna. Mis pocas amistades andaban desperdigadas y atendían sus propias necesidades. Y mi disfraz ante la sociedad no requirió de ninguna pandilla. Pese a todo, en boca de Sadie la idea cobraba un atractivo particular. Aquellas tres chicas se convirtieron en todo mi mundo, un vasto mundo satisfecho y completo en emociones.

—Aprovecha que Sadie está siendo más amable esta noche. —Kathleen se levantó con agilidad para extraer más cigarrillos tras el armario—. Tendré que volver a escuchar las historias del jardinero para que me dé más cigarrillos. O mejor se los quito y listo.

—Es un buen partido, quizá pueda ser tu revolcón —rio Sadie con malicia.

—No incordies, tía. Sólo tengo tratos con chicos apostados —dijo, al

tiempo que se mecía una fingida melena de manera teatral.

Los siguientes cigarrillos se consumieron a mayor velocidad. Les pregunté si acaso no tenían miedo de ser sorprendidas una noche. Me explicaron que el único que acudía al cuarto de caldera era el jardinero, y lo hacía exclusivamente los lunes por la mañana. El servicio de guardia nocturna tenía un itinerario fijo, que había sido estudiado por ellas durante semanas.

A la noche siguiente, Kathleen nos sorprendió con una botella de vodka. La extendió al frente como si fuese un trofeo deportivo.

—¡Genial! —exclamó Sadie. Se la arrebató y dio el primer trago.

El nuevo invitado nos desinhibió por completo y empezó la noche de los secretos. En mi turno añadí mi experiencia en el terreno de las palizas. Vi palidecer sus caras mientras exponía mis sospechas acerca de la muerte de mi hermana. Les mostré la tela amarilla que siempre rodeaba mi muslo en su memoria.

—Siempre los hombres, ¿veis? —dijo Sadie—. Son una basura.

—Qué grande ese detalle —dijo Kathleen.

—A ella le habría encantado —intervino Big Patty.

El asunto creó unos segundos de silencio, que habría sido completo de no ser por los ruidosos sorbos de Kathleen al beber. Aceptó ser la siguiente en el turno y nos contó, con cierto grado de ebriedad, por qué había sido internada en la institución.

Kathleen Maddox procedía de un pequeño pueblo de Carolina del Norte. Sus padres eran profundamente conservadores y convencidos votantes del partido republicano. Siempre la habían educado y motivado para ir a la universidad. Sin embargo, Kathleen fue oponiéndose a ese deseo a medida que se acercaba la fecha, lo que provocó enfrentamientos entre ella y sus padres. La rigidez en el hogar la llevó a buscar aceptación en las pandillas. Entre ellas, desarrolló una amplia gama de cualidades como el mentir, el manejo de armas de fuego y navajas; así como adiciones al tabaco y al *valium*, entre otros fármacos. La más notable era el forzamiento de puertas de todo tipo, principalmente de las casas que asaltaban para robar. En una de estas incursiones, resultó gravemente herido un miembro de la pandilla con el que Kathleen había empezado a encariñarse. Debido a los antecedentes y a la denuncia por parte de los propietarios de la casa, se vieron obligados a realizar la cura en el local de la pandilla. Pero sin los medios necesarios para extraer la bala que había perforado un pulmón. La pérdida de sangre sumado

a los problemas respiratorios hizo imposible salvarlo, y el cuerpo quedó tendido sobre el suelo con el resto de la pandilla a su alrededor sin más recurso que las lágrimas. Supuso un fuerte batacazo para Kathleen, quien se encerró en sí misma durante mucho tiempo. Su rendimiento escolar se redujo y las calificaciones escolares era insuficientes para acceder a la facultad de ciencias económicas, como habían dispuesto sus padres. Cuando sus padres se repusieron de la enorme decepción, llegó a oídos del padre el buen resultado de la Institución Morris. Y allí estaba Kathleen, frente a mí, con su pelo corto que sugería un césped pisado y con su mano aferrando el cuello de la botella de vodka. La otra mano, por supuesto, hacía ademanes con un cigarrillo humeante entre los dedos.

Al llegar el turno de Sadie, todas abrimos los ojos de expectación. La necesidad de conocer el motivo que la había llevado a colocarse un parche, hurtaba nuestros corazones.

La muerte de sus padres en un accidente de tráfico obligó a Sadie Mae Glutz y a su hermano Charles a vivir con su tía en Lusiana. La mujer había adquirido un carácter detestable desde que el cáncer le arrebató a su esposo, lo que provocaba que la convivencia con ella no resultase gratificante. Sobre todo, porque Sadie ya manifestaba por entonces el síndrome de «chica mala». Su lista de travesuras llenaría cientos de páginas, por lo que me limitaré a mencionar las más sobresalientes. A la edad de nueve años empujó a una niña de una bicicleta y la hizo comer barro del suelo. El vecino poseía un perro que le ladraba siempre que regresaba de la escuela, así que ideó la forma de silenciarlo para siempre. Una noche envenenó un filete de carne y lo arrojó por encima de la valla de la propiedad. El perro devoró la carne con el obvio resultado. Al día siguiente, acudió a la escuela con una flamante sonrisa en el rostro. Sin embargo, Sadie también hacía gala de una mente creativa y ordenada. A la edad de doce años comenzó a cortar el césped del vecino que había perdido a su perro por envenenamiento. Y aunque tenía un nuevo perro, éste nunca ladraba. Su trabajo semanal la ayudó a comprender la necesidad de reunir una gran cantidad de dinero si quería abandonar la casa de su tía.

Su hermano Charles contaba por esa época con veinte años. Había dejado los estudios y su personalidad desafiante le había conducido al mundo del dinero fácil. Vendía drogas en los barrios marginales con relativo éxito. Su rápida popularidad le creó numerosos competidores y enemigos. Los Serpientes Venenosas le advirtieron en varias ocasiones que no invadiera su zona de clientes, pero Charles tomó siempre a la ligera aquellas amenazas.

Los problemas comenzaron cuando su proveedor habitual decidió confiar en él y fiarle una cantidad de mercancía superior a la normal. Su ambición le empujaba a dar siempre un paso adelante en todo lo que hacía, y estaba dispuesto a dejar atrás su vida como traficante de barrio para saltar definitivamente a la gran venta. Hasta la fecha había estado guardando las drogas y el dinero en casa de su tía. Sin embargo, adquirió un local para guardar la mercancía. También abrió varias cuentas bancarias para uso futuro.

Los Serpientes Venenosas hacía tiempo que iban tras la pista de Charles. Conocían el paradero del local y sus intenciones de dar el salto. Una noche, cuando la mercancía ya estaba guardada y lista para ser distribuida, miembros de los Serpientes Venenosos asaltaron el local y robaron parte de la mercancía. A la mañana siguiente, cuando Charles abrió el local, se encontró con lo sucedido. Aunque vendió lo que quedaba, no alcanzaba para pagar a sus proveedores. Acudió a ellos y les dio el dinero que había obtenido con la venta de las drogas que le quedaban. Les aseguró que pronto reuniría los tres mil dólares restantes. Le concedieron una semana. Recurrió a algunos contactos y logró sacarles seiscientos dólares, pero el tiempo corría en su contra y había agotado sus recursos.

El día acordado para pagar, dos coches estacionaron delante de la casa de la tía de Sadie. Fue ella quien abrió la puerta, puesto que su tía se encontraba en la parte posterior de la casa tendiendo la ropa. Amenazaron con matar a su hermano si no pagaba en el plazo de una semana más. Los tipos le tendieron una tarjeta con un número telefónico anotado al dorso y se marcharon. Sadie, cuyos años de trabajo resultaron más que satisfactorios, rompió la hucha y acudió al encuentro con los tipos después de telefonarles. Tuvo lugar en un solar sembrado de malas hierbas. Con paso firme se aproximó a ellos y les entregó novecientos dólares. Les prometió que ayudaría a su hermano a reunir el resto, aunque tuviera que ejercer la prostitución. Aquello debió de complacer a los dos tipos trajeados y a otros miembros de la organización, ya que la rodearon, la arrojaron al suelo y se turnaron para cobrarse parte de la deuda. Al finalizar, Sadie había perdido el ojo izquierdo. Por lo visto, un tipejo se propasó en su repugnante entusiasmo. Pese a haberle robado su inocencia antes de tiempo, no la dejaron marchar. La retuvieron como rehén hasta que Charles apareciera.

Sucedió horas después que Charles detuvo el coche en el solar y se apeó empuñando un arma. Exigió ver a su hermana inmediatamente y cuando

entendió lo sucedido vació el cargador entre los miembros de la organización. Él recibió un balazo en la pierna y otro en el vientre. Numerosas sirenas de coches patrulla hicieron que los miembros de la organización abandonaran el escenario a tiempo. Charles murió en el hospital.

Sadie nos confesó que intentó despedazar al hombre que la retenía cuando empezó el tiroteo. Yo le creo. La rabia, el verdadero odio que surge de las fosas oscuras de la mente, es bien capaz de cometer algo semejante. Recuerdo cómo se miraba las manos mientras relataba su experiencia. Le rompió varios dedos y le arrancó una oreja con la boca. Sin duda, aquel hombre no olvidaría a Sadie jamás. Cuando sus palabras se silenciaron, no pudimos contenernos y la abrazamos. Todas nos abrazamos como una piña, como la cuadrilla que Sadie comentó. Todavía siento los efectos de aquel abrazo.

Pospusimos el turno de Big Patty porque la conmoción en que nos habíamos sumergido exigía silencio. La botella yacía en el suelo, vertiendo parte del contenido como un reguero de lágrimas. Lo entendí perfectamente. Las «chicas malas» no lloran y aquel líquido simbolizaba nuestro dolor.

La primera en hablar fue Big Patty, con una sugerencia elocuente y llena de significado. Un pacto de amistad. Sadie, quien no perdía su genial astucia, sólo aceptaría a cambio de saber qué narraba el diario. Tras minutos de expectante reflexión, Big Patty accedió exponiendo un semblante sombrío.

Capítulo 16

El día siguiente transcurrió de forma muy distinto. Parecíamos cuatro muchachas desnudas entre nosotras, pero desconocidas para el resto del mundo. Incluso Big Patty, quien todavía se mostraba como un enigma, caminaba a nuestro lado como una más. Sadie le pasó una nota a Kathleen con lo necesario para el pacto. Después de que todas las estudiantes desaparecieran en los respectivos dormitorios, ella salió a hurtadillas en dirección a la cocina. Allí cogió un cuchillo y una vasija de porcelana. El tiempo que estuvo fuera, las demás la esperamos en la sala de calderas. Mantuvimos a raya los pensamientos sobre lo que le podría ocurrir si la sorprendían. Confiábamos en sus habilidades y manteníamos la esperanza de que en cualquier momento se abriría la puerta y aparecería Kathleen luciendo algún conjunto ideado en su mente distorsionada.

Así ocurrió al cabo de unos minutos. Kathleen nos mostró los dientes en una enorme sonrisa. Entregó a Sadie los objetos y todas nos sentamos en círculo.

—Empezamos —anunció Sadie adoptando un tono de voz macabro.

Nos explicó el procedimiento, y aunque lo habíamos visto en numerosas películas, nuestras caras reflejaron asombro y náuseas en partes iguales. No obstante, seguíamos decididas a continuar.

Sadie fue la primera que aplicó un leve corte al pulgar. Presionó sobre el índice y vertió la sangre dentro de la vasija. Las demás procedimos de igual manera. Cuando llegó mi turno, realicé el corte sin experimentar apenas molestia o dolor.

—Bien hecho —dijo Sadie, que seguía con su aire siniestro. Extendió la vasija al frente como quien sostiene una ofrenda; luego la alzó en el aire mientras pronunciaba estas palabras—: Bebo de la sangre de mis hermanas, asimilo parte de ellas igual que ellas asimilarán parte de mí. En adelante y para siempre, seremos un solo ser, una sola mente y un solo corazón. —Finalizó con la vasija en los labios y bebió. Nos la tendió y cada una de nosotras obró igual.

Como he mencionado, no fui educada en la superstición religiosa. Sin embargo, algo cambió en aquel momento. De alguna manera que no logré

comprender, me vi bebiendo la sangre desde los ojos de ellas, como si las chicas ya manifestaran algo de mí.

¿Difícil de creer? ¿Quién espera ser creída? Me limito a narrar los hechos como ocurrieron. A lo largo de la vida he aprendido que si impones tu voluntad sobre un deseo, la vida en ocasiones se muestra complaciente. Tal vez, sea el significado de la magia. Sólo desearlo. Y nosotras deseábamos aquello con una fuerza imposible de reflejar en palabras. La única que parecía saber verdaderamente lo que hacía era Sadie. Aprendió sus juegos, como lo llamaba Kathleen, de su madre, antes de que falleciera en el accidente de tráfico.

Para finalizar el ritual de amistad nos pusimos en pie con un fuerte desconcierto. Nuestras bocas todavía rezumaban sangre y temor, aun así nos besamos entre nosotras. No dejaríamos de reírnos de Sadie durante días, porque pensábamos que había agregado de forma deliberada la parte final. Ella, por supuesto, afirmaba que así era como lo aprendió de su madre.

—Ha funcionado —dijo Sadie.

Cuando volvimos a sentarnos, todas sentimos el irrefrenable deseo de fijarnos en el libro que había sacado Big Patty de entre sus senos. El diario.

—Por fin compartirás tus secretos con nosotras —dijo Sadie, y pintó una sonrisa triunfal.

—Eres una jodía —dijo Big Patty.

—Gracias, pero prefiero como lo dice Connie. Chica mala.

—Hermanas malas —añadió Kathleen, y se instaló un cigarrillo en los labios. Todas asentimos satisfechas por el comentario.

—Yo soy la única mala de aquí —declaró Big Patty—, vosotras sólo sois tres pobres chicas que lo han pasado mal. Y unas gamberras de mierda.

Pudimos entender estas palabras a medida que avanzaba el diario y las aclaraciones de ella.

Marnie Reeves, alias Big Patty, nació en Tucson, Arizona. Fue hija de un matrimonio que anteponía el amor al dinero, y a su hija a cualquier otra cosa. Y tenían a Dogo, su fiel mascota, un titánico gran danés. Todo era perfecto salvo la obesidad de ella. De pequeña empezó a desarrollar un desequilibrio hormonal, y aunque acudió a diversas clínicas para su tratamiento, la pubertad acentuó el problema. Y que los padres fuesen propietarios de una carnicería, a la que Big Patty acudía después del colegio a echarles una mano, empeoraba las cosas, pues se aficionó a los embutidos. A la edad de trece años, su figura pasó a ser el centro de las burlas de un

compañero de clase. Cada día, al llegar a clase, había para ella un comentario dañino en la boca de Jason Miller. La profesora intentaba evitar que el chico se propasase, pero no estaba delante la mayoría de las veces. A la hora del patio, el chico surgía de cualquier esquina, acompañado por su público habitual, y hacía notar las formas imperfectas de su cuerpo. Por lo visto, pensaba que las mujeres debemos ser de alguna forma en particular, como si formáramos parte de una cadena de montaje donde se rechazaban los defectos de fábrica. ¡Qué horrible! Aunque nunca sufrí el acoso escolar por mi delgadez, salvo pequeños desprecios ocasionales, empaticé profundamente con Big Patty. Había sido educada en el respeto a los demás y esto ejerció de muro de contención, pero según el chico urdía chistes más dañinos, el muro se erosionó y dejó libre a la fiera que retenía al otro lado. Se mantuvo silenciosa mientras recibía las palabras como astillas en su piel. Las soportó hasta el límite de su paciencia.

El diario pasó a explicar cómo Big Patty fue adoptando una actitud sombría. Siempre hay un antes y un después en los acontecimientos importantes. El cambio de ella tuvo lugar en clase de Geografía. Varios alumnos se lanzaban notas arrugadas por el aire y reían entre dientes al leerlas. Big Patty atrapó una, la abrió y la leyó. Su rostro se detuvo, cerró los ojos, tal vez, para reunir las últimas fuerzas que disponía. Sin embargo, el muro de contención se derrumbó. Escribió su propia nota y la lanzó sobre la mesa de Jason Miller. “He decidido matarte”. Nadie toma en serio una nota semejante. El chico no tuvo otra ocurrencia que reírse y devolvérsela con un esputo de su cosecha.

Big Patty pasó las semanas posteriores tejiendo su plan. Por entonces, los reproductores VHS acaparaban el mercado y los padres de ella lucían un modelo en el salón de casa, y allí pasó muchas noches visualizando cintas VHS de terror alquiladas en el videoclub. Su mente asimiló violencia de toda índole, desmembraciones, vejaciones y torturas; aunque esto no determina que salte el percutor de un asesino, la cabeza de Big Patty ya se había disparado al haber reprimido su respuesta emocional. Cuando el visionado de incontables muertes no la dejó satisfecha debido a las dosis de falsedad que contenían, acudió a la biblioteca pública y se hizo con varios libros de anatomía. Anotó en el diario el peso y la estatura aproximada de Jason para realizar cálculos de IMC. El chico podría tener una lengua venenosa, pero su complexión corporal no era para alardear en exceso. Un pobre enclenque.

Un atardecer se armó con un atizador, un saco y cuerda. Introdujo todo

en la mochila y acudió en busca del muchacho que había estado haciendo de su vida una pesadilla; ahora le tocaba a ella devolverle la broma. Sabía que frecuentaba un local de máquinas recreativas que había abierto recientemente sus puertas. Se dirigió hasta allí y lo esperó oculta en una esquina. Cuando los bolsillos de Jason se vaciaron y no tenía con qué jugar abandonó el local con un amigo. Big Patty fue tras ellos a una distancia prudente. Se despidieron y ella siguió a Jason hacia el arbusto donde se detuvo a orinar. Se plantó detrás de él y le tocó el hombro mientras con la mano libre sostenía el atizador. El chico se volvió con las manos todavía aferrando su diminuto miembro. Su expresión manifestaba un desconcierto que divirtió a Big Patty.

—Hola, hijo puta.

—¿Qué haces aquí, babosa de carne?

La respuesta de Big Patty fue una lluvia de golpes en la cabeza del muchacho, y no se detuvo hasta que cayó muerto sobre el camino. A continuación, extrajo el saco de tela, metió el cuerpo dentro y anudó el extremo del saco con la cuerda. Lo arrastró por senderos de tierra hacia la casa de sus padres. Cruzó el jardín tirando del saco. Lo dejó junto al cobertizo. Los padres hacía tiempo que se habían acostado y Dogo dormitaba en la jaula. Big Patty entró en casa, cubrió la distancia hasta la cocina y accedió al garaje por la puerta de servicio. Pulsó el mecanismo que resucitaba el portón de madera y éste comenzó a elevarse. Trasladó el saco dentro y el portón volvió a descender.

Finalmente se encontraba lejos de miradas indiscretas. Se cercioró de que sus padres durmieran y aprovechó para coger varias sábanas de su habitación. Regresó al garaje y dio comienzo la operación. Disponía de herramientas suficientes para su propósito. Cubrió el vehículo familiar con una sábana. Abrió el saco y desnudó el cuerpo. Tantos libros de anatomía estudiados durante semanas hicieron que la nuez situada en la entrepierna no le ocasionara el menor reparo. Apartó la ropa con el pie. Aferró el serrucho y cortó el pene. Lo sostuvo un instante en la mano; luego lo arrojó al suelo y lo pisó.

—Jódete, marica.

Pasó a serrar el cuello. La sangre salpicó el suelo y la sábana, así como su rostro sudoroso. Al notar que sus brazos se cansaban, imponía más fuerza a la tarea para finalizarla cuanto antes. El cuerpo de Jason quedó reducido a pedazos diminutos.

Hizo uso de sus conocimientos de deshuesar carne y extrajo los huesos

principales. Los metió en el saco; la carne y los órganos pasaron a llenar un segundo saco.

Al terminar, extrajo los utensilios de limpieza y eliminó cualquier rastro de lo sucedido. Se cambió de ropa, amontonó la sábana con que había tapado el coche, la de Jason y la suya propia y las quemó. Se sentó extenuada en un rincón del jardín a ver cómo el fuego destruía la parte de las pruebas. El resto, esperaba dentro de dos sacos.

Después de tomar prestadas las llaves de la carnicería, Big Patty se dirigió con los sacos, que entonces resultaban menos sospechosos, hacia allí. Las altas horas de la madrugada favorecieron el que no hubiera nadie por la calle.

Se apresuró a separar sobre una mesa metálica la carne de los órganos y a introducir en la picadora parte de la carne con los órganos. Accionó el interruptor. La masa brotó de la boca dentada dentro del recipiente del que Big Patty recogió para dar forma a bolas destinadas a Dogo. Luego metió las partes de mayor calidad. Aplanó la masa resultante en forma de hamburguesas. Las empaquetó y las metió en bolsas de plástico. Seguidamente pasó a verter el contenido del saco de los huesos en la trituradora industrial que tanto alardeaba su padre de haber adquirido a buen precio. El fino polvo de huesos fue a parar a otra bolsa de plástico.

Al finalizar, abandonó la carnicería con tres bolsas de plástico comunes: hamburguesas Jason, comida para Dogo y polvo blanco que esparciría a los cuatro vientos. En casa, cocinó las numerosas bolas de carne. Se acercó a la jaula y las lanzó dentro. El perro, agradecido, comenzó a masticar mientras Big Patty le acariciaba el lomo. La docena de hamburguesas las distribuyó en su menú personal a lo largo de la semana, disfrutando con cada bocado.

—Ahora eres mío, pedazo de cabrón —comentó a la mesa—, y no volverás a reírte de ninguna chica.

A la mañana siguiente fue denunciada la desaparición de Jason Miller, estudiante de quince años, ojos claros, cabello rubio y corazón negro.

Fue Big Patty quien accedió a formar parte de la Institución Morris. Los excelentes resultados llevaron a una revista educativa a mencionarla en un artículo que estaba leyendo su madre, mujer que apreciaba la buena enseñanza. Le comentó que al finalizar el curso escolar, podría probar suerte con la enseñanza privada. Big Patty vaciló al principio, pero más tarde, al conocer la ubicación del centro aceptó. Cuanto más lejos se encontrara del sheriff del condado, más posibilidades tendría de no ser descubierta, ya que

éste comenzaba a husmear debido a los testimonios de varios estudiantes que declararon que se reía de Big Patty.

Una vez más, se solidificó el silencio. Tardé varios minutos en gestionar mentalmente aquella información. Me hallaba formando un círculo con una adolescente que había matado a sangre fría. El cigarrillo de Kathleen pareció dejar de emitir velos de humo. Sadie miraba por su único ojo con la intensidad de dos.

—Qué bruta —dijo Kathleen.

—Creo que me arrepiento de todas las veces que te he llamado gorda —murmuró Sadie, mirando al suelo.

Big Patty apretó los labios y suspiró.

—No debería haberos contado nada.

—Yo no sé ni qué pensar —dije.

—Eh, de eso nada —dijo Sadie, enérgica y poniéndose en pie—. Ahora somos hermanas. Además, era un cerdo que no paraba de destrozarte la vida. Que se joda. Que se jodan los hombres. Que se jodan todos. Me trae sin cuidado lo que hayas hecho, guardaremos tu puto secreto. ¿Verdad? —Nos dirigió a todas una mirada endurecida.

—Seh... —anunció Kathleen arrimando el encendedor al extremo del pitillo.

—¿Connie? —inquirió Sadie.

—¿Eh?

—Recuerda a Nick Pegg antes de responder. —Sadie me señaló con un dedo—. Tú eras la que buscabas la puta amistad, ahora no me jodas con ser una blanda.

—No molestaros, chicas —dijo Big Patty. Cerró el libro, lo cogió y se levantó—. Supongo que fue una locura horrible y por aquella época no sabía en qué pensaba.

—A callar —ordenó Sadie—. De aquí no sale nadie hasta jurar que jamás se dirá nada.

—¿Jamás? —preguntó Kathleen.

—Jamás, ni aunque nos torturen, ni aunque nos amenacen de muerte.

—Dejadlo, chicas. Me voy.

Sadie se interpuso en su camino hacia la puerta.

—Quieta ahí. —Le puso la mano abierta en medio para detenerla.

—Aparta, Sadie.

—Estás arrepentida porque crees que lo contaremos. No confías en

nosotras. Mi madre me enseñó a tomarme en serio los pactos. ¿Crees que me importa que mataras a ese cerdo? La mayoría de los niños que empiezan metiéndose con las tías acaban pegando más tarde a sus novias o acosándolas. Ese tipo de puercos crea matrimonios violentos. Fuiste una valiente. Has librado al mundo de un cerdo. —Sadie volvió la cabeza y me miró—. Apuesto que tu padrastro es de esos tipejos que la pagaban con las chicas cuando fue adolescente.

—Somos las hermanas malas —dijo Kathleen dando una calada al cigarrillo—. No diré nada.

—¿Connie? —Sadie hundió su ojo en mí.

Todas me miraron expectantes.

—Prometo no decir nada —repuse.

—¿Y si te pillan? Imagina que te descubren y te detienen —preguntó Kathleen.

—Entonces quedáis libres de la promesa —dijo Big Patty.

—Pero ¿y si mueres? ¿Qué más da que se sepa si estás muerta?

—Cierra el pico —masculló Sadie.

—Eh, tengo derecho a asegurarme de las cláusulas del contrato —bromeó.

—También quedaréis libres de la promesa —intervino Big Patty, con un tono de voz fatigado.

—Vale —dijo Kathleen, y deslizó los dedos sobre sus labios cerrando una cremallera invisible—. Silencio total.

Nos reunimos de nuevo en piña como si se tratara de un equipo de fútbol americano antes del partido. Guardamos un silencio sagrado, que confirmaba que estábamos dispuestas a mantener la hermandad que había nacido. Aunque aquella promesa nos convertía en cómplices de asesinato, el silencio se prolongó durante minutos. Supongo que Sadie, ejerciendo de líder, causaba un profundo efecto. Sobre todo porque tenía parte de razón.

Capítulo 17

Aquellas reuniones en la sala de calderas, trasnochar y beber en exceso, contribuyeron a que nuestro rendimiento en clase se redujera a nivel cero. Sin embargo, teníamos algo más valioso que estúpidas lecciones. Nos teníamos a nosotras; el pacto de amistad de Sadie tuvo un profundo y conmovedor efecto. Nuestros lazos se estrecharon y avanzábamos por el pasillo unidas de las manos como una cadena irrompible, lo que despertaría la envidia de una víbora de la institución.

Una noche, Kathleen halló en la sala de calderas algunas cajas de madera provistas de diminutas ruedas, que habían contenido botellas de licor. Por lo visto, se deshacían de ellas al vaciarse, lo que favoreció un poco la diversión. Inventamos un disparatado y peligroso juego de carreras. Arrancamos la parte superior para quedarnos con la tabla con ruedas. Una de nosotras se sentaba sobre la tabla y otra empujaba por los pasillos cuando no había moros en la costa. Sadie solía empujar mi tabla y Big Patty empujaba la de Kathleen. En ocasiones cambiábamos de parejas, aunque finalmente se estableció que Sadie siempre iría conmigo. Cuando decidíamos turnarnos, Kathleen tenía graves problemas a la hora de empujar a Big Patty por motivos de sobrepeso. Al darse dicha combinación, Sadie y yo siempre nos alzábamos con la victoria al llegar primeras al final del pasillo, señalado como meta.

—¡Empuja más deprisa, tía! —exclamó Big Patty.

Kathleen intentaba por todos los medios de infundir fuerzas a sus brazos y piernas, pero era inútil. Yo reía por el infructuoso esfuerzo de Kathleen y cómo jadeaba por la falta de aire.

Las manos de Sadie, colocadas a mi espalda, y sus fuertes piernas de campesina imprimían una velocidad considerable a la tabla. El ruido de las ruedas sobre la madera se tornaba ensordecedor, pero el enorme tamaño de la institución y el que nadie atendiera aquella zona mantenía el temor a raya. A veces topaba con el suelo, momento en que Kathleen y Big Patty recuperaban terreno. No obstante, nadie lograba batir a Sadie y sus piernas de roble.

En la línea de meta yo saltaba de la tabla y abrazaba a Sadie entre risas.

—Soy un peso pluma, tía, podrías correr conmigo toda la vida sin

cansarte —dije sin pensar.

Me miró a los ojos.

—Lo haría, princesa blandengue.

Fue de las pocas veces que el rostro de Sadie adoptaba una expresión afectuosa. Por un segundo, su aire delincuente desapareció. Volvió a cerrar su abrazo, y advertí entonces que intentaba tocar una parte de mí inalcanzable.

Cuando terminaban las carreras acudíamos a la sala de calderas y ocultábamos las tablas detrás del mueble. En una de aquellas ocasiones reparé en que una parte de la pared se había combado hacia fuera como un vientre preñado. El centro estaba cuarteado. Me estiré la manga de mi camisa y palpé con precaución. Se desprendieron fragmentos de yeso seguido de un río de arena, haciendo visible la superficie granulosa de una de esas raíces. Se desplazaba en ese mismo instante como un gusano bajo tierra.

Las chicas se reunieron a mi lado en cuanto apreciaron mi desconcierto. Kathleen posó su mano en mi hombro.

—Tus raíces. Parece que te buscan, tía.

—No bromees con eso, es algo horrible.

—Todo aquí es horrible.

—¿Qué mierda es eso? —masculló Sadie.

—Ahora veréis. —Kathleen se aventuró a arrimar el extremo del cigarrillo que fumaba. Cuando la raíz aceleró su desplazamiento, todas retrocedimos un paso—. Hija de puta. —Arrojó al suelo el pitillo aplastado. Luego sacó el encendedor y aplicó la llama en la superficie. El movimiento de las raíces se aceleró al punto de provocar un leve estremecimiento en las paredes. Fue como si la estancia tuviera intención de precipitarse sobre nosotras.

—Déjalo ya —sugerí.

—Son tus raíces, ¿no quieres averiguar qué son en realidad?

—Creo que no.

De pronto apareció Sadie sosteniendo una pala entre las manos.

—Apartad, niñas. —Golpeó la raíz con el extremo metálico, hasta ocasionarle una hendidura por la que manó una sustancia viscosa.

—Eh, mirad, está sufriendo un puto orgasmo —rio Kathleen—. ¿Es lo que buscabas, Sadie?

—Calla.

—No me gusta esto —dije.

—Cuando venga el jardinero, verá esto y sospechará de que aquí entran

estudiantes —dijo Big Patty.

—Estoy cansada de no poder hacer nada —masculló Kathleen.

—Nos largamos —ordenó Sadie. Abandonó la pala donde la había encontrado y salimos tras ella.

Las raíces estuvieron en boca de Kathleen durante varios días. Le recomendé que no dijera nada a las profesoras o nos enfrentaríamos a preguntas incómodas. Les conté mis averiguaciones acerca del extraño culto de la institución y mis sospechas de que probablemente estuviese relacionado. También les expliqué que en mi sala de castigo —el término mazmorra sería más adecuado aquí—, cuando recibí la visita de la directora Ferguson, la pared se desconchó y emergió el extremo de una de esas raíces. Pensé que así conseguiría persuadir a las chicas para que no insistieran en el asunto. Sin embargo, sólo alentó sus ansias de diversión. Jamás me consideré una aguafiestas, pero mis investigaciones en la biblioteca me hacían recelar de la naturaleza de la Institución Morris.

Una noche, me sobrecogió un frío repentino. Tras abrir los ojos, reparé en la presencia de Kathleen, quien había arrancado mis sábanas y reía entre dientes. A su lado estaban Sadie y Big Patty.

—Vamos, vamos deja de vagar —dijo Kathleen—. Es hora de nuestras travesuras nocturnas. —El punto luminoso de su cigarrillo se mecía en la negrura del dormitorio.

—Al final nos pillarán —dije.

—Ah, deja de fastidiarnos, tía. Míralo como un sustituto del sexo. Necesito hacer algo o me volveré loca —dijo, y aspiró del cigarrillo con visible ansiedad.

Se habían empeñado en adentrarse más allá de la zona prohibida, donde hasta la fecha habíamos estado realizando las carreras. Llevábamos las tablas con ruedas y una botella de licor robada por Kathleen. Avanzamos hacia el final del pasillo, considerado como la meta, al tiempo que nos pasábamos la botella. El tramo viraba a la derecha y lo interrumpía un portón de rejas. De los barrotes colgaba una cadena atada por un candado a cuya cerradura Kathleen decidió retar con una ganzúa casera.

—Vamos, tía, ¿no eras una experta? —inquirió Sadie, y dio un trago a la botella de licor.

—Y lo soy, cuando no tengo a una pelmaza incordiando.

—Zorra.

Después de afinar el movimiento se escuchó un chasquido que se

desplazó en forma de ecos. Kathleen empujó el portón con cuidado de no producir más ruidos innecesarios. El pasillo al otro lado carecía de iluminación. El suelo y las paredes eran de piedra, y hacían pensar en que los constructores originales abandonaron el trabajo antes de tiempo. El aire parecía inmovilizado por los años de aislamiento. Escuché pasos a mi espalda, de hecho lo comenté con ellas, pero lo atribuyeron a mi estado de nerviosismo. Sadie me recordó que era una blandengue y nos limitamos a continuar nuestra osadía por el tramo abandonado del pasillo. El aire se volvió más denso a medida que nuestros pasos nos conducían al interior del pasadizo. El techo abovedado estaba tan sólo a un par de metros por encima de mi cabeza. Kathleen se detuvo de pronto delante de un cambio de inclinación. El pasillo se estrechaba y se precipitaba al vacío por una pendiente lo bastante marcada como para despertar en Kathleen su deseo de más carreras.

—¡Eh, mirad! Un poco de diversión.

—No te atreverás a lanzarte por ahí —dijo Big Patty.

—Claro que sí —dijo, y le arrebató la botella a Sadie y bebió un largo trago—. Espera y verás, y la pendiente servirá para que no tengas que empujarme. Toma —me dijo, entregándome la botella de la que bebí. Depositó su tabla de ruedas y se acurrucó encima—. ¡Adelante!

La tabla rodó por la pendiente de piedra lisa. La oscuridad nos impidió ver el recodo que realizaba el pasadizo. Fue el estruendo al estrellarse contra el muro lo que nos alertó.

—Mierda.

—¿Estás bien? —quiso saber Big Patty.

Las risas de Kathleen nos sugirieron que se estaba divirtiendo.

—Yo también quiero probar —se aventuró Sadie—. Hazte a un lado ahí abajo, Kathleen.

El resto fuimos una tras otra. El ruido amortiguado de la caída de Big Patty arrancó las risas de Sadie y Kathleen. Mi estado de ebriedad empezaba a ser notable. Me aseguré varias veces de que mi tabla estuviese en su debido lugar antes de sentarme. El licor me provocó la sensación de encontrarme fuera de mi cabeza. Al empujar con las manos la tabla, me abandoné a mi suerte. La oscuridad pareció moverse velozmente. Reí durante todo el descenso. Un aire tórrido golpeó mi cara, pero el golpe que me sacó de mi estado de agradable soñolencia fue el muro contra mis huesos. Quedé tendida en el suelo riéndome sola. Moví la cabeza a ambos lados. Kathleen y Big

Patty habían ascendido la pendiente para lanzarse de nuevo. Yo me alcé, y cuando creía que nada iba a suceder, unas manos me empujaron hacia el muro.

—Eh —repliqué

—Soy yo, princesa blandengue.

—¿Sadie?

Sus labios me silenciaron. Se unieron a los míos con sobrada experiencia. Aunque pensé en detenerla, no lo hice, lo que provocó el encuentro con su lengua, amable, divertida y diestra en el juego de un amor desconocido para mí. No recordé a ningún chico durante aquellos extraños y abrasadores segundos. Éramos sólo Sadie y yo, mis labios y los suyos ajustándose perfectamente, como dos piezas destinadas a hacerlo desde siempre.

Cuando apartó su boca, experimenté un vacío insaciable que requería de Sadie para llenarse.

—¿Qué hacemos? —pregunté, con los ojos cerrados.

—No hables, no pienses, sólo siente —susurró.

—Estás borracha, tía.

Sadie dejó escapar una risita.

—Te ha gustado, confiésalo.

A lo lejos se escucharon los encontronazos de huesos y madera contra la piedra.

—Mierda otra vez —masculló Kathleen.

—¡Allá voy! —gritó Big Patty, cuya tabla de ruedas se deslizaba ruidosamente como un tranvía descarrilado.

—¿Qué hacéis, tías? —dijo Kathleen después de ponerse en pie—. ¿Y la botella, joder?

Sadie se distanció de mí y todas ascendimos la pendiente para seguir lanzándonos sobre nuestras tablas. Terminamos magulladas, con moretones en piernas y brazos. Big Patty salió la mejor parada gracias a sus flotadores de carne, como lo denominó varias veces Kathleen. Cualquier golpe que pudiéramos sufrir contra los muros era insuficiente para detenernos.

Perdimos la botella de licor. La dejamos atrás, en algún rincón del pasadizo que me había conducido a los labios de Sadie.

Durante el ascenso Kathleen avisó de una abertura en el muro. Era un tramo angosto que ella sugirió tomar pese a la oscuridad que lo enterraba. Big Patty puso objeciones a las que nadie prestó la menor atención. Kathleen,

seguida de Sadie, ya se había adentrado para cuando opté en ayudar a Big Patty con alguna excusa. Sin embargo, con Sadie y Kathleen no servían de nada. Siempre hacían lo que les venía en gana. Las seguí en tercer lugar. El trayecto por las entrañas de la institución resultó inquietante. La humedad enfrió mi piel enseguida, y los gemidos quejumbrosos de Big Patty por haber perdido la botella de licor no dejaron de acosarme. Pisábamos sobre un suelo irregular y repleto de diminutas piedras desprendidas del techo curvo. Aunque parte de mi ebriedad había desaparecido, caminaba de forma inestable y las tinieblas parecían desplazarse a un lado y a otro.

—¡Parad, parad! —aulló Kathleen.

—¿Qué para ahora? —preguntó Sadie.

Eran esbozos negros perdidos en una oscuridad mayor. Algo les había hecho frenar la marcha. Nos reunimos en torno a ella para mirar lo que señalaba con el dedo. Apenas pudimos apreciar los brotes enraizados al suelo de piedra; pero logramos escuchar el desplazamiento viscoso que efectuaba. La fuerza con que estaban siendo capaces de levantar el suelo era espantosa.

—¡Tus raíces, tía! —dijo Kathleen.

Sadie empezó a pisarlas, enfurecida y sin reparos.

—Jodeos.

Entonces el suelo se estremeció; las paredes sufrieron una poderosa sacudida arrojando fragmentos al suelo. Nos reunimos espalda con espalda mirando en todas direcciones. Mi ebriedad desapareció por completo. Sadie infundió más violencia a sus pisotones. El temblor de tierra se enfureció.

—¡Deja de pisarlas, Sadie! —grité.

—No.

Continué golpeando las raíces con la planta de sus botas. El suelo se quebró y, acompañado por una ráfaga vaporosa, surgió el extremo de una raíz. Nos olisqueó con una curiosidad malsana.

—¡Deja de pisarlas! —gritaron Kathleen y Big Patty al unísono.

—¡Lo estás enfureciendo!

Sadie se volvió y me observó como si hubiese perdido el juicio.

—¿De quién hablas?

Fue instintivo. Sin embargo, mi tiempo en la biblioteca, entre los libros del extraño culto, me hizo dar crédito a las teorías. La esencia de Past Grove era real.

—Son como las oraciones que recita la directora —le dije—. La esencia de Past Grove.

—Bobadas —masculló ella.

La pared se abrió con un ensordecedor estruendo y varias raíces brotaron de entre más vapor. Un extremo rodeó el brazo de Sadie.

—Joder.

—Salgamos de aquí —dije.

—Me gusta tu idea —aprobó Kathleen, quien comenzó a deshacer sus pasos hacia la abertura por la que habíamos accedido.

Las piernas de Big Patty fueron atrapadas por nuevas raíces que atravesaron el suelo. Sadie consiguió desembarazarse de la raíz de su brazo a base de manotazos. Yo aferré la que estrangulaba la pantorrilla de Big Patty y estiré como una goma para que la soltara, pero sin resultados; se había enroscado de manera tozuda. Sadie se agachó, recogió un piedra y acudió en nuestra ayuda. Rajó la superficie de la raíz, de las heridas salió la gelatina blancuzca. La imité en cuanto reparé en que la raíz parecía experimentar dolor. Aferré una piedra con filo y corté repetidas veces hasta que se escuchó un chillido agudo.

—¿Has oído eso? —preguntó Sadie.

Asentí sin dejar de cortar. Mis manos se cubrieron de sustancia. Finalmente entre las dos conseguimos que la raíz desistiera en su empeño.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sadie sin esperar respuesta.

Cogimos a Big Patty por los hombros y la acompañamos hacia el inicio del pasadizo. Ella se palpó los senos y expuso un rostro perturbado.

—El diario. Lo he perdido.

—Olvídate de ese puto diario —graznó Sadie—. Nos largamos de aquí.

Pese a la confusión que nos arrastraba, tuve la certeza de que se refería a escapar de la Institución Morris. Alcanzamos a Kathleen y recorrimos todo el trayecto, esta vez sin expectativas de diversión. Únicamente buscábamos llegar a la cama sin ser descubiertas. Y aunque el turno de guardia había terminado las rondas, una alimaña nos había estado espiando durante días. Cuando tomamos el pasillo de los dormitorios, Sherry Rode nos esperaba en la puerta, con una sonrisa de renegada y las manos en jarras.

—Vaya, vaya, así que desobedeciendo las normas. —Su voz poseía un timbre odioso y agudo que se hundió en mis oídos semejante a un clavo.

—Déjanos pasar, Sherry —ordenó Sadie.

—Oh, Sadie, veo que no aprendes —murmuró con voz burlona. Caminó hasta nosotras. Big Patty se manoseaba la pantorrilla, apoyada en Sadie—. Empiezo a creer que te gustan las salas de castigo. O tal vez sean mis visitas

lo que te gusta.

—Eres repulsiva.

Sherry echó la cabeza atrás para escupir una carcajada.

—Oh, Sadie, me encantas, lo digo en serio.

—Tenemos un problema, tía —dije—. Tenemos que ir a la enfermería.

Por favor, déjanos pasar.

Desplazó su mirada viperina hacia mí.

—Connie, ¿verdad? Deberías haber seguido el consejo de la directora, y dejar las malas compañías. Aunque, ¿sabes una cosa? Estoy de acuerdo en que tenéis un problema. Un problema realmente grave. —Se aproximó y me olfateó como un hurón—. Bebiendo. Ya veo a dónde va a parar el licor que falta. Estoy al tanto de vuestras aventuras por la noche. La directora Ferguson será debidamente informada.

—Aparta de en medio —ordenó Sadie colocándose delante en un acto desafiante.

—¿Qué puedes hacer tú, miserable esclava? —inquirió Sherry, alzándose de puntillas.

—Partirte la cabeza, hija de puta.

—Déjalo, Sadie, no vale la pena —dijo Kathleen.

—Sí que lo vale.

—Tienes mucha razón, vale la pena. Pero hazle caso a esta boba —sugirió—, o la próxima vez que vayas a las salas de castigo me suplicarás que te mate.

—Zorra.

—Me encanta. —Sherry se marchó acompañada por su risita odiosa.

—Dios, cómo la odio —rugió Sadie.

—Todas la odiamos —aseguró Kathleen—, pero no podemos hacer nada, tía.

Nos encaminamos a los dormitorios. Cuando Sadie cerró la puerta, susurró:

—Big Patty, podrías matarla.

Sin embargo, ella tenía en mente su diario perdido y el miedo de que lo encontraran en los pasadizos. Contaba con la suerte de que era zona prohibida y existían pocas posibilidades de que pasaran por allí las profesoras. Desgraciadamente en esos momentos el diario ya estaba en posesión de Sherry Rode.

Capítulo 18

El resto de la noche la pasamos en vela, en completo silencio, hasta que el cielo al otro lado de la ventana se clareó. Yo oía a Big Patty resoplar y moverse en la cama. Sadie y Kathleen rumiaban algún plan de huida. En ese momento no sabía qué tramaban, pero más tarde me pondrían al corriente. La mañana transcurrió entre un perturbador nerviosismo que me corroía. Entré a la clase de Matemáticas con la sensación de ser observada por las profesoras con desaprobación. Me repetí a mí misma un centenar de veces que Sherry no cumpliría su amenaza. Me senté ante mi pupitre y abrí el libro por la lección del día. Los números expresaban un galimatías irreconocible para mi mente aturrida por la falta de sueño y el alcohol. La voz de la profesora comenzó su sonata fúnebre. Sadie y Kathleen manifestaron un aire conspiratorio durante el inicio de la clase. Yo intuía que el plan que habían urdido presentaba algunos cabos sueltos.

La puerta de clase se abrió de pronto y la atmósfera silenciosa fue sacudida por la entrada de la directora Ferguson y su ayudante, Donna Lownsberry. Donna exponía una mirada severa, pero fue el semblante de la directora lo que sacudió mi pecho. Comprendí que, si los ojos son el reflejo del alma, aquella mujer carecía de cualquier esencia semejante. Los ojos parecían vacíos de emociones. Todo lo contrario a la criatura nefasta que entró segundos después. Era Sherry Rode, y por su sonrisa de carmín y el cruel brillo de sus ojos, adiviné que cumplía sus promesas. Miré a Sadie, quien parecía inmovilizada en su pupitre; mantenía los labios apretados y aprecié cómo rechinaron sus dientes cuando Sherry nos hizo ver el diario que sostenía en la mano.

Ferguson intercambió una serie de palabras con la profesora de Matemáticas, que se hizo a un lado, quedando en segundo plano. Ilsa Ferguson se plantó delante de la clase, una vez más con un traje ceñido y el cabello atado con el par de agujas con que me amenazó en las salas de castigo. Cruzó los brazos en el pecho y guardó silencio. El miedo llenó la clase y ninguna estudiante se atrevió a hablar. Aquel monstruo superaba con creces cualquier imagen de autoridad y disciplina. Su sola presencia lograba cubrirme de terror. Sherry se colocó a su lado, como descendiente de su

mismo linaje y máxima aspirante a ocupar su trono. No inspiraba temor directamente, pero todas sabíamos que cualquiera que se atreviese a molestarla sufriría la cólera de Ferguson. En todo caso, Sherry se las apañaba bien sin su ayuda. Le entregó el diario de Big Patty, lo que suponía una desgracia para ella; y pasaría a catástrofe de haber sido leído.

Cuando la directora empezó a hablar, sumió a la clase en un terror definitivo. La expectación se advertía en el rostro descompuesto de cada alumna. Escuché la respiración agitada de la chica sentada a mi lado.

—Estoy cansada de la actitud de algunas estudiantes de esta institución. —La frase emergió como un relámpago. No se detuvo a matizar, ni confirió mayor énfasis a ciertas partes. La frase en conjunto fue un mazazo aterrador —. Quiero que la señorita Marnie Reeves se ponga en pie inmediatamente.

Vi las expresiones de alivio en el resto de estudiantes, salvo en Sadie y en Kathleen. Big Patty se puso en pie aguardando su castigo.

—¿Qué demonios es esto? —inquirió como en un tribunal de brujas, mientras mostraba el diario apresado por su mano agarrotada.

Sherry, con las manos a la espalda en odioso gesto de inocencia, mecía los pies de manera divertida, como si apenas pudiera reprimir el placer que experimentaba. Al reparar en que yo la miraba, amplió su sonrisa y me dedicó un guiño malsano que vaticinaba destrucción.

Big Patty había enmudecido. Noté el temblor de su cuerpo.

—¿No dice nada? —Ferguson sacudió el libro—. Le advierto que he leído el contenido.

—Permítame sugerirle unos días de atención en una sala dispuesta especialmente para ella —dijo Sherry.

—¡Ni lo sueñes, zorra! —Sadie se puso en pie.

Aunque Sherry no eliminó su buen humor, la directora clavó en Sadie una mirada animal.

—¿Qué es esta actitud? No puedo tolerar esto. En pie, todas. Señorita Mae Glutz, señorita Maddox y señorita Merrill. —Al nombrarme me penetró con sus ojos al fin repletos de furia—. Qué triste que no haya seguido mis consejos, tenía usted potencial. Todas en pie.

—Ya estoy de pie —masculló Sadie.

—¡Silencio! —estalló Ferguson. Su expresión adoptó una apariencia enfermiza. Su respiración se acentuó de forma horrible. Evoqué el día que recibí su visita—. He sido informada de su presencia en zonas prohibidas de la institución. Si piensan que las normas no fueron hechas para ustedes,

quiero que sepan que están en un error.

Entonces entraron dos mastodontes enfundados en traje blanco, semejantes a los usados en un centro psiquiátrico. Del cinturón colgaban porras eléctricas.

—No hemos hecho nada grave —declaró Sadie.

—La Institución Morris se rige por normas —dijo Ferguson—. La sociedad se rige por normas. Las normas sirven para saber qué está o no está permitido.

—Normas, normas. Todo son normas. Normas estúpidas. Estoy cansada de tantas normas.

—Deberá acatarlas, señorita Mae Glutz, tanto usted como el resto de sus compañeras. Las que no se adapten serán severamente castigadas. Les recuerdo que sus padres dieron consentimiento para recibir una educación especial.

—Váyase a la mierda, zorra.

Me di cuenta de que el escaso tacto de Sadie no era el mejor modo de abordar la situación, así pues, me vi forzada a digerir mi miedo y a intervenir.

—Sabe bien que los castigos de este lugar están fuera de control. Y no son legales.

—Oh, no sé a qué tipo de castigos se refiere, señorita Merrill.

Entonces me dirigí al resto de la clase.

—Lo que llaman salas de castigo son en realidad mazmorras, prisiones para chicas como nosotras. Es horrible. Es ilegal y la directora lo sabe. Y estoy segura de que todas sabéis que aquí pasa algo raro. —Cuando estuve a punto de hablar de las raíces, la directora me interrumpió.

—Nuestros métodos dan resultados. Y ahora guarde silencio. —Dirigió una mirada a los dos mastodontes y los envió a por nosotras—. Estas cuatro muchachas han incumplido numerosas normas y deben ser corregidas.

—Que te jodan —farfulló Sadie y se alejó del pupitre—. Esos gordos sebosos no me cogerán.

Los tipejos de blanco la rodearon, desenfundaron las porras y adquirieron una pose de lucha. Sadie saltó sobre la mesa de una compañera.

—No se contengan, caballeros —dijo la directora—, la clase debe continuar, por el bien de las alumnas que sí desean estudiar.

Les dirigí una mirada de protesta a Kathleen y a Big Patty.

—No podemos permitirlo, ahora somos hermanas.

Enseguida acudieron los hombres trajeados de cuyos cinturones pendían

las mismas porras eléctricas. Aferraron a Big Patty y la condujeron hasta la puerta. Cuando Kathleen recibió la garra sobre su antebrazo, se deshizo de ésta con una firme sacudida.

—No he hecho nada. Dejadme en paz.

Sadie propinó una patada a uno de los mastodontes, que lanzó la porra hacia ella sin acierto. Me lancé en ayuda de Sadie. Trepé encima de la espalda del tipejo que la había atacado y empecé a golpearle la cabeza.

Todas las estudiantes se pusieron en pie con el ruido de sillas. Algunas tuvieron intención de ayudarnos, pero la mayoría se reunieron en un rincón cuando las porras que desfundaron más hombres trajeados demostraron su eficacia. Varias chicas cayeron al suelo. Los gritos dieron rienda suelta al caos que llenó la clase.

Yo seguía golpeando la cabeza del hombre. El segundo tipo de blanco aplicó su porra en mi cuerpo y experimenté una sacudida que me arrojó al suelo, aturdida y en posición fetal.

Kathleen fue también llevada junto a Big Patty; ambas caminaban cabizbajas, y así las vi partir de clase. Al volverme hacia Sadie, la vi con los puños en alto; lanzó un martillazo contra el mentón del mastodonte que me había atacado con la porra. El otro se manoseaba la cabeza por mis golpes. Nuestro pequeño motín no dio resultado. Sadie fue acorralada como un gato salvaje. Recibió tantas descargas eléctricas que pensé que la matarían. Unas manos fuertes me levantaron como si yo no fuese más que un almohadón. Fui conducida junto a Kathleen y Big Patty.

Nos empujaron a un cuarto de luz tenue. Nos miramos y, sin decir ni una palabra, supe que las tres nos preguntábamos lo mismo: ¿qué iba a pasar? Minutos después se abrió la puerta. Lanzaron a Sadie al suelo, inconsciente, como un despojo. Con una venda en los ojos nos llevaron a mazmorras diferentes. Escuché a Big Patty protestar por ser encerrada, pero sus quejas quedaron suspendidas en el aire, sin ser atendidas. Kathleen profirió multitud de insultos que no afectaron a nadie. Llamé varias veces a Sadie para cerciorarme de si había recuperado el conocimiento. La preocupación creció en mi interior hasta llenarme de ansiedad.

—¿Qué pasa? —quiso saber Kathleen.

—Sadie no contesta —repuse, con las manos en torno a los barrotes del ventanuco de la puerta de hierro—. ¡Sadie!

—Espero que no le hayan hecho nada grave.

—Qué desastre.

—Tranquila.

—Qué desastre —insistí.

—¡Eh, cabrones! No podéis encerrarnos aquí —gritó Kathleen.

Durante las primeras horas, tanto Kathleen como Big Patty se mostraron esperanzadas al pensar que pronto todas seríamos liberadas. Estuvieron junto a la puerta mirando por la abertura enrejada y a cada sonido que oían rogaban ser puestas en libertad. Sin embargo, los sonidos se debían a variaciones del aire, quejidos de madera o roedores deslizándose tras los muros. A diferencia de ellas, yo detestaba los ruidos y me provocaban ansiedad. Mi experiencia personal pronosticaba un castigo severo. Así lo había visto reflejado en los ojos de Sherry. Y suspiraba de alivio cuando los ruidos eran causados por simples fenómenos naturales.

—Necesito un pitillo —dijo Kathleen infinidad de veces—. ¡Eh! ¿Es que no hay nadie? Necesito fumar, e ir al baño. ¡Cabrones!

Kathleen comenzó a golpear la puerta de hierro. Los ecos recorrieron los corredores al otro lado de las mazmorras. Le recomendé que desistiera en su empeño. Mientras durara el encierro era mejor permanecer sola que recibir la visita de la directora o cualquier otra bestia humana. Pese a mi sugerencia, sólo desistió cuando sus brazos se cansaron.

Sadie volvió en sí entre gemidos. Estuvo maldiciendo bastante tiempo. Su experiencia en las mazmorras, no obstante, la hizo calmarse enseguida y reservar las fuerzas para enfrentarse al hambre. Kathleen y Big Patty conversaban entre ellas sin ser apenas conscientes de la situación. Yo estuve de pie y alejada de los muros por miedo a que las raíces hicieran acto de presencia. Al experimentar cansancio me apoyaba en la puerta. Pero la situación se hizo insostenible debido a que mis piernas empezaron a flaquear. Arrimé la oreja al muro para percibir cualquier ruido por leve que fuese. Luego la pegué sobre el suelo y procedí del mismo modo. En cuanto me convencí de que no había señales de la presencia de las raíces, me tumbé en el suelo y me abandoné al sueño. Era el mejor modo de dejar pasar el tiempo.

Me despertaron voces procedentes de los corredores. A medida que se aproximaban se podían identificar algunas risas dañinas. Temí lo peor. Me erguí de inmediato y me lancé hacia la abertura de la puerta. Una esfera cálida avanzaba por el corredor en dirección a las celdas. Reconocí la voz de Sherry Rode y supuse que el resto eran sus concubinas.

—Eh, chicas —murmuré. Pero ninguna de mis hermanas contestó.

Entonces apareció la figura de Sherry seguida por su corte personal. Sostenía una antorcha cuyo fuego estremecía las sombras que bosquejaban sus caras. Durante un segundo llegué a pensar en apariciones espectrales, por el modo de caminar lánguido y silencioso. Advirtieron mi presencia enmarcada en la abertura.

—¿Qué haces ahí, esclava? —masculló Sherry.

—¿Qué queréis?

—Gozar con vuestro sufrimiento —espetó. El fuego iluminó su expresión codiciosa. Su sonrisa desfiguró su rostro en una parodia de humanidad, y las risas que irrumpieron de las bocas de aquellas chicas colmaron los corredores con una incertidumbre horrible. Evoqué a la niña llamada Elizabeth y sus juegos macabros.

—Haremos una visita a Sadie, pero no tengas celos. Pronto llegará tu turno.

—¿Qué vais a hacerle? ¡Eh!

Las risas se desviaron hacia la celda de al lado. Escuché introducirse una llave en la cerradura y girar.

—¿Qué pasa, Connie? —Era la voz de Kathleen, aturdida por el cansancio y el sueño.

—Es Sherry, con sus compinches.

—Zorras.

Oí a Sadie ser sorprendida por las chicas y replicar. A continuación tuvieron lugar una serie de golpes contra el muro. Y finalmente escuché gritar a Sadie, lo que me supuso una angustia inenarrable. Los gritos aumentaron y se mezclaron con las risotadas despreciables de ellas; parecían disfrutar con lo que estaban haciéndole a Sadie, y por cómo se defendía ésta, aquellas muchachas debían de manifestar una crueldad terrible.

—¡Sadie! ¡Dejadla en paz, hijas de puta! —chillé.

Kathleen sumó su voz a las protestas, pero quedaban ahogadas por las risas aborrecibles. Cada grito de Sadie arañaba mi pecho. De pronto, llegué a comprender qué había motivado a Big Patty a cometer un asesinato. De haber tenido posibilidad de escapar de la celda me habría arrojado sobre Sherry como una fiera y la habría despellejado. La brecha entre el bien y el mal es sumamente frágil. Y la mía estaba desvaneciéndose como un velo neblinoso.

—¡Sadie!

Kathleen golpeaba la puerta de su celda con los puños. Yo comencé a propinarle patadas frontales con la esperanza de que la antigüedad de los

goznes la hicieran ceder. Las fuerzas brotaban de subterráneos excavados en mi mente durante años de conflictos. Mis gritos acompañaron a los de Sadie el tiempo que se prolongó su tortura. Era lo más cerca que podía estar de ella en ese instante. Aquellas malditas, según sabría después, estaban introduciéndole piedras por el ano. Cuando reparé en que las patadas no surgían efecto, me lancé repetidas veces contra a la puerta, con el mismo resultado negativo.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —La voz de Sadie suplicaba mientras las risas se tornaban frenéticas.

—¡Lucha! ¡Sadie, lucha! ¡Eres fuerte! ¿Me oyes?

No obtuve respuesta. Proferí un desgarrador alarido que liberó un odio desconocido por mi cordura.

—¡Sherry! ¡Te mataré! ¡No la toques!

Entonces la tierra pareció liberar un odio semejante al mío en forma de sacudidas.

—¡Las raíces! ¡Son tus putas raíces, Connie! —anunció Kathleen.

Me alejé de la puerta. Me situé en medio de la celda mirando en todas direcciones. Los muros continuaban intactos, era mi corazón lo que retumbaba, hasta el punto de creer que emergería del pecho. Los gritos de Sadie colmaban todo en derredor. En mi agonía, me pregunté por qué nadie acudía a las mazmorras para comprobar lo que pasaba. Parecía imposible que aquellos alaridos no llegaran a oídos de alguien. Entonces ocurrió que las losas que componían el suelo se estremecieron. Traté de mantener el equilibrio lo mejor que supe. El esfuerzo era titánico, ya que el suelo se volvió inestable y contribuyó a la sensación de estar pisando tabloncillos de madera sobre agua. Por entre los resquicios se manifestaron jirones de niebla pestilente.

Los alaridos de Sadie se detuvieron de pronto; luego sonó un portazo de hierro y las voces malditas alejándose por los corredores. Los ruidos provocados por los temblores ahogaban los gemidos de Sadie. La situación me forzó a velar por mi propia seguridad. La niebla parduzca empezó a saturar la celda, se desplazaba pesadamente hacia la abertura al ser la única vía de escape. Mientras tosía, me pareció ver el rostro de Sherry Rode en la abertura enrejada, las manos se aferraban a los barrotes como si deseara arrancarlos. La cara pronto se veló por la niebla. Sin embargo, tuve tiempo suficiente para apreciar el cambio en sus ojos; abandonaron su forma humana durante el segundo de terror en que me sentí desplazada de la realidad. El

blancor en torno a las pupilas se oscureció e invadió el verde natural. De las comisuras se propagaron diminutas líneas negras que me evocaron las raíces. Parpadeé repetidas veces para cerciorarme de no estar bajo el influjo de una pesadilla. En uno de los parpadeos, la imagen de Sherry desapareció. La niebla continuaba fluyendo en dirección a los corredores.

—¿Qué ha pasado? —No indagué en una posible respuesta. Los gritos de Kathleen me hicieron recuperar mi lucidez.

—¡Sacadnos de aquí!

Entonces me percaté de que hacía tiempo que no oía a Big Patty. Me abrí paso a manotazos por la niebla y arrimé mi cara a la abertura. Aseguré mis pies sobre las losas movibles y chillé:

—¡Eh, Kathleen! ¿Le pasa algo a Big Patty?

—No tengo ni idea.

Los temblores siguieron durante minutos. Sin embargo, ninguna de nosotras vio emerger las raíces. Tan pronto regresó la calma, los sollozos de Sadie sacudieron el aire de las mazmorras. Era la primera vez que la escuchaba gimotear, la primera vez que lograron reducir a aquella «chica mala» forjada por una vida de acero.

—¿Sadie? —pregunté—. ¿Sadie, estás bien? ¿Qué te han hecho?

No respondió, así que insistí.

—Dime algo, tía.

—Déjame.

La voz arrogante de Sadie fue en esa ocasión un leve rasguño apenas perceptible. Cerré los ojos al no tener palabras de consuelo para ofrecerle. Me derramé sobre un suelo finalmente firme.

—¡Eh!, ¿qué pasa? —gruñó Kathleen—. ¿Cuándo nos van a sacar de aquí?

—Cálmate —dije—. Reserva tus fuerzas.

Iba a confesarle que la estancia en las celdas no había hecho más que empezar. Sin embargo, recordé las palabras de mi padre al insistirme que la ignorancia era el gran secreto de la felicidad. Dejé que Kathleen conservase las esperanzas de que pronto aparecerían los carceleros con las llaves de nuestra libertad robada. Cerré mi mente a los anhelos de dicha libertad, no me permití soñar más que con las cuatro paredes que me confinaban al trato animal.

Capítulo 19

Cuando se abrió la puerta lo atribuí a la mofa de la pesadilla que creía sufrir. El velo luminoso de las antorchas sujetas a la pared se extendió por el miserable suelo hasta proporcionar calor a mis miembros. Escuché el chasquido de las cerraduras y los goznes de otras puertas, lo que me hizo desembarazarme de mi estado de letargo y averiguar qué ocurría. Los huesos de la mano que apoyé en el suelo crujieron antes de poder levantarme. Avancé hacia la salida con la impresión de que la puerta se cerraría en mis narices tan pronto me dispusiera a salir, revelando la broma de Sherry Rode. Sin embargo, alcancé el umbral sin percances y asomé la cabeza. El corredor se alargaba hacia un infinito de oscuridad pestilente. El fuego de las antorchas hacía vibrar la atmósfera, pero también me permitió observar que las puertas de mis hermanas estaban abiertas.

—Nos dejan salir. —Mi voz surcó el aire en una ráfaga de ecos mortecinos.

Me volví en la otra dirección y me acerqué a la celda de Sadie. La vi tendida sobre las virutas de paja.

—Eh, Sadie.

Temí por su violento despertar, pero el haberse visto forzada a defenderse de Sherry y sus alimañas la había dejado exhausta. Se limitó a incorporarse sobre los codos.

—Podemos irnos —anuncié.

Permaneció con la mirada fija en el muro de enfrente sin pronunciar palabra.

Al volverme para ir a la celda de Kathleen, oí lamentarse a Sadie.

—No podré andar bien.

Entré en la celda.

—¿Qué te hicieron esas puercas? —pregunté.

Propinó una patada a un grupo de pequeñas piedras ensangrentadas.

—Jugaron a meterme piedras por el culo.

Cerré los puños con fuerza y recordé mi amenaza de muerte. Luego me incliné a su lado, se apoyó en mi hombro y la ayudé a levantarse. Prolongamos una eternidad nuestro viaje hacia la puerta. Descansó en el

muro del corredor. El dolor se reflejaba en su cara. No había advertido que tenía en la mano el parche y retrocedí sorprendida al ver el párpado caído ocultando parcialmente el ojo triturado.

Sadie me lanzó una mirada de censura.

—Lo siento —me disculpé—. Ha sido la impresión.

—Estoy acostumbrada —murmuró, y se colocó el parche—. ¿Mejor?

—No, tendrías que haber destrozado a ese tipo.

—Lo habría hecho si no hubiese escapado.

Reprimí mi deseo de cobijarla entre mis brazos. Juntas continuamos hasta la celda de Kathleen, quien había visto por cuenta propia la puerta abierta y se encontraba plantada en la puerta.

—¿Oís eso? —dijo.

—¿El qué? —La respuesta llegó desde la celda contigua. El ruido de molares aplastando la carne colapsó mi corazón.

—No puede ser —murmuró Sadie con esfuerzo.

—Cuidado —sugirió Kathleen.

Alcanzamos la celda de Big Patty y el horror que aguardaba dentro clavó sus ojos en nosotras. Habíamos escuchado los rumores en multitud de ocasiones. Pero los rumores carecen de valor hasta no ser testigo de su veracidad. La directora Ferguson obligaba a su perro a pasar días sin comer, luego aprovechaba el hambre resultante para encerrarlo con una alumna. El dóberman yacía junto a los restos de Big Patty mientras su hocico hurgaba en la cavidad abdominal. No pude pasar por alto la semejanza entre cómo había acabado el chico burlón y en cómo ella estaba siendo triturada por los dientes del animal. Aunque los ruidos de huesos quebrándose eran espantosos en medio del silencio, no lograron competir con las risotadas que empezaron a oírse a nuestras espaldas. Giramos sobre nuestros pies y vimos a la directora ceñida con uno de sus vestidos de ramera. Me sentí profundamente herida. No entendía qué empujaba a alguien a recrearse en la risa ante una situación tan terrible.

—¿Veis lo que le ocurre a quien no acepta las normas?

—¿Las normas? Son tus normas nada más —escupió Sadie.

El vacío por la pérdida de mi hermana lo ocupó la rabia. Y estoy segura de que puedo hablar por las tres cuando digo que habríamos saltado sobre esa mujer para reducirla a golpes. Sin embargo, una lucidez inaudita nos detuvo; no sé cuál habría sido el resultado del enfrentamiento, sólo sé que en mi mente aparecía su cadáver bajo nuestros pies y éramos quienes reíamos

entonces.

Las risas de Ferguson disminuyeron y cualquier rastro de humor desapareció. Con actitud altiva pasó a nuestro lado y, tras llamar al perro, se encaminó al final del corredor, allí donde el fuego de las antorchas no alcanzaba y donde fue engullida por las tinieblas.

—Qué desastre —dije.

—Yo diría que ésa no es la palabra, tía —replicó Kathleen.

Segundos después, Kathleen y yo fuimos conducidas a los dormitorios por los brazos de gorilas trajeados; Sadie pasó un día en la enfermería. Cuando regresó a nosotras algo revoloteaba dentro de su cabeza. Un plan. Había encontrado la última pieza del plan de huida. La pieza que tanto habían discutido Kathleen y ella apareció en la enfermería. Mi admiración por aquella muchacha desbordaba; mientras nosotras habíamos estado sufriendo el encierro sin pronunciar palabra, Sadie había estado hilando el plan para escapar juntas. Todo esto sin olvidar la visita de Sherry Rode. Me pregunté cuánta resistencia podría adquirir una persona, una «chica mala», frente a la adversidad.

—La hora de escapar se acerca —anunció Sadie.

—Pobre Big Patty —dijo Kathleen, acudiendo a los cajones en que guardaba sus cigarrillos.

—Debemos continuar. Ella no habría querido que dudáramos.

Pronunció las palabras con crudeza. A continuación se arrimó a la cama y se tumbó sin compartir con nosotras la pieza final del plan. Kathleen ya me había comentado parte del plan, pero no sabíamos cuánto había variado éste.

Las horas siguientes Sadie estuvo distante con nosotras. Lo atribuí a la humillación sufrida por parte de Sherry Rode. En las ocasiones que me interesé por ella, rehusó contestarme con más palabras que un simple gesto de asentimiento. Comprendía que pudiera estar lastimada por lo que le había sucedido, yo misma estaba afectada, pero lo que me parecía contradictorio era el ensimismamiento que manifestaba. Durante la comida ocurrió un hecho especialmente curioso. Mientras engullía la sopa de pollo como si fuera oro líquido, advertí el rostro sombrío de Sadie. Kathleen parecía ajena y sólo se ocupaba por atender su apetito y rumorear con una muchacha acerca de conseguir marihuana, cosa imposible en la Institución Morris. Sherry Rode, sentada a la mesa junto a sus fieles aliadas, no dejaba de lanzarle miradas a Sadie, y cuando ésta se volvía, Sherry asomaba su lengua y humedecía los labios manchados de carmín.

—Te mataré —murmuró Sadie.

Entonces, aferró el cuchillo con que había estado cortando el filete de carne, y aplicó un rápido corte en la mano de Kathleen, quien gimió dolorida.

—Eh, ¿qué mierda haces?

—Es la excusa con la que irás a la enfermería —dijo Sadie, y la cogió por la muñeca—. Eras una ladrona, ¿no? Bien, pues consigue los sedantes que le daremos a Patricia. —Apretó con fuerza en señal de amenaza y agregó —: No los tomes tú, que te conozco.

—¡Eh! ¿Por quién me tomas? Sé controlarme. ¿Y por qué no los cogiste tú después de salir de las salas de castigo?

—No pude.

Una de las profesoras dirigió su mirada severa hacia nuestra parte de la mesa.

—Silencio, señoritas.

—Una compañera se ha cortado —anunció Sadie, inmiscuida en su obra de teatro.

El plan de Sadie Mae Glutz había empezado, y Kathleen supo estar a la altura. Se levantó de la silla, y yo reparé en cómo presionaba con la otra mano la herida para que sangrara más de la cuenta y así alarmar al personal.

—Necesito acudir a la enfermería.

—Oh, qué torpeza, señorita Kathleen —replicó la profesora.

—Lo siento, no soy buena con los cuchillos.

Arqueé las cejas, asombrada por la sobreactuación de Kathleen, que por cierto no hizo sospechar a nadie. Fue conducida a la enfermería como había ideado Sadie, que asentía satisfecha mientras contemplaba a Sherry Rode. Entonces adiviné que algo más roía la mente de ella.

Más tarde sabríamos de boca de Kathleen cómo había conseguido hacerse con numerosos fármacos del tipo sedantes, somníferos y fuertes analgésicos que distribuyó entre algunas estudiantes. Detalló, en un estado de orgullosa somnolencia y envuelta por el humo del cigarrillo, que hubo de enfrentarse a multitud de problemas para conseguir los sedantes. Estaban en un pequeño armario, cuya llave formaba parte del llavero que colgaba del pantalón de la enfermera como un racimo de uvas. Sin embargo, sus reiteradas visitas a la enfermería en el pasado la habían dotado de una destreza especial para abordar a las enfermeras.

Después de recibir cinco puntos de sutura, la mujer ataviada de blanco le

aplicó un algodón humedecido con alcohol desinfectante.

—Qué brutas sois. Me duele mucho. ¿Tienes algo para calmar el dolor?

La enfermera la examinó como a un recluso peligroso y extrajo una libreta con nombres. Deslizó el dedo por los nombres de las estudiantes a las que se les debía mantener fuera del alcance de los fármacos.

—Nicotina, cocaína, alcohol, anfetaminas, analgésicos —leyó—. Es usted una pieza de cuidado.

—Y se olvida del sexo —señaló, con una sonrisa socarrona.

—¿Le hace gracia, señorita Maddox?

—En realidad no, lo que me hace es daño, tía. A sí que, por favor, dame algo de lo que tienes ahí dentro para calmar el dolor. —Con un gesto de cabeza, indicó el armario.

La mujer le cogió la mano y examinó los puntos de sutura.

—Acabo de salir de las salas de castigo. Sé benevolente.

—¿Benevolente? Antes no recurría a ese tipo de vocabulario —dijo la enfermera.

—Es Connie, ella me influye para que mejore mi modo de hablar. Es muy sofisticada, y quiere ser escritora. ¿Lo imagina?

—No lo imagino si va con usted. —La mujer se volvió e introdujo la llave en el armarito, cogió unos calmantes y se los mostró—. El efecto de la anestesia está desapareciendo, puede tomar estos calmante suaves. Y la espero en tres días para la primera revisión de los puntos.

Kathleen se los arrebató como un puñado de caramelos. De pronto el teléfono estalló en la sala contigua. La mujer, con un gesto de urgencia, desapareció, momento que aprovechó Kathleen para hacerse con todo lo necesario.

Cuando Kathleen finalizó su hazaña, Sadie la contempló con una sonrisa.

—No has hecho nada especial. Todo ha sido fruto de la casualidad.

—¿Y mi sutil conversación que le hizo olvidarse de cerrar el armario? ¿Qué me dices?

—Claro. —Sadie escudriñó con suma atención las pastillas—. Espero que se quede dormida la muy zorra.

—No lo dudes —dijo Kathleen—. Dormirá como un cadáver.

—Te toca a ti, Connie —anunció Sadie.

La responsabilidad se cernió sobre mí y el nerviosismo que me asaltaba en las ocasiones que había ayudado a Rob regresó como un estrujamiento de

corazón. Mi cometido se demoraría hasta antes de la cena. Entretanto no perdí de vista a Sadie cuando se encaminó hacia el final del pasillo de nuestros dormitorios. Sherry Rode amonestaba a una estudiante por decorar el suelo con un esputo viscoso. Sadie se detuvo a media distancia y extrajo el cuchillo con que habíamos hecho el pacto de amistad. Vaciló unos segundos con el cuchillo tembloroso en la mano. La agarré a tiempo de que cometiera una estupidez. Pese a mi complexión de hoja de papel, fui capaz de llevarla contra la pared.

—¿Qué crees que haces?

—Aparta, blandengue, quiero matar a esa tía —farfulló, desplazándose a un lado como un ramillete de globos.

—Lo arruinarás todo.

Sadie se detuvo y volvió su mirada.

—Está todo arruinado desde hace años.

—Siempre queda algo en pie —dije—. Nos tenemos a nosotras. Las hermanas. El pacto.

Desvió su mirada al suelo y apretó el mango del cuchillo. Comprendí aquel gesto; era la lucha entre dos fuerzas opuestas y sólo podía escoger una. Afortunadamente, Sadie escogió la acertada. Aflojó la mano y yo me arrimé a ella antes de que Sherry advirtiera nuestra presencia. La abracé y la conduje al dormitorio mientras rememoraba las palizas de Nick Pegg y cómo debí recurrir a sedantes para perdonarle la vida. No sé cómo habría obrado yo, pero ella hizo lo correcto. Dejó libre al monstruo para que la vida lo juzgara.

—Debería haberla matado —repitió por el camino.

—La libertad nos espera. Piensa en ello.

—No tengo nada ahí fuera.

—Me tienes a mí.

—A veces pareces un poco cursi —dijo, y me concedió una sonrisa afectuosa. Le brilló el ojo visible, pero Sadie Mae Glutz no lloraba casi nunca.

Kathleen, una hora antes de la cena, se encontraba agazapada junto a su mesita de noche machacando numerosas pastillas sobre un folio en blanco. Me entregó el polvo dentro de una bolsa transparente y cuando lo acepté me sentí en medio de un acuerdo entre traficantes. Allí daba inicio mi aportación. Me encaminé hacia la cocina con la bolsa oculta entre los pantalones y la camiseta; resultaba fácil ahuecar mi estómago. Dos mujeres enormes encerradas en uniformes de cocinera me examinaron al frenar en seco ante la

puerta. Los platos estaban dispuestos encima de las bandejas. Sabía qué bandeja era para las profesoras, pero no sabía cuál era el plato de Patricia Krenwinkel, puesto que sólo necesitábamos sedarla a ella.

—¿Desea algo?

—No, nada. Quiero decir que sí. Quiero...

Sadie me empujó por detrás y asaltó la cocina como una atracadora.

—¡Eh, holgazanas, tenemos hambre! ¿Cuándo mierda se come aquí?

—¿Otra vez tú, Sadie? Regresa al comedor o tendré que informar de tu comportamiento.

Mientras tenía lugar la disputa me acerqué distraídamente junto a la bandeja de las profesoras y responsables de la institución y repartí el contenido entre los diferentes platos.

Sadie empujó a una cocinera cuyo cabello asomaba bajo un pañuelo en jirones grasientos. Los ojos parecían hundidos y rodeados de abundante carne facial. La papada se le estremeció al chocar contra la nevera. La segunda cocinera dejó la cuchara dentro del puchero y avanzó hacia Sadie con las manos abiertas como dos trampas que se cerrarían en cuanto la apresaran.

—¡Dejadlo ya! —grité. Había terminado mi función, y de seguir por aquel derrotero, Sadie habría ido a parar a una celda. Sabía que me había seguido por si necesitaba ayuda, y su distracción cumplió su propósito, pero era hora de marcharse a cenar como dos estudiantes comunes. El plan seguía su curso, sencillamente no sólo dormiría Patricia sino la mayoría de los profesores.

Nos encaminamos al comedor. Yo avanzaba a paso resuelto, ya que dejé libre mi escaso vientre y respiraba con normalidad. Kathleen se hallaba sentada a la mesa. Cuando entramos nos dirigió una mirada interrogante. Sadie le hizo un gesto de asentimiento y ella pintó una sonrisa furtiva. Su expresión continuaba adormecida y el contorno de los ojos se había emborronado. Cogió el cubierto con visible flojedad y disputó una batalla por pinchar los guisantes. Sadie volvía la vista hacia Sherry Rode, quien susurraba al oído de la compañera con una mano ocultando la boca.

Tan pronto las profesoras recibieron el primer plato, mi corazón traqueteó como un viejo motor.

—Veremos el efecto de esos sedantes —dijo Sadie.

Contemplé a Kathleen enfurecida con un guisante tozudo que se deslizaba con agilidad por el plato sin intención de dejarse atrapar. Atribuí esa falta de destreza a los efectos de los fármacos, lo multipliqué por diez y

me sobrevino una enorme esperanza. Sadie clavó suavemente el tenedor en su mano.

—Despierta, idiota.

Los ojos de Kathleen se iluminaron de dolor.

—¡Eh, tía!

Las profesoras comieron y parlotearon de manera animosa durante los primeros minutos. Las examinaba al tiempo que pinchaba los guisantes y me los metía en la boca. Enseguida vi a la profesora de Algebra detener la cuchara de la sopa y parpadear repetidas veces. Pese al estupor inicial, terminó por introducir la sopa y repetir el proceso. El resto de la mesa continuaba con la sopa mientras se le entregaba el segundo plato, filete y guarnición de guisantes. Pronto el semblante autoritario que acostumbraban a tener se aflojó. Los hombros se relajaron y la conversación pasó a ser un leve rumor.

—Creo que el efecto es demasiado rápido —dije.

—Qué va, está todo controlado —dijo Kathleen, y a continuación se hizo con el vaso de zumo y bebió con desgana—. Mierda, casi preferiría que sirvieran algo más fuerte.

—¿Qué clase de pastillas machacaste para crear ese polvo? —preguntó Sadie.

—De todo un poco —dijo como si nada.

—¿Qué dices? —inquirí.

—Ah, no pasa nada, tía. Además, que se jodan esas reprimidas.

—Deberíamos haber pensado en poner algo también en los platos de esas zorras —dijo Sadie, volviéndose hacia Sherry Rose y la corte de bastardas.

El resultado de todo aquello fue que durante la noche durmieron profundamente. Aunque de nuestro plan sólo formaba parte Patricia Krenwinkel, quien administraba las llaves de la puerta principal de la Institución Morris. Nos dirigimos hacia su habitación después de habernos asegurado de que el servicio de guardia no nos acarrearía problemas. Avanzamos en fila india, pegadas a la pared como la colección de retratos que pendían de los pasillos. Kathleen iba la primera con los ojos bien abiertos y la pupilas centelleantes. Todo su cuerpo emitía el furor de dos estimulantes que había ingerido con el zumo durante la cena, por supuesto sin nuestro consentimiento. Se excusó con que los analgésicos debían de contrarrestarse con estimulantes. No sé qué habría opinado un médico al respecto, pero Sadie

y yo nos limitamos a apretar los labios como desaprobación.

Kathleen nos urgió varias veces a que camináramos más rápido. Al llegar a la puerta de Patricia mi corazón podía escucharse retumbar por todo el pasillo. Kathleen sacó el juego de llaves que tenía en su poder y, tras un millar de intentos, logró encajar la llave correcta en la cerradura.

—Lo siento, joder. Estoy cardíaca. Creo que podría saltar por una ventana sin sufrir lesiones.

—Calla. —Sadie no dejaba de mirar por encima del hombro. Parecía incluso más nerviosa que Kathleen.

—Lo siento, joder —dijo, y empujó la puerta dejando al descubierto la tela de nebrura que tapizaba el dormitorio—. Mierda, la muy cabrona ronca. ¿Estáis escuchando?

Sadie se lanzó sobre Kathleen para taponarle la boca con la mano.

—Silencio. Connie, entra y pilla las llaves.

Cuando di un paso a las tinieblas, los latidos irregulares se mezclaron con el ronquido de la psicóloga. Me sentí dentro de un recital cuyos compositores carecieran del más mínimo talento. La oscuridad reinante hizo que me preguntase dónde diablos estaban las llaves. Me giré con la más estúpida de las caras que podía exponer.

Kathleen trató de articular una serie de frases ahogadas por la mano de Sadie. Entonces pasó a realizar un gesto alrededor del cuello.

—¿Qué pasa ahora? —murmuró Sadie.

—En el cuello, tía —dijo cuando su boca se vio liberada.

Aspiré despacio y me aproximé a la cama. Las manos me empezaron a sudar, las rodillas parecían haberse bloqueado, encallándome en el suelo. El cuerpo de Patricia yacía de lado hacia mí, y le habría bastado con abrir los ojos para sorprenderme. Alargué la mano venciendo la resistencia del miedo y aparté la cubierta. La oscuridad me dificultó ver las llaves, por lo que aparté un poco más la colcha.

—Duerme como un muerto, tía. ¿A qué esperas? —Con una sacudida nerviosa, Kathleen se liberó de las manos de Sadie y corrió hacia la cama.

—Eh, ven aquí —masculló Sadie.

—Está durmiendo. —Me hizo a un lado y le arrancó la colcha—. Se las he visto mil veces en ese collar que lleva.

Tiró de los primeros botones del pijama hasta dejar al descubierto un cuello pálido rodeado por una diminuta cadena.

—Veis, ahí está.

—Lleva cuidado cuando...

—Tranquila. Está en otro mundo. Y mejor que éste, seguro —dijo, interrumpiéndome. Se volvió con la llave alojada en la cadena. Su infantil expresión de triunfo no consiguió relajarnos.

Nos reunimos en la puerta y echamos una ojeada al pasillo. Sadie le arrebató el collar de las llaves. Y aunque recibió por parte de Kathleen una mueca de desacuerdo, Sadie no hizo el menor caso e inició la marcha hacia las escaleras del *hall*. Nunca estuve en los pasillos de los dormitorios de las profesoras, así que me limité a ir tras ella, confiando en que conocía el camino. Kathleen iba en último lugar por orden expresa de Sadie, y volvía su mirada atrás para cerciorarse de que no nos seguían. No traíamos linternas, ni ninguna luz que delatase nuestra presencia. Ni siquiera las maletas con que habíamos llegado a la institución. Aunque sí que vi el expediente de Jody Weisenfeld asomando del bolsillo trasero de los tejanos de Sadie; por lo visto cumpliría la promesa de llamar a los padres de la estudiante. Alcanzamos las escaleras del *hall* y nos detuvimos en el rellano central, donde las escaleras se dividían en dos tramos diferentes.

—Ahí está —susurró Sadie, contemplando la puerta principal como si se tratase de la meta.

Descendimos los escalones rápidamente. Mis piernas parecieron omitir las articulaciones y se movieron a una velocidad increíble. Tener la puerta a escasos metros fue como un anticipo de libertad. Estalló dentro de mi cuerpo como una bomba química y me saturó contribuyendo a las fuerzas con que corría. Creo que no me equivoco al escribir que cada una de nosotras se encontraba a solas consigo misma; fue un momento íntimo, sagrado, y perduró hasta que los gruñidos del dóberman nos forzaron a volver la vista. El perro permanecía en mitad de la escalera. Nuestro plan, como cualquier otro, tenía un error y la fiera mirada del animal lo anunciaba a los cuatro vientos.

Un terror frío se adhirió a mi alma y me estremeció. La agilidad de mis piernas se vio mermada y perdí metros de carrera. Sadie, quien siempre dio muestras de una excelente forma física, alcanzó la puerta y empezó a apostar por cuál sería la llave. Kathleen, cuyos pulmones se habían alimentado de nicotina durante años, iba detrás de mí, con los ojos a punto de saltar de sus órbitas y la boca abierta en una horrible mueca de asfixia.

—¡Corre! —grité.

Sin embargo, el miedo tiende a vencer los consejos por muy fuertes que

éstos se proclamen. El animal inició su propia carrera en pos de la comida. Su objetivo parecía tan poderoso como el nuestro. Sin duda, el hambre y las ansias de libertad son valores equiparables. La bestia alcanzó la espalda de Kathleen mientras Sadie continuaba probando llaves, apostando con la muerte el trofeo del tiempo.

Frené en seco. Giré sobre mis zapatillas deportivas. Entonces las tenazas de Sadie se cerraron en torno a mi hombro y comenzaron a arrastrarme hacia la puerta abierta. Mientras yo era conducida hacia mi libertad, Kathleen cayó al suelo con el perro sobre su espalda; le aplicó un mordisco en el cuello y la sangre roció la moqueta. La vi alargar el brazo en petición auxilio, pero las fuerzas que me proporcionaba mi cuerpo esquelético no podían competir con las manos de Sadie.

—¡No podemos abandonarla! ¡Es nuestra hermana!

—Es demasiado tarde para ella. Y tenemos que salir de aquí, Connie.

Mis ojos estallaron cuando las fauces de la bestia sacudieron el cuerpo de Kathleen, muerta, sin embargo, con los ojos contemplándome eternamente. Alargué mis brazos para abrazarla en la distancia.

—¡Kathleen!

Mi mente se llenó con su nombre y con la imagen de la muchacha que vi al llegar a la institución. La velocidad con la que me arrastraba Sadie hizo que mis lágrimas se convirtieran en un reguero de despedida.

Las tenazas de Sadie me giraron y clavó en mí sus ojos.

—¡Eh! ¿Estás bien? Espabila, tía. Aún tenemos que saltar la verja.

Volví la vista a la verja que rodeaba la propiedad. Asentí.

—Bien —dijo ella—. Vamos.

Las ventanas del edificio se encendieron paulatinamente. Los ladridos del perro estaban despertando a las estudiantes. Sadie se encaramó a los barrotes de la verja como un mono. Seguí su ejemplo. Pisé un soporte metálico que atravesaba el portón y, con las manos, empecé a trepar. La libertad se encontraba por fin al otro lado, pero la muerte corría hacia la verja con el hocico bañado en sangre y los ojos enfurecidos.

—¡Apresúrate! —exclamó Sadie, después de saltar sobre la hierba.

Tan pronto como me senté a horcajadas, el dóberman saltó y se enganchó a la pernera del pantalón. Tironeé con fuerza hasta que la tela se rasgó. El animal no parecía contentarse con el obsequio y cargó contra el portón. Afortunadamente yo ya estaba al otro lado. Me puse en pie. Alcancé a Sadie por los senderos que discurrían en derredor. En la distancia se

escuchaban los ladridos y los embates metálicos.

Capítulo 20

La muerte de Big Patty, así como la de Kathleen, había obstruido mi mente y ninguna idea acudía a ayudarnos. Me sentí como un animal empujado por sus instintos primarios. Sólo podía correr en pos de Sadie, quien examinaba el terreno con astucia. El espacio entre los pinos señalaba el destino a seguir, sin saber si éste era el acertado para nuestros propósitos. Entonces la sirena de un coche patrulla penetró por el bosquecillo que habíamos tomado para no ser vistas. Fue fácil adivinar que Ilsa había llamado a Duncan para darnos caza.

—¡Nos persiguen! —exclamé.

—Ya lo he oído.

—¿Tienes un plan?

—Siempre tengo un plan —dijo—. Nos dirigiremos hacia el pueblo para coger un coche.

—¿Te refieres a robar un coche?

—Exacto. ¿Pensabas cubrir a pie miles de millas?

La respuesta no me importaba. Mis conceptos morales hacía tiempo que habían sucumbido a la necesidad de sobrevivir. Escuchar la sirena extendiéndose por entre los pinos y abetos como un radar me paralizaba el corazón. No reflexioné en la posibilidad de ser atrapadas. Sadie se las apañaba bien abriendo camino con sus manos de acero. Los árboles se unieron durante un largo tramo, pero si dos muchachas como nosotras apenas lograban avanzar, un vehículo sufriría mayores contratiempos. El rumor de un riachuelo apagó las sirenas, que seguían su curso hacia la dirección opuesta.

—No te quedes atrás.

El sudor había empapado por completo mi cuerpo. Me debatí por mantener el ritmo de Sadie, a riesgo de padecer un infarto. Mi respiración brotaba por mi boca como un tornado frío. Me fue imposible alcanzarla hasta que se detuvo junto a una fila de arbustos que delimitaban el final del bosquecillo. Al otro lado se abría un páramo dominado por una salpicadura de casas. En la distancia se alzaba el pueblo de Past Grove.

—No es buena idea, tía —repliqué.

—¿Tienes una mejor?

—¿No te hace sospechar que la Institución Morris esté cerca de ese pueblo?

—Sólo nos haremos con un coche y nos largamos. Aprendí a hacer el puente.

—Y yo aprendí a conducir —añadí. Por un segundo todo parecía estar en su debido lugar. Éramos como dos ruedas dentadas que rodaban al mismo tiempo. O dicho un modo más literario, dos almas gemelas que emergieron al páramo y corrieron hacia el garaje de cuyo interior asomaba una vieja camioneta. La sirena de Duncan continuaba arañando el aire, pero nosotras corrimos como dos liebres que ya saboreaban las primeras dosis de libertad.

Saltamos la valla de una propiedad y frenamos delante de una camioneta roja. El frontal sugería desatención por la pintura deslucida. Sadie rompió el cristal con una piedra del suelo. Introdujo la mano y accionó el tirador. En menos de un segundo, alargó la mano y abrió la puerta del acompañante. Propinó varias patadas a la carcasa de plástico que ocultaba los cables. Realizó el puente eléctrico y el motor cobró vida con un ronroneo agotado.

—¿Has dicho que sabes conducir?

Hice un gesto de asentimiento mientras rodeaba la camioneta.

—Aparta y lo verás.

Sadie se desplazó al asiento del acompañante y me escudriñó con visible recelo. Yo tomé el control del armatoste rojo y pisé el acelerador con todas las lecciones de Rob en mi mente; por fin mi cerebro comenzaba a proporcionarme alguna que otra idea útil. La primera fue que la valla de madera cedería ante la arremetida de la camioneta.

Entonces las luces del porche se derramaron sobre la hierba hasta la valla.

—Mierda —masculló Sadie.

—Desastre a la vista.

—Acelera.

Los escalones sufrieron el peso de un tipo ataviado con un pijama salpicado de sudor.

—¡Eh! ¡Alto ahí, granujas! —Tras las palabras mostró una escopeta cuyos cañones se me hicieron eternos.

—¡Acelera, tía! —rugió Sadie—. Va a disparar. Está loco.

Sus palabras fueron como la señal eléctrica que acciona una alarma. Dentro de mi cerebro sonó dicha alarma y pisé a fondo. Evoqué cómo lo

hacía Rob en sus tiempos de ladrón. La camioneta obedeció y avanzó dando tumbos hacia la valla. Yo me encontraba con los hombros encogidos y la vista al frente cuando el tipo detonó el primer disparo.

—¡Betty, llama a Duncan! —gritó—. ¡Dos endemoniadas están robándome la camioneta!

El primer disparo fue a parar a las luces de posición trasera; el segundo hizo estallar el cristal posterior de la cabina.

—¡Acelera, joder! ¿Quién mierda te enseñó a conducir?

—Mi novio Rob —dije, con los dientes apretados y el sudor saltando sobre el enorme volante.

—¿Un hombre? Ahora lo entiendo todo.

La camioneta atacó la valla cuando el tercer disparo destrozaba el espejo de posición de mi lado. Las ruedas pasaron por encima de los tablones. Por el retrovisor vi al tipo corriendo hacia nosotras. Sin embargo, se dio por vencido en cuanto alcancé la tercera marcha. La camioneta saltaba sobre el terreno como un caballo salvaje. Viré a la menor oportunidad para tomar el camino de acceso y seguidamente adentrarnos por la carretera.

—¡Bien, bien! —repetía Sadie, mientras lanzaba miradas por encima del hombro—. Casi no me lo creo. ¡Nos largamos, tía! ¡Sí, joder!

No recibí la noticia con el entusiasmo de Sadie, puesto que mis piernas temblaban y mi corazón parecía haber decidido alojarse en mi garganta como un horrible obstáculo a la respiración.

Los bandazos de la camioneta habían desaparecido y avanzábamos por un tramo recto, donde pude aplicar el peso de mi pie sobre el acelerador. Recuerdo que detestaba la velocidad de cualquier turismo, sobre todo, cuando iba yo al volante. Sin embargo, la velocidad me pareció escasa en el momento en que vimos el coche patrulla manchando la noche con las luces rotatorias.

—¡Viene por allí! —farfulló Sadie.

Me señaló el vehículo como si por un absurdo motivo alguien pudiese no verlo, imposible teniendo en cuenta cómo la noche se encendía con el maldito resplandor azul. Mi visión se llenó de aquel repentino amanecer, augurio de fatalidad y fracaso.

—Nos han localizado enseguida —añadió—. El puto viejo debe de haber llamado a la poli.

Rob nunca me habló de lo que sentía al huir de la policía, pero yo sí puedo dejar constancia de mi propia experiencia, ya que las sensaciones aún

continúan en un recoveco de mi mente. Sólo debo acceder a dicho rincón y darles rienda suelta.

En aquel instante, no sabía que seríamos capturadas y devueltas a la Institución Morris. Así pues, os ahorraré esa parte del horror. Hay suficiente con entender que yo no era Rob, que mis habilidades a los mandos de un automóvil distaban de cualquier piloto de carreras, y que Duncan encajaba en el perfil de policía corrupto, e imprimió a la persecución su empeño personal por cogernos. Supongo que presentarse delante de la directora Ferguson sin nosotras aumentaba su destreza al volante. Desafortunadamente, no logró el mismo efecto en mí.

El coche patrulla apareció por el siguiente cruce y viró en nuestra dirección, de frente y a una velocidad espantosa. Sadie empezó a chillarme que lo evitara. Colocó sus manos sobre el salpicadero como si tuviera intención de lanzarse contra el parabrisas. Mi escasa experiencia y mis nervios sacudiéndome como una mano gigantesca sólo me permitieron atravesar el arcén derecho y adentrarme en los campos de hierba. La camioneta empezó a dar tumbos, mi cuerpo huesudo brincaba y mis manos apenas podían aferrar el volante.

Entonces Sadie me exigió más atención de la que yo podía permitirme. Me instó a que mirara a mi izquierda porque Duncan había asomado una pistola por la ventanilla.

—¡Está zumbado! ¡Va a disparar! —aulló.

Sin embargo, yo sólo podía permitirme mirar al frente. Todo mi mundo se redujo a aquellos campos y al sonido de los arbustos quebrándose bajo la camioneta, cuyo frontal subía y bajaba similar a un navío en una tormenta en altamar. Mi trasero botaba sobre el asiento, haciendo pensar en una peligrosa atracción de feria.

El primer disparo cortó el aire con un silbido aterrador. Sadie se agazapó en el asiento. Yo aparté mi cabeza como si hubiese recibido un tortazo invisible. Pero no perdí de vista el enorme arbusto que crecía a poco metros. Giré el volante cuando el segundo disparo hizo estallar una rueda. Apenas conseguí esquivarlo, y la velocidad se dedujo considerablemente. Ambas percibimos cómo el lateral izquierdo de la camioneta se declinó y la rueda culpable traqueteaba por el caucho aplastado.

—¡Qué desastre!

Sadie se obstinó en que condujera la camioneta hacia la carretera para tener alguna posibilidad de huida sobre el asfalto. Aunque la idea me pareció

un disparate, era mejor que rodar por los campos. Y el bosquecillo del que habíamos emergido minutos antes, quedaba lejos como para correr allí con un tipo pisándote los talones y dispuesto a disparar. Así que dirigí la camioneta hacia la carretera mientras veía a Duncan realizar una maniobra suicida; el coche patrulla giró sobre sí mismo como solía hacer Rob en casos de emergencia. Cuando tomé la calzada, el automóvil ya venía a darnos caza a la velocidad de un reactor. La camioneta continuaba con su trote fatigado.

Sadie no dejaba de mirar atrás.

—¡Nos va a pillar, tía! ¡Acelera!

—No da más de sí esta tartana. —Hundí el acelerador, con la marcha más alta. El traqueteo de la rueda reventada se acentuó hasta una ruidosa molestia, que me recordaba el inminente fracaso.

Las luces rotatorias atestaron la cabina de la camioneta. Y seguidamente se sucedieron las colisiones contra la trasera.

—¡Detened el vehículo! —demandó Duncan filtrando su voz por un megáfono—. ¡Es una orden!

—¡Gilipollas, no obedecemos órdenes! —masculló Sadie, con unas agallas que me asustaron.

Por el retrovisor, vi el coche patrulla distanciarse para acelerar, a continuación, por la izquierda. Inició una serie de bandazos contra la portezuela. Sentí la mirada odiosa del policía sobre mi rostro. Mi respiración se atascó por el nerviosismo. Las manos me resbalaban en el volante; todo mi cuerpo era un baño de sudor. Los golpetazos pronto hicieron a la portezuela combarse hacia dentro, eliminando una porción de espacio. Por suerte, mi cuerpo espigado cabía en cualquier parte.

Las sacudidas contra la portezuela no cesaron hasta que el cristal de la ventanilla se fracturó en una fina telaraña. Luego Duncan nos dio una tregua de varios segundos mientras preparaba de nuevo la pistola. Yo escuchaba el histerismo de Sadie en un horizonte lejano; su voz apenas parecía un susurro a mi lado. Estaba ensimismada en mí misma, dentro de una cúpula que me distanciaba de cualquier cosa que no fuese escapar del fulgor azul. Cuánto me hubiera gustado tener a Rob allí conmigo y escuchar sus consejos.

Un murete flanqueaba el tramo de carretera por el que avanzábamos. La rueda trasera fue atravesada por una bala y la camioneta redujo más su velocidad. La línea de la carretera se declinó en el parabrisas. El último golpetazo contra mi portezuela redujo la ventanilla a diminutos diamantes sobre mis piernas, y envió la vieja camioneta contra el murete. El choque nos

precipitó hacia delante; Sadie mordió el parabrisas y yo sentí el volante clavarse en mi pecho de cartón.

Escuché el chirrido de ruedas sobre el asfalto y abrirse una portezuela. El taconeo de Duncan se aproximaba. En cuanto me recuperé del aturdimiento, vi a Sadie desorientada por el golpe. Mi puerta se había encallado y necesitó de mano dura para abrirla.

—Quedan detenidas —dijo el policía.

Yo me había apeado y rodeaba la camioneta para ayudar a Sadie a salir. Tenía el mentón magullado y un esbozo de sangre pintaba el parabrisas. Apenas conseguía ponerse en pie. Mi pequeño cuerpo cargó con ella y la arrastré unos metros. Caí al suelo junto con Sadie, y Duncan apareció con el cañón del arma sobre mi espalda.

—Quieta.

Creo que podría haber escapado si hubiese abandonado a Sadie a su suerte. Tal vez, algún arbusto y la noche me habrían escudado de la vista del policía. Y con un poco de suerte, se habría conformado con presentarle a la directora Ferguson una sola pieza de caza. Tal vez, todo aquello hubiese ocurrido así. Sin embargo, nunca lo sabré porque yo decidí quedarme al lado de Sadie. Ella me miraba cuando las esposas de Duncan se cerraron en mi muñeca, y continuaba mirándome al ser introducida en el coche junto con ella.

—No se os ocurra hacer nada raro. Os volaré la maldita tapa de los sesos —amenazó.

—Tenemos derecho a una llamada —apunté.

—Aquí no concedemos ese tipo de privilegios.

El coche patrulla aceleró en la carretera. La Institución Morris emergió de entre un grupo de árboles. Sadie tenía su único ojo cerrado y pensé que cualquier muchacha, por mala que pretendiera ser, veía su resistencia mermada en algún punto de su existencia. Por mi parte, experimentaba un hastío indescriptible. Sólo pude rebajarme al grado de suplicar a un policía.

—No nos lleve a la institución. Preferimos ir a comisaría.

—Tengo orden de llevaron allí inmediatamente.

—Sadie morirá si regresa a ese lugar. Por favor.

—Da gracias que os lleve allí y no a una celda. Cena y leche caliente es lo que os espera en la institución. La directora tiene vuestra tutela actualmente, y vuestros padres están de acuerdo. Asunto zanjado.

—Les hacen algo malo a las chicas.

Entonces Duncan me escudriñó por el retrovisor.

—Oh, eres tú, la muchacha detective.

Guardé silencio. Aquel tipo no parecía entrar en razón, o sabía lo que sucedía y estaba siendo sobornado de alguna manera. Quizá, eso eran los abultados sobres que recibía. El vulgar dinero que compra personas.

Ilsa Ferguson nos recibió en su despacho después de ser debidamente curadas en la enfermería. Nos atendieron y pulieron como a dos perlas hermosas. Y nos sentaron sobre dos sillones lujosos como a dos reinas. Le habían arrebatado a Sadie el expediente de Jody Weisenfeld, y éste dormitaba encima de la mesa del despacho.

En situaciones extremas, se percibe la realidad de un modo lejano e ilusorio, como si todo se debiera a un mal sueño. Pero el expediente de Jody y el semblante sosegado de Ferguson me devolvían de nuevo a la horrible realidad. Me sentí examinada no sólo por la mirada de la directora, sino también por los ojos arrogantes de Elizabeth Morris, semejante a un recuerdo cuya influencia todavía perduraba en ese lugar. El silencio se volvió opresivo. Y cuando creí que a eso se resumiría todo, Ilsa sonrió. No parecía ofendida, su tranquilidad manifestaba una psicopatía desconcertante.

—Me sorprende, señorita Mae Glutz. ¿Qué pretendía llevándose el expediente?

—¿A ti qué mierda te importa? —escupió ella.

—Este expediente ya no es necesario —dijo. Entonces lo cogió, lo rasgó en varios fragmentos y los arrojó al cubo de basura—. Jody está muerta. De la institución no escapa nadie, como habéis podido comprobar.

El comentario me hizo preguntarme dónde estaba entonces el cuerpo de la estudiante.

—Con un coche más rápido lo habríamos conseguido, tía —afirmó Sadie.

—Intuyo que su deseo era mostrar el expediente a los padres. Muy leal por su parte. Es el tipo de cualidades que busco.

—No me hagas reír.

—No es mi intención. Lo que digo es cierto. También os informo de que las cerraduras de los dormitorios de los responsables de la institución, de la puerta principal, y de las habitaciones de las estudiantes, así como de la puerta de la sala de calderas, serán debidamente sustituidas. Digo todo esto porque sospecho que tienen en su poder el juego de llaves que se perdió hace tiempo durante una pelea entre estudiantes.

—¿Cuándo vamos a tus salas de castigo? —preguntó Sadie—. Allí al menos no tenemos que aguantar esta ridícula charla.

—No irán en esta ocasión.

Ambas nos miramos sin comprender nada.

En ese instante, la puerta del despacho se abrió y asomó un rostro urgente.

—Directora Ferguson, sus maletas para partir están listas.

—Muchas gracias, Gladys.

La puerta se cerró con un cuidado temeroso. ¿Maletas listas para partir? ¿Acaso Ilsa Ferguson se marchaba? Al mirar a Sadie aprecié que estaba preguntándose lo mismo. Más tarde me confesó que con la directora fuera habría una oportunidad exitosa de escapar. Por lo visto, aquella muchacha auténtica aún poseía agallas para sobrevivir. Sin embargo, el asunto era mucho más espeluznante.

—He llamado a sus padres, señorita Merrill —declaró la directora—. Les he explicado su mala conducta, y su intento por escapar junto a otra estudiante, obviamente. Siento decirle, señorita Mae Glutz, que su tía ha expresado abiertamente su indiferencia.

La mujer manifestaba una astucia fuera de toda duda. Con aquel aviso, sería inútil llamar a mi madre, puesto que ya tendría la versión edulcorada de boca de Ferguson y tomaría mi versión como un intento desesperado por salir allí. Sin contar con que esa llamada sugería que el teléfono del despacho tenía línea con el exterior.

Fue entonces que reparé en el ajetreo que se daba fuera del despacho; una repentina urgencia parecía haberles cogido a todos por sorpresa. Camino de la primera clase lo comenté con Sadie, pero ella parecía ensimismada en un destructivo sentimiento de venganza.

Capítulo 21

Durante las siguientes noches en vela, continué escuchando esas prisas en forma de taconeo presuroso y en murmullos fantasmales recorriendo los pasillos. Me había habituado a las numerosas excentricidades de la institución, pero aquélla me consumía los nervios. Se trataba de algo tan importante como para pasar por alto nuestro castigo. Incluso la directora parecía dispuesta a abandonar la institución por un tiempo. Me revolvía en mi cama de un lado a otro intentando resolver los interrogantes que me angustiaban.

Ilsa Ferguson empezó a ausentarse de las comidas y las cenas. Se rumoreaba que padecía una enfermedad que la forzaba a recluirse en su dormitorio. Aunque aquellos rumores me evocaban cuando entró en la sala de castigo, yo no dejaba de preguntarme si estaría todo relacionado con sus planes de partida; quizá tuviera que atender asuntos urgentes antes de marcharse.

Una noche me incorporé en la cama. Oí pasar de largo varios pares de pies. Sabía que la puerta del dormitorio estaba cerrada, pero de buena gana habría saltado de la cama, abierto la puerta y corrido detrás de quienes quiera que fuesen. De aquel modo tan particular, recordé que las llaves que había estado utilizando Kathleen habían ido a parar a manos de Sadie. Me preguntaba qué consecuencias podría sufrir yo al despertar a Sadie y pedirle las llaves cuando ella clavó su mirada en mí.

—¿Qué trama la princesa blandengue?

—Necesito salir de este dormitorio.

—¿Ahora? Estás zumbada, tía. ¿No oyes todo el follón que hay ahí fuera?

—Por eso mismo —dije—. Quiero saber qué pasa.

—Y a lo mejor están ya cambiadas, como prometió Ferguson.

Entonces el suelo se estremeció. Un poderoso movimiento, pese a que no despertó a las otras estudiantes que compartían dormitorio. Miré a Sadie, quien se había aferrado a los lados de la cama como en una barcaza a la deriva. Su ojo fijo en mí me hizo adivinar lo que pensaba. El temblor nos resultaba familiar; lo habíamos experimentado bajo nuestros pies la noche

que Big Patty perdió el diario. Eran mis raíces, como decía afectuosamente Kathleen. Mis raíces se desplazaban de nuevo debajo de la institución y me pregunté si era eso lo que provocaba la urgencia de los profesores.

El temblor se produjo por segunda vez, más fuerte y prolongado, como si una máquina iniciase su encendido tras años de silencio. O como si una mano enorme golpeará los cimientos del edificio, pero ambas sabíamos que eran las raíces que intentaban abrirse paso. Con la tercera sacudida, el resto de chicas entreabrió los ojos, para volver a cerrarlos pasados unos segundos.

—Creo que algo malo va a pasar —murmuré.

—¿Qué puede ser peor? Te recuerdo que Kathleen y Big Patty están muertas y ni siquiera van a recibir un entierro respetuoso.

—Tenemos que salir de aquí. Hay que pensar un plan.

Sadie negó con la cabeza. Había deambulado distraídamente cerca de la puerta principal y visto a dos gorilas trajeados custodiándola. Si queríamos escapar, esta vez el plan debía ser perfecto.

Los temblores cesaron. Miré en derredor con la impresión de estar en medio de una falsa sensación de calma, como cuando esperas que un puñetazo surja en cualquier momento entre la oscuridad. Ese instante de temerosa espera donde crees que todo volverá a empezar. Sin embargo, el silencio se heló sobre mi piel y fue la primera vez que eché en falta a mis dos hermanas. Me senté sobre la cama de Sadie.

—Quedamos sólo nosotras, tía —susurré para mis adentros, pero con la esperanza de que ella lo escuchara.

—Me he dado cuenta.

Los sucesos se habían precipitado tan rápidamente sobre nosotras que no habíamos tenido tiempo de asimilar las muertes de Kathleen y Big Patty, ni de pensar en la situación actual. Pero el silencio confabulaba en mi contra y me sentí vulnerable. Me hallaba delante de una «chica mala» con la que jamás habría apostado entablar amistad. Allí estábamos, no obstante, intentando encajar nuestras diferencias para poder trabajar unidas. Éramos dos adolescentes descarriadas —la vida nos había empujado a descarriarnos y encontrarnos— que deseábamos conservar nuestra autenticidad.

—¿Tienes miedo? —me preguntó.

—Siempre he sido menospreciada por mi aspecto, e incluso he sufrido de palizas. Pero esto es diferente, aquí la gente muere.

—Tu padrastro.

—Sí, él. Soy bastante cabezota, ¿sabes?

—Los hombres son unos cerdos. —Sadie se incorporó sobre el respaldo—. Nadie volverá a pegarte. Pasaré por encima de cualquiera que intente hacerte daño.

Allí estaba una vez más la verdadera Sadie Mae Glutz. ¿Qué podía importar un parche en el ojo, si su único ojo emitía más sinceridad que miles de miradas perfectas? Era la forma de amistad que ella conocía: la protección. Quizá, porque no había logrado proteger a su hermano, como yo no logré proteger a mi hermana pequeña. Aquélla era la similitud que nos uniría para siempre. Almas gemelas. Corazones inocentes.

—No tengo miedo —afirmé, convencida de algo que aún no comprendía.

—Yo tampoco —me sonrió.

Sadie se hizo a un lado en su cama y me recosté junto a ella. Escuchaba su respiración en la oscuridad. No estaba enamorada; el reloj corría en nuestra contra y no había tiempo para el amor. Tampoco me sentía atraída por las mujeres, sólo me atraía Sadie Mae Glutz.

—¿Por qué no escapaste a través de los campos?

—Porque la verdadera amistad es como la fosforescencia, resplandece mejor cuando todo se ha oscurecido —recité de memoria.

—Hija de puta —farfulló con humor—. Tú y tu pesada amistad.

En un arrebato me coloqué encima de ella.

—No soy nada pesada como puedes ver.

Aprecié el sensual deseo en su ojo y en todo su semblante. Me abrazó y me arrimó contra ella. Nuestras bocas se reencontraron y liberaron su desesperación. Las lenguas se enzarzaron en una batalla furiosa. Recuerdo cierta crudeza en nuestra primera vez. Supongo que aprovechamos para despojarnos de todo el dolor encerrado. No me contuve, no experimenté pudor, mis manos se deslizaron sobre su piel con una destreza que fui adquiriendo a medida que mi cuerpo ardía. Sus labios murmuraron frases verdaderas en mis oídos; sus manos hallaron los rincones olvidados de mi cuerpo, y el tacto de sus dedos quemaba mi piel blancuzca. El incendio prendió y la explosión creó un espacio donde ambas estuvimos por unos segundos protegidas de toda la calamidad que llena el mundo.

Recuerdo aquella noche con especial ternura. Sobre todo por la paradoja de sentirse llena cuando ningún miembro masculino irrumpe en tu interior con estrépito; Sadie me hizo experimentar plenitud sexual.

Los resplandores del sol accedieron por la mañana y me forzaron a

parpadear violentamente. Las chicas con las que compartíamos dormitorio dormían. Sadie estaba despierta contemplándome con las llaves que había usado Kathleen repiqueteando en las manos.

—Para tus investigaciones, princesa blandengue.

Las atrapé antes de que cualquier profesora asaltara el cuarto bien temprano.

—Pienso averiguar qué pasa aquí. ¿Me acompañarás?

—No creo, yo quiero mirar un asunto.

Fruncí el ceño. No me gustó la forzada indiferencia de su voz, como si eludiera algún asunto peligroso; ya sabía lo temeraria que era Sadie y no quería verla siendo conducida hacia las salas de castigo.

—¿Tienes algún plan?

—Claro, tía —dijo—. Intentaré arreglar unos asuntos y nos marcharemos de este infierno.

El día transcurrió de manera rutinaria y sin nada digno de mención, salvo por lo ensimismada que estaba Sadie. Durante la comida escudriñaba a las ocho rameritas de Ferguson. No le pregunté nada al respecto porque tenía puesta mi atención en las sillas vacías de Kathleen y Big Patty. Eché a faltar las palabras sarcásticas de Kathleen y el modo voraz de comer de Big Patty. El resto de estudiantes mantenían su habitual chachara como si nada hubiese pasado. Sin embargo, para mí el comedor había perdido una esencia importante. Incluso la directora Ferguson había desaparecido.

A la mañana siguiente, denominada Mañana de Esparcimiento, cuya misión era hacernos reflexionar sobre el privilegio que teníamos de pertenecer a la Institución Morris, yo andaba distraídamente por los jardines posteriores. Allí crecían macizos de rosas y tilos que extendían un tapiz sombreado. Algunas estudiantes intercambiaban apuntes escolares con entusiasmo. Cabe recordar que la institución era un centro de enseñanza y seguía cumpliendo con su función, y en casos particulares incluso funcionaba. El ambiente estaba colmado de un agradable murmullo que sugería que todo iba bien, y que la angustia sólo anidaba en mi mente. Supuse que ninguna alumna sabía nada del intento de fuga y las profesoras habrían cubierto cualquier rastro.

Me habría cobijado bajo los tilos de no haber sido por las manzanas del jardinero, que cayeron sobre mí como los tentáculos de un calamar. Me volví hastiada, pensando que podrían ser las hijas de Ferguson. Aun así, la expresión de Bill no me reconfortó en absoluto. Sus ojos hundidos delataban

fatiga crónica y su boca al hablarme se movió con un balbuceo desganado.

—Hace un par de días que Kathleen no viene por aquí para pedirme cigarrillos. ¿Ha dejado el vicio, la mocosa?

La pregunta me hizo pensar en que aquel pobre viejo no estaba enterado de nada.

—Kathleen está muerta, viejo, y Big Patty también.

Su cara se petrificó, como si me hallara delante de un retrato.

—¿Estás bromeando? Apuesto a que Kathleen te ha dado alguna mierda y andas aturdida. Solía decirme que era hija del vicio. Maldita mocosa fumadora de mierda.

A medida que pronunciaba sus palabras, aprecié que el jardinero iba comprendiendo la verdad. Aquel fue su modo de condolencia. Su pésame.

—Apuesto que se ha sobrepasado con alguna sustancia. ¿Qué os pasa a los jóvenes de esta generación? —continuó, y se llevó el dorso de la mano a la comisura del ojo—. Se lo he advertido cientos de veces. No busques en el maldito botiquín. Le daba algún pitillo que otro porque sabía que de no fumar acudiría al botiquín de mierda. —Su voz se quebró según exponía su aprecio por Kathleen—. Esa mocosa era la única que escuchaba mis viejas historias. Sé que lo hacía para que luego le entregase los cigarrillos. Era una mocosa astuta. Mi maldita mocosa.

Ese tipo logró conmoverme. Las personas manifiestan el amor de multitud de maneras, y aquélla fue la suya. No le desvelé nada, permití que guardara su propio recuerdo de Kathleen Maddox.

—Yo también lo siento mucho, tío.

—La echaré de menos.

Recordé que Kathleen le había pedido el periódico para mostrarme la noticia de las raíces.

—¿Tienes periódicos atrasados, Bill?

Hundió la mano en el bolsillo de la camisa, extrajo el paquete de tabaco y se alojó un cigarro en los labios.

—Debo llevar esa carretilla a la sala de calderas —dijo, señalándome la pila de periódicos sobre un carro destartado. Rasgó la cerilla contra la suela de sus botas y arrimó la llama al pitillo—. Todo es quemado en las malditas calderas.

—Me gustaría mirar los periódicos.

—Está bien, pero apresúrate. No quiero ser amonestado.

—¡Seré un rayo, tío! —exclamé, y corrí hacia la carretilla.

Los periódicos tenían varias semanas, pero bastaba para demostrarme que nadie había escapado de la institución. Tras probar suerte con varios periódicos de Past Grove, vi uno que captó mi atención: Continúan las desapariciones de chicas de entre catorce y dieciséis años en el condado de Walker. Las declaraciones del sheriff incriminan a la Institución Morris, la popular residencia de estudiantes ubicada a las afueras de la localidad de Past Grove.

La sangre de mi cuerpo se heló y dejó de circular.

—Qué desastre.

Bill, quien arrancaba las malas hierbas, se volvió.

—¿Ocurre algo?

—Nada, nada.

Otro periódico decía algo similar a esto: El paradero de Jody sigue siendo incierto. Se sospecha que podría haber usado un autocar en dirección a Hoover, lugar de procedencia de la muchacha. Los padres aseguran que su hija no se ha puesto en contacto con ellos todavía.

—Qué desastre —repetí, esta vez con cuidado de no molestar al jardinero.

Más periódicos: Se halla una alumna ahorcada en la polémica Institución Morris. Este nuevo caso abre el debate entre la comunidad de vecinos que están dispuestos a destapar, según sus declaraciones, a la residencia de estudiantes y desmoronar de una vez por todas su macabro cometido.

Me volví para mirar a Bill, estaba en cuclillas arrancando unos matojos en torno a un grupo de amapolas. Supuse que en la institución nadie o casi nadie prestaba atención a los periódicos. Puesto que aquellas noticias levantaban sospecha.

La directora Ferguson no mintió. Sin embargo, lo que no mencionó fue dónde estaban los cuerpos de las muchachas supuestamente fugadas. Mi cabeza dio rienda suelta a la imaginación para hallar un posible paradero. Las incógnitas encallaron los engranajes de mi cerebro, y fatigada, fui al encuentro de Sadie para comentarle mis sospechas. No la vi por ninguna parte y pensé que deambularía a sus anchas con su plan de huida.

Por la noche me armé con mi ropa negra y usé la llave de Sadie para abandonar el dormitorio cuando el servicio de guardia nocturna se hubo alejado lo suficiente. Tuve suerte, porque aún no habían cambiado las cerraduras. Recorrí los pasillos en silencio, mirando constantemente por

encima del hombro. Avanzaba por el itinerario utilizado decenas de veces con mis hermanas. Sólo que en esa ocasión iba sola y no tenía a mi disposición las habilidades de Kathleen. Aunque llevaba conmigo dos cucharillas de café, que harían de gonzúa, no sabía si darían resultado. Mi aventura personal podía finalizar en fracaso y yo encerrada de por vida en una sala de castigo. Pero estaba dispuesta a pagar el precio por averiguar dónde se hallaban los cuerpos de Jody Weisenfeld y de las demás alumnas desaparecidas, así como de Kathleen Maddox. Muy a mi pesar, supuse que Big Patty yacía en las entrañas del dóberman de la directora Ferguson.

Me detuve delante de la puerta de madera que ocultaba la estancia en que había pasado horas inolvidables. Introduje los extremos de las cucharillas en la vieja y espaciosa cerradura y hurgué con torpeza. Insistí varios minutos. La frustración se apoderó de mí. De buena gana habría aporreado la puerta hasta echarla abajo. Decidí a probar suerte con las cucharillas por enésima vez cuando oí unos murmullos procedentes del corredor a mi derecha, el corredor que Sadie me reveló que conducía a las salas de castigo.

Mis manos se inmovilizaron sobre las cucharillas todavía dentro de la cerradura, mientras el corredor se colmaba con más murmullos conspiradores. Extraje las cucharillas y penetré las tinieblas del corredor, empujada por una curiosidad invencible. A medida que avanzaba, nuevos sonidos recrearon una atmósfera siniestra. El aleteo del fuego danzaba sobre los postes de madera asidos a los muros. Mis pasos se convirtieron en ecos delatores y me sentía caminando por el pasadizo de un castillo medieval. Los murmullos crecieron y adquirieron formas reconocibles. Creí distinguir la voz de Ilsa Ferguson; sin embargo, parecía imposible, por el extraño matiz cavernoso. Surgió una voz joven y asustadiza que parecía pedir piedad. Continué profundizando por el corredor cuando una sacudida de tierra me obligó a apoyarme en los muros. Pese a que experimenté el calor de una antorcha en mi rostro, mi corazón emitía un frío glacial. Aquellos temblores me resultaban horriblemente familiares.

—Ahora o nunca. Lo que quiero encontrar está allí mismo.

Caminé despacio, con la impresión de pisar sobre suelo inseguro, arenoso. El fuego de las antorchas desveló paredes de tierra. Me hallaba en una zona antigua de la institución. Los murmullos pasaron a ser voces malsanas. El terror derrumbó las defensas de mi mente y saltó al interior de mi cuerpo como un lodo repugnante.

El corredor se había estrechado y daba acceso a una espaciosa caverna

iluminada por el fuego ceremonial que sostenía en las manos una gigantesca figura rocosa y agazapada. Adiviné que se trataba de un ídolo tallado en la roca viva del subsuelo. Me sobrevino una sensación primitiva de horror y deseé que la luz jamás hubiera sido creada; la oscuridad habría ocultado el escenario del que nacían los gritos que había escuchado algunas noches.

El peso de los cadáveres mecía las cadenas del techo con una melodía de óxido y dolor. Sus brazos colgaban sin esperanza de poder aferrarse a nada más que al vacío. Diversos de aquellos cuerpos presentaban líneas rojas provocadas por el extremo de un látigo. Una enorme jaula pendía del techo y en su interior había un cadáver putrefacto cuyas cuencas eran la morada de multitud de formas de vida rastreras y nauseabundas. A escasos metros se erguían dos tablones cruzados diagonalmente provistos de grilletes. Otra estudiante muerta tiempo atrás permanecía sentada sobre los pinchos de una silla de tortura; su cuerpo exhibía miles de agujeros.

En medio de aquel horror llegué a ver a las herederas de Elizabeth Morris en torno a un catre sobre el que yacía una estudiante desnuda profiriendo alaridos. Una enorme roca accionada por poleas depositaba todo el peso sobre su vientre. Una figura ataviada con una túnica manipulaba la palanca fijada a la pared. Un grupo de ocho figuras encapuchadas, que sugerían ser las hijas de la directora, se mantenían a una distancia moderada, como espectadoras respetuosas. Ilsa Ferguson, con los brazos alzados en gesto de devoción, recitaba versos malditos en una jerga que no parecía humana; incluso su voz estaba dotada de un matiz ronco, como si una bestia hablara por ella. Sus ojos refulgían de color verde. Y aprecié en su cara una satisfacción trastornada.

Un temblor provocó el desprendimiento de una porción de pared, y de varias hendiduras florecieron las raíces, que se propagaron por encima de aquella ceremonia, husmeando, presintiendo el dolor que atestaba toda la caverna. Algunos extremos se enroscaron en el antebrazo derecho de Ferguson, de un modo delicado, como una mascota reconociendo a su amo. Ella amplió su sonrisa en una mueca seductora y retorcida. Otra raíz acarició su pantorrilla y ascendió hasta su entrepierna y buscó la humedad interior. La mayor parte de las raíces aleteaban en el aire con visible frenesí, por encima del cuerpo de la víctima, esperando el culminante horror que la directora Ferguson brindaría en cualquier momento.

Allí, agazapada tras una formación de piedras junto a la entrada de la caverna, llegué a comprender que fue Ilsa Ferguson quien había invocado a

las raíces con su letanía incomprensible, provocando así los temblores y las consecuentes hendiduras por las que habían surgido. Aquella mujer era la sacerdotisa de un culto abominable, y poseía la capacidad de amansar a las raíces.

La muchacha bajo la gran piedra no dejaba de chillar y salpicar con su suplicio todo en derredor; aprecié cómo las raíces se agitaban enfurecidas en un éxtasis que las cebaba. Las figuras allí congregadas velaban sus caras con la negrura de los capuchones de túnicas; pero Ferguson, cuyo semblante se exhibía feroz y orgulloso, reía descaradamente. Risas que delataban la suciedad de su alma; las risas de un mundo corrupto que se creía con el derecho de juzgar a muchachas verdaderas, hermosas chicas inocentes y únicamente manchadas por sus ansias de vivir y sentir. Y en el peor de los casos, los errores cometidos por ellas se atribuyen a la mera ignorancia. Doy fe de haber sido testigo de aquellos horrores en la Institución Morris, una residencia escolar destinada a adoctrinar a las nuevas Elizabeth Morris e Ilsa Ferguson del mundo.

La roca se elevó con el único motivo de engañar a la desgraciada, ya que al alcanzar una altura de varios metros la polea fue soltada deliberadamente por las manos que manipulaban la palanca. La roca aplastó el vientre de la muchacha y el alarido fue absorbido por las raíces como un manjar.

Me alcé debido a la impotencia que experimenté. Nunca había visto matar a nadie y aquella visión me sacudió por completo.

—¡Deteneos! —exclamé.

Las figuras se volvieron en mi dirección y me examinaron. Cuando advertí mi error, recé para que las tinieblas reinantes en el rincón hubieran mantenido mi anonimato. Sin embargo, la sonrisa de interés de Ferguson me hizo sospechar que me había reconocido.

Salí corriendo con todas las fuerzas que daban de sí mis piernas. Avancé con la sensación de que en el momento menos esperado brotaría una raíz y me arrojaría al suelo. Pero llegué al dormitorio, salté sobre mi cama y me cubrí con la colcha hasta que dejé de temblar.

Apenas logré dormir aquella noche. A la mañana siguiente, mis párpados sellados se negaban a mantenerse arriba. A través de numerosas legañas aprecié la figura tosca de la profesora encargada cada mañana de incentivar nuestro despertar. Obviamente, estaba lejos de conseguirlo y cada mañana era una batalla de protestas, silenciada siempre en cuanto se aludía a la directora Ferguson. No era la falta de sueño lo que entorpeció mi despertar,

sino las imágenes que permanecían en mi recuerdo semejante a esbozos del infierno. Sobre todo, la repentina sensación de que algunas profesoras me observaban más de la cuenta, como si hubieran sido informadas de mi presencia en la ceremonia. Tocaba clase de Educación para Señoritas Casaderas, siempre experimentaba una arcada al entrar en dicha clase; arcada que siempre retenía, pero en esa ocasión habría vomitado gustosa contra los vestidos que pendían de las perchas. Quizá vomitar hubiese liberado algo de mi tensión acumulada. La clase transcurrió sin novedades dignas de mención, salvo por la disparatada paradoja: por un lado, encorsetaban a muchachas dentro de lujosos vestidos para ser seleccionadas por hombres distinguidos. Mientras, por otro lado, se deshacían de las estudiantes conflictivas y auténticas en ceremonias como la que había presenciado. Educación, elegancia y obediencia eran las cualidades que debían definir a una mujer casadera. ¿Por qué exigir las cualidades mencionadas, si las mujeres que se hallaban a la cabeza de la Institución Morris eran depravadas y repelentes? Llegué a pensar que había una doble vara de medir. Una élite que no debía atender ninguna obligación, como las hijas de Ferguson, y otro grupo de muchachas que eran utilizadas a su antojo. En cualquier caso, muchas estudiantes empezaron a aceptar las condiciones y a lucir el atuendo reglamentario; se desprendieron de su vieja ropa para enfundarse el nuevo y educado aspecto de chica sonriente y estúpida.

Al salir de clase, con el estómago revuelto con la pasta del odio, vi al jardinero empujando por los pasillos el carro con lotes de periódicos atrasados. Supuse que ese viejo tendría las llaves para acceder a la sala de calderas; utilizar gonzúa como hacía Kathleen no me había dado resultado. Y necesitaba entrar en la sala para mitigar el pensamiento palpitante que se había encallado en las paredes de mi cerebro.

—Eh, Bill. ¿Quemando viejos periódicos otra vez?

Detuvo el chirrido de ruedas y extendió las comisuras de la boca en una sonrisa desganada.

—Haciendo mi trabajo lo mejor posible, como podrás imaginar. Aunque he tenido que esperar más de la cuenta para poder entrar a la sala, por lo visto, algún cretino ha tenido la idea de cambiar la cerradura.

Me aproximé de forma distraída. Multitud de estudiantes avanzaban con libros abrazados al pecho y expresiones cohibidas. Pero nadie pareció reparar en mi presencia. Incluso Sadie había desaparecido entre el bullicio.

—¿Alguien más aparte de ti tiene acceso a la sala de calderas? —

pregunté.

—A veces me encuentro con restos de colillas, pero no he querido dar parte a la directora, por sospechar de que sólo se trata de estudiantes.

Apliqué mi intento por sonreír.

—Me refiero a profesoras o algo por el estilo.

El jardinero miró por encima del hombro. Su semblante se había ensombrecido y, antes de contestar, tensó su red de arrugas faciales.

—Pues... eso parece, pero no quiero hablar de ello. Me metería en un lío.

Su respuesta fue lo suficientemente buena como para hacerme deducir que alguien más utilizaba la sala.

Bill miró al frente y comenzó a alejarse por el pasillo. Gesto que comprendí en cuanto unas manos rudas me forzaron a volverme y contemplar a la señorita Gladys. Me dijo que debía acudir inmediatamente al despacho de la psicóloga. Me excusé con que iba a llegar tarde a la siguiente clase.

—Se le ha concedido un permiso especial para ausentarse durante todo el tiempo necesario.

Todo el tiempo necesario sugería una cantidad de tiempo indeterminado y que bien podría ser para siempre si deseaban deshacerse de mí, como hacían con las estudiantes más rebeldes, y en mi caso no era necesario añadir adjetivos, salvo «chica mala».

Gladys me custodió hasta el despacho, cuya amigable esencia había desaparecido y lucía su verdadera naturaleza. Patricia Krenwinkel permanecía sentada tras el escritorio, con una mirada severa y los brazos cruzados. El pequeño portarretratos del niño que había visto en mis anteriores visitas no estaba sobre la mesa. Supuse que éste había formado parte del encantador escenario para engatusarme y hacerme pensar que Patricia era una hermana mayor; en ese instante, se encontraba lejos de tal definición. Exhibía las gafas que le proporcionaban el aire intelectual y también un frío traje negro de ejecutiva. Su expresión era de visible arrogancia, sus ojos emitían un aterrador desprecio hacia mí. Aquella era la verdadera apariencia de ella, sin falsas amistades ni adornados formalismos, una seguidora de Ilsa Ferguson y sus oscuros propósitos. Tan despiadada como ella. Incluso la figurilla de rata de cloaca parecía examinarme con desaprobación, y no dejaba de apreciar el espantoso parecido con el enorme ídolo que vi durante la ceremonia.

La puerta se cerró con un estrépito poco piadoso y me hallé en medio

del despacho como si se me estuviera juzgando en un tribunal militar. Sabía que aquella visita extraordinaria no se debía a mi estado de salud o cualquier otro problema personal. Sencillamente me habían visto en la ceremonia cuando alcé mi grito. Me arrepentí entonces de mi inconsciente coraje. Me pregunté cómo abordaría Patricia el asunto de mi presencia en la ceremonia. Si se andaría con rodeos y cuidadosos eslóganes o pasaría a la acción.

Me invitó a que tomara asiento con un gesto de mano automático. Le obedecí sin rechistar, pues habiendo sido testigo de sus métodos, no era momento de replicar.

—Te vimos en la ceremonia.

Adiviné que deseaba tomar las riendas de la situación sin miramientos. A las dueñas de la institución les traía sin cuidado mi intromisión; yo no representaba una amenaza.

—No me desagrada del todo tu pasajera rebeldía adolescente —continuó—. Comprendo perfectamente tu actitud y por todo lo que atraviesas. Sin embargo, me veo en la responsabilidad de avisarte de tu mal derrotero. La directora Ferguson me ha dejado al cargo de tu caso, por última vez. La oportunidad se te concede porque ha llegado a mi oídos tu interés por nuestra orden, leyendo algunos libros a disposición de las estudiantes.

Decidí seguir su ejemplo e ir al grano.

—¿Dónde están los cuerpos de todas las estudiantes que desaparecen?

—Se me ha dado permiso para explicarte cómo funciona la Institución Morris. Somos las guardianas de un viejo legado tan antiguo como lo es la especie humana. Nuestro grupo trabaja exclusivamente con mujeres por petición expresa de Ilsa Ferguson, pero también hay miembros masculinos desempeñando algunas tareas básicas. Las estudiantes más aplicadas pueden formar parte de la orden y crecer en ella y vivir en ella. Ésta fue la decisión que yo tomé hace muchos años, en mi graduación. Y créeme cuando te digo que no he tomado una decisión de la que me sienta más orgullosa.

Empecé a removerme en el sillón, nerviosa y con un sentimiento detestable.

—Tía, habéis matado gente.

—Nuestros métodos son para protegernos y proteger la orden. Sé que no lo comprendes debido a tu edad, así como a tu falta de perspectiva. Careces de experiencia para entender el privilegio que se te ofrece.

—Kathleen tenía razón, estáis chifladas.

—Terminaré de exponer los asuntos. Espero que aprecies esta

honestidad —declaró—. Estamos gestionando el crecimiento de una poderosa energía que lleva instalada en esta zona desde hace milenios.

—La esencia de Past Grove.

—Correcto —sonrió Patricia con orgullosa malicia—. Debido a nuestra delicada posición social y legal, hallar candidatos competentes es un proceso lento y que requiere paciencia. Nuestra filosofía de trabajo es discreta y poco ruidosa, no nos extendemos por el mundo como lo hicieron en el pasado las instituciones religiosas más poderosas; utilizar el expansionismo bélico contribuiría a perder de vista nuestra meta de sólo dar cabida a los sujetos más extraordinarios. Por eso se construyó esta institución, para acoger a las muchachas descarriadas del mundo y darles la oportunidad de sus vidas. Escogemos a las mejores alumnas. Las que no son de utilidad las desechamos para dar cabida a otras posibles candidatas. Todo es lógico y perfecto. En la localidad de Past Grove tenemos miembros adultos reorganizándose de nuevo, puesto que hace unas semanas sufrimos un ataque por parte de un profesor y una adolescente, que acabó con una congregación casi al completo.

—No es perfecto, es retorcido y asqueroso.

—Somos el futuro —declaró—. A diferencia del resto de instituciones religiosas, impuestas a la fuerza por estar descaradamente falseadas, nuestro movimiento parte de la verdad y no necesita de presión alguna ni de engaños para ser aceptado. Sencillamente preguntamos a la persona si desea formar parte de algo nuevo y de vital importancia. Todo es real como tú misma has podido comprobar, Connie. —Entonces ocurrió algo insólito, que todavía me pregunto si no fue fruto de la locura. Sin embargo, expondré los asuntos como los recuerdo. La sonrisa de Patricia se extendió de forma artificial, como si las manos invisibles de un artista remodelaran un rostro de arcilla. Sentí miedo al deducir que esa sonrisa no era ya de Patricia Krenwinkel. Los ojos de ella dejaron de mirarme, parecían mantenerse fijos en la periferia, con la sensación de vacío que esto provoca. La mujer era similar a un cascarón de carne en cuyo interior anidaba ahora una extraña manifestación. Con la voz rasgada, el cascarón, habló—: Yo soy la verdad.

No pude o no supe replicar. El terror había anulado mis capacidades humanas, y me sentí tan vacía de respuestas como probablemente lo estaba el cuerpo de Patricia de ella misma. Su semblante se contorsionó hasta dar forma a una apariencia monstruosa. Los labios se secaron y perdieron el color saludable. La piel de la cara, cuidada y limpia de imperfecciones, adquirió la

rugosidad del papel arrugado. Los ojos se abrieron, coléricos, y relampaguearon en un tono verdoso. Era la misma horrible metamorfosis que había padecido la directora Ferguson. Me levanté del sillón y alcancé la manivela de la puerta y tironeé, pero no se abrió.

—No temas, Connie. —Era de nuevo la voz de Patricia.

No me atreví a volverme. No sabía si sólo su voz era natural o si el resto de su cara continuaba con la forma demoníaca.

—Te concedo unos días para pensar en todo esto.

Me pareció escuchar un leve chasquido metálico, y al tirar de la manivela de la puerta, ésta cedió, como si nada hubiese ocurrido anteriormente y todo se debiera a mi nerviosismo. No puedo añadir más detalles. Me limité a abandonar el despacho sin mirar atrás. Me traía sin cuidado si era Patricia quien permanecía sentada o una criatura horrible. La ignorancia es buena compañera en determinadas ocasiones. Y yo me aferré a esa compañera durante todo el día, hasta que llegó la noche.

Sadie se encontraba tumbada sobre su cama. Parecía profundamente reflexiva. Sin saludarla y ni siquiera dirigirla la mirada, salté encima de mi cama como una niña asustadiza y me cubrí con la sábana. Esto puede sugerir un gesto infantil; sin embargo, cuando el miedo real te atenaza parecemos buscar algo con que escudarnos, algo que nos aleje de donde estamos. Y mi único modo de escapar de aquel entorno maldito fue ése. Cerré los ojos y traté de controlar la respiración, pero mis pulmones parecían encharcados con fango repugnante y dificultaban mi respiración. Posé mi mano sobre el pecho, bajo cuya piel golpeaba el corazón con excesiva fuerza. De haber continuado así, estoy segura de que habría sufrido un paro cardíaco. Fue Sadie quien acudió a mi rescate.

—¿Qué te pasa, tía?

—Estoy jodida.

—¿No me digas?

—Creo que quieren matarme o hacerme algo raro.

No hallo un modo narrativo de expresar el terror humano. Los adjetivos y las florituras literarias no parecen suficientes. Sólo aquellos que lo han experimentado en toda su intensidad pueden tal vez apreciar un atisbo de lo que sentía. Mi estancia en la Institución Morris estaba demostrándome que el mundo es mucho más despiadado de lo que jamás habría pensado. Si rechazaba la petición de Patricia, aquellas mujeres depravadas acabarían con mi vida de una forma atroz y humillante. Pasaría a ser sólo un nombre en la

lista de personas desaparecidas de Estados Unidos; un nombre anónimo que no sugeriría más que una chica inadaptada en un mundo donde es imposible adaptarse si no se está completamente loco.

Seguía con los ojos cerrados cuando noté que Sadie se sentaba a mi lado y manoseaba la sábana para entrar en mi pequeña morada de miedo. Me rodeó con los brazos.

—¿Por qué hemos tenido tan mala suerte en la vida? Dime.

—Mi madre era una pesada, pero solía decirme que la vida prepara los caminos para que dos personas se encuentren —me dijo—. Creo que después de todo, yo soy afortunada.

Abrí los ojos y mi temor se disipó, al menos la primera capa; el resto de capas permanecían en mi mente turbulenta. Sadie sonreía, yo sonreía. Pero eso sólo duró hasta que empecé a relatarle mi experiencia por los corredores y durante la ceremonia.

—Joder, tía. ¿Andas como Kathleen, drogada perdida?

—¿Eh? Pues claro que no. Es todo verdad.

—Pues menuda historia —dijo—. No me extraña que quieras ser escritora.

—Suena increíble, lo sé.

Sadie guardó unos segundos de silencio y, cuando finalmente me comentó lo siguiente, supe entonces que estaba detrás de la pista adecuada.

—Yo también vi algo curioso. Vi a varias personas encapuchadas arrastrando bolsas de basura.

—¿Bolsas de basura? —inquirí.

—Sí, unas jodidas bolsas negras de basura. Las dejaron en la sala de calderas.

—Qué raro que nunca hayamos visto esas bolsas en nuestros encuentros allí.

—Estás sospechando que las bolsas contienen a las estudiantes desaparecidas, ¿a que sí?

Hice un gesto de asentimiento con una cara sombría.

—Empiezo a conocerte poco a poco —dijo, entusiasmada.

—¿Y qué hacías tú por allí?

—Mirando posibles formas de escapar de aquí, ¿qué mierda iba a hacer, tía?

Acordamos entrar en la sala de calderas y mirar el contenido de las bolsas de basura.

—Antes necesito atender un asunto —murmuró.

—¿Qué asunto?

Suspiró y fijó su vista en el regazo. Apretó los puños con fuerza. Conocía ese gesto, realizado por mí centenares de veces cuando debía detener una rabia que amenazaba con estallar. Era la impotencia de las «chicas malas».

—¿Qué te pasa, Sadie?

—No es importante.

—Sí lo es. Conozco a las chicas como tú, las chicas con el espíritu roto. Intentamos recomponer siempre nuestros pedazos, y lo hacemos a solas, pero es más fácil hacerlo con alguien cerca. Nos tenemos la una a la otra. Cuenta conmigo. ¿Me oyes? Cuenta conmigo. Nos apoyaremos.

—No dejo de pensar en lo que me hicieron, en la humillación.

—Lo siento mucho, ni te imaginas cuánto.

—Incluso he tenido un par de pesadillas —confesó, con aire de derrota.

—Comparte conmigo tu dolor, Sadie. —Yo no era más fuerte que Sadie, jamás habría afirmado una estupidez semejante. Aquella chica de acero era indestructible. Sin embargo, el profundo cariño que había ido uniéndonos me forzaba a decir aquellas palabras. Odias ver sufrir a quien amas.

Nos abrazamos de nuevo.

—Tengo que hacer algo, tía, o me volveré loca.

—Lo haremos, Sadie —le susurré al oído.

—Creo que nunca me he sentido tan cerca de alguien.

—Ni yo.

—Ojalá podamos salir de aquí y vivir una vida juntas. Las dos —La ferocidad de Sadie estaba agotándose y todo aquello era lo que había al otro lado de su espíritu quebrado: cariño, sinceridad, afecto. Supongo que es lo que hay detrás de cada persona dañada y que desea entregar todo lo bueno que tiene.

Aquella noche dormimos en la misma cama, pero nos limitamos a atar los cabos sueltos y a reconocer que no éramos Kathleen Maddox y necesitábamos la llave del jardinero para entrar en la sala de calderas. Sadie esbozó un plan temerario, producto del dolor y la desesperación, aunque me aferré al plan. A la mañana siguiente no hubo palabras de consuelo ni más flaquezas por nuestra parte. Nos calzamos en el papel de «chicas malas». Sadie apareció de pronto por el pasillo, con un semblante rudo y atento; aquélla era la expresión que solía usar a diario y cuando la vi por primera vez

saliendo del despacho de Patricia Krenwinkel. Se aproximó a mí lentamente, como si estuviera en posesión de un terrible secreto. Toda su determinación se encontraba reunida en su ojo sano. Tras asegurarse de que nadie miraba, se levantó la camiseta y dejó al descubierto el mango de un cuchillo de carnicero.

—Con esto nos entregará las llaves. Te lo aseguro, ya lo verás — masculló con una vocecilla conspiradora.

No me atreví a ponerlo en duda. Y aunque el plan tenía altas dosis de vandalismo, quién era yo para excusarme. Sobre todo en un entorno como el de la Institución Morris.

Durante la noche sentí la mano presurosa de Sadie sacudirme.

—Despierta. Es la hora de mirar dentro de esas bolsas de mierda.

Cuando los pasos del servicio de guardia se alejaron, salimos al pasillo. Caminamos a hurtadillas hacia el dormitorio del viejo Bill, en cuya puerta no estaba echado el cerrojo. Las normas de protección ante muchachas potencialmente peligrosas sólo se asignaban al personal de mayor categoría. El jardinero no participaba del culto y era un sujeto desechable. Mientras avanzábamos, escuchaba la respiración de Sadie y el siseo de nuestros pasos sobre la alfombra de esa parte del pasillo. Empujamos la puerta sin problemas. Las sombras velaban por el viejo Bill. Sentí lástima al ver a Sadie saltar sobre su cuerpo y colocarle el filo del cuchillo en el cuello.

—Despierta, hijo puta.

—Tranquila, es un buen hombre.

—Todos lo son, hasta que piensan en hundirte su sucia polla.

El jardinero abrió los ojos sin dar crédito a lo que sucedía, por su expresión pensé que se creía dentro de una pesadilla. Despertar frente a la mirada maliciosa de Sadie podría causar ese efecto. Bill parpadeó repetidas veces. Al fin comprendió que el cuchillo que empuñaba Sadie era bien real.

—Dame la llave de la sala de calderas —masculló.

El viejo balbució palabras ininteligibles, sus labios se movieron con la torpeza de un lisiado.

—Espabila, gilipollas, se ha terminado tu siesta. —Sadie lo abofeteó, y antes de que el jardinero propinara un grito, ella le cubrió la boca—. Sin gritar. Si gritas, te rajo. ¿Lo has comprendido?

Bill asintió al tiempo que sus ojos enloquecían en las órbitas. Permitimos que se incorporara sobre el respaldo del catre y nos miró sorprendido al reconocernos.

—¿Dónde está la llave? —inquirió Sadie, sentada a su lado.

—¿Qué hacéis aquí? Si os pillan, os castigarán. Y ya sabéis cómo funciona este lugar.

—Cállate, de ti sólo queremos la llave.

—Connie, por Dios, ¿qué haces tú aquí?

Procuré calmarlo. Estaba realmente asustado.

—Tranquilo, Bill. No te vamos a hacer nada.

—Yo no estaría tan segura —añadió ella, presionando el filo contra el cuello—. La llave, tío, no quiero estar más tiempo cerca de ti. Hueles a abono para plantas.

Señaló la mesita de noche.

—¿En el cajón? —le pregunté.

—Sí, pero no sé qué pretendéis conseguir entrando en la sala de calderas. Allí no hay nada. —Entonces el brillo de los ojos se acentuó—. Así que sois vosotras las que entrabais algunas noches.

—Esto no tiene nada que ver —le dije—. Necesitamos comprobar una cosa, Bill. Nos iremos enseguida. Pero no se lo digas a nadie. Por favor.

—No lo haré —aseguró.

—Más te vale. No dudaré en regresar y degollarte, hijo puta.

—Estáis cometiendo un error —dijo él.

—Y ahora quietecito —ordenó Sadie de un modo cinematográfico—, no vayas a dártelas de superhombre.

Teníamos la llave de la sala. Y con aquella sensación de victoria, corrimos por el pasillo en dirección a las escaleras que descendían al subterráneo. Plantadas delante de la puerta, yo miré hacia el corredor que había tomado la pasada noche.

Sadie, con la puerta abierta, murmuró:

—¿Por allí se va a la caverna de la que me has hablado? También se va a las salas de castigo.

—Sí.

—Parece un museo del horror, un museo de mierda. —Entró y accionó la pequeña bombilla del techo—. Aquí están.

Me coloqué a su lado.

Eran dos bolsas de basura enormes dormitando en un rincón. Una vacía, pero la otra, por el modo de sonar a las patadas de Sadie, contenía lo que quiera que fuese. Se inclinó y rasgó la bolsa con el cuchillo. Cuando agrandó la hendidura con la mano, los miembros amputados se precipitaron por el

suelo.

—Joder —graznó Sadie, que retrocedió un paso—. Son las putas estudiantes troceadas.

Una cabeza rodó junto a mis botas. Un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, como si los labios muertos que decoraban el rostro hubiesen descargado su último aliento de vida sobre mí.

—¡Es Jody! ¡Me cago en la puta! ¡Es Jody! —exclamó Sadie.

Las palabras de ella irrumpieron dentro de mi cabeza, tuve la impresión de que se convertían en una pasta pegajosa de la que era difícil librarse. Siguió rumiando maldiciones al causante de semejante crueldad, mientras yo me distanciaba de su voz y de las bolsas de basura. Con un resultado más espantoso si cabe. Mi espalda dio contra la caldera cuyo metal emitía un calor reciente. Me volví. No resultó complicado manipular la abertura para abrirla.

Aunque me distancié de las palabras de Sadie, eran los gritos de las incontables muchachas que habían reducido a cenizas los que clamaban en mi mente.

—¿Qué es todo esto? —dijo ella a mi lado.

—Están chiflados —dije, conmemorando la frase de Kathleen. Sabía que aquellos crímenes necesitaban un adjetivo más adecuado, pero mi mente había enmudecido.

En el interior de la caldera, las cecinas espolvoreaban cada rincón, varios huesos supervivientes asomaban debajo del velo grisáceo. Aprecié un pendiente anónimo parcialmente enterrado.

—Dios mío, no podemos acabar así —murmuré—. No merecemos acabar así. Nosotras no.

Sadie se arrimó más a mí y me cogió la mano, en un gesto de hermanas, dos almas aterradas frente a la visión de la abominación humana.

Capítulo 22

Resultaba difícil dormir después de haber visto el horrible final que aguardaba a las estudiantes que osaran imponer su autenticidad frente a la voluntad de Ilsa Ferguson. Había pasado dos días asustada y pegada todo lo posible a Sadie, quien había obrado de igual manera. Ambas temíamos lo mismo: ser amarradas al catre utilizado para infundir dolor a las muchachas desechadas y finalmente troceadas y quemadas. Mi piel ardía de odio al pensar que quizá podría verme en la misma situación que la chica que había visto gritando en la ceremonia. Sobre todo al pensar que vería el rostro de la directora Ferguson corrompido por el placer de mi sufrimiento. Por aquellos motivos dormir se había convertido en algo imposible y debíamos mantenernos alertas en todo momento. Fue aquel estado de vigilia el que nos permitió percibir antes que nadie los temblores que se desataron. Los más poderosos hasta la fecha. La cama saltaba bajo mi cuerpo y el de Sadie. Las sujeciones que unían los armarios a la pared se desprendieron y éstos se precipitaron hacia delante; uno de ellos se volcó sobre la cama vacía de Leslie Van Houten. Las estudiantes del dormitorio se incorporaron entre alaridos. El cristal de la ventana se rasgó y los fragmentos fueron a parar al suelo con un ruidoso estrépito.

—Nunca ha sido tan fuerte —dije.

—Otra vez los putos temblores —masculló una chica, cuyo flequillo ocultaba parcialmente su cara.

Sadie había saltado de la cama para coger el juego de llaves.

Entonces se escuchó correr por el pasillo al personal de la institución. Los pasos asemejaban la marcha de un pelotón de soldados.

—Si abres ahora te verán —le dije.

Haciendo caso omiso a mi advertencia, Sadie introdujo la llave en la cerradura y giró. Accionó el interruptor de la luz. El pasillo se había convertido en un enloquecido ir y venir de profesoras. Resonaron algunas puertas y al ajetreo de pasos se sumaron los gritos de las estudiantes. Parecían estar abriendo todas las habitaciones.

—¿Qué está pasando, joder? —inquirió una estudiante de nuestro dormitorio.

Sadie guardó la llave en los tejanos que se enfundó con la velocidad de un presidiario.

—Vamos, Connie. Está pasando algo raro. Esto no es normal.

Sin decir palabra, embutí mis huesos en unos pantalones y una camiseta blanca. Rodeé mi muslo derecho con la tela del vestido de mi hermana.

—¡Rápido, tía! —dijo Sadie.

—Esto viene conmigo.

—Andando.

La pintura de las paredes del techo empezó a cuartearse y a llover sobre el suelo como nieve. Antes de salir vi a las estudiantes del dormitorio vestirse. Sadie y yo nos detuvimos en medio del caos que reinaba en el pasillo.

—¿Qué es todo esto? —quise saber.

Nuestros pies temblaban bajo el suelo inestable.

—Parece un puto terremoto.

—Imposible —dije.

Sadie me atrapó de la muñeca y me arrastró con ella por la marabunta de rostros desencajados por el miedo. Una muchacha miraba el techo, sin haberse percatado de que no tenía sostén y sus pechos blancos pendían hasta el vientre. Su cara pecosa apenas dejaba espacio a la cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda. Fue empujada por un pelotón de estudiantes que avanzaba hacia el final del pasillo. Sadie y yo nos sumamos a la marcha mientras los cuadros se desprendían al suelo, los listones que revestían las paredes saltaban como un muelle. Una tabla provista de clavos alcanzó a una chica en el rostro con el obvio resultado de quedar decorada con un par de heridas sangrantes. La estatua medieval del final se desmoronó hacia delante, haciendo que varias alumnas cayeran de bruces y obstaculizando la salida.

—¡Haceos a un lado! —rugió alguien.

Las muchachas del suelo fueron pisadas despiadadamente y la letanía de dolor se elevó por el aire. Sadie me condujo por un lado cuando creí ver una raíz irrumpiendo desde el suelo.

—¡Las raíces!

—¡Todo está descontrolado! ¡Es nuestra oportunidad! —sugirió Sadie.

Dejamos atrás la horrible escena de una multitud de raíces brotando del suelo del pasillo. Un extremo rodeó la pernera de una muchacha y la llevó al suelo donde numerosas raíces se sumaron al desmembramiento. La madera que revestía las paredes se desplomó de golpe y dejó al descubierto los

agujeros por los que husmeaba otro grupo de raíces. Atraparon a una estudiante a mi lado. Un extremo le rodeó el cuello y vi la asfixia en el rostro de la pobre muchacha. Me contempló mientras sus piernas eran separadas y un extremo penetraba violentamente por la entrepierna. El grito apenas fue perceptible entre el infierno que se había desatado.

—¡No mires! —recomendó Sadie.

Nos adentramos por un segundo corredor que me hizo recordar el enorme tamaño de la Institución Morris. Las puertas abiertas escupían el caudal de estudiantes como un torrente de agua. Todas parecían desconcertadas y se preguntaban qué ocurría. Sin obtener respuesta, se sumaban a la tromba de muchachas que corríamos para salvar la vida.

Las chicas situadas al inicio de la marcha llegaron a unas escaleras y de pronto empezaron a retroceder entre gritos, provocando un nudo de personas. El extremo final empujaba hacia delante mientras el otro intentaba retroceder.

—¡Eh! ¿Qué pasa allí delante? —preguntaron algunas voces.

—¡Raíces! ¡A miles!

Los gritos se elevaron por encima de las cabezas de las estudiantes. Regresamos sobre nuestros pasos a un cruce de pasillos y la algarabía se dividió entre los diferentes caminos. Sadie y yo nos adentramos por el más silencioso y oscuro. Las lámparas del techo se habían desprendido y los vidrios saltaban debido al fuerte temblor que continuaba sin dar tregua. Encabezábamos a un reducido grupo que había dejado sus vidas en manos de Sadie. Ella me aferró de la muñeca.

—No te separes de mí. Saldremos de esta pocilga.

Nos detuvimos al pie de unas escaleras sobre cuyos escalones se arrastraba un millar de raíces como serpientes, ascendiendo hacia nosotras. Éramos un bocado exquisito; incluso mis huesos parecían válidos para aquellas bestias sin forma.

Los gritos llenaron el mundo.

—¡Callaos de una vez! —graznó Sadie a las chicas que nos seguían—. ¡Es mejor no perder la cabeza! Buscaremos otra salida.

Vi el terror reflejado en las caras de las estudiantes. Algunas gimoteaban, otras se cubrían la boca con ambas manos en un intento desesperado por obedecer a Sadie.

Entonces la pared a nuestro lado se derrumbó y más raíces brotaron del agujero atrapando a varias muchachas por los tobillos y arrojándolas al suelo. El resto corrimos despavoridas. Las cuatro chicas alcanzamos el cruce de

pasillos y tomamos el de la derecha. Una lámpara del techo chisporroteaba en la oscuridad. Entre la luz y las tinieblas resultantes adivinamos que era el pasillo de las profesoras. Las paredes desmoronadas dejaban ver los dormitorios.

—¿Y las profesoras? —preguntó una chica que no dejaba de gimotear. Recibió una torta por parte de Sadie.

—Silencio —le dijo—. Mirad.

Sadie señaló el cuerpo de Patricia Krenwinkel. Yacía encima de varias raíces cortadas y escombros, como si hubiese intentado defenderse. Carecía de piernas y la sonrisa en su cara se había prolongado por el corte de las comisuras. El ojo derecho colgaba de los filamentos desde su cavidad.

—Qué asco.

—Andando —rugió Sadie—. No quiero ser pasto de esas raíces de mierda, o lo que sean.

En nuestro recorrido nos topamos con miembros amputados, brazos y piernas diseminados por el suelo en un horrible azar. La cabeza de Gladys, la mujer encargada de recibir a las nuevas alumnas, había rodado hasta la pared; el cuerpo sufría de sacudidas provocadas por el extremo de varias raíces que hurgaban el interior de su sexo.

—Silencio —susurró Sadie. Nos indicó la hendidura de la pared. A través de ella alcanzamos uno de los despachos.

A lo lejos se escuchaba un ruido viscoso.

—¿Qué es eso? —pregunté en su asustadizo susurro.

—Serán más raíces. Es mejor estar en silencio —sugirió Sadie—. No parece que esas cosas tengan ojos.

Aquella observación me concedió unos segundos de esperanza.

Me volví hacia el enorme retrato de Elizabeth Morris.

—Es el despacho de la directora —dije.

Todas miraron en mi dirección, menos Sadie, quien palpaba un mueble que había sido movido.

—Hay un pasadizo. Apuesto a que es por donde ha escapado la directora Ferguson —dijo, con cierto entusiasmo. El resto de chicas intentábamos aspirar parte de su valor.

Nos reunimos junto a ella e iniciamos el descenso por unos peldaños de piedra dispuestos de manera desordenada y en tamaños aleatorios, lo que nos obligaba a prestar suma atención a nuestros pasos. Yo desplazaba las manos por el frío muro para ayudarme a mantener el equilibrio. El pasadizo daba a

un corredor enterrado de escombros; el techo se había hundido y el aire estaba viciado con una mezcolanza de humedad, cemento y madera podrida. Avanzamos en fila con la espalda pegada a la pared y nos abrimos paso por el espacio del derrumbamiento. Sufrí algunas magulladuras, pero nada que pudiera detenerme.

En aquella zona los temblores de tierra parecían menos intensos. Los gritos resonaban por todas partes, y aunque lejanos, no hacía que nos creyéramos salvadas. Aquellos gritos podrían ser los nuestros si cometíamos el más mínimo error. Esto nos sometía a una tensión insoportable. A mi espalda sentía la respiración de la estudiante que me seguía.

Salimos a un pasillo común por cuyas paredes y suelo se deslizaban las raíces a su antojo. Producían un ruido quebradizo como la madera en las casas antiguas.

—No podremos pasar por aquí —dije.

—No hay más caminos. Tiene que ser por aquí.

—Yo no paso por ahí —replicó una de las chicas.

Lo que provocó el enojo de Sadie. Se aproximó a ella y la asió por la pechera y la atrajo hacia sí.

—Pues te quedas aquí, miedosa de mierda.

La muchacha enmudeció. La vi tragarse su temor y asentir. Sadie tenía razón, no había más salidas; los pasillos estarían todos atestados de raíces.

Nos armamos con lo que pudimos coger de los escombros. Sadie se hizo con un listón de madera que partió con la pierna para adaptarlo a un tamaño útil. Yo cogí una porción de cemento que tenía pensado utilizar como una piedra para machacar las malditas raíces. Las dos estudiantes optaron por unas finas tuberías con restos de cemento y yeso.

Armadas de aquella manera y con el coraje de una vida repleta de dolor, nos encaminamos una a una por el pasillo. Los gritos resonaban sobre nuestras cabezas; aquello sugería que había vida aún en la institución. Los temblores continuaban bajo nuestros pies y detrás de las paredes.

Sadie forzó a adelantarse primeramente a la muchacha que había replicado. El miedo puede hacer fracasar al resto del equipo. No sé si Sadie sabía aquella máxima. Sin embargo, obró como si lo supiera y empujó a la chica.

—Tú la primera. Adelante. Con agallas, tía —Sadie cerró el puño libre y lo agitó. Tal vez pensara que dicho gesto animaría a la pobre desgraciada. Pero la expresión de la chica no cambió, seguía su boca abierta pidiendo

auxilio en silencio. Y los ojos se mantenían abiertos por la intensidad del terror.

Las raíces comenzaron a enfurecerse, como si hubiese advertido nuestra presencia. Se agitaron como cables de alta tensión en mal estado y cuyos extremos lanzaran chispas de odio.

La estudiante se detuvo a escasos metros de la masa de raíces. Miró por encima del hombro. Sadie le mostró el pulgar levantado en un absurdo gesto de ofrecerle su apoyo.

—Vas bien, tía.

—Déjalo ya, Sadie —dije. Me compadecí de aquella pobre chica. De hecho me compadecí de todas nosotras, puesto que seguidamente tocaba nuestro turno.

La chica aferró la tubería con ambas manos e inició una carrera a su perdición. Aunque logró esquivar la primera raíz que intentó atraparla por los tobillos, se vio forzada a golpear a una segunda con la tubería, dándole tiempo a que una tercera la rodeara por la cintura. Volvió a mirar por encima del hombro, hacia nosotras. Fue un semblante de despedida.

—Mierda, joder —masculló la chica que todavía nos acompañaba—. Vamos a ayudarla.

—Está bien —aprobó Sadie con desgana.

Todas acudimos a socorrerla. Antes de apenas recorrer un metro, una raíz golpeó sobre el vientre de la chica y accedió por la herida resultante. Ella golpeó la raíz con la tubería mientras arrojaba maldiciones.

—¡Hijas de puta! —Sadie estaba loca, pero le salvó la vida a la muchacha, al menos se la salvó durante unos minutos, puesto que más tarde moriría desangrada.

Empezamos a golpear en todas direcciones. Mi piedra aplastó cientos de raíces en pocos segundos. La baba que usaban como sangre embadurnó mi ropa, mi cara y mis manos. Aplasté tantas como pude, no estaba dispuesta a morir en aquella escuela infernal. Entre mi delirio, vi a Sadie golpear las raíces que se acercaban a ella y a la muchacha. La tercera chica fue la que acabó enterrada por las raíces; había resbalado y decenas de ellas se había lanzado contra ella como unos niños sobre dulces. Los gritos quedaron ahogados por el ruido a madera viva y bulliciosa. Sadie y yo cogimos a la herida del vientre y la acompañamos hacia la esquina del pasillo. Pisamos varias raíces con nuestras botas. Recuerdo que Sadie dio un manotazo a una raíz que brotó de la pared; luego se limpió la baba sobre sus tejanos. El

reguero de sangre que manaba de la chica marcaba nuestros recorrido, como unos niños dejando migas de pan para recordar el camino de regreso.

Nos acercamos a una parte de la institución donde los temblores eran más fuertes. Tuvimos que esquivar algunas escaleras derruidas. Evitamos en dos ocasiones el desprendimiento de las paredes. Parecíamos unas atletas avanzando en una carrera de obstáculos.

—¡Está muerta, Sadie!

—¡Calla! —Sadie parecía haber perdido el juicio por unos segundos. Su afán por escapar la había hecho olvidar que transportábamos a una chica que se había ido desangrando por el camino.

Finalmente tuvimos unos segundos de tregua, y allí reparó en la chica.

—Joder —graznó.

Nos miramos a los ojos. Y nos prometimos salir con vida.

Continuamos corriendo en dirección al *hall*. Allí era donde se reunía el mayor de los desastres. El perro de la directora Ferguson no lo había conseguido, pendía del extremo de varias raíces que lo despedazaban sin compasión. Las enormes escaleras del *hall* apenas soportaban los pasos de dos de los hombretones que tantas veces habían acompañado a las estudiantes a las salas de castigo. Las raíces surgieron de debajo de las escaleras y los atraparon.

La pared a nuestra derecha y parte del techo se desprendieron. Sadie me empujó para que no cayeran sobre mí, pero no evitó que escayola y madera colisionaran contra su hombro. Los clavos abrieron ríos de sangre en los brazos. Su parche se había caído y dejaba visible su ojo muerto.

—¡Levántate, Connie! ¡Vamos!

Su empujón había sido tan concienzudo que me había lanzado al suelo. Me hallaba al pie de las escaleras. Vi cómo las raíces apresaban de las muñecas y de los tobillos a uno de los hombretones y el extremo de una raíz le atravesaba el vientre. El alarido que expulsó estuvo acompañado de esputos de sangre. Me incorporé enseguida. Sadie me ayudó a ello.

—La puta salida.

La puerta estaba abierta, y sólo nos separaba de ésta un camino sembrado de cuerpos amputados, salpicaduras de sangre y varias cabezas seccionadas que me contemplaban con envidia. Estábamos a punto de obtener la victoria cuando la expresión de Sadie cambió de repente; se tensó como si soportara un dolor inmenso. De la comisura de su boca nació una fina marca de sangre que corrió hacia la barbilla.

—Connie.

Mis ojos se abrieron. Experimenté el deseo de arrancármelos para no visualizar la pesadilla. Una raíz brotaba del vientre y aleteaba con un entusiasmo malicioso. Intenté lanzarme hacia Sadie en un abrazo. Ella me aferró por las muñecas para que no me acercase. Parecía inútil cualquier cosa.

—Vete. —Pese a que su voz parecía quebradiza no dejé de apreciar la entereza que siempre la había caracterizado.

—Mierda, Sadie.

—Vete de puta vez, tía. No mueras tú.

Con las últimas fuerzas que Sadie conservaba me empujó hacia las escaleras del *hall* y caí rodando como lo hizo mi hermana tiempo antes. Al pie de las escaleras, volví mi mirada hacia arriba. Sadie luchaba con otra raíz; la sostenía con ambas manos a pocos centímetros de su cara.

—¡Jódete, hija de puta!

Aquello fue lo último que escuché en boca de Sadie. Tal vez era un buen modo de recordarla; con toda su osadía enfrentándose contra lo que quiera que sucedía en la localidad llamada Past Grove.

Miré la puerta de la Institución Morris. Abierta para mí, y cerrada para el resto de estudiantes cuyos cuerpos dormirían para siempre bajo aquella edificación del maldad absoluta.

Corrí, y el único recuerdo que pude dejarle a Sadie fueron mis lágrimas. Una maldita princesa blandengue que había salvado su vida gracias a una «chica mala».

Un vehículo arremetió contra la verja de la institución repetidas veces. El frontal se arrugó como un acordeón y se apeó la directora Ferguson acompañada de Sherry Rode. Ambas bestias se introdujeron por la hendidura de hierro y corrieron hacia un Cadillac que las esperaba afuera. Se dirigió a Past Grove, como si aquel miserable pueblo todavía tuviese que presenciar nuevos horrores.

Yo alcancé el portón de la verja y aproveché el espacio abierto por el vehículo para encontrar mi ansiada libertad, camino hacia el sur. Hacia casa.

Epílogo

Soy Connie L. Merrill y aquí finaliza mi historia y la de mis hermanas, quienes me acompañaron en una época turbulenta. Cuento con 54 años y todavía hay noches que despierto gritando el nombre de Sadie. Dicen que la madurez disipa las pesadillas de la juventud, pero las mías perduran, tozudas, similar a parásitos que se abastecen de mi energía. De hecho, durante un tiempo hubo un psicólogo, el honorable señor Paterson, que consiguió reducir la violencia inicial de las pesadillas.

Vivo en la bulliciosa ciudad de Los Ángeles, en compañía de numerosos gatos que he ido rescatando de las calles. Los niños del barrio rumorean con simpatía que regento un centro de acogida; incluso uno de ellos me entregó el gato que su madre no le permitió seguir cuidando. Llegué a Los Ángeles tras ser rechazada por mi madre y Nick Pegg. Ambos habían estado viviendo una excitante y romántica vida mientras estuve en la Institución Morris, cuyo destino desconozco. Sencillamente me alejé de todo aquello y decidí empezar como lo hace una «chica mala»: sola, consigo misma y con experiencias sobre el corazón que pocas personas serían capaces de soportar. Sin embargo, yo sobreviví a ello. Al llegar a la ciudad, empecé a trabajar en una hamburguesería responsable de mi aumento de peso; Connie el palo de escoba, pasó a ser Connie la rolliza. No me importó en absoluto, puesto que mi seña de identidad no estaba corrompida. Continuaba siendo yo misma, ya que había vencido a la institución. Y así lo vio el muchacho que días tras día entraba al local con la excusa de cortejarme. Y aunque no logró entrar en mi corazón, iniciamos una interesante amistad que perdura hasta la fecha. Comencé a escribir cada tarde fragmentos aleatorios de algunos relatos. A medida que mi destreza aumentaba, pude reunir suficiente material para una novela que presenté a un editor aficionado a las hamburguesas. Aceptó el manuscrito sin asegurarme nada en concreto. La novela salió a la venta un año después y me convertí en escritora. ¿Una «chica mala» escribiendo novela romántica? Como siempre defendí, me gusta escribir ficción.

Pese a mi éxito, nunca olvidé a Sadie, Kathleen y Big Patty. Las recuerdo como aprendí de Sadie. Desde hace treinta y ocho años, enciendo cada año cuatros velas en la ventana de mi dormitorio. La cuarta inspira a mi

hermana pequeña, y al lado de dicha vela ondea la tela que rasgué de su vestido favorito. No profeso ninguna religión ni credo, no sé las respuestas de la existencia humana. Sólo sé que algo sobrevive a la muerte y busca a las personas con que compartió su vida. Sé que mis hermanas están muy cerca y que, probablemente, mi hermana pequeña se haya unido a ellas.

Les dedico este homenaje: por una amistad que vence a la misma muerte.

Tengo la certeza de que mi agente sabrá valorar esta historia. De no ser así, encontraré quien entienda lo que hay detrás de las palabras.

The End

2 de julio 2017.
15 de febrero 2019.

BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR

[El retrato de Mary Rose.](#)

[Semillas de codicia.](#)

[Rabia en Woodhills.](#)

[Secreto Heredado.](#)

[Berenice.](#)

[La habitación del candado.](#) (Past Grove Stories)

[Crímenes olvidados.](#) (Past Grove Stories)

[Perturbados.](#) (Past Grove Stories)